



BLACK EAGLE

La venganza del águila



Jess GR

Black Eagle

La venganza del águila

Jess GR

Título: Black Eagle, la venganza del águila

© 2019, Jess GR.

De la cubierta y maquetación: 2019, RachelRP.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Por los sueños que aún pueden ser alcanzados.

Prólogo

Juls

Me revuelvo incomoda por enésima vez, intentando conciliar el sueño. No es nada fácil dormir en un espacio tan reducido, pero es lo que tiene viajar en clase turista, la comodidad no es el fuerte de este tipo de viajes.

—Deja de moverte de una vez —farfulla mi compañero Seth con los ojos cerrados. Él sí que consigue dormir sin problema, cosa que me parece casi imposible dado su tamaño. Es extraño ver a un tío de más de dos metros de altura dormir a pierna suelta en el diminuto asiento en el que se encuentra.

Seth es un tío genial, nos conocemos desde hace poco más de dos años, cuando llegué a África para trabajar como médico de ayuda humanitaria. También es médico, aunque podría ser confundido con un nativo dado el color de su piel y su envergadura, pero resulta que el muchacho es de Harlem, y como yo, también dejó su casa y su familia para instalarse en una de las regiones más peligrosas del continente africano. Nada más conocernos, congeniamos de maravilla y nos volvimos muy amigos, con el tiempo, nuestra amistad se convirtió en algo más... creo que decir físico, no sería en termino correcto. Somos dos buenos amigos y compañeros que disfrutan de la compañía el uno del otro y de vez en cuando mantienen relaciones sexuales.

—No puedo dormir —digo tras suspirar.

Seth resopla y abre los ojos mirándome de reojo.

—Juls, deja de darle vueltas a lo de tu hermana. No es una niña, si ha decidido casarse con su novio, será porque tiene las cosas claras. Es lo que hace la gente normal, ¿sabes? Se casan, tienen hijos, forman una familia... No se van al puñetero fin del mundo a que les coman los mosquitos trabajando de sol a sol con miedo a que en algún momento llegue un puñetero chiflado y les pegue un tiro o los secuestren solo por intentar ayudar a los del bando contrario. Nosotros somos los raros, no ellos.

—Muy gracioso —señalo dándole un golpe en el brazo—. No me preocupa que se case, el problema es que no sé quién es ese tipo, ni siquiera lo conozco.

—Se supone que para eso estás haciendo este viaje, ¿no? —apunta—. Vas a comprobar que tu futuro cuñado no es un capullo integral, y de paso, conociéndote, estoy seguro que le darás algún aviso en plan hermana mayor.

—Eso no lo dudes —afirmo. Arrugo la nariz, como siempre hago cuando algo me preocupa o me pone nerviosa, y vuelvo a suspirar.

Hace más de un año que no veo a mi hermana Holly, la llamo siempre que puedo, pero eso no es suficiente. Necesito saber más de ella. Sí, lo sé, soy demasiado sobreprotectora, pero eso es porque es la única familia que tengo, solo nos tenemos la una a la otra desde que nuestros padres fallecieron en un accidente de coche cuando éramos solo unas adolescentes. Después de eso vivimos con una hermana de mi padre en Nueva York hasta que cumplí la mayoría de edad y me hice cargo de ella. Holly siempre quiso volver a nuestro lugar de nacimiento, a las tierras que fueron de mis abuelos paternos desde hace varios siglos, siempre amó ese lugar, Black Mountain,

al igual que mi madre que, aunque no era su tierra natal, aprendió a querer esas tierras como suyas, casa de Cherokees, así es como llamaba a ese pueblo de Carolina del Norte. Mi padre heredó de mis abuelos un gran rancho ganadero, que en su tiempo fue muy fructífero, y allí fue donde decidió crear una familia junto a mi madre, una nativa Sioux procedente de Canadá. Hoy en día ya no queda nada de ese antiguo rancho, pero Holly está decidida a volver a ponerlo en funcionamiento, por ese motivo ha decidido mudarse allí, y según tengo entendido está logrando su objetivo, gracias a la ayuda de Alec Wolfheart, un vecino de la zona y mi antiguo compañero de instituto. Gracias a él, y a un enorme préstamo que hemos solicitado al banco, dado que tuvo que hipotecar nuestra herencia para que se lo concedieran.

Un par de horas después, aterrizamos en el aeropuerto JFK de Nueva York, esta es una parada antes de coger otro vuelo hacia Carolina del Norte, pero aquí me despido de Seth, él va a cogerse unos días para estar con su madre, ya que la pobre mujer no está muy bien de salud.

—Llámame en cuanto llegues, ¿vale? —dice dándome un abrazo.

—Tranquilo, papá. Nada más llegar al rancho, te mando un mensaje —contesto divertida.

—Te voy a echar a echar de menos, aguilucho —me suelta y yo pongo los ojos en blanco por la forma en la que siempre me llama. Lo hace desde que vio el águila que tengo tatuada cerca de la cadera. El águila es nuestro tótem familiar, mi hermana y yo nos lo tatuamos cuando ella cumplió los veintiún años, en honor a nuestra madre y a nuestras raíces indias.

Me despido de él con un beso en los labios y tras repetirle varias veces más que le avisaré en cuanto llegue, se marcha dejándome en la puerta de embarque de mi vuelo con dirección al aeropuerto de Asheville.

Después de un par de horas encasillada de nuevo en un pequeño asiento de avión, llego al aeropuerto regional de Asheville y alquilo un coche para recorrer los últimos veinte minutos que me separan del que un día fue mi hogar. Estoy agotada por el interminable viaje, y lo que más deseo en estos momentos, es darme una buena ducha y dormir en una cama de verdad. No creo que eche de menos el camastro en el que acostumbro a dormir en África.

Me sorprende al ver unas cuantas hectáreas de mis tierras sembradas con pasto fresco del que se alimentan un buen rebaño de ganado. Sonríe sin poder evitarlo. Lo está logrando, mi pajarita está consiguiendo lo que prometió, volver a hacer de nuestro rancho un negocio rentable, recuperar nuestro hogar.

Aparco frente a la vieja casa de mis padres y suspiro mirando la destartada fachada. Holly me advirtió que aún no había reformado la casa, pero no pensé que estuviese tan mal, parece que está totalmente en ruinas, como si nadie la habitara. Salgo del coche y veo a un muchacho de poco más de veinte años sentado junto al porche de mi casa, parece un trabajador del rancho, aunque no sabría decirlo con seguridad. Me acerco a él y le saludo levantando la mano.

—Hola, ¿trabajas aquí? —pregunto. El chico, que es bastante guapo por cierto, me mira frunciendo el ceño.

—¿Quién lo pregunta? —inquire.

—Estoy buscando a la dueña de la casa, Holly Carrington. ¿Ella está...?

—Si viene de parte del banco, puede irse. El Lobo ya ha resuelto el problema y no creo que quiera tener problemas con él.

—¿Del banco? ¿El Lobo? Oye, creo que te estás confundiendo, muchacho. Yo soy...

—Sé quién eres. Todos sois iguales, oléis las desgracias y aparecéis por aquí intentando pillar cacho —replica en tono molesto—. Esta vez os vais a quedar con las ganas. El Lobo no va a permitir que os quedéis con nada de los Carrington.

—Vale, chaval, ya me estás cabreando. Solo te he preguntado por Holly Carrington, ¿sabes

dónde está o no?

—En el cementerio municipal —contesta apretando los puños a ambos lados de su cuerpo. Me mira de mala leche y se cruza de brazos—. Unos carroñeros, eso es lo que la gente como vosotros sois. El cuerpo de Holly aún está caliente y ya estáis intentando quedaros con sus tierras.

¡¿Qué?! Tengo que haber escuchado mal. La forma en la que ha dicho... ¿Está insinuando qué...? No puede ser.

—¿Qué estás...? No puede... —trago el nudo de angustia que se ha instalado en mi garganta y cierro los ojos para intentar pensar con claridad. Tiene que ser un error, mi hermana no puede estar... Es imposible—. ¡Explícate! ¡¿Qué coño está diciendo?! ¡¿Dónde demonios está mi hermana?!

La cara del muchacho cambia en cuestión de milésimas de segundo, abre los ojos de par en par y da un paso hacia mí.

—¿Tu hermana? Holly es...

—¡Sí! Soy Julia Carrington, la hermana mayor de Holly. Ahora dime de una puta vez dónde está mi hermana.

—Señorita Carrington, yo... No sé cómo decirle esto. Debería hablar con el Lobo.

—¿¿Quién demonios es el puto Lobo?! —grito perdiendo los nervios por completo.

—Alec Wolfheart. Él... él está en el cementerio. Eh... —se quita el sombrero vaquero y se rasca la nuca desviando la mirada—. Lo siento mucho, señorita Carrington, su hermana... ella... falleció hace un par de días.

—¿¿Cómo?! ¿Es una broma? Porque si es así, no tiene ni puta gracia.

—No, lo siento, de verdad. La señorita Holly se suicidó hace dos días, la están enterrando en este preciso instante.

¡¿Qué?! ¡No! ¡No puede ser verdad! Esto tiene que ser una maldita pesadilla. Niego con la cabeza notando como un par de lágrimas se escurren por mis mejillas. Veo como el chico sigue hablándome, pero no puedo escucharle, el único sonido audible para mí es el ruido de mi propio corazón latiendo desbocadamente en el interior de mi pecho. Salgo corriendo, dejando al muchacho hablar solo, y subo al coche arrancando a toda prisa. Tengo que llegar cuanto antes al cementerio para comprobar que es un error. Mi hermana pequeña, mi pajarita, no puede estar muerta.

Aparco frente al cementerio y no pierdo tiempo ni en cerrar la puerta del coche, salgo disparada hacia el interior cruzándome con un grupo de personas en la entrada, algunas caras se me hacen conocidas, pero no me paro a saludar, sigo corriendo hasta que a lo lejos veo a un hombre alto y moreno, le reconozco enseguida, es Alec Wolfheart, ha cambiado mucho desde la última vez que lo vi, ya no es el chico delgado y enclenque que conocía. Junto a él está una chica bajita de pelo negro agarrada de su mano, consolándole. Corro hacia ellos, y me doy cuenta en el momento justo en el que Alec me reconoce, porque sus ojos se llenan de lágrimas. ¡Dios! ¡Es verdad! ¡Mi hermana está muerta!

Cuando llego a su lado apenas puedo hablar debido al llanto.

—Alec, dime que es mentira —suplico—. Dime que mi hermana... mi pajarita no puede estar muerta.

—Lo siento mucho, Juls. Yo... —Me señala con la mano una tumba reciente, y enseguida noto como el nudo que me aprisionaba la garganta, se desplaza hacia el centro de mi pecho dejándome sin respiración.

Me acerco lentamente a esa tumba y lloro con fuerza acariciando la inscripción con el nombre de mi hermana. "Holly Marie Carrington Black". Es real. No es una pesadilla.

—¡¿Por qué lo has hecho?! —grito golpeando su lápida con los puños—. ¡Maldita imbécil! ¡Me has dejado sola! —lloro grito y pataleo hasta que siento como mis fuerzas se agotan. No sé cuánto tiempo paso de ese modo, pero nuevos sentimientos empiezan a aflorar en mi interior, la rabia y la incertidumbre. Necesito saber qué pasó, qué fue lo que llevó a mi hermana a desear dejar de vivir.

Me levanto limpiando el rastro de lágrimas de mi rostro a base de manotazos y me acerco a Alec y a la chica que está siendo abrazada por él.

—¡¿Qué mierda ha pasado, Alec?! Hablé con ella la semana pasada, estaba feliz, me dijo que iba a casarse con su novio, pero resulta que, al llegar al rancho, me dicen que mi hermana se ha suicidado y que la están enterrando en ese preciso instante. ¡No entiendo una puta mierda!

Alec abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla al momento. Tras unos segundos, suspira y me mira a los ojos.

—Yo, eh... verás... —resopla y veo como mete la mano en el bolsillo delantero de su pantalón y saca de él un trozo de papel arrugado—. Toma, esto es de Holly, léela y lo entenderás todo.

Agarro el papel con manos temblorosas y empiezo a leer en silencio. Por momentos, siento como la angustia se apodera de todo mi cuerpo.

Hola Alec:

Siento hacerte pasar por esto, pero no tengo otra alternativa. No veo salida al problema en el que me he metido yo solita. Tú me advertiste, dijiste que Nathan solo se estaba aprovechando de mí, pero en ese momento estaba demasiado ciega para verlo. Él me mintió y yo caí en su trampa como una imbécil.

Perdóname, por favor. No quería hacerlo, pero no es fácil decirle que no a la persona que amas. Me dijo que me devolvería todo el dinero en el plazo de unos días, cuando un negocio que tiene entre manos le diera los beneficios. Yo le creí, pero todo era una patraña. Cuando dejó de cogerme el teléfono hace unos días, supe que algo iba mal, pero tenía la esperanza de que solo fuesen paranoias mías. No lo eran, me ha enviado un mensaje diciéndome que no va a devolverme el dinero y dejándome. Nunca me quiso, Alec. Solo le interesaba el dinero que yo le daba, y ahora... ahora lo he perdido todo, el dinero de la hipoteca del rancho, y tu parte de la inversión también.

Perdóname, te lo suplico. No sé cómo fui capaz de robarte de esa manera. No hay nada que lo justifique, ni siquiera mi estupidez. Si he llegado a este extremo, es porque no encuentro otra manera de enfrentarme a este problema. Te he mentado, a ti, a la persona que me ayudó y apostó por mí cuándo más lo necesité, y he perdido también la herencia de mis padres, todo por lo que ellos lucharon, la herencia de mi hermana. Dios, mi hermana, mi querida Julia, si llegas a leer esta carta, te suplico que me perdones por comportarme de esta forma tan cobarde. Sé que tú nunca harías algo así, pero yo no soy tan fuerte como tú. No sabes lo que es amar a alguien con tanta intensidad, que sientes que tu vida no tiene ningún sentido sin él, y peor aún es saber a ciencia cierta que esa persona nunca te amó, solo fingió hacerlo para conseguir sus objetivos.

Jules, Alec, los dos habéis sido unos hermanos maravillosos, no lloréis mi muerte. Yo siempre estaré cuidándoos desde donde me encuentre. No tengo miedo, solo me apena no poder ver cómo vuestros hijos crecen y se convierten en personas fuertes y valientes como lo sois vosotros. Alec, no te rindas. No dejes escapar a la mujer que amas. Ella será la que acabe destruyendo al lobo negro para siempre. Y Jules, no hagas ninguna locura. Sé que te vas a cabrear, pero no te dejes llevar por la ira. Espero que algún día puedas encontrar a esa persona especial con la que compartir tu vida como fantaseábamos cuando éramos unas niñas.

Cuando termino de leer la carta, ya no me quedan lágrimas que derramar, pero sí ira y furia contenida. Tengo la necesidad de golpear algo o a alguien, y sé perfectamente en quién voy a volcar toda esta ira que siento, en el responsable de la muerte de mi hermana.

—¡Maldita estúpida! ¡¿Cómo pudo hacerlo?! Y ese tipo... Como si no hubiesen hombres en el mundo —limpio el rastro de lágrimas de mis mejillas y miro fijamente a Alec—. ¿Qué sabes de ese tal Nathan? ¿Lo conoces? —niega con la cabeza—. ¡Algo tendrás que saber, joder! Holly me dijo que tú y ella os habíais vuelto muy cercanos. ¿Nunca has visto a ese hijo de perra?

—No. Ella siempre hablaba de él, decía que pronto se mudaría aquí con ella, pero eso nunca pasó.

—¡¿No viste ni siquiera una foto?! Algo que pueda identificarlo.

—Nada, lo único que sé es que se llama Nathan Reed, que vive en Nueva York y trabaja como fotógrafo. Según tengo entendido, suele viajar bastante debido a su trabajo, pero no estoy seguro de que todo eso sea verdad. No me extrañaría que ese cabrón le hubiese mentido respecto a su identidad.

—¡Mierda, mierda! —bufo y me froto los ojos con los dedos intentando aclarar mi mente. Tengo que mantener la cabeza fría y pensar con claridad mi próximo paso a seguir—. Está bien. Eso es algo con lo que puedo trabajar. Nathan Reed, fotógrafo y de Nueva York. ¿Recuerdas algo más?

—Espera... Creo que alguna vez me comentó que le había conocido en una cafetería cercana a donde ella vivía en Nueva York. Si no recuerdo mal, el tal Nathan era un cliente habitual.

—Bien, eso es algo más —me guardo la carta en el bolsillo del vaquero, planeando desde ya un viaje a Nueva York. Tengo que encontrar a ese tipo. Miro a Alec y recuerdo lo que mi hermana decía en su carta, el dinero que le robó —. Alec, lo que dice Holly en su carta... el dinero que ella...

—No pasa nada. Te aseguro que eso es lo que menos me preocupa. Acabo de perder a una gran amiga, una hermana... —puedo ver el dolor en su mirada por la pérdida de mi hermana. La quería—. El dinero me importa una mierda.

—Pues a mí no. Te devolveré hasta el último centavo.

—No es necesario —replica.

—Sí, lo es. Yo... —vuelvo a frotarme los ojos y suspiro—. Necesito un tiempo para saber lo que voy a hacer, pero si algo tengo claro, es que no voy a perder la herencia de mis padres. Tendré que hablar con el banco y...

—Eso ya está solucionado —dice interrumpiéndome—. He cubierto la deuda de tu hermana. No le debes nada al banco. Yo tampoco voy a permitir que el rancho Carrington vaya a parar a manos de un extraño.

Le vuelvo a mirar y asiento. En realidad, no ha cambiado tanto, sigue siendo el muchacho noble y leal del que yo estaba coladita cuando era una cría. Miro a su acompañante y la reconozco, es Johanna Callaghan. Una chica afortunada, eso seguro.

—Muchas gracias, Alec. Ahora con más razón voy a devolverte el dinero. Tengo que irme. Cogeré un vuelo a Nueva York esta misma noche.

—¿A Nueva York? ¿Qué vas a hacer, Juls? —pregunta extrañado.

Levanto la mirada hacia sus ojos y hablo con una seguridad y una rabia que no son propias de mí, pero reconozco esos sentimientos como míos.

—Voy a encontrar a ese maldito desgraciado y hacerle pagar lo que le ha hecho a mi hermana.

Nathan Reed va a desear no haber nacido cuando acabe con él —miro hacia la tumba de mi hermana y como si de una revelación se tratara, tengo claro lo que quiero hacer. Voy a darle a Nathan Reed de su propia medicina, me encargaré de que sepa lo que es quedarse solo, arruinado y con el corazón hecho pedazos. Cuando termine con él, estará tan destrozado, que deseará no seguir viviendo—. Va a pagar por lo que ha hecho, lo juro por ella.

Lo que nunca imaginaste fue que ibas a encontrar al hombre de tu vida

Juls

Leo nuevamente los papeles con la información que Seth me ha conseguido sobre Nathan Reed. No sé cómo lo ha logrado, pero ha averiguado cosas muy interesantes sobre el tipo que estoy buscando.

—¿Cómo la has conseguido? —pregunto tras cerrar la carpeta.

—Ya sabes, un amigo que conoce a otro amigo... —dice haciéndose el interesante. Alzo una ceja en su dirección y él suelta una carcajada—. Está bien, conozco a un tipo, se llama Adam Walker, fuimos juntos al instituto. Resulta que me debía un par de favores, así que me los cobré.

—Explicame, ¿qué tipo de favores? ¿Por qué no sabía nada de esto?

—Porque no es algo de lo que alardear, simplemente ayudé a un amigo. Adam estuvo varios años metido en una especie de grupo criminal, alguna vez ha acudido a mí buscando atención médica.

—¿Un delincuente? —pregunto sorprendida.

—Es un buen hombre, además, hace tiempo que se ha vuelto legal. Tiene un amigo y ex compañero al que se le dan bien los ordenadores.

—Un hacker —afirmo.

—Sí, Sam es una fiera con un ordenador en las manos, no hay ningún sistema operativo o defensa informática que se le resista. Él también se ha reformado, pero me ha hecho el favor de buscar la información que le pedí por mi amistad con Adam.

—Creo que con esto tengo suficiente —murmuro volviendo a echar un vistazo a la fotografía de Nathan Reed. Es rubio, de ojos azul claro y lleva una barba corta que acentúa su sonrisa de dientes blancos y perfectos. En general es muy guapo, el tipo de hombre que podría hacer perder la cabeza a cualquier chiquilla.

—¿Tienes su dirección? ¿Vas a ir a buscarle? —pregunta mi amigo mirándome con pena.

Le entiendo, cree que voy a volver a echarme a llorar. No he hecho otra cosa en las últimas dos semanas. Cuando volví de Black Mountain, vine directamente a casa de Seth, no sé qué buscaba, quizás un poco de consuelo en un hombro amigo, aunque no lo encontré. No hay nada en este mundo que pueda mitigar el dolor que siento por la pérdida de mi pajarita. Solo hay una cosa que me mantiene cuerda y alerta, el deseo de encontrar a Nathan Reed y hacerle pagar cada lágrima derramada por mi hermana.

—No, no voy a presentarme en su casa sin más. Esta tarde he quedado con la compañera de piso de Holly. Intentaré averiguar si ella sabe algo más que pueda ayudarme. Según tengo entendido, Holly conoció a este cabrón en una cafetería cercana a su piso, así que empezaré por allí. Ahora que sé cómo es, podré identificarlo sin problema.

—¿Has leído bien el informe? Sam dijo que no es un don nadie. Su familia es muy poderosa en esta ciudad.

—Lo sé, pero basándome en la información que ha recopilado tu amigo, sus padres no quieren saber nada de él, le han repudiado totalmente —digo leyendo nuevamente el dossier.

Nombre: Nathan Zachary Reed Jefferson

Edad: 36 años

Estado civil: Soltero

Nathan Reed, hijo de Margaret Jefferson y Zachary Reed, y hermano de Sonya Reed.

Nathan Reed estudió empresariales en la Universidad de Nueva York. El hijo mayor y futuro heredero del imperio Reed, de los Reed de Nueva York, no llegó nunca a ejercer su carrera. No se sabe los motivos que llevaron a sus padres a apartar a su hijo del negocio familiar. Nathan trabaja actualmente como fotógrafo freelance para varias revistas, entre ellas alguna muy famosa como es National Geographic, trabajo que le obliga a viajar asiduamente a remotas partes del mundo. Comparte un piso en el treinta y cinco de Northern Blvd, Jackson Highs, Queens, Nueva York, con un amigo que conoció en su época universitaria, Alan Prescott.

Tras revisar su ficha policial, he descubierto que no tiene ninguna cuenta pendiente con la ley. Solo constan un par de multas de tráfico que fueron saldadas en su debido momento.

Tampoco consta como moroso en ninguna lista bancaria ni tiene problemas fiscales.

—¿Qué piensas hacer, Juls? —Aparto mi mirada de los papeles y me giro hacia mi amigo—. Cuando le veas, ¿qué vas a decirle?

—Aún no lo sé, pero pienso averiguarlo muy pronto, te lo aseguro —afirmo apretando los puños.

Tres horas después, estoy frente a la puerta del antiguo apartamento de mi hermana, su amiga Haley me abre la puerta y sonrío tristemente.

—Hola, te estaba esperando. Pasa por favor —dice abriendo la puerta para que pueda entrar al apartamento.

Suspiro al recordar todas las veces que vine a esta casa a ver a mi hermana. Cuando volvía de África, este era siempre el primer lugar al que acudía. Pero ahora ella ya no está, y este pequeño piso parece más sombrío de lo que recordaba.

—Haley, siento haberte llamado, pero necesito hablar contigo.

—Sí claro, no hay problema. Siento mucho lo de Holly —me responde reteniendo las lágrimas—. Desde que se mudó a Carolina del Norte, no hemos estado mucho en contacto, pero consideraba a Holly una buena amiga y compañera.

Asiento apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo. No quiero llorar, no puedo hacerlo. Tengo que mantenerme fuerte para poder lograr mi objetivo de vengar su muerte.

—Gracias, ella también te tenía mucho cariño.

—¿En qué puedo ayudarte? Parecías bastante alterada por teléfono.

Me siento en el pequeño sofá de la sala de estar y miro fijamente a Haley.

—Necesito que me digas todo lo que sepas sobre Nathan Reed. Sé que Holly empezó una relación con él cuando aún vivía aquí contigo. ¿Tú llegaste a conocerle?

—Eh... no, la verdad es que nunca le vi. Holly me hablaba sobre él, me decía lo encantador que era y lo mucho que se querían, pero no le conocí personalmente. Ella siempre... —veo cómo se detiene y niega con la cabeza.

—No, por favor. ¿Qué ibas a decir?

—Pues... Holly siempre se cabreaba conmigo cuando yo le decía lo que pensaba de ese Nathan.

—¿Qué es lo que pensabas? ¿No te caía bien?

—Siempre me pareció un vividor. Un don Juan de pacotilla que la manipulaba a su antojo y se

aprovechaba de ella. Holly estaba completamente enamorada de ese tipo, y no podía ver que él se estaba aprovechando de ello. ¡Por dios! ¡Se fue a Carolina del Norte a hacer dinero porque él le pedía cada vez más! Su excusa era que invertía en negocios que no salían bien, pero yo estoy segura de que eso era mentira. El capullo ese tenía comiendo de su mano a la gallina de los huevos de oro.

Aprieto los dientes con fuerza y respiro por la nariz para intentar tranquilizarme. ¡Ese hijo de puta! ¿Cómo es posible que mi hermana no lo viera venir?

—¿Sabes cómo es? ¿Has visto alguna foto suya?

—No, no tengo ni idea, pero... creo recordar que Holly tenía fotos tuyas en su móvil. Lo sé porque se pasaba el día mirándolas y suspirando.

¡Su móvil! ¿Cómo no lo he pensado antes?! Tengo que llamar a Alec y preguntarle si él sabe dónde está ese teléfono.

—Solo voy a hacerte una pregunta más. Según me han contado, Holly conoció a ese tipo en una cafetería cercana a este piso, ¿sabes cuál fue? He visto más de una docena cuando venía de camino.

—Sí, hay muchas en este barrio —dice sonriendo levemente—. Holly nunca me mencionó nada de eso, pero si te sirve de algo, hay un local a la vuelta de la esquina, tu hermana solía ir de vez en cuando, se llama Denny's, está abierto las veinticuatro horas.

—Genial, eso puede ser de mucha ayuda —me levanto y le tiendo mi mano—. Gracias por todo Haley, si recuerdas algo más sobre Nathan Reed, llámame por favor, ya tienes mi número.

—Lo haré —contesta despidiéndose de mí con un apretón de manos.

Salgo a la calle y no tardo en encontrar la cafetería. Mi hermana vivía en la calle 37, y la cafetería Denny's hace esquina con esa calle y con Northern Blvd, exactamente la calle en la que vive Nathan Reed. Cada vez estoy más segura de que el amigo hacker de Seth ha dado con el hombre correcto. ¿Qué posibilidades hay de que existan dos Nathan Reed fotógrafos que vivan en la misma calle?

Entro en la cafetería de estilo moderno y me siento en una de las mesas, unos minutos después, un camarero se acerca a tomarme nota, pido un café y espero a que lo traiga mientras escudriño el local con la mirada. Hay una pareja sentada junto a la ventana, y un par de chavales cerca de la barra, aparte de eso, la cafetería está casi vacía.

Después de un par de horas y tres cafés más, el local comienza a llenarse de gente de todo tipo. Se acerca la hora del almuerzo y los trabajadores de los alrededores ya se están preparando para empezar a comer. Miro hacia la cara de cada persona que entra en el local, pero no lo encuentro.

—¿Qué esperabas? —murmuro para mí misma, dejando un par de billetes sobre la mesa y recogiendo mi bolso—. No puede ser tan fácil —me levanto y me giro dispuesta a marcharme directamente al apartamento de ese tipo, con tan mala suerte que acabo chocando con un hombre y derramándole el café que llevaba en la mano, por encima suyo.

—¡Mierda! —maldice el tipo intentando apartarse la tela mojada de café ardiendo del cuerpo.

—Lo siento, estaba distraída. Le juro que no le vi, yo... —de pronto el hombre levanta la cabeza y le reconozco al instante. Es Nathan Reed.

Mi corazón empieza a bombear sangre a toda velocidad y tengo que sujetarme a la mesa para no saltarle encima y cometer un asesinato en mitad de un sitio público. ¡Contrólate, Juls!, me digo a mí misma, no pierdas la cabeza.

—No pasa nada —dice cogiendo unas servilletas de la mesa y limpiándose la camiseta. Me mira y frunce el ceño—. Oye, ¿te encuentras bien?

Respiro hondo y asiento. Necesito tranquilizarme. Esto era exactamente lo que quería, tenerlo frente a mí para... para... No sé para qué, pero lo pienso averiguar. Cierro los ojos con fuerza y cuando los vuelvo a abrir, tengo una falsa sonrisa instalada en mi cara.

—Estoy bien, al menos mucho mejor que tu ropa —indico señalando la enorme mancha marrón que tiene sobre el pecho.

—No te preocupes por esto, aunque no lo creas, me pasa muy a menudo —comenta sonriendo de medio lado—. Entre tú y yo, las chicas guapas como tú suelen tirarme todo tipo de bebidas encima para llamar mi atención.

Intenta hacerse el gracioso, pero la verdad es que no me hace ni puñetera gracia. Solo tengo ganas de estrangularle para borrar esa sonrisa seductora de su cara. Obviamente, finjo que su frase de ligón de discoteca ha surtido efecto y correspondo su sonrisa con otra.

—De verdad no te vi, pero si te hubiese visto supongo que el resultado habría sido el mismo —contesto mirándole a los ojos. Se me revuelve el estómago al flirtear con este hijo de perra de este modo, pero no me detengo, no puedo hacerlo—. Deja que te invite a un café para compensarte lo de la camiseta.

—No es necesario. ¿Qué tal si te invito yo a uno?

—Te tiro un café caliente encima y me respondes invitándome, creo que eres de los que le van la marcha —señalo retirándome un mechón de pelo de la cara de manera coqueta.

Suelta una carcajada y puedo ver esos dientes blancos, acompañados de un hoyuelo en la mejilla izquierda que no pude apreciar en la foto suya que tengo. Le repaso con la mirada desde los pies a la cabeza y compruebo que la dichosa foto no le hace justicia. Es mucho más guapo de lo que pensé, y el color de sus ojos es de un azul tan intenso, que podría competir con el mismísimo color del océano. Ahora entiendo por qué Holly perdió la cabeza por este hombre, cualquier mujer lo haría. Es de esos tipos de hombres, capaces de revolucionar tus hormonas con solo una mirada o una sonrisa.

—No te voy a quitar razón, la marcha es lo mío —sentencia—. Por cierto, soy Nathan Reed.

Extiende su mano hacia mí y yo me quedo mirándola sin saber qué hacer. No quiero tocarle, no quiero ni tenerlo cerca, pero tengo que hacerlo para ganarme su confianza.

—Juls Black —contesto estrechando su mano.

Nathan

Lo último que pensé cuando entré en Denny's a tomarme mi café de media mañana, fue que una chica guapa iba a tirármelo por encima. Tras el choque inicial que causó la bebida caliente sobre la piel de mi pecho, me di cuenta de lo guapa que era la mujer que tenía frente a mí. En un principio pensé que se encontraba mal, ya que estaba pálida y se sujetaba con extremada fuerza al borde de la mesa de la cafetería, como si estuviese conteniéndose. Solo después de escuchar su voz diciéndome que estaba bien, reparé en la belleza de sus rasgos. No es una chica muy alta, pero su cuerpo es curvilíneo y su pelo negro azabache brilla como si lo hubiese pulido, y sus ojos... tiene unos ojos rasgados, de un color marrón claro muy poco común, casi ambarinos. Aunque en un primer momento, me dio la impresión de que me miraban con... ¿odio? ¿Rabia quizás? ¿Por qué? No lo entiendo, pero ha conseguido despertar mi curiosidad.

—Siéntate y pedimos un par de cafés —señalo retirando una silla para que pueda sentarse. Ella me mira y parece dudar, de nuevo puedo ver ese brillo malicioso en su mirada, como si estuviese intentando luchar contra sí misma para no hacer o decir algo. El camarero se acerca a nosotros y pedimos un café para cada uno, el mío con leche y azúcar, y el suyo negro y amargo—.

Cuéntame, ¿sueles venir mucho por aquí a arrojar bebidas calientes a los clientes o es tu primera vez? —pregunto sonriendo.

—Es la primera vez que vengo aquí—contesta tras un par de segundos en los que ha mirado hacia todos lados menos a mí.

—No eres de por aquí ¿verdad?

Me mira y alza una ceja. ¡Mierda! Eso ha sido muy sexy.

—¿Qué te hace pensar que no soy de por aquí? —pregunta sonriendo levemente.

—No tienes pinta de ser de Nueva York. No sé, pareces demasiado... tranquila.

—No me conoces —comenta borrando la sonrisa de sus labios.

—Ya, eso es lo que estoy intentando cambiar. Hagamos algo, voy a aventurarme y decirte lo que pienso, y tú me dices si voy bien encaminado ¿te parece? —el camarero llega con nuestros cafés y cuando se va, ella asiente agarrando su taza con ambas manos—. Muy bien, digamos que eres del sur, Louisiana tal vez, te acabas de mudar a Nueva York buscando triunfar en el mundo de la música, eres la bajista de un grupo de Blues y... No, espera... —me doy golpecitos con el dedo índice en el labio inferior como si estuviese pensando—. Guitarrista, eres la guitarrista y cantante del grupo. Tus padres son dueños de un restaurante, en el que trabajaste desde que dejaste los estudios tras el instituto. Estás soltera, pero tienes un gato llamado Snorfel, y esta mañana has decidido venir a desayunar a un sitio nuevo con la esperanza de encontrar a alguien con quien entablar una conversación y hacer algún nuevo amigo. Lo que nunca imaginaste fue que ibas a encontrar al hombre de tu vida, y mucho menos que le tirarías un café ardiendo encima —sonríe y le guiña un ojo—. Tranquila, piensa que cuando seamos viejos, tendremos una gran historia que contarles a nuestros nietos cuando nos pregunten cómo nos conocimos.

Veo como sonrío y niega con la cabeza.

—Es increíble, has acertado de lleno.

—No he dado ni una, ¿verdad? —pregunto partiéndome de risa.

—No, ni de cerca —responde sonriendo—. Cambia Louisiana por Carolina de Norte, el restaurante de mis padres, es un rancho ganadero en el que viví hasta que ellos murieron, después me mudé aquí a Nueva York con una tía. No me gusta el blues, soy más de Rock indie, y no sé tocar ningún instrumento aparte del quirúrgico. Soy médico, en África, que es donde he vivido los últimos años.

—¿África? ¡Guau! Eso nunca lo habría adivinado —murmuro sorprendido—. Estuve en Botswana hace un par de años.

—¿Qué hacías allí? —pregunta tras darle un trago a su café.

—Soy fotógrafo. Hago algunos trabajos de vez en cuando para el National Geographic. Pero no nos desviemos, no me has corregido en dos de los hechos que te he mencionado en mi fantástica historia sobre tu vida.

—Eh... déjame pensar. No me gustan los gatos, y si tuviese una mascota, nunca la llamaría Snorfel, es un nombre horrible. Y sí, estoy soltera, pero te equivocaste en lo de buscar nuevos amigos, solo vine a visitar a una amiga que vive cerca y aproveché para tomarme un café.

—Tengo que agradecerle a tu amiga que viva justo en el mismo barrio que yo —digo mirándole a los ojos.

Vuelve a negar con la cabeza y se estira sobre la mesa acercando su cara a la mía.

—Te crees irresistible, ¿verdad? —pregunta sonriendo.

Imito su gesto y me acerco a ella sin dejar de mirar sus preciosos ojos.

—Lo soy, cuando quieras te lo demuestro —susurro.

Veo como sonrío y se aparta hacia atrás.

—Dejaré tu demostración para otro momento, tengo que irme ya.

—¿Ahora? ¿No puedes quedarte un poco más? —inquiero al ver como se levanta y coge su bolso colgándoselo al hombro.

—Tengo cosas que hacer. Siento lo de tu camiseta, de verdad. Si quieres puedo llevarla a la lavandería, o dime que te debo por el lavado.

—¿Qué te parece si me lo pagas cenando conmigo esta noche? —me levanto y me pongo frente a ella.

—Lo siento, mi gato Snorfel me está esperando en casa —dice en broma.

—Tráelo y que cene con nosotros —sonrío y doy un paso hacia ella pegando mi cuerpo al suyo—. Ahora en serio, me gustaría mucho cenar contigo esta noche.

Parece pensarlo, y por un momento creo que va a negarse, pero cierra los ojos, y cuando los abre de nuevo, asiente.

—Con la condición de que no me lleves a ningún lugar donde pongan música blues.

Río y asiento.

—Lo prometo. ¿Quieres que te recoja en algún lugar? Si me das tu dirección...

—Nos vemos aquí, ¿sobre las ocho?

—¡Genial! A las ocho en punto estaré en la puerta.

—Bien, entonces nos vemos esta noche. Hasta luego, Nathan.

—Adiós, Juls —digo despidiéndome de ella con la mano.

Intenta no perderte a ti misma en el camino

Nathan

La veo salir del local y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Como diría mi amigo Alan, he triunfado. Lo último que pensé cuando entré en Denny's, fue que una preciosa mujer de ojos ambarinos iba a bañarme en café hirviendo, pero ha valido la pena. Una cita, tengo una cita con ella. No sé por qué estoy tan emocionado por una simple cita, pero lo estoy. Me agrada saber que la voy a volver a ver muy pronto. Espero que no me plante, ya que ni siquiera tengo su número de teléfono.

—Imbécil, tendrías que haberle pedido el teléfono —murmuro para mí, dejando un par de billetes sobre la mesa.

—Sí, tendría que haberlo hecho —me responde el camarero apareciendo a mi espalda—. Lo siento, no quiero ser entrometido, pero no se conoce todos los días a una mujer tan guapa.

Asiento dándole la razón.

—No soy tan tonto como para no saberlo. He quedado con ella para cenar —contesto guiñándole un ojo.

El muchacho, al que ya conozco desde hace tiempo, ya que soy un cliente habitual de este local, sonríe negando con la cabeza y me despido de él antes de salir de la cafetería. Voy a tener que ir a casa a cambiarme, no puedo aparecer en la casa de mis padres con una mancha enorme en la camiseta, me desheredarían. Oh... espera, si ya lo han hecho.

Niego con la cabeza sonriendo por mis tontos pensamientos y camino los pocos metros que me separan de mi casa. No es un piso muy grande, solo un par de habitaciones con baño, una cocina y un salón que comparto con mi mejor amigo desde que nos conocimos en la universidad.

Al entrar en casa escucho el estridente sonido de la música electrónica que proviene de la habitación de Alan. No sé cómo puede escuchar ese tipo de música, a mí me produce dolor de cabeza.

—¡Tío, baja el volumen! —grito para que me escuche tras abrir la puerta de su habitación.

—¡Hey! ¿No se supone que ibas a comer con tus padres? —inquire acercándose al reproductor musical.

Cuando el estridente ruido cesa, me froto las sienes notando como comienza a dolerme levemente la cabeza.

—Solo he venido a cambiarme.

Alan mira hacia mi camiseta y frunce el ceño.

—¿Qué te ha pasado? Sabes que la boca está más arriba ¿verdad?

—Muy gracioso. Una chica ha chocado contra mí y el café que llevaba en la mano ha terminado sobre mi ropa.

—¿Estaba buena? —pregunta con una sonrisa pícaro.

—Tremenda —contesto sonriendo.

—Dime que le has pedido el número de teléfono.

—No, pero he quedado con ella esta noche para cenar.

—¡Ese es mi colega! —exclama frotándose las manos—. ¿Eso quiere decir que vuelves al ruedo? ¡Ya era hora! Después de lo de...

—Eso quiere decir, que voy a salir a cenar con una chica, nada más —sentencio—. Es más, voy a llamar a mi madre para cancelar la comida. No tengo ganas de ir y estoy seguro que ellos estarán encantados de no verme.

—¿Pizza y birras? —propone.

—Suena bien. ¿No trabajas hoy?

—No, lo he dejado. Ese trabajo no era para mí.

—¿Es que hay algún trabajo para ti? —pregunto en broma.

—Alguno habrá —contesta encogiéndose de hombros—. ¿Tú ya has decidido si te vas a Brasil o no?

Resoplo frotándome la nuca.

—Aún no estoy seguro. Estoy cansado de viajar de un lado a otro.

—Entonces, ¿lo vas a hacer? Llevas soñando con esto desde siempre, abrir tu propia galería fotográfica aquí en Nueva York. Ya tienes los fondos suficientes, ¿qué es lo que te lo impide?

Asiento sin poder evitar sonreír. Llevo años sacando dinero de hasta debajo de las piedras para poder cumplir mi sueño de abrir mi propia galería.

—Lo voy a hacer. Mañana empezaré a mirar locales.

—¡Sí! Eso se merece una celebración, nos comemos un par de pizzas acompañadas de unas cuantas cervecitas, y esta noche te vas a cenar con tu chica misteriosa.

Niego con la cabeza dándole por imposible y los dos nos acomodamos en el sofá del salón dispuestos a pasar un buen rato entre colegas. A primera vista, Alan puede parecer un irresponsable sin oficio ni beneficio, a primera, a segunda y a tercera vista, porque lo es, pero también es un gran amigo, una de esas personas a las que puedes confiarle tu vida.

Juls

Descarto por segunda vez el vestido negro y lo tiro sobre la cama. Es demasiado escotado, no quiero que piense algo que no es, o sí, no lo sé. Desde esta mañana, tengo mi cabeza hecha un jodido lio.

—¿Ya estás lista? —pregunta Seth entrando en la habitación que estoy ocupando de su casa.

Le miro y me encojo de hombros. No intento taparme a pesar de que solo llevo puesta la ropa interior. Seth me ha visto desnuda más veces de las que puedo recordar.

—No sé qué ponerme.

—No me extraña. ¿Qué se pone uno para ir a una cita con alguien a quien detestas?

—Seth, no empieces —digo cogiendo un pantalón vaquero negro y ajustado de mi maleta.

—Es que no lo entiendo, Juls. Creí que en cuanto encontraras a ese tipo, le cantarías las cuarenta, hasta le darías un par de guantazos, pero... ¿Salir con él? Eso sí que no me lo esperaba. ¿Qué pretendes yendo a esa cena?

—No lo sé. Le hablé de mí, le dije de dónde era y a lo que se dedicaba mi familia, esperando ver alguna señal en él de que había escuchado hablar de mí o que le recordara en algo a Holly, pero nada. No cambió su gesto ni un ápice al escuchar hablar del rancho ni de Carolina del Norte, actuó como si no hubiese conocido nunca a mi hermana —me pongo una camiseta gris con cuello barco y uno de los hombros caídos y me siento sobre los pies de la cama enterrando la cara en mis manos—. No sé qué es lo que busco exactamente. Supongo que quiero que lo admita, que me diga a la cara lo cabrón que es y lo mucho que siente haberle destrozado la vida a mi pajarita.

—Pues habla claro con él, dile la verdad, que sabes quién es y lo que le hizo a tu hermana. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que no sea el mismo Nathan que conoció Holly? —niego con la cabeza. Estoy totalmente segura de que es él. Solo un hombre así, tan guapo y encantador, podría haber obsesionado tanto a mi hermana. Hubo un momento esta mañana, mientras charlábamos en la cafetería, que hasta yo me vi afectada por su sonrisa pilla y su divertida personalidad. Si no supiese quién es en realidad, estoy segura que habría caído en la misma trampa que cayó Holly—. Pues si estás tan segura, déjate de tonterías. Dale un buen par de ostias y olvídate de él.

—¡No puedo! —digo frustrada—. Necesito hacerle pagar, que sufra.

—Juls, tú no eres así. Eres una buena persona, no dejes que el deseo de venganza te cambie y te convierta en alguien que no eres.

—¿No lo ves, Seth? Ya he cambiado. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea Holly y ese maldito de Nathan Reed. Tengo que hacerlo, solo así podré avanzar.

—Te equivocas. Estoy seguro de que cuando encuentres lo que estás buscando, te darás cuenta que nada ha valido la pena. Lo harás, porque nada de los que puedas hacer te va a devolver a tu hermana. Te entiendo, de verdad que lo hago, pero no me pidas que me quede mirando como destrozas tu vida.

—¿Me estás dando la espalda? —pregunto frunciendo el ceño.

Seth se acerca a mí y besa mi frente cariñosamente.

—Yo nunca te voy a dar la espalda, siempre estaré a tu lado por mucho que te equivoques, pero no cuentas con mi apoyo en esto. ¿Hasta dónde piensas llegar? No sé si te has dado cuenta, pero vas a ir a una maldita cita con ese tipo.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? Tú y yo...

—No se trata de eso, Juls. Lo sabes. Sabes que yo no te veo de ese modo. Te quiero mucho y lo pasamos bien juntos, pero lo nuestro nunca irá a ningún lado porque no estamos enamorados. Lo único que quiero es que seas feliz y me mata verte destruirte a ti misma de este modo.

—Tengo que hacerlo —repito reteniendo las lágrimas—. Lo necesito, tengo que hacerle pagar.

—Bien, haz lo que tengas que hacer, pero intenta no perderte a ti misma en el camino —sentencia antes de salir de la habitación dejándome hecha polvo.

¿Estoy actuando mal? ¿Y si Seth tiene razón y no consigo obtener ninguna satisfacción de esta venganza?

Miro el reloj y compruebo que no tengo tiempo de seguir pensando en esto, ya son casi las siete. Tengo que irme si no quiero llegar tarde a mi “cita”.

A las ocho y cinco minutos, sigo esperando frente a la puerta de Denny’s. No se atreverá a darme plantón, ¿verdad? Espero que no lo haga, porque si lo hace va a saber lo que es bueno. Puedo ir a su maldita casa y... El sonido de un claxon interrumpe mis asesinos pensamientos. Miro hacia el borde de la acera y veo una enorme motocicleta negra, sobre ella Nathan me mira sonriendo y se quita el casco.

—Hola, perdona por el retraso, he tenido un pequeño problema para encontrar la llave de la moto.

—No pasa nada —contesto poniendo mi sonrisa más falsa.

Me tiende un casco y yo lo cojo comprobando su peso en mi mano. Me sobran ganas de estampárselo en la cabeza, pero eso sería muy poco doloroso, como mucho un par de puntos y estaría como nuevo el grandísimo hijo de perra. «No, Reed, tengo algo mucho más desagradable, doloroso y duradero preparado para ti. Esta noche es la prueba de fuego, si eres sincero conmigo y me dejas ver tu verdadera cara, puede que sea compasiva contigo, pero si no lo haces, estarás

cavando tu propia tumba».

—Juls, ¿estás bien? —le miro y vuelvo a sonreír falsamente.

—Perfectamente, ¿a dónde vamos? —pregunto poniéndome el casco. Nathan se echa hacia delante para que pueda subir a la moto, y así lo hago.

—¿Has montado alguna vez? —cuestiona mirando hacia atrás.

—Sí, alguna vez —contesto encogiéndome de hombros. «Tuve una Ducati nada más salir del instituto, imbécil», pienso.

—Agárrate a mi cintura —levanta los brazos, pero yo niego con la cabeza y me sujeto a las agarraderas traseras de la moto.

—Así estoy bien, gracias —digo con sorna. Lo último que quiero es tocarle.

Nathan sonrío de nuevo haciendo aparecer el hoyuelo de su mejilla izquierda y asiente.

—Bien, como prefieras.

—No me has dicho a dónde vamos.

—¿No puedes solo dejarte llevar?

—Depende quien me lleve —contesto alzando una ceja en el interior del casco.

—¿Y si te llevo yo?

—¿Dónde vamos, Nathan? —pregunto dejándole claro que no me fio un pelo.

—A un restaurante que conozco. No está muy lejos, tranquila.

Pone en marcha la moto y nos incorporamos al tráfico a una velocidad moderada. La verdad es que conduce muy bien, no corre ni hace giros bruscos. Paso la mayor parte del viaje preguntándome a mí misma qué demonios estoy haciendo. Quizás Seth tenga razón y todo esto sea una locura.

—¿Te ha gustado el paseo? —pregunta tras detenerse frente a un pequeño restaurante, se quita el casco y se gira hacia mí sonriéndome. ¿Por qué sonrío tanto? ¿Piensa que va a camelarme con esa sonrisa rompe bragas?

—No ha estado mal —contesto bajándome de la moto. Le tiendo el casco y me peino el cabello con los dedos hacia atrás.

—Estás muy guapa, bonita chaqueta —dice señalando mi cazadora de cuero preferida—. Temía que te pusieras un vestido y que no pudieras subir a la moto, quise avisarte, pero no tenía tu número de teléfono.

—No soy mucho de usar de vestidos —contesto encogiéndome de hombros—. Solo me los pongo en ocasiones especiales.

Pierde la sonrisa durante un momento dándose cuenta de lo que mis palabras han querido decir. Esta no es una ocasión especial para mí. En realidad sí que lo es, pero no por las razones que él pueda imaginar.

—¿Te pasa algo conmigo, Juls? Esta mañana creí que habíamos congeniado bien, pero ahora me da la impresión de que estás a la defensiva conmigo. ¿He hecho algo que te haya podido molestar?

«Sí, matar a mi hermana, maldito hijo de puta», pienso. Pongo una nueva sonrisa falsa en mi cara y niego con la cabeza.

—No es nada. Solo he tenido un mal día y creo que la estoy pagando contigo. Discúlpame, no era mi intención.

La sonrisa que siempre luce, vuelve a adueñarse de su rostro y se baja de la moto señalándome la fachada del restaurante.

—Tranquila, pasemos al interior. No es un local muy lujoso, pero te puedo asegurar que vas a comer el mejor risotto de setas y gambas que has probado en tu vida.

—Nunca he probado el risotto —digo sin pensar.

—¡Una virgen! —exclama acercándose a mí más de lo que me gustaría que lo hiciese. ¿Huele a melón? ¿Por qué un hombre huele a melón? Es un olor muy agradable, pero muy poco usual en un hombre, aunque la verdad es que dan ganas de darle un bocado—. De esas ya quedan pocas —susurra pegándose aún más a mí.

Me mira a los ojos y nuevamente, esa sonrisa de dientes blancos me deja medio embobada, como si estuviese en una especie de trance. ¡¿Qué mierda me pasa?!

—Tengo hambre, ¿entramos ya? —pregunto saliendo de ese estado de estupidez mental en el que estaba sumergida.

Nathan vuelve a sonreír y me indica con la mano que pase delante de él. Al llegar a la puerta, la abre como todo un caballero y pone una de sus manos sobre la parte baja de mi espalda guiándome hacia el interior del restaurante. En el momento en el que su mano hace contacto con mi cuerpo, un escalofrío me recorre de pies a cabeza, y lo peor es que no sé por qué ocurre eso, por repulsión hacia su contacto o porque me gusta la sensación que me produce su tacto.

Me has mordido

Nathan

Hace más de una hora que hemos llegado al restaurante, y la aparente agresividad de Juls al principio de la noche ha sido sustituida por un silencio algo incómodo, que yo intento evitar diciendo cualquier chorrada que se me venga a la cabeza. Sí, soy una de esas personas que no soporta los silencios.

—Estás muy callada —señalo—. ¿El postre está bueno?

Juls asiente en respuesta tomando una nueva cucharada de su tarta de queso con frambuesa y yo suspiro. No sé qué más hacer para sacarle algo de conversación. Esta mujer no se parece en nada a la chica que conocí esta mañana en la cafetería, no creí que fuese tan callada y retraída.

—¿Te estoy aburriendo, Nathan? —pregunta sorprendiéndome.

—Sinceramente, creo que esta cita no está yendo precisamente bien. Esperaba algo más de colaboración por tu parte.

Veo como una sonrisa empieza a tirar de sus labios.

—¿Siempre eres tan sincero? —pregunta dejando su servilleta junto al plato de postre vacío.

—Intento serlo —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Siempre dices la verdad?

Frunzo el ceño intentando entender el motivo de su pregunta.

—Acostumbro a hacerlo. No me gustan las mentiras, ni siquiera las piadosas.

—Entonces eres un hombre de verdades, muy bien. Cuéntame algo más sobre ti, sé que te dedicas a viajar por el mundo haciendo fotografías, pero no me has dicho nada más.

¡Bien! Está hablando y quiere saber más sobre mí. Quizás esta cita no va a ser tan mala después de todo, o eso creo.

—Mi vida no ha sido muy interesante, nací y crecí aquí en Nueva York, mi familia posee una empresa de Importación y exportación de la cual se supone que yo iba a hacerme cargo, para eso estudié empresariales en la NYU, pero mi padre no contaba con que a mí empezara a gustarme la fotografía desde el instituto. Cuando le mencioné que quería ser fotógrafo, se llevó una gran desilusión.

—Decepcionaste a tus padres, eso debe haber sido algo muy duro.

—Sí, hoy en día aún no he conseguido recuperar nuestra relación. Ellos no entienden que yo vea la vida de una forma distinta a la suya. Cada vez que pienso en pasarme todo el día encerrado en una oficina, me dan ganas de pegarme un tiro en la cabeza —comento sonriendo. Veo como su cara cambia de pronto y me mira de una forma muy extraña, como si estuviese asesinándome con los ojos—. ¿He dicho algo malo? —pregunto.

Niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza antes de sonreír levemente, pero por alguna razón, no creo que sea una sonrisa sincera.

—No, no es nada. Sigue contándome. ¿Tienes hermanos?

—Sí, una hermana pequeña, se llama Sonya, tiene veinticuatro años. Está completamente loca, pero la adoro —no puedo evitar que una enorme sonrisa se instale en mi cara al hablar de mi loca

—. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos? —veo como vuelve a fruncir el ceño y aprieta con fuerza la servilleta que tiene entre las manos. Quizás no se lleve muy bien con su familia. Me dijo que sus padres habían muerto en un accidente cuando ella era una adolescente, así que supongo que no será fácil para ella tocar ese tema.

—Sí, solo una, pero está muerta —contesta secamente.

«¡Genial! Te estás luciendo, Nate», me digo a mi mismo en mi cabeza. Seguramente su hermana falleció en el mismo accidente en el que murieron sus padres.

—Lo siento —susurro mirándola fijamente.

Veo como entrecierra los ojos como si intentara leer mi mente.

—¿De verdad lo sientes, Nathan? ¿Eres tan sincero cómo dices?

—Eh... sí, claro que lo siento. Es algo que te entristece y... —resopla echándose hacia atrás y cruzándose de brazos—. No entiendo a dónde quieres llegar con esa pregunta. Me da la impresión de que me estoy perdiendo algo.

—No, no te pierdes nada. Sigue contándome cosas sobre ti —contesta secamente.

Suspiro y hago lo que me pide. No acabo de entender a esta chica, hay algo que me esconde, pero al mismo tiempo me atrae como un jodido imán atrae un trozo de metal.

—Me dijiste que habías nacido en Carolina de Norte, ¿en qué zona? —pregunto intentando cambiar de tema.

—Black Mountain —contesta sin dejar de mirarme, como si esperara una reacción por mi parte a... algo. Empiezo a pensar que... ¿Es posible que Juls conozca mi secreto? No puede ser. Muy poca gente lo sabe, solo mis amigos más allegados y mi familia. Es imposible que ella haya podido enterarse de lo que ocurrió con... de lo que le hice a ella.

—Es curioso, conozco a alguien que vive en Black Mountain —digo tras carraspear.

—¿Sí? ¿Cómo se llama ese alguien? —inquire acercándose a mí por encima de la mesa.

—Era una amiga, se mudó allí hace... —en ese momento el camarero nos interrumpe al llegar a la mesa para recoger los platos del postre y preguntarnos si queremos algo más, los dos negamos y cuando se va, Juls me mira fijamente—. ¿Nos vamos ya? Mañana tengo que ir temprano a ver un local que quiero comprar.

—¿Un local? ¿Para qué?

—Te lo cuento mientras damos un paseo —respondo guiñándole un ojo. Ella asiente y tras pagar la cuenta, salimos del local y damos una vuelta por los alrededores.

Le cuento todo sobre mis planes de abrir mi propia galería y lo mucho que me ha costado reunir el dinero para lograr alcanzar mi sueño.

—Sí, supongo que habrá sido muy difícil conseguir todo el capital necesario para comprar un local en una de las zonas más exclusivas de la ciudad —dice. Por un instante, me parece que está siendo sarcástica, como si no creyera nada de lo que le estoy contando.

—Así es, he tenido que trabajar muy duro para conseguirlo, pero finalmente, ese trabajo ha dado sus frutos, y estoy a punto de conseguir lo que siempre he soñado, poder vivir de mis fotografías, de las que me gusta hacer y no de las que me encargan.

—Sí, muy duro —murmura en voz baja.

Suspiro y agarro su brazo girándola hacia mí.

—Juls, ¿se puede saber que he hecho? ¿Es que eres así con todo el mundo o tienes un problema conmigo en particular? No te entiendo. ¿Por qué has aceptado venir a cenar conmigo? Si no te apetecía, podrías haberlo dicho. Te hubiese entendido.

Resopla y se echa el pelo hacia atrás cerrando los ojos con fuerza.

—Lo siento. Ya te he dicho que he tenido un mal día. Hay problemas en el rancho de mi

familia y me están afectando más de lo que esperaba.

—¿Es algo que puedas resolver? —pregunto olvidando mi cabreo. Si tiene problemas es normal que no pueda disfrutar de la cita como a mí me gustaría que lo hiciera.

—Sí, puedo resolverlo, pero quizás tenga que viajar a Black Mountain, y eso es algo que no me apetece hacer.

—Si puedo ayudarte en algo... —me sonrío, y en ese momento siento como mi corazón empieza a latir con fuerza en el interior de mi pecho. Joder, está preciosa cuando sonrío.

—Puedes ayudarme llevándome a casa —solicita ampliando aún más su sonrisa.

Miro sus ojos, y por un momento, me quedo prendado de esos dos faros amarillos. ¿Es posible enamorarse de una mujer tras haberla visto solo un par de veces? No conozco la respuesta a esa pregunta, pero lo que sí sé es que nunca he sentido esto que estoy sintiendo, estas ganas de saber todo sobre una persona, de conocer hasta el más mínimo detalle de su personalidad. Esto es algo nuevo para mí y voy a dejarme llevar. Lo necesito, deseo seguir sintiéndome de este modo.

—Vamos, te dejaré en casa —afirmo agarrándole la mano. En un primer momento, parece resistirse a mi contacto, pero después aprieta mi mano y se deja llevar por mí hasta la entrada del restaurante en el que hemos cenado. Subimos a la moto y conduzco despacio por la carretera que a estas horas está mucho menos transitada. Al llegar a la dirección que me indica, aparco frente a un edificio de color ladrillo en pleno corazón de Harlem, y apago el motor de mi Yamaha.

—Muchas gracias por la cena, y por el paseo —dice tras bajarse de la moto y quitarse el casco. Me lo tiende y yo lo agarro enganchándolo en la parte trasera. Imito su gesto y me bajo de la moto sonriendo.

—Gracias a ti por haber aceptado. Espero de verdad que puedas resolver ese problema que tanto te inquieta, Juls.

—Gracias, yo también espero hacerlo —dice mirándome fijamente.

Vuelvo a mirar sus ojos, y nuevamente mi corazón responde a su mirada martilleando con la fuerza de una jodida locomotora. Voy a hacerlo, tengo que hacerlo. Mi padre siempre dice que el mundo es para los valientes y yo lo soy. No voy a quedarme con las ganas de saber qué habría pasado si lo hubiese hecho.

Me acerco más a ella y pongo una mano sobre su mejilla. En un primer momento, se estremece y me fulmina con la mirada, dándome a entender que no es eso lo que quiere, pero no se aparta. ¿Por qué no se aparta? Creo que mis intenciones son muy claras. Si no quiere que la bese debería apartarse.

—Nathan —sisea poniendo su mano sobre la mía que reposa en su mejilla.

No sé qué ha significado eso, pero pienso averiguarlo. Doy un paso hacia delante rodeando su cintura con mi otro brazo, y la beso en los labios, un beso dulce y cariñoso. No soy imbécil, sé perfectamente cuando una mujer no está receptiva, y Juls no lo está. Se envara como un palo de escoba y no mueve un milímetro los labios.

—Lo siento —susurro contra su boca—. No quise incomodarte. Llevo todo el día soñando con poder besarte. No sé qué me pasa contigo, Juls. Me atraes muchísimo, de una forma extraña y retorcida, ya que tengo la impresión de que me ocultas algo, pero por muy sórdido que parezca, creo que eso es lo que me hace desearte tanto, me intrigas como nunca nadie lo ha hecho. Siento haberte molestado, te prometo que no volveré a incomodarte —me alejo de ella dispuesto a largarme de ese lugar antes de seguir haciendo más el ridículo, pero su mano agarrando mi brazo, me impide moverme. Miro sus ojos de nuevo, y descubro que su expresión ha cambiado. Se acerca a mí en una zancada y pega sus labios a los míos abrazando mi cuello. Me sorprende su efusividad, pero reacciono al instante moviendo mis labios sobre los suyos, hasta que lo que

empezó siendo un beso cálido y cariñoso, se convierte en un beso tórrido y apasionado. Rodeo su cuerpo con mis brazos y deslizo mis manos por su espalda pegando mi semi endurecida entrepierna a su bajo vientre. ¿Cómo es posible que me endurezca solo con un beso? Nuestras lenguas se enredan la una en la otra bailando sensualmente, mientras sus manos tiran del pelo de mi nuca con tanta fuerza que resulta doloroso, excitante, pero doloroso. Ignoro el dolor y sigo besándola como si se me fuese la vida en ello. Lo estoy disfrutando como nunca he disfrutado de un beso. Su sabor es adictivo y su salvaje forma de aferrarse a mi boca devorándola por completo, me están haciendo perder la razón. Estoy tan absorbido por ese deseo que provoca que la sangre fluya a toda velocidad por mis venas yendo a parar directamente a mi entrepierna, que no me doy cuenta cuando sus dientes se cierran alrededor de mi labio inferior y muerden con fuerza.

—¡Auch! —grito apartándome de ella y tocando mi labio herido. Siento humedad en mis dedos y me doy cuenta de que estoy sangrando—. ¡Me has mordido! —exclamo sorprendido. Juls me mira con la respiración entrecortada y niega con la cabeza como si no creyera lo que acaba de hacer. Parece asustada de sí misma y eso me provoca un sentimiento de ternura hacia ella. Viéndola aquí frente a mí, me doy cuenta de que solo es una pequeña criatura asustada. Como si todo lo que está viviendo la superara, pero ¿por qué se siente así? Yo también estoy abrumado por estos nuevos sentimientos, pero ella... no la entiendo. ¿Por qué actúa de este modo?

—Tengo que irme —dice negando con la cabeza.

—¡Eh, tranquila! Solo es un pequeño corte, no pasa nada —agarro su mano cuando veo que está dispuesta a irse, pero ella se zafa de mi agarre con un movimiento violento.

—¡No me toques! —ordena clavando sus furiosos ojos en los míos.

Alzo las manos para mostrarle que no pienso hacer nada que ella no quiera y doy un nuevo paso en su dirección.

—Tranquila, nena. Todo está bien. Solo ha sido un accidente.

—Tengo que irme. Esto ha sido un error, un terrible error —repite. Empieza a caminar a largas zancadas hacia la puerta de su edificio y yo me quedo paralizado viendo como abre la puerta y se pierde en el interior sin mirar atrás.

¿Un error? ¿Cuál ha sido el error? ¿Salir conmigo o besarme? ¿Qué mierda está pasando? ¿Por qué huye de mí? ¿Por qué me miraba como si me odiara profundamente? Me paso un buen rato formulándome cientos de preguntas para los que no tengo ninguna respuesta. Tras un buen rato, decido subirme a la moto e irme a casa, pero no voy a quedarme con la duda, pienso resolver todas las incógnitas. Juls va a tener que darme muchas explicaciones, así tenga que acampar delante de su edificio durante una semana para que hable conmigo.

Juls

Entro en casa y lanzo mi chaqueta sobre el sofá, apoyo mi espalda contra la puerta y entierro la cara en mis manos.

—¿Cómo has sido tan imbécil, Juls? —me pregunto a mí misma en voz baja—. ¿Por qué le has besado? Ese hijo de perra se ha cargado a tu hermana, y vas tú... y le besas. Eres una... una tonta, imbécil ¡Joder!

—¿Juls? —la voz de Seth me sobresalta, le miro y enseguida me doy cuenta de que algo no anda bien.

—Seth, ¿qué pasa? —pregunto acercándome a él, tiene los ojos hinchados de haber llorado y la expresión de su rostro no augura nada bueno.

—Es mi madre, Juls —susurra reteniendo las lágrimas—. No lo ha logrado.

Estiro mis brazos y lo sujeto contra mí mientras él llora sobre mi hombro. La madre de Seth estaba enferma de cáncer, sabía que la enfermedad estaba muy avanzada, pero nunca creí que el final estuviese tan cerca.

—Lo siento, cariño —susurro frotando su espalda de manera reconfortante.

Los siguientes cinco días, me convierto en una sombra de Seth. Obviamente él no lo está pasando nada bien, su madre era su única familia y se ha tenido que encargar de todo lo relacionado con el funeral y el entierro. Yo he querido estar a su lado, igual que él estuvo ahí para mí cuando yo lo necesité, y aún le necesito. Toda esta situación, no ha hecho más que recordarme todo el dolor por el que he tenido que pasar recientemente. Al menos Seth está en paz, no tiene a nadie a quien culpar por su desgracia y estoy segura de que eso mitiga su dolor. Con el tiempo se resignará a tener que vivir con la ausencia de la persona que más ha querido en su vida. Yo no lo tengo tan fácil, durante estos días no he podido dejar de pensar en Nathan y en ese beso. No quería besarle, es más, en un primer momento le rechacé, pero después... no sé qué me ocurrió, de pronto me di cuenta de que mi boca estaba pegada a la suya y... solo quería parar, pero no podía, mis labios seguían moviéndose a pesar de mi voluntad. La rabia... a esa sí la recuerdo bien. Esa rabia que me hizo querer castigarle por haberse atrevido a tocarme. Lo hice, le castigué mordiéndole lo más fuerte que pude, pero entonces me sentí mal al verle sangrar. Yo le había hecho eso, había derramado la primera gota de sangre del hombre que mató a mi hermana. Creí que me sentiría bien al verle en ese estado, pero no fue así. Me di cuenta de que yo no era esa persona. Yo no soy así, no disfruto haciendo daño a la gente, así sea el ser más rastrero y mezquino sobre la faz de la tierra.

Mi teléfono empieza a sonar encima de la mesa auxiliar del salón, que es dónde hemos acampado Seth y yo desde que enterraron a su madre, nos hemos estado atiborrando a helado de chocolate y viendo películas antiguas.

—¿Hola? —pregunto tras descolgar la llamada.

—¿Juls? —reconozco esa voz, pero no logro recordar a quién pertenece.

—Sí, soy yo, ¿quién es? —Seth me mira desde el otro lado del sofá, y yo me encojo de hombros diciéndole por señas que no sé quién me está llamando.

—Soy Alec, eh... Alec Wolfheart.

—¿Alec? Hola, ¿ha pasado algo en el rancho?

—Sí, bueno, no. Verás... Ha pasado algo, pero nada grave. Hubo una tormenta muy fea hace unos días y el río se desbordó inundando parte de las tierras de los Callaghan. Tranquila, las tuyas están perfectamente. Pero... bueno, es que... Quería pedirte permiso para poner algunos animales en tus pastos. Al perder los suyos, casi todo el ganado de los Callaghan está en mis tierras y he pensado, que ya que muchos de tus pastos están sin usar...

—Alec, no necesitas pedirme permiso para eso. Usa las tierras del rancho Carrington según te convenga, al fin y al cabo tú has pagado por ellas.

—Eso no importa, son tus tierras y...

—Alec, actúa como si fuesen tuyas. Haz lo que creas conveniente.

—Bien, muchas gracias, Juls.

—No tienes nada que agradecer, al contrario, soy yo la que te debe una gran suma de dinero, pero no lo he olvidado.

—Yo sí, ya te he dicho que eso no me importa en absoluto. Pero... ¿Tú cómo estás? ¿Vas a volver? ¿Ya sabes qué vas a hacer con el rancho?

—Mejor, no lo sé, y no tengo ni la más remota idea, en ese orden —contesto sonriendo—. Aún estoy intentando saber qué voy a hacer con mi vida.

—Si necesitas algo, lo que sea, solo tienes que decirlo.

—Muchas gracias, Alec. ¿Tú cómo estás? Ahora que lo pienso... ¿El ganado de los Callaghan en tus tierras? Creí que los Wolfheart y los Callaghan os odiabais.

—Sí, bueno, eso era antes de que yo me enamorara de Johanna Callaghan, y por supuesto, antes de que nuestro hijo naciera.

—¿Tienes un hijo?! Y con Johanna. Eso sí me sorprende. La vi contigo en el cementerio, pero no pensé que... En fin, me alegro mucho por ti.

—Sí, ya era hora de que esta maldita guerra entre nuestras familias terminara de una vez y pudiésemos estar juntos —hay un silencio de unos segundos al otro lado de la línea y escucho a Alec suspirar—. Me gustaría hablar contigo, que nos pongamos al día. Holly... ella me hablaba de ti constantemente. La echo mucho de menos, Juls.

Cierro los ojos y asiento aunque no él no pueda verme.

—Yo también la echo de menos. Te prometo que muy pronto nos veremos. Además, hay algo que quería preguntarte.

—Tú dirás.

—¿Sabes dónde pueda estar el teléfono móvil de Holly?

—¿Su teléfono? Eh... Pues no lo sé. Supongo que estará en su casa, bueno en la tuya. Mandé limpiar la habitación en la que... eh... ya sabes... en la que pasó eso, pero yo no fui allí. Supongo que, si el teléfono estaba en la habitación, allí seguirá.

—¿Podrías hacerme el favor de comprobarlo? Necesito encontrar ese móvil.

—Sí, claro, iré allí mañana por la mañana y te aviso con lo que sea.

—Genial, muchas gracias.

—Adiós, Juls.

Me despido de él y cuelgo el teléfono.

—¿Todo bien en casa? —pregunta Seth.

—Sí, aunque no estoy segura de que esa sea mi casa —Suspiro y echo hacia atrás en el sofá—. No tengo ni idea de lo que voy a hacer con mi vida.

—¿Sigues pensando en vengarte de Nathan Reed? No me contaste que pasó en vuestra cita.

—Nada importante, solo sirvió para convencerme totalmente que es la persona que andaba buscando.

—¿Habéis quedado otra vez? ¿Has sabido algo de él?

—No, pero tampoco es que haya tenido mucho tiempo libre —contesto.

—Lo sé, gracias y perdóname por hacerte pasar por todo esto.

—No tienes nada que agradecer —digo agarrando su mano—. Sabes que siempre podrás contar conmigo, igual que yo he contado siempre con tu apoyo.

—Juls, ya sabes que no estoy de acuerdo con lo que quieres hacer, sea lo que sea, pero siempre estaré ahí para ti. Y no creas que no me he dado cuenta de que has esquivado el tema de esa cita.

—Lo sé, y te prometo que en cuanto averigüe que rumbo quiero tomar, tú serás el primero en saberlo. Y en lo referente a esa cita... Fuimos a cenar y después me besó al dejarme en la puerta de casa.

—¿Te besó? —asiento—. Y tú, ¿le devolviste el beso?

—Sí, bueno, no. Al principio no, pero después... no pude evitarlo. El muy crabrón sabe lo que se hace. Ahora entiendo cómo es que consiguió volver loca de amor a mi hermana. De verdad, nunca he conocido a un hombre tan encantador y divertido, es un embaucador profesional. Mientras me besaba, por un momento, casi olvido con quién estaba, por suerte recuperé la cordura

a tiempo y le mordí.

—¿Le mordiste? —pregunta divertido. No sé qué es lo que le hace tanta gracia.

—Sí, le hice un corte en el labio.

—¿Eso te hizo sentir mejor? ¿Obtuviste alguna satisfacción causándole daño?

—No lo sé, Seth. Al principio sí, pero después... Yo no soy así, pero... No puedo dejarlo, ¿lo entiendes? No puedo permitir que ese hijo de perra se quede sin castigo.

—Juls, no voy a seguir insistiendo en que lo dejes, pero prométeme que tendrás cuidado.

—¿Crees que puede hacerme daño? Solo es un niño mimado, su estilo no es ser violento.

—No me refiero a eso. Lo que digo es, que si no vas con cautela, podrías caer en la misma trampa que cayó tu hermana y enamorarte de ese tipo.

—¿Qué?! ¡Estás loco! Eso nunca. Aquí el único que debe tener cuidado, es Nathan Reed, porque así tenga que ir en contra de mí misma, voy a cumplir la promesa que le hice a mi hermana. No pararé hasta verle destrozado.

A ambos lados

Juls

Me despierta el sonido insistente de mi teléfono móvil, estiro la mano hacia la mesita de noche y descuelgo la llamada incorporándome en la cama.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Hola Juls, buenos días. Soy Alec Wolfheart.

—Alec, buenos días.

—Siento si te he despertado, pero te llamo para decirte que hice lo que pediste ayer, tengo el teléfono de Holly.

Me froto la cara sentándome sobre la cama y espabilándome de golpe.

—¿Lo has encontrado?

—Sí, estaba sin batería, así que acabo de enchufarlo para que cargue, ¿quieres que lo encienda?

—Sí, por favor —contesto arrugando la nariz, como siempre hago cuando estoy nerviosa.

—Dame un segundo, se está encendiendo. ¿Qué es lo que quieres que busque?

—Necesito que entres en la galería de fotos y me las reenvíes a mi teléfono ¿Puedes hacerlo?

—Sí, claro. ¿Buscas alguna foto en especial? Las estoy mirando ahora mismo y... la mayoría son del rancho, hay algunas en las que aparecemos ella y yo juntos —susurra con voz triste.

—¿Puedes mandármelas todas? Necesito comprobar algo.

—Sí, por supuesto, acabo de hacerlo —dice justo en el momento en el que mi teléfono empieza a vibrar pegado a mi oreja al recibir su mensaje.

—Está bien, muchas gracias.

—¿Qué quieres que haga con el móvil?

—Guárdalo, le echaré un vistazo cuando vuelva.

—Bien, si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Alec. Hablaremos pronto.

Nos despedimos y tras colgar la llamada, abro rápidamente el mensaje que me acaba de enviar Alec. Repaso docenas de fotografías, en algunas de ellas Holly sale sonriendo a la cámara con Alec a su lado, otras son del río y de la naturaleza, pero la mayoría son del ganado y las tierras de mi familia. Como si hubiese sacado esas fotos para mostrarle a alguien el lugar donde vivía. Sigo revisándolas, hasta que llego a una fotografía que me hace cerrar los ojos con fuerza, en ella aparece un hombre vestido con un pantalón vaquero y una chaqueta de cuero, está sobre una moto negra y no se le puede ver la cara porque lleva el casco puesto, pero no necesito verle, sé que es Nathan, porque esa chaqueta que lleva puesta en la foto, es la misma que usó la noche de nuestra cita, y la moto... podría reconocerla en cualquier lado, es su moto. Si tenía alguna duda de que Nathan pudiera no ser el hombre que engañó a mi hermana, ahora tengo la prueba definitiva de que sí es él.

—Ya no hay ninguna duda —murmuro para mí sin dejar de mirar la imagen—. Voy a acabar contigo Nathan Reed, vas a pagar por lo que le hiciste a mi pajarita. Llorarás las mismas lágrimas

de sangre que le hiciste llorar a ella. Y ya sé cómo lo voy a hacer, sé exactamente cómo me voy a vengar de ti. Ojo por ojo y diente por diente. Aunque tenga que perderme a mí misma en el intento y tenga que dejar a un lado todos mis principios, pagarás con tu vida por la muerte de mi hermana.

Nathan

Miro nuevamente hacia la entrada del edificio en el que vi por última vez a Juls, no he conseguido encontrarme con ella desde la noche en la que salió huyendo después de besarme de esa forma que lo hizo. La he esperado cada noche delante de su puerta, hasta he preguntado a los vecinos, pero todos me dijeron que no conocían a ninguna mujer llamada Julia Black que viviese en ese edificio.

Resoplo pasándome la mano por el pelo y subo a mi moto. Tengo que encontrarla, no he podido dejar de pensar en ella un solo segundo desde esa noche. Necesito que me dé una explicación a su huida, que me diga qué fue lo que le pasó. ¡Joder! Me estoy volviendo loco, no sé qué me pasa con esta chica, me tiene totalmente obsesionado como no lo he estado nunca. Quizás es por ese halo de misterio que la rodea o porque no consigo entenderla del todo. Pero sé que necesito volver a verla.

Arranco el motor y justo cuando estoy poniéndome el casco, veo como la puerta del edificio se abre, alzo la vista y la veo allí frente a mí, mirándome fijamente. Me quito el casco de golpe, y bajo de la moto de un salto tras apagar de nuevo el motor.

—¡Juls! Te he estado buscando —digo corriendo hacia ella.

—Pues ya me has encontrado. ¿En qué puedo ayudarte, Nathan? —pregunta alzando una ceja.

—Necesito hablar contigo sobre lo que pasó la otra noche. ¿Por qué te fuiste así? No tenía tu número de teléfono y... ¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?

—Yo tampoco tengo tu número —contesta sonriendo levemente.

—Cierto, no pensé en eso —digo correspondiendo a su sonrisa—. ¿Qué te parece si te invito a tomar un café y charlamos un rato? Me gustaría que me explicaras por qué huiste de esa forma la otra noche.

—Nathan, yo... —suspira y retira un mechón de su pelo negro azabache de su cara—. Lo siento, creo que reaccioné mal a lo que pasó y... no sé cómo explicarlo.

—Bueno, te besé, me rechazaste, después me besaste tú y acabaste mordiéndome. Eso es algo muy extraño.

—Yo no soy una chica normal. Mucha gente diría que soy extraña, incluso rara.

—Tienes suerte, porque me encanta lo raro —replico acercándome a ella. Nuevamente un mechón de su pelo cae sobre su frente y esta vez soy yo quien lo pongo tras su oreja aprovechando el momento para acariciar su mejilla—. Te lo dije en ese momento, Juls, y te lo vuelvo a repetir, me gustas, me gustas mucho, demasiado para mi propio bien.

—Creo que has usado las palabras correctas —susurra agarrando mi mano que reposa en su mejilla y entrelazando sus dedos con los míos.

Miro su boca, esos labios carnosos y dulces como una fruta madura. No puedo evitar pensar en ese beso que removió todo mi interior, haciéndome sentir durante unos minutos el hombre más afortunado del mundo por ser merecedor de ellos.

—Me muero por besarte de nuevo —murmuro acercando mi cara a la suya. Alzo la mirada a sus ojos y sonrío de medio lado—. Si lo hago, ¿volverás a morderme?

Juls rodea mi cuello con uno de sus brazos y pega sus labios a los míos sin llegar a tocarme.

—Tendrás que averiguarlo por tí mismo —contesta en tono seductor.

Sonrío de nuevo y vuelvo a mirar sus labios. Vale la pena el dolor por volver a saborearlos,

por supuesto que sí.

—Correré el riesgo —sentencio justo antes de besarla.

Esta vez Juls no se resiste, responde a mi beso con la misma pasión con la que yo la estoy besando. Nuestras lenguas se encuentran y juegan a enredarse en el interior de nuestras bocas mientras mis manos se aferran a sus caderas atrayéndola hacia mí. Me muerde, sí que lo hace, pero en esta ocasión no resulta doloroso. Sus dientes apresan mi labio inferior y Juls me mira con ojos centelleantes, como si estuviese pasándoselo en grande. Le devuelvo el mordisco alzando una ceja y ella sonríe antes atacar mi boca y arrasarla, mientras sus manos tiran del pelo de mi nuca acercándome más a ella.

—Creí que querías invitarme a un café —murmura con la respiración agitada rompiendo nuestro beso.

—Son las diez de la noche, si me tomo un café, no creo que pueda dormir.

—Entonces... ¿Qué quieres hacer?

—Ven, quiero llevarte a un lugar —digo agarrando su mano y tirando de ella.

—Un momento, Nate. No soy una chica tan fácil —bromea.

—¿Nate? Me gusta, suena muy sexy salido de tus labios —paso mi dedo índice por su labio inferior deseando poder besarlo y mordisquearlo de nuevo.

—¿Nadie te llama así?

—Solo mis padres y Alan, mi mejor amigo. Y no creo que seas una chica fácil. Prometo que me comportaré como un caballero.

—¿Debería fiarme de ti? —inquieta entrecerrando los ojos.

—Ya te he dicho que siempre digo la verdad.

—Ya, eso has dicho —murmura desviando la mirada. Sonríe levemente y empieza a caminar hacia mi moto—. ¿No me vas a decir a dónde vamos?

—Es una sorpresa —le tiendo un casco y los dos montamos sobre la máquina. No puedo evitar fijarme lo mucho que Juls mira la carrocería de la moto—. ¿Pasa algo?

—No, solo... Me preguntaba si la tienes hace mucho tiempo, la moto digo.

—Eh... pues sí, hace unos seis años, ¿por qué?

—Y ¿esta cazadora? —pregunta agarrando las solapas de mi chaqueta de cuero preferida.

—Esta algo menos, unos cuatro años. ¿A qué vienen esas preguntas?

—Nada, solo era curiosidad —contesta bajando la visera de su casco y privándome de ver sus preciosos ojos ambarinos.

Asiento algo extrañado por sus preguntas y pongo en marcha el vehículo. Nos lleva un rato llegar a Pebble Beach, justo debajo de Manhattan Bridge. Detengo la moto y los dos nos bajamos quitándonos los cascos.

—¿Tienes frío? —pregunto al ver que se frota los brazos.

—Solo un poco —contesta.

Asiento y me acerco a ella para ayudarla a entrar en calor agarrando sus brazos. Aunque lleva una chaqueta puesta, no está suficientemente abrigada como para hacer un viaje tan largo en moto con la temperatura a la que estamos. La parte más dura del invierno aún no ha llegado a la ciudad, pero no tardará en hacerlo. Han anunciado una tormenta para los próximos días y los termómetros ya empiezan a marcar las bajas temperaturas típicas de esta altura del año en la ciudad de Nueva York.

—¿Quieres volver? No pensé que tuvieses tanto frío.

—No, estoy bien. Solo espero que no llueva.

Miro al cielo y hago una mueca, está bastante cargado.

—Yo también. Ven, no tardaremos —sujeto su mano y comienzo a caminar hacia la empedrada playa—. ¿Has estado aquí alguna vez?

—No, he visto esta playa muchas veces al cruzar el puente, pero nunca había bajado. ¿Qué hacemos aquí?

—Disfrutar de las vistas —digo sentándome sobre una roca.

Miro hacia el frente, más allá del puente pueden verse los grandes edificios y las luces de la ciudad. El ruido de los coches cruzando el puente es persistente y a algunas personas podría resultarles molesto, pero a mí me encanta.

—¿Me has traído aquí para ver el puente? —pregunta sonriendo—. Siento decepcionarte, pero ya lo he visto muchas veces.

—Me lo imaginaba, pero quería estar un rato a solas contigo y este es un sitio que siempre me ha gustado.

—¿Es ese lugar a donde siempre llevas a tus conquistas? —la miro y compruebo que sigue sonriendo.

—No, siempre vengo aquí solo. Cuando quiero estar tranquilo, me paso por aquí, de noche nunca hay nadie.

—Es lógico, la gente tiene cosas mejores que hacer que congelarse viendo como los coches cruzan el puente.

—¿Sabes? Me cuesta distinguir cuando bromeas o dices la verdad.

—Ahora mismo estoy bromeando. Las vistas de la ciudad son espectaculares desde aquí.

—Bien, me alegra que te gusten. ¿Tú tienes algún lugar así?

—¿Un lugar a donde voy cuando quiero estar sola? —asiento—. No, al menos no en Nueva York. Cuando era pequeña y vivía en Black Mountain, solía ir al río. Me gustaba sentarme en mitad de la nada, rodeada de naturaleza con la única compañía de los sonidos de los animales y el agua corriendo río abajo.

—Suena bien. ¿Algún día me llevarás a verlo? —pregunto en broma.

Juls me mira y entrecierra los ojos.

—¿Vendrías conmigo al mismísimo fin del mundo?

—Al infierno también —contesto sonriendo.

—Quizás algún día te lleve —murmura mirando hacia el puente.

—¿A Black Mountain o al Infierno?

Juls me mira y una media sonrisa se dibuja en su cara.

—A ambos lados —afirma.

Cojo su mano y la miro directamente a los ojos.

—¿Vas a explicarme por qué huiste de mí la otra noche? Creí que todo estaba bien. La cita no salió tan mal después de todo, y ese beso... Lo sentiste, ¿verdad? Fue por eso que te asustaste, sentiste esa enorme atracción que nos une.

—Nate, no te voy a negar que sentí algo, en realidad fueron muchas cosas, demasiadas, por eso me fui. No supe cómo asimilar todo lo que estaba sintiendo.

Sonríó y acarició su mejilla con el dorso de mi mano.

—No entiendo cómo puedes obsesionarme tanto sin apenas conocerte, pero si algo tengo por seguro, es que quiero hacerlo, quiero conocer cada parte de ti.

—Si lo haces, quizás no te guste lo que encuentres. Tú lo has dicho, no me conoces. Puede que descubras que no soy la persona que crees que soy.

—¿Intentas asustarme o retarme? —pregunto esbozando una sonrisa de medio lado.

—Depende —acerca su cara a la mía y me mira mordidiéndose el labio inferior de manera

seductora—, ¿te gustan los retos?

—Me encantan —contesto antes de pegar mis labios a los suyos.

Como cada vez que mi boca hace contacto con la suya, pierdo el control sobre mí mismo y mi corazón se acelera de una forma inhumana. ¿Es posible morir de un infarto por besar a una mujer? En este momento creo que esa es una posibilidad muy factible.

Intento apartarme de ella para cumplir mi promesa de comportarme como un caballero, pero sus brazos rodeando mi cuello no me lo permiten. Su lengua sigue moviéndose en el interior de mi boca y noto como se sienta a horcajadas sobre mis piernas. No necesito más que un roce de su trasero contra mi entrepierna para estar listo para la acción.

—¿Me deseas? —susurra Juls con voz ronca tras morder mi labio inferior.

—Más que a nada —contesto amasando su duro trasero y acercándola más a mí para que note la dureza de mi miembro.

En ese momento el cielo se ilumina y nos sobresaltamos al escuchar un enorme estruendo.

—¿Eso ha sido un rayo? —pregunta ella apartándose de mí. Tiene la respiración agitada y su pecho sube y baja con violencia tras nuestro momento de pasión.

—Sí, creo que la tormenta va a llegar antes de lo esperado, deberíamos irnos.

—¿A dónde? No creo que nos dé tiempo a cruzar la ciudad para llegar a mi casa antes de que comience a llover.

—La mía está más cerca, intentaremos llegar allí —propongo tirando de su mano en dirección a la moto. Antes de que podamos llegar al centro de la ciudad, un enorme aguacero nos alcanza. Intento conducir lo más rápido posible, pero la fuerza de la lluvia me impide ver con claridad la carretera y tengo que decelerar la moto. No voy a arriesgar nuestras vidas para llegar un par de minutos antes. Al fin y al cabo, ya estamos empapados. Al llegar a mi edificio, paso directamente por la puerta de acceso al pequeño garaje de motos y bicicletas, detengo la moto y antes si quiera de sacarme el casco, agarro las manos de Juls que están aferrándose con fuerza a mi cintura —. Tienes las manos heladas— digo frotando sus nudillos. Me quito el casco y bajo de la moto ayudándole a hacer lo propio—. ¿Estás bien? Lo siento, no creí que la tormenta llegara tan pronto. Ha sido una estupidez llevarte a la playa.

—Estoy bien —contesta cruzándose de brazos para entrar en calor—, solo tengo frío.

—Vamos, te prepararé un café y podrás darte una ducha caliente —indico tirando de ella hacia las escaleras. Subimos hasta mi piso y abro la puerta suplicando mentalmente que a Alan no se le haya ocurrido dejar el piso hecho un basurero, o peor aún, espero que no esté en casa acompañado por una de sus muchas conquistas—. Entra —le doy paso abriendo la puerta hacia un lado y suspiro aliviado al ver que todo está limpio y recogido, tal como yo lo dejé. Las luces están apagadas, así que supongo que Alan no habrá llegado aún, a pesar de que son casi las dos de la madrugada.

—¿Tu compañero de piso no está? —pregunta Juls soplando sus manos para hacerlas entrar en calor.

—No creo, habrá salido con alguna amiga. Ven, te haré un café, o un chocolate si lo prefieres.

—Un café está bien, gracias.

—Quítate la ropa, iré a por unas toallas.

Veo como sonrío de medio lado y niega con la cabeza.

—Ya te he dicho que no soy una chica fácil.

—Y yo te prometí que iba a comportarme como un caballero. Pondré tu ropa en la secadora mientras te das una ducha caliente. Solo si quieres, pero me parece que es mejor eso que morir por una hipotermia.

—¿Puedes dejarme algo de ropa seca?

—No, tendrás que andar en pelotas por mi casa mientras se seca la ropa —Juls frunce el ceño y yo suelto una carcajada—. Es broma, nena. Te traigo ahora algo de ropa. Te quedará grande, así que si prefieres lo de ir desnuda, yo no me opondré.

—Muy gracioso. Tráeme la dichosa ropa antes de que me muera congelada. ¿Dónde está el baño?

—Al fondo del pasillo.

Asiente y se va caminando hacia el interior de mi piso. Respiro profundamente y me doy cuenta que mi casa se está inundando del olor de su perfume, y eso me hace sentir...bien. En realidad, más que bien, tremendamente feliz.

Encerradla en una habitación acolchada

Juls

Nada más entrar en el pequeño cuarto de baño, pego mi espalda a la puerta y suspiro cerrando los ojos. Estoy tejiendo una maraña de mentiras y engaños tan grande, que no sé si podré desenredarlo en el futuro. Pero, ¿qué otra opción tengo? Necesito ganarme la confianza de Nathan para llevar a cabo mi plan. Tengo que volverlo loco de amor por mí, tanto que esté dispuesto a entregarme cada parte de su ser. Yo después ya me encargaré de destruir todas esas partes.

—¡Joder, qué frío! —maldigo temblando de pies a cabeza.

Escucho como tocan a la puerta y la abro levemente. Nate me tiende unas prendas de ropa sonriendo como de costumbre.

—Es lo único que he encontrado. No creo que el pantalón te sirva, pero no tengo nada más.

—Esto servirá, gracias.

—Ya he preparado café, también he subido la temperatura de la calefacción. ¿Necesitas algo más?

—¿Una toalla? —pregunto alzando una ceja de manera divertida.

—Oh, sí ¡Demonios! No había pensado en eso. Tienes toallas limpias en el mueble que hay junto al lavamanos.

—En ese caso no necesito nada más. Voy a darme una ducha caliente antes de morirme por congelación.

—Sí, yo también voy a ducharme —Alzo de nuevo la ceja y él niega con la cabeza—. No contigo. Eh... quiero decir... Si quieres que me duché contigo lo haré, pero...

—Adiós Nate —murmuro sin evitar sonreír.

—Sí, eso. Me voy a duchar en el baño de mi habitación. Si cuando salgas yo no estoy en el salón o en la cocina, tienes café caliente sobre la encimera y el azúcar... Eh... busca por la cocina. Estás en tu casa. La secadora también está en la cocina, puedes poner tu ropa allí para que se seque.

—Bien, perfecto. Hasta ahora.

—Hasta ahora —escucho que dice cuando estoy cerrando la puerta.

Resoplo borrando la sonrisa de mi cara y me desvisto rápidamente, antes de meterme debajo del chorro de agua caliente. Un par de minutos después, dejo de temblar y mi temperatura corporal vuelve a la normalidad. Entonces es cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Estoy ni más ni menos, desnuda, bañándome en la ducha del hombre que llevó a mi hermana a la muerte, y por más que mi cuerpo me grita que salga huyendo de aquí y me olvide de esta estúpida venganza, mi cerebro insiste en recordarme una y otra vez la promesa que le hice a mi pajarita. Juré hacerle pagar, y es lo que voy a hacer.

Salgo de la ducha con los ánimos renovados y me seco con una toalla blanca muy mullida y con olor a brezo. Cojo la ropa que me trajo Nate y compruebo que tenía razón, no hay forma humana de que el pantalón no se me caiga, haría el ridículo con él puesto. Compruebo que la

camiseta es lo suficientemente larga como para poder usarla sin nada más. Mi ropa interior está bastante húmeda, pero me la pongo de todos modos. No voy a pasearme por esta casa vestida únicamente con una camiseta y sin nada por debajo.

Abandono el baño con la ropa empapada bajo el brazo y, al pasar por el pasillo, escucho el ruido del agua proveniente de una habitación que está cerrada. Supongo que esa será la habitación de Nate. Me siento tentada a abrir la puerta e investigar un poco, pero prefiero dejarlo para más adelante. No quiero que me pille husmeando. Necesito que confíe en mí. Al llegar a la cocina, mis fosas nasales son inundadas por el delicioso olor a café recién hecho. Esa es una de mis mayores debilidades, el café, no me canso de tomarlo a cualquier hora del día. Busco una taza en las alacenas superiores y me sirvo un café negro, largo y sin azúcar, antes de meter mi ropa en la secadora que no tardo en localizar. La verdad es que el piso está muy limpio y ordenado, cada cosa está en su lugar.

—Por lo que veo no has tenido problemas para encontrar la secadora y el café —dice Nathan a mi espalda sobresaltándome.

Me giro hacia él y abro los ojos desorbitadamente al verle con el torso descubierto, solo un pantalón de algodón cuelga de sus caderas, dejando a la vista su abdomen definido y su musculoso pecho. Este hombre podría ser modelo de ropa interior si se lo propusiese. Cada vez entiendo mejor a mi hermana, y los motivos que le llevaron a volverse loca por él.

—¿Tienes calor? —pregunto dándole un sorbo a mi café. Nate sonríe de medio lado y sigue frotándose el pelo mojado con una pequeña toalla.

—Creo que me he pasado con la temperatura de la calefacción. Tú tampoco llevas demasiada ropa —señala mirando mis piernas desnudas—. Joder, estás realmente guapa con mi camiseta. Te queda mucho mejor que a mí.

Le miro a los ojos, y una vez más, siento como si estuviese leyendo mi mente y pudiera ver todas las obscenidades que estoy pensando en este momento. No se me puede culpar, este hombre está más bueno que el pan. Tendría que ser de piedra para no fantasear con esos labios carnosos recorriendo mi cuello, con sus brazos musculosos rodeando mi cuerpo y.... ¡Mierda! No vayas por ahí, Juls.

—Por mí la temperatura está bien —digo desviando la mirada de su cuerpo.

—Genial. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Eh... debería irme a casa, ya es muy tarde.

—Ya, pero tu ropa aún se está secando. No pretenderás ir con esas pintas.

—¿Tardará mucho?

—Una hora más o menos. Si quieres, mientras tanto podemos hacer algo para matar el tiempo —dice caminando hacia mí sin dejar de mirar mis piernas. Conozco esa mirada, es la misma que tenía en la playa cuando nos estábamos besando.

—¿Recuerdas lo que dije de no ser una chica fácil? —pregunto poniendo una mano sobre su pecho para detener su avance. Si no lo freno, estoy segura de que va a abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—Lo recuerdo, y créeme, no tienes ni idea de lo mucho que me arrepiento de haberte prometido que me comportaría como un caballero. Me muero de ganas de besarte de nuevo, Juls —agarra mi mano y entrelaza sus dedos con los míos pegándose a mí—. Te deseo tanto... Tengo que sacar toda mi fuerza de voluntad para contenerme y no follarte como un loco sobre la encimera.

Mi respiración se acelera delatando mi estado de nerviosismo. Tengo que admitir que su declaración no ha hecho otra cosa que excitarme a un nivel que nunca logré posible. Sí, soy débil,

le deseo, a pesar de quién es y de lo que hizo, no puedo evitar sentirme así.

—Nate, yo no... —susurro contra sus labios.

Resopla y se aparta de mí pasándose la mano por el rostro. Como si de ese modo pudiese hacer desaparecer su frustración.

—Está bien. ¿Qué te parece si vemos una peli? Tengo una buena colección en Blu Ray.

—La verdad es que no soy muy cinéfila.

—¿No te gustan las películas?

—No es que no me gusten, pero prefiero un buen libro.

—Una chica culta —dice haciendo gala de su sonrisa ladeada—. Pero digo yo que alguna película habrás visto.

—Alguna sí.

—Bien, supongo que los clásicos. Déjame pensar —pone el dedo índice sobre su labio inferior y entrecierra los ojos—. Tienes pinta de que te gusta el cine de terror.

—Siento decirte que no me asustan las películas de terror. Así que, si pensabas poner una para que yo corriera a refugiarme en tus brazos presa del miedo, vas de culo —afirmo sonriendo.

—¿No te asustan? Eso es imposible. ¿Qué películas de terror has visto? ¿Psicosis? ¿El exorcista? ¿La profecía, quizás?

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—¿No has visto ninguna de esas películas? —niego con la cabeza dándole un nuevo sorbo a mi taza de café—. ¡Son clásicos! No puede ser que no hayas visto ninguna.

—Ya te he dicho que el cine no es lo mío —replico encogiéndome de hombros.

—Eso tiene solución —resuelve agarrando mi mano y tirando de mí hacia el salón.

Me indica que me siente en el sofá y toquetea el reproductor Blu Ray y la televisión hasta que consigue poner una película, entonces se sienta a mi lado y con el mando a distancia, le da al play.

—¿Qué vamos a ver?

—Una película, así que calladita y presta atención. ¿Quieres palomitas?

Sonrío por la forma en la que me ha ordenado callarme. Parece como si se hubiese propuesto a sí mismo mostrarme todas las maravillas de ser fan del cine de terror.

—Con el café tengo suficiente —contesto alzando mi taza—. Te advierto que esto es inútil. No me gusta el cine, ni el de terror, ni ningún otro.

—Tú ve la peli hasta el final y ya me contarás. Ahora a callar que ya empieza —No puedo evitar sonreír de nuevo—. Si te asustas, ya sabes que en mí tienes un hombro en el que apoyarte —dice guiñándome un ojo—. Yo te protejo, nena.

Suelto una carcajada y él me mira extrañado.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Tienes una risa preciosa, estaba deseando escucharla —señala mirándome a los ojos fijamente.

—Veamos que tiene de especial la dichosa película —contesto rompiendo el contacto visual con él.

Enseguida aparece el nombre de la película en la pantalla “El exorcista”. He escuchado hablar de esta película, pero nunca he tenido curiosidad por saber de qué trata.

—Me atrevo a deducir que la peli va sobre un exorcismo —digo en broma.

—¿Vas a hablar durante toda la película?

—Probablemente.

—¡Por dios! Eres una de esas personas insoportables que va al cine y no paran de cotorrear ¿verdad?

—No, porque no voy al cine, pero si fuese, probablemente sería una de esas insoportables.

Pone los ojos en blanco y me tira un cojín a la cara que cojo al vuelo soltando una nueva carcajada. Acabo de descubrir que me encanta hacerle rabiar, me divierte, y eso es algo que no esperaba.

—Cállate, vamos a ver la película.

Decido hacerle caso y me paso la siguiente hora mirando hacia la televisión. Me muerdo la lengua varias veces para no soltar comentarios sarcásticos respecto a la película, hasta que llega un momento en el que no puedo evitarlo más.

—¡¿En serio?! La puñetera cría está tirada en la cama, vomitando hasta la primera papilla, retorciéndose, y clavándose un crucifijo en su mismísima, y ¿lo que hacen es llamar a un sacerdote? ¡Joder! ¡Llamad a un psiquiatra y encerradla en una habitación acolchada! —exclamo como si estuviese hablando con la pantalla.

—No me extraña que no te guste el cine, no prestas atención.

—Sí que presto atención, estoy viendo la dichosa película. Hasta puedo hacerte un resumen sin ver el final.

Nate sonrío de medio lado, pone la película en pause y me mira.

—Muy bien, a ver ese resumen.

—Una niña sin amigos, juega con una ouija, que es el internet de la época. No podría jugar con una muñeca, no, la niña juega con una jodida tabla de ouija. Da igual, es poseída por un demonio, que le hace hacer cosas raras, como mearse en público, bajar las escaleras como si estuviese jugando al Twister, y mover la cabeza como el cantante de un jodido grupo de heavy metal. La madre en vez de encerrarla en una institución mental, llama a un cura, que bebe y fuma como un camionero. Sí, mamá, un buen ejemplo le estás dando a tu hija —digo haciendo gestos con las manos, mientras Nate me mira con los ojos muy abiertos—. Entonces el cura llama a otro cura, y claro, no podía llamar a un cura sano, llama a uno que está enfermo del corazón. ¡En serio, enfermo del corazón y en un jodido exorcismo! No tiene sentido. Es una muerte voluntaria. Obviamente, entre los dos expulsan al demonio y la niña al final se los carga para darle algo de carga emocional a la película. Fin.

—¡¿Qué?! —exclama riendo a carcajadas—. ¡Eres imposible! Te acabas de cargar la película.

—Por eso no me gusta el cine. Todo es demasiado previsible —indico encogiéndome de hombros mientras Nathan sigue partiéndose de risa.

Cuando consigue tranquilizarse, me mira sonriendo y niega con la cabeza acercando su cara a la mía.

—Eres increíble. Nunca pensé que fueras tan divertida —susurra.

—No me conoces, Nate —replico respondiendo a su sonrisa con una propia.

—Ya te he dicho que estoy deseando hacerlo —murmura justo antes de pegar sus labios a los míos.

Me siento tentada a dejarme llevar por sus besos, pero reacciono a tiempo y le aparto de mí empujándole por el pecho.

—Debería irme ya. La ropa estará seca.

Nate resopla y asiente.

—Sí, ya tiene que estar seca, pero no tienes por qué irte —Sujeta mi cara con una mano y me mira a los ojos—. Quédate aquí esta noche. Ya son casi las cinco de la madrugada y no me apetece conducir en mitad de una tormenta. Además, fuera hace frío y aquí estamos muy calentitos —Pone una mano sobre mi muslo desnudo y empieza a hacer pequeños círculos mientras una sonrisa seductora se dibuja en su rostro.

No pueda evitar que un escalofrío recorra mi cuerpo al sentir sus caricias. Lo que no sé, es si es debido a que me gusta lo que está haciendo, o que me siento culpable porque me guste.

—No sé si es buena idea, Nate.

Suspira y aparta la mano de mi muslo echándose hacia atrás en el sofá.

—Ya es muy tarde, Juls. Te prometo que no haré ninguna tontería. Solo dormiremos. Puedes quedarte en mi cama y yo usaré el sofá.

Respiro profundamente y me planteo qué hacer. Si me quedo, sería una buena forma de ganarme su confianza.

—Está bien. Y no hace falta que me dejes tu cama, puedo dormir en el sofá.

—Entonces nos quedamos los dos en el sofá —dice en tono divertido.

Niego con la cabeza y sonrío.

—¿Sabes qué? Pon otra dichosa película de terror. Estoy segura de que no tardaré en quedarme dormida.

Nate vuelve a reír y hace lo que le pido antes de sentarse de nuevo a mi lado y rodear mis hombros con su brazo. Apoyo la cabeza en su pecho y siento el peso de su mano en mi cintura. Cualquiera que nos vea en esta posición, pensaría que somos una pareja más que está disfrutando al pasar tiempo juntos. Pero eso no puede estar más lejos de la realidad, en mi interior, me odio a mí misma por lo que estoy haciendo, por dejar que él me abrace y me toque como si fuese de su propiedad. Pero lo que odio aún más, es sentirme tan bien entre sus brazos.

Nathan

Me despierto sintiendo una respiración pesada contra mi cuello, abro los ojos y veo a Juls profundamente dormida sobre mí. Yo estoy tumbado boca arriba en el sofá con ella encima, sus brazos rodean mi cuerpo y una de sus piernas está justo entre las mías, rozando cierta parte de mi anatomía que reclama algo de atención por su parte. Beso su frente y cierro los ojos disfrutando del olor de su pelo. Creo que podría hacerme adicto a ese olor.

Anoche descubrí una parte de Juls que me encantó. Es divertida y descarada, nunca pensé eso de ella, pero me fascina que sea así.

Vuelvo a besar su frente y ella se mueve poniendo su rodilla justo encima de mi abultada entrepierna.

—No hagas eso —susurro contra su pelo. Juls vuelve a moverse y un pequeño gemido sale de su garganta mientras mueve su pierna rozando nuevamente mi miembro—. Nena, no me hagas faltar a mi palabra. Si sigues haciendo eso, no voy a poder controlarme.

En ese momento, Juls abre los ojos y alza su cara hacia mí mirándome confundida.

—Nathan —susurra con voz adormilada.

—Deja de mover tu pierna, nena.

—¿Qué? —pregunta confundida.

—Tu pierna —señalo agarrando su rodilla y rozándola contra mi entrepierna para que pueda notar la dureza de mi miembro. Sus ojos se abren de golpe, y puedo ver la pasión y el deseo reflejado en su mirada cuando se muerde el labio inferior haciéndome perder el control sobre mí mismo—. ¡A la mierda lo de ser un caballero! —exclamo pegando mi boca a la suya y besándola con fervor.

Sus manos se enredan en mi pelo mientras nuestras lenguas se baten en duelo en el interior de nuestras bocas. Nos doy la vuelta tumbándome sobre ella y quedando encajado en el hueco de sus piernas y agarro sus manos que intentan arrancar mechones de mi pelo dejándolas sobre su cabeza. Mis caderas cobran vida y empiezan a mecerse lentamente rozando mi miembro contra su

entrepierna.

—Nathan —Juls gime mi nombre cuando mis manos amasan sus pechos y mi lengua recorre todo lo largo de su cuello de manera ascendente.

—Dime que quieres esto, nena. Dime que lo quieres —pido mordiendo el lóbulo de su oreja.

Juls baja su mano por mi pecho y sonrío sabiendo a dónde se dirige, pero justo en ese instante, escucho como la puerta principal se abre y me doy cuenta de que estamos en el salón y Alan... ¡Mierda, Alan! Aparto a Juls de mí y nos siento en el sofá cogiendo rápidamente un cojín para ocultar mi enorme erección. Juls me mira confundida por mi brusco movimiento, pero enseguida se da cuenta de que ya no estamos solos en el apartamento.

—Hola. Buenos días —dice mi amigo sonriendo y mirando a Juls descaradamente—. No quería interrumpir.

—No lo haces —contesto tirando de la camiseta que lleva puesta Juls hacia abajo por su pierna. Ella se da cuenta de que está algo subida y la baja en un movimiento rápido.

—Sí, ya veo. Tranquilos, yo me voy a mi habitación y os dejo seguir con lo vuestro.

—No, yo... eh... ya tengo que irme —murmura Juls levantándose.

—Iré a buscar tu ropa y te acerco a casa —propongo agarrando su mano, pero ella se libera de mi agarre con un movimiento sutil y desvía la mirada.

—No es necesario, cogeré un taxi.

—Juls, me da la impresión de que vas a volver a desaparecer —susurro para que Alan no me escuche, pero el muy capullo está al pendiente de nuestra conversación.

Juls sonrío levemente y niega con la cabeza.

—No desapareceré, lo prometo.

—Bien, entonces déjame invitarte a desayunar.

—Nate...

—Juls... —Sonrío y vuelve a negar con la cabeza.

—Está bien, tortolitos. Voy a preparar el desayuno —dice mi amigo. Se acerca a Juls y extiende su mano—. Por cierto, yo soy Alan, amigo y compañero de piso de Nate. Un placer conocerte. La verdad es que he escuchado hablar muy bien de ti.

—Alan —siseo para hacerle callar.

—Eso suena interesante —murmura Juls mirándome de reojo—. ¿Qué es eso que has escuchado decir de mí?

—Te lo cuento mientras desayunamos —contesta él haciéndole un gesto con la mano para que lo siga a la cocina.

Juls me sonrío alzando una ceja y camina por donde mi amigo le indica. Y así sin más va tras él, y yo sonrío como un bobo al darme cuenta de que mi mejor amigo y la mujer de la que me estoy enamorando parecen haberse caído bien.

Un cadáver más en su conciencia

Juls

Salgo de mi habitación alisando mi vestido negro y al llegar al salón, compruebo que Seth está mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Vas a salir? —inquire frunciendo el ceño.

—Sí, he quedado con Nate —lo escucho resoplar y frunzo el ceño cruzándome de brazos—. ¿Qué pasa, Seth?

—Pasa que te estás metiendo cada vez más dentro de la boca del lobo. Llevas más de un mes saliendo con ese tío. Paseos por Central Park, cenas románticas... Te comportas como si realmente estuvieses encantada por salir con él. No lo entiendo, Juls. Te recuerdo que ese hombre con el que estás saliendo, es el mismo que engañó a tu hermana.

—No es necesario que me recuerdes nada, lo tengo muy presente. Lo pienso cada vez que tengo que sonreírle, cada vez que le doy a mano y paseo junto a él como cualquier otra pareja de enamorados, cada vez que me cuenta algo sobre sí mismo y me cuestiono si está diciendo la verdad o no, y cada maldita vez que me besa y tengo que fingir que no tengo ganas de arrancarle la piel a tiras por lo que le hizo a mi hermana.

—¿Entonces por qué sigues con esta locura? ¿Cuál es tu plan? ¿Quieres que él se enamore de ti y después dejarlo?

—Eso sería demasiado fácil —contesto cogiendo mi bolso—. Va a ser él quien quiera dejarme a mí, pero estará demasiado encadenado para hacerlo.

—Juls, escúchame... —en ese momento suena el timbre y yo le hago un gesto a Seth para que guarde silencio.

Me sorprende que Nate haya subido a casa, normalmente cuando viene a recogerme siempre me llama desde la calle. Abro la puerta y plasmo en mi cara mi sonrisa ensayada. Cada día que pasa se me hace más fácil lucirla y es mucho más natural.

—Hola, nena. Estás preciosa —saluda Nathan dándome un rápido beso en los labios.

—Tú también estás muy guapo —señalo apuntando hacia su americana negra. No es común en él usar ese tipo de ropa. Normalmente siempre viste con pantalones vaqueros, camisetas estampadas y la dichosa cazadora de cuero que tanto odio, la misma que llevaba puesta el día que mi hermana le hizo la foto—. ¿Dónde vamos?

—Tengo una sorpresa para ti —dice guiñándome un ojo. Se percata de la presencia de Seth y se acerca a él extendiendo su mano de forma amigable—. Hola, tú debes ser Seth. Juls me ha hablado de ti. Es un placer conocerte.

Veó como Seth frunce el ceño mirando la mano de Nathan y al alzar la mirada, no puede verse más que desprecio en sus ojos. Carraspeo para llamar su atención y, cuando me mira, le hago señas para que deje de comportarse como un imbécil. Al fin parece hacerme caso porque agarra la mano de Nate y aunque de mala gana, le da un rápido apretón.

—Igualmente —sisea desviando la mirada.

—Nosotros ya nos vamos —digo enganchando mi brazo en el de Nathan, que sigue mirando a

mi amigo. Estará preguntándose a qué se debe su extraña actitud.

—Juls, ten cuidado —indica Seth llamando nuestra atención cuando estamos llegando a la puerta—. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme, cariño.

Le fulmino con la mirada y noto como Nathan se tensa a mi lado, pero no le doy tiempo a decir nada, tiro de su brazo hacia fuera del apartamento y cierro la puerta a toda prisa.

—¿A qué demonios ha venido eso?! —pregunta Nathan soltándose de mi agarre.

—¿El qué? —inquiero con fingida inocencia.

—¡Maldita sea! No te hagas la tonta, Juls. Sabes perfectamente de lo que hablo. Me dijiste que Seth y tú erais solo amigos y a mí no me pareció que fuerais solo eso en absoluto. ¡Te ha llamado cariño! Y se dirigió a ti como... como si tuviese que protegerte de mí. ¡¿Qué mierda está pasando?!

—Deja de montar dramas, Nate —replico usando su mismo tono, que no es nada amigable—. Seth es mi amigo, te he dicho la verdad. Nos conocimos en África y nos hicimos muy amigos.

—¿Cómo de amigos? ¿Te has acostado con él? —suelta de golpe.

Me quedo callada un par de segundos. No doy crédito a lo que está diciendo. ¿De verdad cree que tiene derecho a reclamarme algo a mí? ¿Justamente él?

—Si lo hubiese hecho ¿qué? ¿Qué pasa con eso? —Doy un par de pasos hacia él y clavo mi dedo índice en su pecho—. Yo no te he pedido explicaciones de las mujeres con las que te has revolcado en tu vida. Tú no tienes ningún derecho a hacerlo.

—¿Que vivas bajo su techo, me da todo el derecho del mundo! ¿De verdad piensas que voy a quedarme tranquilo sabiendo que mi novia vive con uno de sus exámenes? Espera... No seguirás acostándote con él ¿no?

Le doy un empujón y le dedico una mirada asesina.

—¡Para empezar, yo no soy tu puñetera novia! Y para terminar, ¡¿qué demonios estás insinuando?! ¡¿Crees que saldría contigo si estuviese acostándome con otro?! ¡¿Eso es lo que piensas de mí?! ¡Pues que te jodan, Reed! —me giro hacia la puerta del apartamento y empiezo a buscar las llaves en el interior de mi bolso—. Será mejor que te marches. La velada ha terminado incluso antes de empezar.

—Juls, espera. Lo siento ¿vale? No quise insinuar nada —agarra mi brazo y me obliga a girarme hacia él—. Perdóname, nena. Me he dejado llevar por los celos. Claro que no pienso eso de ti, pero es que... —se pasa la mano por la cara en un gesto de frustración y resopla—. No sé qué me pasa contigo. Me vuelves loco. Ni siquiera puedo imaginar que un tipo cualquiera haya estado contigo de una forma que yo no —se pega a mí y agarra mi cara con ambas manos—. Estoy loco por ti, nena. Me gustas demasiado. Siento por ti, más de lo que nunca he sentido por ninguna otra mujer.

—Bonita forma de demostrarlo —susurro desviando la mirada.

—Mírame, Juls —lo hago—. Perdóname. Te juro que no quise insinuar nada. Solo me sorprendió darme cuenta de que tú y tu amigo habéis tenido un pasado. ¿Crees que podrás perdonarme? Pídemelo lo que quieras, cualquier cosa y la tendrás, pero tienes que perdonarme.

—¿Cualquier cosa? —pregunto alzando una ceja. Nate asiente—. Quiero que dejes de comportarte como un capullo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo intentaré, pero no prometo nada —contesta sonriendo de manera pilla—, es algo que me sale de forma natural —niego con la cabeza y él amplía su sonrisa—. No quiero seguir discutiendo contigo. ¿Estamos bien?

—Sí, estamos bien.

—Perfecto. Ahora discutamos eso de que no eres mi novia.

—¿Novia? Eso suena infantil y ñoño.

—Llevamos un mes saliendo juntos, creo que me he ganado el derecho de llamarte “novia” si quiero. Pero tienes razón —sujeta mi cintura con ambas manos y pega su frente a la mía—, lo que siento por ti es demasiado intenso como para catalogarlo de esa forma. Eres mi todo y mi nada. Estoy completamente enamorado de ti, Julia Black, e iría al mismísimo infierno si me lo pidieras.

—Eso tendrás que demostrarlo —murmuro mirando sus ojos—. Dijiste que podía pedirte lo que quisiera.

—Hazlo, lo que sea.

—Quiero que nos vayamos juntos este fin de semana, tú y yo solos.

—Eso está hecho. ¿A dónde quieres ir? —pregunta con entusiasmo.

—¿Qué te parece Las Vegas? Siempre he querido ir allí.

—¿Las Vegas? ¿No te apetece ir a algún lugar más cercano? No sé, ¿a Nueva Jersey quizás? —golpeo su hombro y él suelta una carcajada—. Está bien, Las Vegas. Solo tengo un par de días para prepararlo, pero lo conseguiré. El viernes tengo que ir a ver un local.

—¿Para la galería? ¿Has encontrado algo de tu gusto?

—Sí, creo que tengo uno. Es más caro de lo que pensaba, pero creo que valdrá la pena, está en una de las mejores zonas de la ciudad —Mira su reloj y abre los ojos de par en par—. ¡Mierda, es tardísimo! Tenemos que irnos.

—¿No me vas a decir a dónde vamos ni por qué me has hecho usar un vestido?

—Es una sorpresa —me mira de arriba abajo y sonrío de esa forma que haría humedecerse hasta a una monja—. Después de esta acalorada discusión que acabamos de tener y que no quiero repetir, tengo que insistir en que estás guapísima —pone una mano sobre mi mejilla y se acerca a mis labios—. Estoy deseando besarte. No he podido pensar en otra cosa desde que te he visto con ese vestido puesto.

Muerdo mi labio inferior y rodeo su cuello con mis brazos enredando mis dedos en el pelo de su nuca.

—Creo que te vas a quedar con las ganas —susurro sonriendo—. Acabas de decir que llegamos tarde.

—Podemos llegar tarde si es por un buen motivo, y no se me ocurre uno mejor que besarte —pega sus labios a los míos y me besa apasionadamente.

Como cada vez que me besa, por unos instantes olvido quién es el hombre que está saqueando mi boca sin ninguna restricción, y solo disfruto del beso, pero esa sensación no dura demasiado, enseguida acuden a mi mente imágenes de mi hermana Holly, de su tumba, y de la promesa que le hice.

—Deberíamos irnos ya —digo tras apartarme bruscamente de él. Nate me mira preocupado y resopla.

—Sigo sin entender tus cambios de humor repentinos, Juls. Te juro que vas a volverme loco. Parece como si algo te estuviese frenando y evita que disfrutes de esto que ambos sentimos.

—Nate, si quieres que vayamos a cenar, vámonos. Si no, me vuelvo a casa. Tú decides.

Resopla de nuevo y niega con la cabeza.

—Está bien. Vámonos —contesta agarrando mi mano.

Recorremos parte de la ciudad en su coche, en absoluto silencio. Yo solo miro por la ventanilla pensando en que cada vez está más cerca la culminación de la primera fase de mi plan, pero para llegar a ese momento, voy a tener que hacer algo que no quiero. Lo deseo, no voy a negarlo, pero... No debería, no quiero deseárselo, y temo que después de ese acontecimiento, habré perdido la totalidad de mis principios y mi amor propio, pero es lo que tengo que hacer.

—Juls, ¿estás bien? Has vuelto a quedarte callada. ¿Sigues cabreada conmigo por lo que pasó antes? Ya te he dicho que no era mi intención ofenderte.

—No te preocupes por eso, todo está bien. Solo estoy algo cansada.

—¿Has tenido noticias del rancho? ¿Van mejorando las cosas?

—No, nada ha mejorado, pero no quiero hablar de eso —le miro y sonrío—. Solo quiero disfrutar de la cena sin pensar en los problemas que tengo.

—Me parece perfecto, porque ya hemos llegado.

Nate detiene el coche y al alzar la mirada, me encuentro frente a una enorme casa señorial pintada de blanco.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto confundida.

—Esta es mi casa. Bueno... En realidad, es la casa de mis padres. Llevo un tiempo evitando venir a comer o cenar con ellos, pero mi madre me llamó esta mañana y no pude seguir negándome. Pensé que quizás si tú estabas conmigo, no sería tan malo.

—¿Quieres presentarme a tus padres? Eso suena muy serio, Reed —digo sonriendo y acariciando su mejilla rasposa.

—Lo es. Lo nuestro es algo muy serio para mí —declara mirándome a los ojos—. Otra vez has vuelto a cambiar de humor. Intenta seguir con este estado de ánimo ¿vale? Lo vas a necesitar para soportar a mi familia.

—Me estás asustando —digo en broma.

—Tranquila, no muerden, o eso creo —me da un beso rápido en los labios y me guiña un ojo antes de salir del coche y rodearlo para abrir mi puerta.

Nathan

Tengo que admitir que la cena de esta noche me tiene muy nervioso. Tanto, que casi he olvidado por completo la mirada de Seth cuando nos despidió. Las pocas veces que Juls me habló de él, siempre se refirió a su amigo como eso, un simple amigo. Me dijo que estaba viviendo en su casa provisionalmente y que les unía una fuerte amistad, pero nunca imaginé que habían sido algo más. Eso es algo que me preocupa. No quiero que Juls viva en su casa, pero tampoco me atrevo a decirle nada, ya que nunca sé cómo va a reaccionar. De verdad me vuelve loco. En un momento está tranquila y relajada, hablando de mil cosas y pasando un buen rato, y al momento pierde la sonrisa y me mira de una forma... a veces he llegado a creer que me odia. No entiendo por qué, pero lo he sentido así. Lo mismo pasa con nuestros momentos de intimidad, todo va bien hasta que ella se pone rara y me aparta de su lado como si no soportara mi contacto. Sé que me desea, puedo notarlos, pero hay algo que la frena y tengo que averiguar qué es.

La puerta de mi casa se abre y mi hermana Sonya se lanza encima de mí abrazándome con fuerza.

—Hola, desconocido. Bienvenido a casa —mira a Juls y abre los ojos sorprendida—. ¿Es ella? —me pregunta. Sonrío afirmando. Sonya suelta un gritito y se abalanza sobre Juls para abrazarla—. Me alegra mucho conocerte. Mi hermano me ha hablado mucho de ti —dice emocionada. Juls me mira pidiendo ayuda para librarse de la garrapata que se ha pegado a ella y yo resoplo cruzándome de brazos.

—Enana, teníamos un trato. Yo traía a Juls a la cena y tú no te comportabas como una grupie. No la agobies o nos vamos.

—Sí, sí, tienes razón —reconoce apartándose—. Siento si te ha molestado mi efusividad, pero es que no estoy acostumbrada a que Nate traiga chicas a casa. En realidad, creo que solo una...

—¡Sonya! —siseo fulminándola con la mirada. Es una bocazas sin remedio.

—Yo también me alegro de conocerte —dice Juls mirándome de reojo—. No me has molestado, solo me tomaste por sorpresa.

—Bien, ahora que ya os habéis conocido, pasemos al interior. No quiero que mi madre se cabree porque llegamos tarde.

—Mamá ya está cabreada —señala Sonya—. Llegas con más de media hora de retraso.

Resoplo y agarro la mano de Juls tirando de ella hacia dentro de la casa. Como siempre, la mansión Reed está limpia y ordenada hasta el más mínimo detalle. Miro hacia el lustroso suelo de mármol, y sonrío al ver el pequeño rallón que hice cuando era pequeño. Me gané una buena regañina de mi madre por jugar con el monopatín en el recibidor, pero valió la pena. Ese día me lo pasé genial.

Entramos en el comedor siguiendo a mi hermana, y nos encontramos a mis padres sentados frente a la gran mesa de roble macizo. Mi padre la preside y mi madre está sentada a su derecha como marcan las normas de la sociedad.

—Buenas noches, mamá —saludo acercándome a ella y besando su mejilla. Saludo a mi padre con un apretón de manos y vuelvo al lado de Juls—. Quiero presentaros a mi novia. Juls, estos son mis padres, Zachary y Margaret Reed.

—Encantada de conocerlos —dice Juls sonriendo levemente.

Mi madre la mira de arriba abajo y asiente.

—El placer es nuestro, querida. Toma asiento, por favor. Ya he mandado servir la cena.

Acompaño a Juls a su silla y me siento a su lado, justo al lado izquierdo de mi padre.

—¿Juls es un diminutivo? —pregunta mi padre mirando fijamente a mi chica.

—Sí, señor —contesta ella—. Me llamo Julia Black, pero me llaman Juls desde que era niña.

—¿Eres de aquí de Nueva York? —continúa mamá.

—Viví aquí muchos años, pero mi lugar de nacimiento está en Carolina del Norte.

—Has dicho “viví aquí” ¿es que ya no lo haces? —mi madre sigue con su interrogatorio sin importarle que pueda o no incomodar a Juls.

—Juls es médico —les aclaro—. Ha pasado unos años en África con ayuda humanitaria.

—¿Médico? —mi padre se muestra interesado en ese dato—. ¿En qué Universidad estudiaste?

—Columbia —responde ella.

—Nathan fue a la NYU, estudió empresariales —chasquea la lengua y sonrío falsamente—. Para lo que le sirvió... Ahora se gana la vida sacando fotos por el mundo como un hippie mochilero.

—¡Papá! —siseo apretando los puños—. Tengamos la fiesta en paz. No quiero discutir.

—Sí, Zach. No saquemos el tema —añade mi madre—. Tenemos una invitada, compórtate.

Mi padre resopla y no vuelve a abrir la boca el resto de la cena. Todo lo contrario a mi madre y mi hermana que acribillan a Juls a preguntas. Especialmente Sonya. A pesar de mis miradas asesinas, no he podido evitar que le hiciese preguntas a Juls sobre su familia, pero ella se las arregla para desviar el interrogatorio y contestar de forma muy escueta.

—Creo que es hora de irnos —señalo dejando mi servilleta sobre la mesa cuando terminamos los postres.

—¿No queréis tomar café? —pregunta mi madre. Miro a Juls y ella niega con la cabeza.

—No, mamá. Ya tenemos que irnos.

—Nathan, ¿puedo hablar contigo un momento? —aunque ha formulado la frase como una pregunta, sé que es una orden. Ni siquiera espera a que conteste, se marcha a su despacho y yo suspiro y beso la frente de Juls antes de seguirle.

Pensé que podría evitar esto, pero por lo visto, es imposible venir a casa de mis padres y no

discutir con Zachary Reed.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto cuando estamos solos en el despacho.

—Siéntate, Nathan —ordena tomando asiento al otro lado del escritorio.

—Estoy bien de pie. ¿Puedes ir al grano? Juls me está esperando.

—Parece una buena chica, no sé qué ha visto en ti —murmura negando con la cabeza.

—Bien, si eso es todo lo que tienes que decir, me voy. Estás buscando una discusión y no me apetece.

Me giro para salir del despacho, pero su voz me detiene antes de que pueda abrir la puerta.

—¿Cuándo vas a hacerte un hombre? ¡Espabila de una vez! ¡Maldita sea! Ya no eres un niño, Nathan.

—Tienes razón, papá. Ya no soy un niño, soy un hombre adulto que toma sus propias decisiones, y he tomado la decisión de no trabajar en la empresa y hacer lo que realmente me apasiona. ¿Tan terrible es eso? —resoplo y me froto la cara en un gesto de frustración—. Siento haberte decepcionado, de verdad que lo siento, pero no puedes pretender que viva una vida que no deseo solo porque tú la has elegido para mí.

—¡Tienes una carrera! Deja de hacer el imbécil y ponte a trabajar. Todo lo que yo he hecho en mi vida, todo el esfuerzo y los sacrificios, han sido para que tú y tu hermana pudierais tenerlo todo, ¡y tú lo rechazas! Dedicas tu tiempo a eso que llamas trabajo y no haces nada para prosperar en la vida. Siempre serás un don nadie.

—¿Sabes qué, papá? Me da igual ser un don nadie, mientras sea feliz. Esta conversación ha terminado —salgo del despacho a largas zancadas y escucho como él me sigue, siempre lo hace. Mi padre no sabe cuándo abandonar una pelea. Me acerco a Juls y agarro su mano tirando de ella hacia la puerta—. Vámonos —susurro.

—¡Eso, huye como el cobarde que siempre has sido! —increpa mi padre—. ¿Sabe ella lo que le espera a tu lado? Sabe lo que le hiciste a...

—¡Cállate! —grito apuntándole con el dedo.

—¿Cómo te atreves a levantarme la voz, mocoso?! —mi padre empieza a caminar hacia mí temblando de furia, pero mi madre y Sonya lo detienen—. ¡Lárgate de mi casa! —mira a Juls que nos observa sorprendida a todos—. Ten cuidado, muchacha. No te fies de él. En cuanto consiga lo que quiere de ti, te hará a un lado. Solo serás un cadáver más en su conciencia.

Noto como Juls se tensa a mi lado y no malgasto mi tiempo en seguir discutiendo con él, simplemente me voy de esa casa llevándome a Juls conmigo.

Necesito que me dejes entrar

Juls

Hace un buen rato que salimos de la casa de los Reed. Estamos en el coche, Nate conduce sin rumbo fijo. No ha apartado la vista de la carretera en ningún momento, pero basándome en la tensión de su cuello y en el blanco de sus nudillos al apretar con fuerza el volante, juraría que sigue furioso.

—¿Vas a seguir conduciendo hacia ninguna parte o vamos a ir a algún lado? —pregunto para llamar su atención. Escucho como sus dientes rechinan y frunce aún más el ceño—. Nate...

—Ahora no, Juls —contesta secamente.

—¿Ahora no? ¿Entonces cuando? Porque creo que me merezco una explicación.

—¡Mierda! —golpea el volante con su puño, provocando que yo pegue un respingo en mi asiento.

—No lo entiendes, ¿vale? Mi padre me odia. He cometido muchos errores en mi vida, pero para él, el más grave fue no haber hecho lo que se esperaba de mí. No me perdona que no trabajara con él para asumir en algún momento la presidencia de la empresa.

—Nate, una cosa es que esté cabreado contigo, pero... ¿Un cadáver más en tu conciencia? ¿En serio?! ¿Cómo coño explicas eso?!

—¡No tiene explicación! ¡Joder! —vuelve a darle un puñetazo al volante y esta vez el coche da un giro inesperado.

—¡Hey! ¡Para el coche! —grito.

—Lo siento —dice mirándome por un segundo—. Perdóname, no era mi intención...

—Nathan, ¡para el jodido coche! ¡Ahora!

Se mete por una carretera secundaria, y unos pocos metros después detiene el vehículo en una zona muy poco transitada. Apaga el motor y apoya su frente contra la parte superior del volante. Su pecho se mueve de manera violenta y su respiración está muy agitada.

—Lo siento. Soy un imbécil. No debí haberte llevado allí y ahora casi estrello el coche. ¡Joder! ¡Soy un puto idiota! —empieza a golpear con fuerza el volante con su cabeza. Va a hacerse daño. Está completamente descontrolado.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Para, Nathan! —me quito el cinturón y le agarro por los hombros para que se detenga—. ¡¿Qué demonios haces?! ¡Vas a lastimarte! —me mira y veo como sus ojos están anegados en lágrimas. Está a punto de echarse a llorar.

¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué hace estas cosas? Y lo más intrigante aún... ¿Por qué siento lastima por él? Viéndole aquí frente a mí, con esa cara de niño desvalido... Lo único que tengo ganas de hacer es abrazarle y decirle que todo saldrá bien, que estaré a su lado. Quiero consolarle. Me está matando verle en esta posición y no debería ser así. Tendría que estar disfrutándolo.

—Vas a dejarme, ¿verdad? —pregunta con voz rota mientras una lágrima solitaria corre por su mejilla—. Lo harás. Tarde o temprano acabaré alejándote de mí, es lo que hago con todos. Le jodo la vida a cualquiera que se acerque a mí.

Sus palabras se clavan en mi pecho como un puñal. Tiene razón, le dejaré. Pero antes... ¡Joder! Ni siquiera puedo pensar en eso ahora. Tengo un enorme nudo de angustia instalado en la garganta al ver a este hombre llorar frente a mí como un chiquillo asustado.

—Mierda, Nate —susurro acariciando su mejilla y borrando el rastro de su llanto que se ha hecho más evidente. Me inclino hacia él y le abrazo con fuerza—. No sigas, ¿vale?

—Voy a perderte a ti también. Te irás cuando te des cuenta de la mierda de persona que soy.

Pongo mi dedo índice sobre sus labios y le miro a los ojos.

—Cállate, eso no va a pasar. Créeme, yo tampoco soy tan buena persona como crees.

Niega con la cabeza y agarra mi cara con ambas manos pegando su frente a la mía.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, Juls. Mírame —clava sus ojos en los míos—. Te quiero, Julia Black. Estoy completamente enamorado de tí y me aterra perderte — intento ver en la profundidad de sus ojos azules algún atisbo de mentira o falsedad. Quiero que me esté mintiendo para poder odiarlo con más fuerza, pero lo único que encuentro es sinceridad, la más pura y ferviente verdad—. Sé que tú también lo sientes, pero te conozco lo suficiente para saber que no lo admitirás en voz alta. No eres de las que muestra sus sentimientos fácilmente.

—La gente suele emplear la palabra amor con demasiada frecuencia —contesto desviando la mirada.

—Lo entiendo. No me importa que tú no lo digas, sé que lo sientes —pega su boca a la mía y me besa de una forma dulce y cariñosa—. Te amo. Voy a repetirlo tantas veces, que tus labios pronunciarán esas palabras sin que ni siquiera te des cuenta —vuelve a besarme, esta vez con más fuerza, hundiendo su lengua en mi boca y dejándome con ganas de mucho más.

No sé por qué lo hago. Simplemente actúo por impulso. De un salto me siento sobre su regazo y rodeo su cuello con mis brazos profundizando aún más nuestro beso. Puedo notar su erección frotándose con mi centro, humedeciéndome, volviéndome loca de deseo.

—Nate, te deseo —susurro contra sus labios mientras sus manos suben por mis muslos desnudos, llevándose con ellas la tela de mi vestido.

—Quería hacer esto en una cama, pero no creo que pueda parar ahora —murmura bajando los tirantes de mi vestido. No llevo sujetador, ya que este vestido no lo necesita, así que mis pechos quedan expuestos nada más caer la tela de la parte superior—. ¡Madre de dios! Llevo soñando con esto demasiado tiempo —sonríe de esa forma que me vuelve loca y ataca uno de mis senos con su boca mientras con su mano acaricia mi otro montículo.

—¡Joder! —exclamo cuando sus dientes tiran de mi pezón. Creo que nunca había sentido tanto placer con un solo roce.

—Sí, eso es justo lo que pretendo —afirma. Baja su mano por mi espalda y vuelve a recrearse en mis pechos, besando y lamiendo cada rincón de piel descubierta.

Una de sus manos baja por mi cintura, pasa por encima de mi vestido que está enrollado sobre mis caderas y se dirige directamente a mi sexo. Hace a un lado la fina tela de mis braguitas e introduce un dedo en mi interior. Yo no puedo hacer otra cosa que gemir apoyando mi cabeza en su hombro. Mis neuronas han entrado en cortocircuito, no me importa si lo que estoy haciendo está bien o mal, solo lo disfruto.

—Necesito más —digo antes de tirar de su pelo para que me mire.

Le beso violentamente y con la mano que tengo libre desabrocho su cinturón y el botón de sus pantalones. No tardo en encontrar lo que busco, ya que lo que se esconde bajo su ropa interior no es precisamente pequeño.

—Tengo un condón en la guantera —susurra Nate lamiendo mi cuello. ¡Cómo no! No me esperaba menos de él. Seguramente tenga preservativos a mano en cualquier parte.

Cierro los ojos sintiendo como algo en mi interior se remueve y me escuece, algo parecido a los celos, pero que nunca admitiré. No le doy más vueltas, no quiero seguir pensando en ello. Me incorporo, estiro mi mano hacia la guantera y cojo el preservativo. Tardo menos de diez segundos en ponérselo y enseguida noto como empieza a abrirse paso en mi interior. Los dos gemimos en alto cuando está completamente alojado en mí. Creo que nunca me había sentido de este modo, tan... ni siquiera sabría definirlo.

Empiezo a mover las caderas lentamente y en círculos, notando como crece aún más en mi interior. Ninguno de los dos dice nada, solo se escuchan nuestras respiraciones agitadas y nuestros gemidos involuntarios en el interior del vehículo. Estamos sudando, no sé si por el esfuerzo o por lo mucho que nos estamos conteniendo para no gritar a pleno pulmón. Eso es lo que deseo, gritar de placer.

—Joder, esto es demasiado bueno —gimo cabalgando sobre él cada vez más rápido. Sus manos se anclan en mis caderas y me empuja arriba y abajo para ayudarme.

Una vena en su frente se hincha mostrándome que el final está cerca. Está perdiendo el control, lo noto en la forma en la que clava sus dedos en mi piel y arremete hacia arriba con las caderas buscando entrar en mí con más fuerza y profundidad.

—Estar en este coche es una puta mierda. Quiero estar sobre ti, nena —sigue golpeando con fuerza con sus caderas llevándome al límite del orgasmo. Sé que se acerca, solo es cuestión de segundos. Un par de embestidas después, los dos alcanzamos la tan buscada liberación. Nos desplomamos sobre el asiento, yo con mi cara enterrada en el hueco de su cuello y él con sus manos en mi trasero—. Nena, ¿estás bien? —pregunta besando mi pelo cuando nuestras respiraciones se van normalizando.

Levanto la cabeza, y al mirarle a la cara, todo el peso de lo que acaba de ocurrir se estrella contra mi pecho dejándome sin respiración. Me acabo de acostar con el hombre de mi hermana, el mismo que la llevó a la muerte. ¿En qué clase de persona me convierte eso? Y lo peor de todo... lo he disfrutado.

Salto de su regazo y vuelvo a mi asiento acomodándome la ropa lo más rápido que mis temblorosas manos me permiten. ¡¿Qué coño acabo de hacer?!

—Llévame a casa —pido en un susurro.

—Juls, ¿qué pasa? Creí que estábamos bien. Pensé que querías esto, yo...

—Nate, solo llévame a casa, por favor —insisto ocultando mi cara con mi pelo. No quiero que me vea llorar, y sé que estoy a punto de hacerlo.

—Juls, ¿esto es por lo que acaba de pasar o por lo que dijo mi padre? Nena, te prometo que yo...

—¡Maldita sea, Nathan! ¡¿Me llevas a casa o voy por mi cuenta?! —al ver que pasan varios segundos y no contesta, pongo mi mano sobre la manilla de la puerta dispuesta a salir del coche, pero justo en ese momento escucho el cierre automático. La puerta no se abre y yo no quiero mirarle. No puedo dejar que me vea de este modo.

—Está bien, está bien, te llevaré a casa —arranca el motor y se incorpora a la carretera. Yo sigo mirando por la ventanilla auto flagelándome por lo que acabo de hacer. Sabía que tarde o temprano pasaría, pero no creí que me sentiría de este modo—. Juls, no creas que esto va a quedarse así. Necesito una explicación.

—Ahora no —digo cerrando los ojos y apoyando mi frente contra el frío cristal.

—¿Cuándo? Necesito saber qué he hecho para poder solucionarlo. Dijiste que no me dejarías. Suspiro y niego con la cabeza.

—No has hecho nada, Nate. Soy yo. Es con mi cabeza con la que tengo un problema, con mi

conciencia —esa última parte la digo en voz muy baja, más para mí que para él—. No voy a dejarte. Solo necesito irme a casa.

—A la casa de Seth, quieres decir —escucho el estridente ruido del cuero, y sin mirarle, sé está apretando el volante con fuerza.

Durante el resto del trayecto, ninguno de los dos vuelve a hablar. Nate aparca el coche frente a mi edificio y escucho como el cierre de las puertas se activa para dejarme salir.

—Te llamaré mañana —susurro abriendo la puerta.

—Juls —agarra mi mano antes de que pueda salir y con su otra mano alcanza mi cara y la gira hacia él—. Sea lo que sea que te está pasando, recuerda que te amo y que voy a estar ahí para ti. Necesito que me dejes entrar, nena. No sé cómo ayudarte si no hablas conmigo.

—No te preocupes, estaré bien —contesto fingiendo una sonrisa—. Te llamaré mañana.

—¿Vendrás conmigo a ver el local para la galería?

—No lo sé. Mañana te lo confirmo.

—Está bien. A primera hora me pondré con los preparativos de nuestro viaje. Te prometí un fin de semana en Las Vegas y pienso cumplirlo —acaricia mi mejilla con suavidad y suspira—. Dime que estarás ahí, que vendrás conmigo a ese viaje.

—Lo haré —contesto agarrando su mano.

—Bien. Buenas noches, nena —me da un beso dulce en los labios y me suelta.

—Buenas noches —susurro antes de salir del coche.

Entro en casa y compruebo que todas las luces están apagadas. Seth ya debe estar durmiendo. Camino hacia el baño quitándome el vestido a tirones. Cierro la puerta y me deshago de mi ropa interior antes de meterme en la ducha.

No puedo deshacerme de este peso que siento en mi pecho. Me siento horrible. ¿Hasta dónde estoy dispuesta a llegar para cumplir mi venganza? ¿Cuál es el límite? Cierro los ojos sintiendo como el agua caliente cae sobre mi cabeza. Estoy llorando, pero las lágrimas se mezclan con el agua y se van por el desagüe. Así es como me siento, como si mi vida estuviese yéndose por un jodido sumidero sin que pueda hacer nada para detenerlo. Me siento en el suelo y abrazo mis rodillas sin poder dejar de pensar en lo que estoy haciendo. ¿Realmente vale la pena sentir toda esta angustia? ¿Voy a sentirme mejor cuando finalice mi plan?

Después de lo que me parecen horas, siento como la mampara de la ducha se abre de golpe. Levanto la cabeza y veo a Seth mirándome con una expresión preocupada.

—Juls, cariño, ¿qué te pasa? —cierra el grifo y entra en la ducha agachándose frente a mí.

—Seth —susurro entre lágrimas—. Tenías razón. Voy a perderme a mí misma.

—Shhh... tranquila —se sienta a mi lado y me abraza. Apoyo mi cabeza sobre su pecho y lloro como pensé que nunca volvería a llorar. Supongo que esta vez no lloro por la pérdida de mi hermana, quien se ha perdido en esta ocasión soy yo—. ¿Qué ha pasado, Juls? ¿Qué has hecho?

—le miro y lloro con más fuerza—. Entiendo —suspira y besa mi frente—. Sabías que esto pasaría tarde o temprano. Aún no sé a dónde vas a llegar, pero sé que tienes un plan bien definido en tu cabeza. ¿Esto que ha pasado esta noche entraba en tu plan? —asiento sorbiendo por la nariz—. ¿Entonces por qué estás así?

—No lo sé. Me siento mal, como si... No sabría ni explicarlo. Siento un peso, algo que me aplasta el pecho. No sé si es culpa o remordimiento. Acabo de follarme al hombre de mi hermana. ¿Sabes lo jodido que es eso? —vuelvo a llorar con fuerza y Seth me mira frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras a sí?

—No sé si quieres escucharlo —contesta desviando la mirada.

—Seth... —insisto.

—Muy bien, ¿quieres saber lo que pienso? Creo que no te sientes culpable por haberte acostado con ese tipo, eso ya lo habías planeado. Además, tú tampoco eres una de esas chicas que solo tiene sexo si está enamorada —alzo una ceja y él pone los ojos en blanco—. Ya sabes lo que quiero decir. No estoy insinuando que seas una cualquiera que se acuesta con el primero que pilla, pero te conozco, y sé que no tienes problemas en compartir un buen momento con alguien que te gusta. Ese es precisamente el problema, que Nathan Reed te gusta, más de lo que eres capaz de admitirte a ti misma. Por eso te sientes tan culpable, no porque te hayas acostado con el hombre de tu hermana, sino porque tienes sentimientos hacia él, y eso no te deja vivir en paz con tu conciencia.

—¡No tengo ningún sentimiento hacia ese tipo! —jadeo indignada.

—Lo que tú digas. Yo te conozco, Juls, quizás mejor de lo que te conoces tú misma. He visto como lo miras. Cada noche que has salido con él, de alguna manera has vuelto sonriendo, como si hubieses disfrutado de un buen rato con una buena compañía —lo pienso y sí, es cierto. La verdad es que me lo paso bien cuando estoy con Nate. Es divertido, atento, simpático, cariñoso... ¡Mierda! ¿Siento algo por él?!—. ¿Ya te has dado cuenta o tengo que seguir?

—Continúa —digo tragando el nudo que se ha instalado en mi garganta.

—Te estás enamorado de él, Juls, eso si ya no lo estás. Déjalo, olvida todo esto y aléjate de ese hombre. Sabes que no es una buena persona.

—No puedo, Seth. Le prometí a mi hermana...

—¡Tu hermana está muerta, Juls! ¡Maldita sea, nada de lo que hagas va a hacer que vuelva! —resopla y se pasa la mano por el pelo—. Lo siento, no quise ser tan brusco. Pero es que tienes que entender...

—No tengo nada que entender —replico limpiándome las lágrimas de un manotazo—. Voy a seguir con mi plan y cumpliré la promesa que le hice a mi hermana. Tengo que hacerlo.

—¿Tienes que hacerlo o quieres hacerlo? Aunque no me lo digas a mí, al menos contéstame a ti misma esta pregunta ¿Vas a seguir con esto por la venganza que le prometiste a tu hermana o porque no quieres apartarte de Nathan Reed?

Me despierto con el sonido de mi teléfono, alguien me está llamando. Anoche no recuerdo haberme metido en la cama, seguramente me quedé dormida en el baño. Después de nuestra conversación, Seth me abrazó de nuevo y me dejó llorar contra su pecho hasta que caí rendida.

—¿Quién es? —pregunto con voz afónica.

—Juls, ¿eres tú? —reconozco la voz de Alec.

—Sí, soy yo.

—Tienes voz de camionero. ¿Te encuentras bien?

—Sí, eh... solo he tenido una noche complicada. ¿Ha pasado algo?

—No, bueno, nada importante. Si quieres puedo llamarte en otro momento.

—No, tranquilo. Dime, ¿para qué me has llamado?

—Verás, Johanna es veterinaria y ha creado... bueno, ella sola no. Lo que quiero decir es que hay una proteína, se llama PCA, proteína de crecimiento acelerado. Es algo que se les inyecta a los terneros y hace que crezcan más rápido y mucho más sanos. Yo lo estoy utilizando en todo mi ganado y Rob Anderson también.

—¿Robbie?

—Sí, ¿lo recuerdas?

—Claro, mis padres y los Anderson eran amigos.

—Ya, como te estaba diciendo, la proteína da muy buenos resultados, así que estaba pensando usarla con tu ganado, bueno, con el nuestro.

—Alec, no necesitas pedirme permiso para cada cambio que hagas en el rancho o en el trabajo. Eres tú quien está llevando el negocio, haz lo que creas oportuno.

—Bien, gracias, Juls.

—Gracias a ti. Por cierto, necesito pedirte un favor. No quiero abusar, y sé que te debo mucho dinero, pero...

—Juls, solo dime qué necesitas —me corta en tono autoritario.

—Manda a alguien a que arregle un poco la casa. Nada de otro mundo, solo que adecente alguna de las habitaciones y limpie un poco.

—¿Vas a volver? —pregunta.

—Sí, supongo que en una semana estaré por ahí.

—Eso es genial. ¿Vienes para quedarte?

—Así es. Me quedaré definitivamente.

—Bien. ¿Qué habitaciones quieres que arregle? La de Holly...

—Esa ciérrala con llave y que nadie entre. Será la que yo utilice. Arregla un poco la mía, es la que está justo al lado.

—Sí, la que comparte baño con la de Holly ¿verdad?

—Exactamente.

—Esa habitación está destrozada, Juls. El tiempo ha carcomido los muebles. Pediré que traigan unos nuevos.

—Está bien, pero nada de lujos. Que sean lo más sencillo posibles. ¿El baño está decente?

—Sí, fue de las pocas cosas que arregló Holly.

—Bien, unos pequeños arreglos en la cocina y el salón para hacerla habitable, y también en el baño principal.

—¿Quieres que haga algo con la instalación eléctrica? Es muy antigua y por las noches se sobrecarga. La mayoría de las noches está inutilizada, eso sin contar que estamos en invierno, ya sabes cómo es el frío por aquí, y no hay calefacción.

—Qué le echen un vistazo a la chimenea. No toques la instalación eléctrica, después ya veré qué hacer.

—Juls, si vas a vivir en esa casa, te aconsejaría hacer una buena obra. Por mucho que adcentes, se está cayendo a trozos. El porche está destrozado y el exterior necesita arreglos y una mano de pintura. Por dentro el papel pintado se está cayendo.

—Tranquilo, eso lo solucionaré cuando llegue. Por ahora solo quiero tenerla habitable, que no sea peligroso vivir ahí.

—Bien, como quieras. ¿Necesitas algo más?

—Sí, quiero que saques de la casa cualquier fotografía que pueda haber de mi hermana. Guárdalas en una caja en su habitación, en la que será mía.

—Está bien, entiendo que sea difícil para ti...

—Otra cosa, Alec —le interrumpo. No quiero hablar de Holly—, quiero que cambies el nombre del rancho.

—¿El nombre del rancho? Es difícil hacer algo así, todo el mundo lo conoce como rancho Carrington.

—Ya, pero no quiero que vuelvan a llamarlo de ese modo. Necesito que cambies el viejo cartel que hay en la entrada. A partir de ahora se llamará rancho Black Eagle.

—¿Águila negra? Lo entiendo. Es un bonito homenaje a tu madre, su apellido y vuestro tótem familiar.

—Sí. Es un homenaje. ¿Crees que puedes hacer eso en una semana?

—Por supuesto. Me pondré hoy mismo.

—Genial, dime lo que te va a costar y...

—Juls, ya hablaremos de eso cuando vuelvas.

—No, Alec, no quiero deberte más dinero. Puede que no tenga suficiente para pagarte todo, pero tengo unos ahorros y...

—Juls, no voy a seguir hablando de esto. Me encargaré de lo que has pedido, además le pediré a Johanna que venga conmigo al pueblo a comprar cosas para la casa, toallas, platos y todo lo que necesites para poder vivir allí.

—Para dos —digo mordiéndome el labio.

—¿Cómo dices?

—Digo que compres cosas para que vivan dos personas. No voy a volver sola.

—¿Un hombre? —inquire.

Suspiro y asiento aunque sé que no puede verme.

—Sí.

—Enhorabuena, no sabía que estuvieras saliendo con alguien, Holly nunca lo mencionó.

—Es algo reciente —explico.

—Pues debe estar loco por ti para aceptar venir a vivir al fin del mundo si lleváis poco tiempo juntos. Estoy deseando conocerle.

—Lo harás muy pronto. Tengo que dejarte, Alec. Nos vemos en unos días.

—Genial, hasta pronto, Juls.

Me despido de él y cuelgo tirando el teléfono sobre la cama. Si todo sale como espero, en una semana Nate y yo estaremos viajando hacia Black Mountain, donde empezará la segunda fase de mi venganza.

Lo que yo decía, muy básico

Nathan

Hace dos días que no veo a Juls. He hablado con ella por teléfono y le he mandado mensajes a menudo. Ella insiste en que todo está bien entre nosotros, pero está muy ocupada solucionando problemas del rancho para poder quedar conmigo. Sé que miente y algo está sucediendo, pero no voy a seguir insistiendo. Temo que, si me empeño en presionarla, acabe alejándose aún más de mí, y después de lo que pasó entre nosotros en el coche... no sé si podría vivir sin ella. La quiero demasiado como para arriesgarme a perderla.

Al fin es el gran día. He conseguido un par de billetes de avión directo a Las Vegas. Tengo que salir para recoger a Juls en su casa.

—¿Ya te vas? —pregunta Alan al verme aparecer en el salón con mi maleta.

—Sí, nuestro vuelo sale en un par de horas —miro las bolsas que hay sobre el sofá y niego con la cabeza—. Tío, ¿de dónde sacas el dinero para comprar todo eso? Esa tienda no es precisamente barata.

—Estaba rebajado de precio y necesitaba un nuevo traje para una entrevista de trabajo. Por cierto, he cogido prestada tu moto.

—Como siempre —murmuro mirando la hora en mi reloj—. Recuerda llenar el depósito, siempre lo dejas vacío.

—Sí, papá —contesta poniendo los ojos en blanco.

—Me tengo que ir. Hazme un favor y no te metas en líos. Quiero pasar un fin de semana tranquilo con mi chica.

—¿Tú chica? Sí que es serio —dice sonriendo—. Un fin de semana romántico en Las Vegas. Me alegro por ti, hermano.

—Gracias. La verdad es que las cosas están algo extrañas entre nosotros, pero pretendo arreglarlo este fin de semana.

—Estoy seguro de que lo harás. Es verdad, no me dijiste qué te pareció el local que fuiste a ver el otro día. ¿Te gustó?

—Sí, es fantástico, mucho mejor de lo que esperaba, hasta tiene un pequeño apartamento en la parte superior que va incluido en la venta. También es más caro de lo que había presupuestado, pero puedo permitírmelo. Eso sí, voy a tener que pasar los próximos meses comiendo sopa de lata, al menos hasta que ponga en funcionamiento la galería.

—¿Vas a gastar también el dinero que te dejé...?

—Sí —contesto secamente.

—Hermano, yo no te juzgo, ese dinero es tuyo, ella te lo dio.

—Ya, no es que me haga sentir bien. Al fin y al cabo, ese dinero está manchado de sangre.

—Nathan, no pienses de ese modo. Ella tomó su decisión. Tú no eres culpable.

—Sí que lo soy, y eso será algo con lo que tendré que vivir el resto de mi vida.

—Siendo así, aprovecha al máximo esta escapada a Las Vegas, no creo que puedas permitirte

ir ni a Nueva Jersey en una temporada —señala cambiando de tema.

Me despido de Alan y salgo a toda prisa al encuentro de Juls. Estoy deseando verla. Necesito comprobar en persona que todo está bien entre nosotros.

Cuando estoy a punto de llamar al timbre desde el portal, la puerta se abre y Juls sale del interior tirando de una maleta.

—¿Ya has llegado? Pensaba esperarte aquí abajo —dice a modo de saludo.

—Buenos días para ti también, nena —contesto poniendo las manos en su cintura y besando sus labios.

—Creo que ya nos habíamos dado los buenos días por teléfono —comenta sonriendo cuando me aparto de su boca—. Me llamaste a las cinco y media de la madrugada.

—Tenía miedo a que te quedaras dormida —confieso encogiéndome de hombros. La verdad es que no pude dormir en toda la noche pensando en este viaje. Quizás me pudo un poco la impaciencia—. Nena, ya sé que estoy siendo muy pesado, pero necesito que me lo digas de nuevo. ¿Estamos bien?

Juls suspira y asiente acariciando mi mejilla con su mano.

—Estamos bien, Nate.

—Genial —voy a besarla de nuevo pero se aparta de mí poniendo una mano sobre mi pecho para detener mi avance.

—Creo que llegamos tarde al aeropuerto —señala.

Miro mi reloj y compruebo que tiene razón.

—¡Mierda! Vamos a tener que darnos prisa. ¿Lo llevas todo?

—Eso espero. He comprobado la maleta tres veces.

—Bien, entonces nos vamos.

Nos metemos en el coche y tengo que ir bastante rápido para poder llegar a tiempo al aeropuerto. Tras hacer el check in, subimos al avión y esperamos a que despegue. Yo no tardo en quedarme dormido. Supongo que el no haber dormido nada en toda la noche me pasa factura, así que paso las cinco horas que dura el viaje durmiendo como un bebé.

Hay tres horas de diferencia entre Nueva York y Las Vegas, por eso cuando llegamos a nuestro destino, es como si solo hubiesen pasado un par de horas. Sigue siendo por la mañana.

—¿Tienes hambre? —pregunta Juls al salir del aeropuerto. He alquilado un coche para que podamos desplazarnos por la ciudad con mayor comodidad—. Yo estoy hambrienta. Se me hizo tarde y ya no pude desayunar.

—Y eso que te desperté a las cinco de la madrugada, imagina si no lo hubiese hecho, vendrías en pijama —comento en broma.

—En realidad, vendría en ropa interior —alzo una ceja y ella decide explicarse—. No me gusta dormir con pijama. Uso una camiseta larga en invierno y una de tirantes en verano.

—¿Y nada más? —pregunto sonriendo de medio lado.

—Solo mis braguitas —gruño por su respuesta. No puedo evitar imaginarla vestida de ese modo. Juls suelta una carcajada y niega con la cabeza—. De verdad, los hombres sois tan básicos... Una chica dice que duerme sin pijama y ya os ponéis a gruñir y a pensar obscenidades.

—No sé el resto de los hombres, pero yo sí soy muy básico, al menos cuando se trata de imaginarte a ti con tan poca ropa —pongo una mano sobre su muslo y la miro de reojo desviando levemente la mirada de la carretera—. Se me pone dura solo de pensarlo.

Una nueva carcajada sale de ella y yo no puedo evitar sonreír al verla tan relajada.

—Lo que yo decía, muy básico —sentencia.

Me encojo de hombros a modo de respuesta y vamos directamente a una cafetería a desayunar.

Tras llenar nuestros estómagos, decidimos ir al hotel a registrarnos. Probablemente pasemos el resto del día haciendo turismo por la zona, así que queremos darnos una ducha y cambiarnos la ropa que, tras el vuelo, se ha arrugado bastante.

Al entrar en nuestra habitación, Juls deja su maleta sobre la cama King size y mira a su alrededor.

—¿No te gusta la habitación? —pregunto intentando descifrar sus pensamientos.

—No, la habitación es fantástica, pero me sorprende. Viajamos en primera clase y ahora este hotel de lujo... No esperaba este despliegue de medios.

—Quiero que este fin de semana sea perfecto —digo abrazándola por la cintura.

—Podría haber sido igual de perfecto si nos hubiésemos quedado en un lugar menos ostentoso, Nate. Esto me hace plantearme la importancia que tiene el dinero para ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquiero extrañado.

—Pues eso. Tú provienes de una buena familia y siempre has estado rodeado de lujos. El dinero es algo indispensable para ti. ¿Me equivoco?

—Bueno, no te voy a negar que me gusta vivir bien. ¿A quién no?, pero eso no significa que el dinero y los lujos lo sean todo en mi vida. Hay cosas más importantes.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Si no pensara así, habría aceptado el puesto en la empresa de mi familia, pero no lo hice porque mi felicidad estaba lejos de una oficina y un horario de ocho horas diarias. Y me extraña que me preguntes esto, tú sabes cómo y dónde vivo, es un piso muy normal y nada lujoso que comparto con mi mejor amigo.

—¿Antepondrías el amor al dinero? ¿Podrías vivir en un lugar apartado de la mano de dios, solo para estar con la persona que amas, incluso sabiendo que vivirías de forma modesta?

—¿Lo dudas? —sonrío y pego mi frente a la suya—. Ya te lo dije una vez, nena. Contigo me iría al mismísimo infierno.

—Al final voy a acabar tomándote de la palabra —susurra rodeando mi cuello con sus brazos.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —beso su frente y suspiro. Esto no le va a gustar, pero tengo que decírselo. No puedo seguir guardádomelo.

—¿Qué pasa?

—Eh... verás —suspiro de nuevo—. Se trata de Seth.

—¿Seth? ¿Qué pasa con él?

—Lo que pasa es, que no me gusta que vivas con él. Sé que dijiste que entre vosotros ya no había nada, pero...

—¡Basta, Nate! No quiero volver a discutir esto —dice apartándose de mí—. Seth es mi amigo, mi mejor amigo, y no voy a darle la espalda porque tú tengas un ataque de celos.

—No es eso, escúchame...

—No hay nada que escuchar. Voy a darme una ducha y espero que cuando regrese, estés dispuesto a olvidar ese tema. Acepto que Seth no te caiga bien, pero es mi familia, mi única familia y vas a tener que respetarlo.

Se va rápidamente hacia el baño y me deja solo en la habitación. Resuello y me siento al borde de la cama. No esperaba esa reacción por su parte. Creí que podríamos hablar como dos adultos civilizados y llegar a un acuerdo respecto a su residencia en la casa de su amigo.

—Genial, Nate. Lo estás bordando. Acabáis de llegar y ya has conseguido que se cabree —murmuro para mí mismo.

Creí que este viaje iba a ser perfecto pero como siempre, no dejo de cagarla. Me levanto de un salto y voy hacia el baño. Temo que me rechace si me acerco a ella, especialmente después de

cómo reaccionó después de la primera vez que hicimos el amor, pero no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Abro la puerta y escucho el sonido del agua golpeando contra el suelo de la ducha.

—¿Qué quieres, Nate? —pregunta Juls del otro lado de la mampara de la ducha. A pesar de que el cristal es opaco, puedo ver su silueta desnuda al otro lado y eso hace que mi miembro despierte en el interior de mi pantalón—. ¿Sabes lo que significa la palabra privacidad? —frunzo el ceño y abro la puerta acristalada de golpe, sorprendiéndola—. ¡¿Qué coño haces?! —exclama cabreada. La miro de arriba abajo y no puedo resistirme a tocarla, es preciosa. La arrastro hacia mí y hundo mi cara en el hueco de su cuello.

—Lo siento, nena. No quiero discutir —susurro besando su hombro mientras el agua empapa mi ropa.

—Nate, te estás mojando.

Alzo la mirada a su cara y sonrío.

—¿Sí? No me había dado cuenta —digo en broma.

—Yo ya he terminado, saldré para que puedas ducharte —intenta marcharse, pero la detengo aferrando mis brazos con más fuerza a su cintura.

—Quédate. No huyas de mí, Juls —suplico. Ella me mira fijamente y desliza sus manos en el interior de mi camiseta arrastrándola hacia arriba para sacármela por la cabeza. Cuando estoy desnudo de cintura para arriba, pasa sus uñas por mis abdominales arañándome suavemente—. Eres demasiado hermosa para ser real —digo justo antes de besarla.

La arrincono contra la pared de azulejos sin apartar mi boca de la suya y llevo mis manos a sus pechos, acariciándolos con rudeza. Aunque quiero hacerlo, no puedo ir más despacio. Necesito que entienda lo cuánto la quiero y lo mucho que la deseo.

—Nate —gime cuando mis dedos encuentran sus pliegues. Introduzco un dedo en su interior y ella se retuerce de placer.

No tarda en buscar el botón de mis pantalones y quitármelos junto con mi ropa interior.

—Quiero ir más despacio, lo estoy intentando —jadeo entre beso y beso.

—No lo hagas —replica ella sacudiendo mi miembro en su mano. Me está dando más placer del que nunca ninguna otra mujer me ha dado.

—Para —susurro apartando su mano de mí. La miro a la cara y veo como se muerde el labio inferior de manera lasciva, cosa que hace que mi miembro se endurezca aún más si eso es posible—. Acabas con mi cordura, nena —en un rápido movimiento, me agacho frente a ella y tiro de una de sus piernas para colocarla sobre mi hombro. Miro hacia arriba y sonrío antes de atacar su sexo con mi boca. Juls empieza a gemir en alto mientras intenta agarrarse a cualquier saliente de la pared. Está desatada, disfrutando del placer que le estoy proporcionando, y eso me encanta.

Cuando su cuerpo se tensa y un grito de placer sale de lo más profundo de su garganta, empiezo a subir besando cada parte de su cuerpo que encuentro en mi camino. Me doy cuenta de que, en un costado, justo por encima del hueso de su cadera, tiene un tatuaje, un águila negra con las alas abiertas. Me quedo mirándolo durante unos segundos, me suena ese tatuaje, aunque no recuerdo haberlo visto o quién me habló de él. Decido no pensarlo y beso ese trozo de piel. Al sentir mis labios sobre el tatuaje, Juls se tensa dándome a entender, que ese dibujo marcado en su piel es más importante de lo que creía. Tiene algún significado para ella, estoy seguro.

Asciendo hasta ponerme a su altura y beso sus labios para distraerla de lo que sea que esté pensando. Al principio parece resistirse, pero enseguida enrosca sus piernas alrededor de mi cintura y responde a mi beso con una pasión desmedida. Es incluso agresiva cuando muerde mis labios tirando del pelo de mi nuca.

Debería preguntarle qué es lo que le pasa, pero no quiero romper este momento, así que

decido corresponder a su forma de besarme y tocarme, con la misma agresividad. Guio mi miembro a su sexo y me hundo en ella de una sola estocada haciéndonos jadear a ambos.

—¡Más fuerte! —grita clavando sus uñas en mi espalda.

No me hago de rogar, empiezo un vaivén de caderas que cada vez voy acelerando más, hasta que empiezo a bombear en su interior a una velocidad demencial. Creo que nunca he sido tan agresivo en el sexo, pero a ella parece gustarle. Eso me dicen sus gemidos y su cara de éxtasis absoluto cuando los dos llegamos al orgasmo, yo gritando su nombre y ella mordiendo mi hombro con fuerza.

—¿Estamos bien, nena? —pregunto apartando el pelo mojado de su cara tras unos minutos en los que ninguno ha dicho ni una sola palabra.

Juls me mira y sonrío levemente.

—Sí, estamos bien —contesta—. Aunque no sé si podré mantenerme en pie. Creo que después de esto voy a tener agujetas hasta en las pestañas.

Suelto una carcajada y la deslizo hacia abajo hasta que sus pies vuelven a hacer contacto con el suelo.

—No te haces una idea de cuánto te amo —susurro abrazándola—. Me encantaría que pudieras, de alguna forma, ver o sentir lo que yo siento.

No me contesta, solo me abraza y los dos nos quedamos un buen rato más bajo el agua caliente.

Tras vestirnos, salimos a la calle y nos montamos en el coche. Pasamos el resto del día haciendo turismo. Vamos al Gran Canyon, a la presa Hoover y a un montón de lugares más, donde nos sacamos cientos de fotos. Juls insiste en visitar la reserva indígena Hualapai y yo no puedo negarme. ¿Cómo hacerlo si la veo tan relajada y a gusto a mi lado? Hay algunos instantes en los que vuelve a ser la chica fría y distante en la que se transforma por momentos, pero consigo hacerla cambiar de humor con algún beso o caricia. Está tan relajada, que incluso me cuenta cosas sobre sus orígenes, los de su familia. Cómo su madre dejó en Canadá a su pueblo, descendientes de indios Sioux, para casarse con su padre, un inglés que heredó las tierras de los colonizadores que se asentaron en Black Mountain. Me habla de la tierra donde nació y de lo mucho que la echa de menos.

Finalmente, al llegar la noche, decidimos cenar algo en un restaurante cercano al hotel, y cuando le pregunto a Juls qué quiere hacer esta noche, ella solo me contesta: “Hagamos lo que hacen todos los que vienen a Las Vegas, emborrachémonos y juguemos en los casinos”. Decido cumplir su deseo, y eso nos lleva a donde estamos ahora, en el casino del hotel en el que nos hospedamos, sentados frente a una mesa de póker, Juls vestida con un trozo de tela como vestido, que deja poco a la imaginación pero le sienta como un guante, y yo sin poder dejar de mirarla como un jodido acosador.

Juls

Gano una nueva mano y el hombre que está sentado frente a mí al otro lado de la mesa, me mira sonriendo y levanta su copa hacia mí dándome la enhorabuena por mi victoria.

—Creí que habías dicho que no sabías jugar —murmura Nathan agarrando mi mano y besándola. Sé que está marcando territorio, él también se ha dado cuenta de las miradas que me está lanzando el jugador simpático.

—Yo nunca dije tal cosa —digo en tono sarcástico. Le sonrío y Nate niega con la cabeza.

Tiene los ojos brillantes debido al alcohol. Me he encargado de que su copa nunca esté vacía. Tengo que conseguir que esté algo borracho para poder llevar a cabo mi plan. Hoy es la gran

noche, la noche en la que la primera fase de mi plan termina para dar paso a la segunda.

—Dijiste que nunca habías entrado en un casino.

—Es cierto, pero eso no quiere decir que no haya jugado al póker. Pasé muchos días aburridos en el pueblo dónde estábamos asentados Seth y yo en Camboya —veo como aprieta los puños y sonrío interiormente. Allá vamos—. ¿Pasa algo, Nathan? —pregunto con fingida inocencia.

—No, solo... dime que esas partidas de póker con Seth, no implicaban que te quitaras la ropa —hago una mueca y él resopla frotándose la cara en un gesto de frustración—. Genial, me voy a la habitación —dice levantándose de golpe—, creo que he bebido demasiado y no quiero hacer o decir algo de lo que me vaya a arrepentir.

—Nate, no seas ridículo —siseo en voz baja para que nadie nos escuche.

—Juls, no voy a discutir de nuevo contigo. Me voy a la habitación, si quieres quedarte aquí, hazlo —sale disparado hacia la puerta de salida del casino y yo me quedo perpleja durante unos segundos. ¡Mierda! No puedo dejar que se vaya, eso lo arruinará todo.

Me disculpo con el resto de jugadores y salgo tras él lo más rápido que mis tacones me permiten correr. Consigo interceptar su huida justo antes de que se meta en el ascensor.

—¡Nate! —agarro su brazo y tiro de él para que se gire hacia mí—. ¡¿Se puede saber qué mosca te ha picado?! ¡¿Por qué demonios te vas dejándome sola?!

—Llama a tu amigo Seth, estoy seguro de que él vendrá a buscarte, aunque tenga que venir a pie —contesta enfadado.

Se gira para entrar en el ascensor cuando las puertas se abren, pero una vez más le detengo.

—¡Maldita sea! ¡No me des la espalda, estamos hablando!

—¡No! Eres tú la que habla, yo ya he terminado.

—¡Nate! ¡Nathan! Como subas a ese ascensor, te juro que me iré a casa esta misma noche y no volverás a saber nada de mí en tu puñetera vida —mi amenaza parece hacerle reaccionar, porque se detiene justo antes de entrar en el ascensor y se gira hacia mí—. Deja de comportarte como un niño malcriado y habla conmigo.

—¡¿Que hable contigo?! ¡¿Cuándo hablas tú conmigo?! ¡No me cuentas nada! Cambias de humor cada cinco putos segundos y yo tengo que adaptarme a tus idas y venidas. ¡Desapareces! Y cuando te vuelvo a ver, te comportas como si nada hubiera pasado. ¡Maldita sea, Juls! Intento entenderte, pero no me lo pones nada fácil. Y, ¿sabes qué es lo que más me jode? Que él si lo sabe, Seth conoce todos tus secretos, sabe todo sobre ti, y tú le dejas, confías en él como nunca vas a confiar en mí— se frota la cara y puedo ver como las lágrimas se agolpan en sus ojos pugnando por salir—. Te amo, Juls. Te quiero más de lo que nunca creí posible, pero no voy a ser el segundo para nadie.

Me acerco a él lentamente y pongo mis manos sobre sus mejillas.

—No eres el segundo, Nate. Seth es mi amigo, pero tú... tú eres el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida —tal como esperaba, mi declaración le sorprende y abre los ojos de par en par—. Puede que yo no demuestre mis sentimientos, pero eso no significa que no los tenga. Estoy aquí, contigo ¿necesitas alguna prueba más? Dime qué es lo que quieres de mí. ¿Qué necesitas? —miro hacia un lado y sonrío al ver lo que ya sabía que estaba ahí, una pequeña capilla donde se encargan de hacer bodas rápidas—. Muy bien, te lo demostraré. Cásate conmigo.

Creo que si le hubiese dicho que soy hermafrodita, no le habría sorprendido tanto. Traga saliva y me mira como si me hubiesen salido tres cabezas.

—¿Estás borracha? —pregunta en tono de sorpresa. Sonrío y me encojo de hombros.

—Sí —mentira, estoy totalmente sobria, solo he bebido un par de copas—, pero eso no tiene nada que ver con lo que te estoy proponiendo. ¿Quieres casarte conmigo, Nathan Reed?

Sonríe y niega con la cabeza.

—No sé si estás más borracha que loca, pero ¡¿qué demonios?! Yo también debo estar loco, porque no deseo otra cosa más que tenerte como esposa.

Volarse la jodida cabeza

Nathan

Me despierto sintiendo un dolor de cabeza infernal. Al intentar tragar saliva, descubro que lo que me pasa es que tengo una resaca digna de un universitario. Lo sé porque yo fui uno de ellos y reconozco los síntomas. Gimo intentando darme la vuelta en la cama para descubrir dónde demonios estoy. En mi época universitaria, era muy habitual que despertara en los lugares más extraños que se puedan imaginar. Abro los ojos con dificultad, ya que la poca luz que hay en la habitación me ciega totalmente, y me doy cuenta de que estoy en una habitación de hotel, la reconozco, pero estoy demasiado confundido como para saber cómo he llegado a este lugar.

—Buenos días, bello durmiente.

Alzo la mirada hacia esa voz y veo a Juls sentada en el borde de la cama con una expresión divertida. ¿Juls? Espera... estamos en Las Vegas, llegamos ayer y... Recuerdo que estuvimos en el casino, y discutimos. Joder, bebí demasiado y me puse muy intenso. Ella me siguió y... ¡No puede ser! Miro hacia mi mano izquierda y lo veo ahí, un pedazo de metal dorado rodeando mi dedo anular. ¡Es real! ¡Nos hemos casado!

—Lo de... —carraspeo para poder hablar.

Juls se da cuenta de lo que me está pasando y me tiende un vaso de agua. Bebo de él hasta vaciarlo por completo, le devuelvo el vaso vacío y ella lo llena de nuevo de agua que vierte de una jarra que estaba sobre la mesita de noche.

—Tómate esto también —me pone un par de pastillas sobre la palma de mi mano—. Son analgésicos, me imagino que debes estar con una resaca tremenda.

—No lo sabes tú bien —contesto tras tomar los comprimidos. La miro de nuevo y ella alza una ceja—. ¿Lo de anoche fue real? —pregunto en un susurro.

—¿El qué? ¿Cuando casi te pegas con ese tipo en la discoteca, cuando intentaste desnudarme en el ascensor delante de aquella viejecita, cuando vomitaste sobre mi vestido, o cuando te quedaste dormido mientras intentabas seducirme?

—¡¿Hice todo eso?! —exclamo sorprendido.

—Y algunas cosas más que prefiero olvidar —contesta sonriendo—. ¿No recuerdas nada?

—No, bueno, sí, pero a trozos. Recuerdo que discutimos y... Me comporté como un capullo ¿verdad?

—Un poquito, pero no te lo voy a tomar en cuenta.

—Gracias por eso. También recuerdo que me pediste que me casara contigo —la miro y ella alza una ceja—. ¿Eso también fue real? ¿Nos hemos casado? —veo como levanta su mano izquierda y señala su alianza.

—Eso creo. A mí me pareció muy real.

—Joder, estamos completamente locos.

—¿Te arrepientes? Tienes razón, fue una locura. Los dos habíamos bebido y nos dejamos llevar.

—Eh... espera, Juls. Yo no he dicho que me arrepienta. Solo estoy alucinando un poco. Ayer a esta hora era un hombre soltero y hoy... No me puedo creer que estemos casados. ¿Tú te arrepientes?

—Fui yo quien te lo propuso, Nate.

—Lo sé, pero también habías bebido. No quiero que estés obligada a quedarte en esta situación. Sé que todo esto ha ido demasiado rápido y casi no nos conocemos, por eso entendería si quisieras dar marcha atrás. Sabes que podemos hacerlo, ¿verdad? El matrimonio no es válido si no lo ratificamos ante las autoridades pertinentes. Podemos simplemente anularlo y fingir que no ha pasado.

—Estás hablando por mí, yo no he dicho eso —dice cruzándose de brazos.

—Entonces... ¿quieres intentarlo? Puede ser difícil, pero yo estoy dispuesto a hacerlo —me muevo hacia ella y sujeto su mano entre las mías—. Puede que todo esto haya sido muy precipitado, pero así es como yo sabía que iba a terminar. Desde que te conocí, supe que quería pasar el resto de mis días a tu lado. Ayer fui a ver el local donde quiero montar la galería, aún no lo he comprado porque es más caro de lo que esperaba, y eso se debe a que, con el local, también viene incluido un pequeño apartamento en el piso superior. De eso era lo que quería hablarte ayer cuando llegamos al hotel. Pensaba pedirte que te mudaras conmigo a ese apartamento. Yo no me arrepiento en absoluto, nena.

—Quizás lo hagas cuando escuches lo que tengo que decirte —murmura desviando la mirada.

Soy consciente del momento en el que la sonrisa desaparece de mi cara. Me temo que no me va a gustar nada lo que tenga que decirme.

—¿Qué pasa, Juls?

—¿Recuerdas que te dije que había problemas en mi rancho? —asiento—. Bien, pues la situación está realmente complicada. Voy a tener que irme.

—Eh... está bien. ¿Cuánto tiempo tendrás que estar allí? Yo puedo ir encargándome del apartamento. No necesita reformas, pero hay que comprar algunos muebles y...

—Nate, no me estás entendiendo. Tengo que mudarme a Black Mountain —juro que, si me hubiese dado una bofetada en toda la cara, no me habría afectado tanto—. El rancho se está hundiendo, y como no haga algo inmediatamente, voy a perder la herencia de mi familia.

—Espera... ¿De qué hablas? ¿Mudarte? ¿Definitivamente? No entiendo una mierda, nena.

Suspira y se echa el pelo hacia atrás apretando mi mano.

—Sé que debería haberte contado esto antes, pero no sabía cómo hacerlo —me mira y agacha la mirada—. Tengo muchas deudas, Nate. Las fuertes lluvias y el constante desbordamiento de un río cercano, han provocado que el rancho vaya de mal en peor. Además, yo no estaba allí para cuidar que todo fuese bien. La casa de mi familia está cayéndose a pedazos, y todo cuesta dinero. He tenido que hipotecar el rancho y no soy capaz de afrontar los pagos de esa hipoteca. Ahora el rancho necesita más dinero para salir adelante y echarle muchas horas de trabajo. Tengo que ir allí para poder solucionarlo. Intentaré que me den un nuevo préstamo y lucharé para sacar adelante mis tierras. No puedo hacer otra cosa.

—Mierda —susurro—. ¿Por qué no me dijiste nada de esto? ¿No puedes simplemente venderlo? —levanta la cabeza y me fulmina con la mirada.

—Esas tierras llevan en mi familia cientos de años. No voy a vender la herencia que me dejaron mis padres. Es su legado.

—Está bien, lo siento —murmuro acariciando su mejilla—. Lo entiendo. Pero... ¿dónde nos deja eso a nosotros?

—Nathan, sé que no puedo pedirte que vengas conmigo y...

—¿Quieres que me vaya contigo?

—¿Bromeas? ¡Claro! Me encantaría que vinieras, pero también entiendo que no puedes dejar tu vida a un lado para seguirme. Tú tienes tus planes, quieres abrir la galería, ese es el sueño de tu vida.

Cierro los ojos y me recuesto hacia atrás pegando mi espalda al cabecero de la cama. Todo esto me ha tomado por sorpresa. Ayer tenía muy claro lo que quería hacer con mi vida, comprar el local, abrir la galería, y con un poco de suerte, convencer a Juls para que se mudara conmigo, pero en cuestión de unas horas todo ha cambiado, Juls y yo estamos casados y me estoy planteando seriamente irme a vivir con ella a Carolina del Norte, dejando atrás todos mis sueños no alcanzados. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Está claro que ella va a irse, conmigo o sin mí, y yo no sé si podré seguir adelante sabiendo que dejé escapar al amor de mi vida por intentar alcanzar una posibilidad de ser feliz, ¿con qué? ¿Una galería? ¿De verdad eso vale más que poder pasar el resto de mis días junto a la mujer que amo? A veces nos empeñamos en buscar la felicidad en los lugares más remotos y no nos damos cuenta de que esa misma felicidad que tanto ansiamos, la tenemos justo delante de nuestras narices.

—¿Cuándo tenemos que irnos? —pregunto sonriendo. Juls me mira sorprendida.

—¿Qué quieres decir con eso? No puedes... es el sueño de tu vida, Nate.

—El sueño de mi vida eres tú, nena —me acerco a ella y retiro un mechón de pelo de su frente—. Ya te lo he dicho antes, iría contigo al mismísimo infierno si me lo pidieras.

—Lo es. Ese lugar es el infierno. Tú no estás acostumbrado a vivir en un sitio así. No es nada fácil, en verano hace un calor infernal y en invierno las nevadas son horribles. El trabajo en el campo es muy duro y nunca hay descanso. No son unas vacaciones, Nate. Yo me voy allí a trabajar.

—Pues trabajaré contigo. Entre los dos sacaremos adelante ese rancho. Al fin y al cabo, algún día ese será el hogar de nuestros futuros hijos —pega un respingo por mi comentario y yo la beso en los labios para tranquilizarla—. No he dicho que quiera tenerlos ya. No entres en pánico, nena. Solo digo que te ayudaré en todo lo que pueda.

—Y, ¿la galería? —inquire.

—No estoy renunciando a ese proyecto, solo lo pospongo hasta que pueda hacerlo realidad.

—Ahora puedes. Tienes el dinero necesario para conseguirlo.

—Sí, pero eso significaría perderte a ti, y eso sí que no puedo posponerlo y mucho menos renunciar a tenerte. Además, el dinero que tengo nos vendrá genial para que no tengas que pedir esa segunda hipoteca. Echaremos cuentas, y quizás incluso puedas liquidar la hipoteca existente.

—¿Qué?! ¡No! Es tu dinero, Nathan. No puedo aceptar que...

—No tienes que aceptar nada. Estamos casados, lo mío es tuyo y lo tuyo es mío.

—No puedo hacerte socio del rancho, ya tengo uno.

—Eso es otra cosa que vas a tener que explicarme, pero no te preocupes, creo que el matrimonio es la mayor sociedad que existe.

Juls

Me quedo alucinada con lo fácil que ha sido todo esto. Creí que todo iba a ser mucho más complicado, pero no. Ni siquiera he tenido que pedirle nada, él mismo me ha ofrecido su dinero. Mi plan era esperar un tiempo prudencial y decirle que el banco me había denegado la segunda hipoteca para que él me ofreciera su dinero, el dinero que le robó a mi hermana, pero sorprendentemente, me lo ha ofrecido sin más. Empiezo a pensar que sus sentimientos hacia mí son mucho más profundos de lo que yo creía. Acabo de decirle que estoy sin blanca y hasta el

cuello de deudas y, aun así, no solo decide venirse conmigo al fin del mundo, también me regala todos sus ahorros. Eso solo un imbécil lo haría. Un imbécil o un hombre completamente enamorado.

—¿Qué me dices, nena? ¿Me aceptas como socio, amigo, compañero y marido, hasta que la muerte nos separe? —sonríó abiertamente y asiento. Nate tira de mi mano arrastrándome hacia él y me besa sellando así nuestro pacto.

Genial, la primera fase de mi plan ha sido exitosa, ahora vamos a por la fase número dos, le llevaré al mismísimo infierno y le haré pagar con sangre y lágrimas todo el daño que le hizo a mi hermana. Nathan Reed va a probar de su propia medicina, sabrá lo que es que la persona a la que amas, te trate peor que a un animal. Cuando termine con él, solo verá una salida, la misma que tomó mi pajarita, volarse la jodida cabeza.

El resto del día seguimos haciendo turismo. Nate no despega sus manos de mí en ningún momento, aprovecha cada segundo para acariciar mi mejilla, besarme, tocar mis manos, o estar, aunque sea, en mínimo contacto con mi cuerpo. Se le ve feliz, con una sonrisa de oreja a oreja que le acompaña a cada lugar al que vamos. Al día siguiente volvemos a Nueva York, Nathan ha avisado a sus padres de que vamos a cenar con ellos, pero antes de la cena me deja en casa de Seth para que pueda cambiarme de ropa. No está muy de acuerdo con mi decisión de quedarme allí hasta que nos vayamos a Black Mountain, y eso será en un par de días, en cuanto todos los papeles estén arreglados, los de nuestro matrimonio y el traspaso de dinero de la cuenta de Nathan a la mía. Sí, hasta ese punto confía en mí. No sabe lo que se le viene encima. Pero antes, voy a tener que explicarle a Seth lo que ha pasado en Las Vegas, y sé de antemano que no le va a parecer bien.

—Hola, desaparecida —saluda Seth entrando en casa. Yo ya hace un buen rato que llegué. He hecho café y me he sentado a esperarle.

—Hola, ¿cómo has pasado estos días sin mí? ¿Me has extrañado? —pregunto sonriendo.

—Siempre —me contesta. Entrecierra los ojos y se cruza de brazos—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esta bienvenida? ¿Todo bien por Las Vegas?

—Sí, todo perfecto. Ha salido mejor de lo que lo planeé.

—No sé si eso es bueno o malo, y la verdad es que me da miedo preguntar —se sienta en el taburete pegado al mío y agarra mi mano. Intento ocultarlo, pero Seth se da cuenta del anillo que llevo en el dedo anular—. ¡¿Qué coño...?! ¿Eso es...? —me mira y yo asiento—. ¿Qué has hecho, Juls?

—Lo que tenía que hacer. Le he atado a mí. Nos iremos en un par de días a Black Mountain.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? No solo le has atado a ti, también te has atado tú a él. Estás echando tu vida por la borda.

—Eres tú el que no se da cuenta. ¡Yo ya no tengo una vida! Se acabó el día en que mi hermana se voló la cabeza por culpa de ese hijo de perra. Ahora lo único que me queda es la promesa que le hice. Solo vivo por y para llevar a cabo mi venganza. ¡Me importa una mierda estar casada o soltera!

—Te vas a autodestruir, Juls.

—No, voy a destruirle a él.

—Sí, y eso acabará contigo. Lo he intentado, te he advertido de que pasaría. Cuando acabes con tu venganza y te des cuenta de que has destrozado al hombre que amas, te arrepentirás.

—Yo no le...

—Sí, ya, no le amas. A otro perro con ese hueso, aguilucha. Puede que te engañes a ti misma, pero a mí no. Y te juro que no me gustaría estar en tus zapatos. Si finalmente terminas llevando a

cabo tu venganza, vas a sufrir por haberle hecho daño, pero si no lo haces y le perdonas, no podrás vivir con el hecho de que le estás fallando a tu hermana. Pase lo que pase, tú pierdes, y eso me duele muchísimo. Sufro por ti y por todo lo que vas a tener que vivir, pero ya has tomado tu decisión. Yo solo puedo hacerme a un lado y prometerte que voy a estar aquí cuando todo esto termine. Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase —besa mi frente y ambos sonreímos al darnos cuenta de que estamos llorando. Voy a echarle de menos. Seth ha sido y siempre será mi familia.

Tras pasar un rato charlando, me ducho y me cambio de ropa dispuesta a afrontar la dichosa cena. No tengo ganas de ir, ya que es muy probable que vuelva a presenciar un nuevo enfrentamiento entre Nate y su padre, pero no me queda más remedio. Esto es algo demasiado importante como para ocultarlo.

Cuando estoy lista, me despido de Seth y cojo un taxi que me lleva a la casa de Nathan. He preferido hacerlo de este modo, ya que sé que mi marido y mi mejor amigo no se caen precisamente bien. Subo las escaleras del edificio y tras tocar al timbre, es Alan quien abre la puerta. Al tenerlo frente a mí, un intenso olor a perfume afrutado se cuele en mi nariz. Reconozco ese perfume, es el mismo que usó Nate en nuestra primera cita.

—Hola —saludo levantando la mano. No he tenido demasiado contacto con el compañero de piso y mejor amigo de Nate, pero no me cae mal, aunque tampoco le conozco lo suficiente como para tener una opinión sobre él.

—Hola, pasa. Nate está en la ducha —entro en el apartamento y le sigo hasta la cocina—. ¿Quieres una cerveza? —asiento y me tiende una botella de cerveza fría—. Ya me ha contado Nathan vuestra aventura en Las Vegas. Menuda sorpresa.

—Sí, fue algo inesperado para los dos.

—Vosotros sí que sabéis divertirlos —desvía la mirada hacia la puerta de la cocina y repiquetea con las uñas en el cristal de su cerveza. Parece nervioso o molesto.

—Alan, ¿pasa algo? —pregunto.

—¿Qué? No. Es solo que sigo sin poder creer que Nate se haya casado. No es propio de él comprometerse de ese modo.

—¿Qué quieres decir con eso? —insisto. Quizás Alan pueda darme información sobre Nathan. Al fin y al cabo, es su mejor amigo y estoy segura que está enterado de todos sus secretos.

—Bueno, pues eso. No me malinterpretes, Nate es mi mejor amigo, como un hermano para mí, pero le conozco y él siempre ha sido... ¿Cómo decirlo para que no suene mal? Creo que llamarle mujeriego se queda muy corto. No recuerdo la última vez que tuvo una relación seria. Por eso me extraña tanto que haya tomado esta decisión —puedo notar el momento en el que él se da cuenta de que ha hablado demasiado, porque la expresión de su rostro cambia y sonrío falsamente—. Me ha contado que os vais a vivir a Carolina del Norte.

—Sí, a Black Mountain.

—¿Black Mountain? ¿En el condado de Buncombe?

—Exacto, ¿conoces la zona? ¿Has estado allí alguna vez?

—No, pero... —mira de nuevo hacia la puerta y niega con la cabeza—. Nada, no me hagas caso.

Voy a replicar, pero en ese momento Nate entra en la cocina vestido con un pantalón gris, una camisa blanca y una americana, y me quedo embobada mirándole. No acostumbra a vestir tan elegante, pero le queda genial. Miro a Alan y me doy cuenta de que él también está vestido de una manera muy formal.

—Hola, nena. Has llegado pronto —dice Nate acercándose a mí y besándome en los labios. Mira a Alan y resopla—. Como no te comportes...

—Deja de quejarte, hermano. Voy a ser un buen chico esta noche. Además, no has sido tú quien me ha invitado a la cena— contesta Alan.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunto entrelazando mi brazo con el de Nate.

—Sí, resulta que aquí mi querido amigo está saliendo con mi hermana y yo he sido el último en enterarme —indica Nathan.

—No estamos saliendo, solo hemos quedado unas cuantas veces y...

—Y te ha invitado a una cena familiar. A la cena en la que yo voy a decirles a mis padres que me he casado y me voy a mudar a otro estado.

—Bueno, eso ella no lo sabe. Solo está enterada de que tú tienes algo que comunicarles, pero no tiene ni idea de la sorpresa que les tienes preparada.

—¿Crees que no se lo tomarán bien? —pregunto a mi marido.

—Tranquila, nena. Les sorprenderá, pero no van a decir nada en contra, bueno... quizás mi padre diga algo, pero se le pasará enseguida.

—¿Sabes? Me dejas mucho más tranquila —digo en tono sarcástico.

Nate sonrío y tira de mí hacia la puerta. Salimos de la casa seguidos por Alan y nos dirigimos hacia la casa de los Reed.

Vayamos juntos al infierno

Juls

Al llegar, es Sonya quien nos recibe. Nos llevamos una sorpresa al descubrir que los Reed tienen otros invitados, me los presentan como Marie y Hank Sullivan, y su hija Débora. La chica y Nate se funden en un emotivo abrazo nada más verse, y eso es algo que no me sienta bien en absoluto. No sé por qué, pero la forma en la que la chica lo mira... No me gusta nada.

—Bienvenida de nuevo a tu casa, hija —dice la madre de Nate, abrazándome.

—Muchas gracias, señora Reed.

—Llámame Margaret, muchacha. La señora Reed era mi suegra. Vamos, sentémonos a cenar —me indica que me siente en el mismo lugar que ocupé la vez anterior y le hago caso.

No puedo dejar de mirar a Nathan, cómo sonrío por algo que le dice Débora. La chiquilla esa, no la conozco, pero ya me cae como una patada en el hígado. Tras varios apretones de manos, abrazos y saludos, todos nos sentamos a la mesa. Nate toma el lugar a mi lado y su otro lado se sienta Debbie. Sí, así es como Nate la llama. Me repatea.

—Ahora que estamos todos, me gustaría saber a qué ha venido esta urgencia en reunirnos —habla mi suegro cuando ya han servido el plato principal. Nate le mira y coge mi mano por debajo de la mesa. Sé que la relación entre ambos continúa tirante tras su última discusión.

—Hay algo que quiero deciros —dice tras carraspear—. No esperaba que hubieseis invitado a los Sullivan.

—Hijo, ya teníamos planes —replica su padre—. No puedes pretender que dejemos a un lado nuestras vidas cada vez que tú decides que quieres ser el centro de atención por una noche, así que ve al grano de una vez. ¿Qué es lo que ocurre?

Nathan resopla y veo como una vena en su cuello empieza a hincharse. Está intentando controlarse, pero no creo que lo logre durante mucho más tiempo.

—Lo que quiero deciros es que... —levanta nuestras manos unidas y me sonrío levemente—. Juls y yo...

—¡Mierda! Dime que no la has dejado preñada —exclama Zachary haciendo que Nate le fulmine con la mirada y arrancando un jadeo generalizado.

—¡Maldita sea, papá! ¿Por qué siempre piensas lo peor de mí?!

—Porque te conozco —contesta Zach.

Nate tira su servilleta con fuerza sobre la mesa y se levanta como un resorte

—Nos hemos casado. Esa es la noticia. Gracias por arruinarme la noche, viejo. No esperaba menos de ti. Por cierto, no tendrás que aguantar más mi necesidad de ser el centro de atención. Nos vamos de la ciudad en un par de días—abandona la mesa y sale disparado y de mala leche por las puertas que dan al jardín.

—¿Casado? —pregunta Margaret mirándome con los ojos como platos.

—Sí, no fue algo muy planeado. Solo ocurrió.

Asiente tragando saliva y Sonya me abraza felicitándome. Uno a uno los demás también me dan la enhorabuena, pero se ve que no son sinceros, o al menos no parecen. Puede que solo les

haya tomado por sorpresa la noticia. El único que no se pronuncia es Zachary. El padre de Nathan únicamente me mira frunciendo el ceño y me hace un gesto con la mano para que le siga.

—¿Podemos hablar un momento, muchacha? —pregunta levantándose.

Le sigo hasta lo que parece ser un despacho y el señor Reed se sienta frente a un enorme escritorio de madera, se frota la cara con sus manos, al igual que hace su hijo cada vez que está nervioso o frustrado, y me mira haciendo un gesto con su boca a medio camino entre una sonrisa y una mueca.

—Señor, no sé por qué quiere hablar conmigo pero...

—No, por favor, escúchame, ¿quieres? —pone los codos sobre el escritorio y me mira fijamente—. Yo no tengo nada en contra tuya, Juls. Al contrario, me pareces una buena muchacha y desde que te conocí, pensé que serías buena para mi hijo —suspira y baja la mirada a sus manos que reposan entrelazadas sobre la mesa—. Seguramente pienses que soy un mal padre y un peor hombre. Pero no lo soy. Yo quiero a mi hijo, le adoro, por eso me duele tanto que tire su vida por la borda.

—Señor, con el debido respeto —le interrumpo—. Creo que la profesión que elegimos no nos hace las personas que somos. Entiendo que usted tenía muchas expectativas y...

—¿Crees que mi problema con Nate es porque él no quiere trabajar en la empresa familiar?!

—¿No es así? —pregunto confundida.

—¡No! No te voy a negar que me disgustó que Nathan no quisiera trabajar para lo que estudió, pero no solo se trata de eso. Como ya he dicho, es mi hijo y lo quiero, pero soy muy consciente de sus defectos. Quizás es culpa mía, no supe educarlo bien y le convertí en un bueno para nada —me mira y puedo ver como las lágrimas se acumulan tras sus parpados—. Solo quiero advertirte. A pesar de que Nate es mi hijo, no puedo permitir que siga saliendo con la suya.

—¿De qué habla? —pregunto intentando controlar mi tono de voz. ¿Él lo sabe? ¿Zach sabe lo perro que es su hijo?—. ¿A qué se refiere con advertirme? ¿De qué?

—De la forma de ser de mi hijo. Él antes no era así ¿sabes?, era un buen chico, pero cuando fue a la universidad cambió. Empezó a hacer esas cosas y todo empeoró cuando Mo...

—¿Qué cosas?! Explíquese —exijo alzando la voz.

Zachary suspira y niega con la cabeza.

—A menudo recibo llamadas de amigos y conocidos que trabajan en la banca. Me llaman sabiendo que Nate es mi hijo. No entiendo qué hace con el dinero, si tiene algún problema o simplemente lo despilfarra, pero el caso es que cada vez pide más, a diferentes entidades bancarias, y después soy yo quien tiene que pagar esos créditos para que el apellido de mi familia no se vea envuelto en escándalos de deudas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No sé si se ha casado contigo porque realmente te quiere o es que espera sacar algo a cambio, pero tienes que cuidarte. Yo ya no conozco a mi hijo y temo lo que pueda llegar a hacer.

—Tranquilo —contesto tras aclararme la garganta. Esta conversación está resultando muy interesante. Ya sabía todo esto, o al menos lo imaginaba, pero nunca pensé que fuese su propio padre quien me lo confirmara—, de mí no hay nada que pueda sacar. Le agradezco su preocupación pero no es necesaria —digo zanjando el tema.

—¿Os vais de la ciudad? —Asiento—. ¿A dónde?

—Black Mountain, Carolina del Norte. El rancho de mi familia está pasando un mal momento y tengo que irme a trabajar.

—Creí que eras médico.

—Y lo soy, pero eso no significa que no pueda trabajar en otra cosa.

—¿Vas a llevar a mi hijo a un rancho? —afirmo—. Espera... ¿Él lo sabe y ha aceptado? —

vuelvo a asentir y Zach sonrío negando con la cabeza—. Quizás esté equivocado esta vez y haya alguna esperanza de que mi hijo cambie. Espero de verdad que sí. Me gustaría recuperar al hombre que fue.

Tras charlar un rato más con mi suegro de los planes que tenemos Nate y yo, me despido de él sintiéndome mal conmigo misma. Puede que parezca un hombre frío y autoritario a primera vista, pero en realidad lo único que quiere es lo mejor para su familia. Se parece mucho a mi padre, él también habría dado cualquier cosa por mí y por Holly, hasta su propia vida.

Salgo al jardín evitando pasar por el comedor donde todos cuchichean. No entienden lo que pasa, o quizás estén compadeciéndose de mí pensando que Nate solo está a mi lado por razones únicamente egoístas. Pero se equivocan, no es a mí a quien tienen que compadecer sino a él. La mala aquí soy yo. ¡Mierda! Después de la conversación con Zachary, me siento mal con lo que estoy haciendo. Ningún padre debería ver sufrir a su hijo pero, ¿qué otra opción tengo?

—Espero que mi padre no se haya atrevido a tratarte mal a ti también —dice Nate sobresaltándose. Está de pie apoyado contra el tronco de un árbol en completa oscuridad—. Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada. ¿Qué haces aquí?

—Pensar. Siempre me ha gustado este lugar, aquí se puede respirar —contesta en tono abatido—. ¿Tú estás bien?

—Sí, he estado hablando con tu padre.

—¡¿Qué?! Si te ha dicho algo...

—Nate, no ha dicho nada ofensivo, solo hemos hablado —nos quedamos en silencio unos segundos—. Deberías hablar con él, te quiere, solo se preocupa por ti.

—¿Eso te ha dicho? —pregunta con una falsa sonrisa.

Suspiro y le miro fijamente.

—Nathan, quiero que me contestes a una pregunta, y te suplico que seas completamente sincero.

El tono de mi voz debe alertarlo de que algo no anda bien, porque frunce el ceño y da un paso hacia mí.

—¿Qué pasa, nena?

—¿Estás seguro de que es esto lo que quieres? Aún estás a tiempo de dar marcha atrás. Podemos ir al juzgado y anular nuestro matrimonio.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás hablando en serio?! No me lo puedo creer.

—Nate, escúchame...

—No, escúchame tú. Lo estoy apostando todo por ti, Juls. ¡Toda mi jodida vida! Lo estoy dejando todo atrás para irme contigo, mis sueños, mis planes, ¡Todo!

—Por eso te estoy haciendo esta pregunta. Te estoy dando la oportunidad de arrepentirte. Yo me iré y te juro que no volveré a molestarte, me olvidaré de todo. Te estoy dando la oportunidad de salvarte.

Nathan

Me quedo estupefacto mirando a Juls. Aún no me puedo creer lo que está diciendo. ¿A qué viene todo esto? Puede ser que todos estos problemas y discusiones con mi padre la le hayan asustado, pero ¿por qué?

—Dios, nena, explícame de una vez de qué va todo esto. ¡No entiendo una mierda! ¡¿Es eso lo que tú quieres?! ¿Quieres ser libre?

—No se trata de lo que yo quiera, Nate...

—¡Sí! Por supuesto que se trata de eso. ¡No te entiendo! Hace un momento estábamos bien y ahora... me estás dejando. Porque es eso lo que estás haciendo ¿verdad?

—No, yo solo... —resopla y se echa el pelo hacia atrás.

—Tú solo, ¿qué? —me pego a ella y pongo mis manos sobre sus mejillas—. Te amo, Juls. Creí que te había dejado eso bien claro. Puede que nuestro comienzo no haya sido el mejor y que todo esto esté yendo demasiado rápido, pero mis sentimientos por ti no han cambiado. Sigo queriendo pasar el resto de mi vida a tu lado.

—¿Estás seguro de eso? —voy a responder, pero me tapa la boca con su mano—. Piensa bien lo que vas a decir, Nate, porque no pienso darte otra oportunidad de echarte para atrás. Este momento es el que va a definir el resto de nuestras vidas.

Aparto su mano besando su palma, y sonrío.

—Sí y mil veces sí. Estoy completamente seguro. Ya te lo he dicho antes, contigo hasta el infierno, nena.

Veo como una sonrisa tira de sus labios y clava sus ojos en los míos.

—Bien, tú lo has querido. Vayamos juntos al infierno —y no sé por qué, eso me suena más a amenaza que a promesa.

—¿Estamos bien? —pregunto rodeando su cintura con mis brazos.

—Sí, estamos bien. Volvamos a dentro, quizás lleguemos a los postres —hago una mueca y la sigo al interior de la casa. No tengo ganas de entrar, pero sé que tengo que resolver esta situación antes de irme de la ciudad.

El resto de la velada transcurre en relativa tranquilidad, incluso mi padre se muestra menos agrio que de costumbre. No sé de qué han hablado exactamente Juls y él, pero fuese lo que fuera, me alegra que pasara.

Tras terminar los postres, todos se dirigen al salón para conversar mientras sirven el café. Yo me ausento un segundo y me dirijo a la cocina para coger una cerveza del frigorífico. Soy el único de esta casa que toma cerveza, así que nunca se acuerdan de traerme ninguna. Estoy abriendo la botella, cuando Debbie entra en la estancia sonriendo como es su costumbre. Siempre ha sido así, sonriente, dulce y delicada. La verdad es que la echo de menos, de niños siempre pasábamos mucho tiempo juntos.

Nuestros padres se conocen desde antes de que nacióramos y nos hemos criado como hermanos.

—Menuda sorpresa nos tenías preparada. Sabes que lo habitual es anunciar que te casas y no que ya estás casado, ¿verdad? —pregunta apoyándose contra la encimera.

—Sí, bueno, ya me conoces, no suelo hacer las cosas de la forma habitual.

—Ya, tú eres especial —afirma sin dejar de sonreír—. Tu esposa es muy guapa. Ni siquiera sabía que salieras con alguien.

—Ya... eh... —me rasco la nuca algo avergonzado—. No sabía si eso te sentaría bien o a tus padres. Después de...

—No te preocupes, Nathan. Tienes derecho a rehacer tu vida. Por mí no tienes que preocuparte y por mis padres tampoco. Ellos lo entienden.

—No sabes cómo me alegra escucharte decir eso. No quiero perder tu amistad, Debbie.

Se acerca a mí y pone su mano sobre la mía, me mira a los ojos y amplía su sonrisa.

—Nunca la perderás. Yo siempre estaré aquí, Nate. Siempre estaré esperándote —besa mi mejilla demasiado cerca de la comisura de mis labios, haciéndome sentir incómodo. Conozco sus sentimientos hacia mí pero ella también sabe que no son correspondidos.

—¿Interrumpo? —la voz de Juls me sobresalta y me aparto de Débora rápidamente. Lo último

que me faltaba para rematar esta noche, es que mi mujer piense que Debbie y yo... Eso nunca va a pasar.

—Hola, nena —digo intentando sonar relajado—. Estaba charlando con Debbie mientras me bebo una cerveza. ¿Quieres una?

—No, gracias —se acerca a mí y rodea mi cintura con sus brazos apoyando su cabeza sobre mi pecho—. Será mejor que nos marchemos ya. Se está haciendo tarde y mañana tenemos cosas que hacer. Aún hay mucho que preparar antes de irnos de la ciudad.

La abrazo por lo hombros pegándola aún más a mí y beso la parte superior de su cabeza.

—Sí, ya nos vamos —miro a Debbie y le guiño un ojo.

—Ha sido un placer conocerte —le dice Juls.

—Igualmente. Cuida de nuestro Nathan. Es único —contesta Debbie.

Juls se pone frente a mí y rodea mi cuello con sus brazos, sonriendo de medio lado.

—Lo haré. “Nuestro” Nathan va a vivir la experiencia más apasionante de su vida.

—Ya será menos —digo cogiendo sus manos de mi cuello y besándolas antes de girarme hacia mi amiga—. Ven a visitarme, ¿vale?

—Por supuesto. Iré en cuanto pueda.

Miro a Juls haciéndole un gesto casi imperceptible y ella sonrío de nuevo.

—Nuestra casa siempre estará abierta para recibir a las “amigas” de mi marido. Así que eres bienvenida cuando gustes.

A ninguno de los dos nos pasa desapercibida la forma en la que Juls ha pronunciado la palabra “amigas”. Me da la impresión de que mi esposa está celosa e intenta marcar su territorio.

Nos despedimos de todos y salimos en dirección a mi apartamento. Alan, Sonya y Debbie, decidieron salir a divertirse un rato. Insistieron en que los acompañáramos, pero nos negamos. Después de todos los sucesos de esta noche, la discusión con mi padre, la pelea con Juls, lo único que quiero es volver a casa y tirarme en el sofá a ver una buena película, si es con Juls a mi lado, mejor.

—¿Qué dices, peli de terror y palomitas en mi casa? —pregunto poniendo mi mano sobre su muslo sin desviar la mirada de la carretera.

—Estoy algo cansada, Nate. Mejor déjame en casa.

—Te quedas a dormir conmigo y solucionado.

—Nathan, mañana a primera hora tenemos que ir al juzgado y pasar por el banco.

—Por eso mismo. Te quedas conmigo y así vamos juntos bien temprano.

—Prefiero irme a casa a descansar.

—A casa de Seth, quieres decir —murmuro apartando mi mano de su pierna.

—Nate, no voy a volver a discutir esto contigo. Seth es mi amigo y va a seguir siéndolo te guste o no. Yo no he dicho nada cuando tu Debbie te estaba sobando delante de toda tu familia, ni cuando os he pillado solos en la cocina en una situación bastante íntima.

—¿Crees que Debb y yo...? Juls, te juro que...

—No me interesa, Nate. Está claro que tú y esa chica sois muy cercanos, pero yo soy tu esposa, tu mujer. No necesito más que eso para sentirme segura. Tú deberías sentirte igual respecto a Seth y a mí.

—Yo no vivo con Debbie y mi situación es completamente distinta. Solo somos amigos.

Me mira alzando una ceja de manera desafiante.

—Exactamente como Seth y yo. Ahora llévame a casa. En un par de días ya no tendrás que preocuparte porque viva en casa de Seth. Estaremos de camino a Black Mountain, donde empezaremos una nueva vida, una vida en la que tú y yo estaremos completamente solos.

Ya me has encontrado

Juls

Tras varias horas de viaje en un vuelo comercial, con lo que yo los odio, llegamos al aeropuerto de Asheville. Durante estos últimos días, hemos andado a contrarreloj para preparar nuestra mudanza. Pasamos por la cinta de carga donde recogemos un montón de cajas y maletas de Nate, la mayoría de ellas contienen maquinaria y utensilios fotográficos. Eso es algo que nos ha costado una discusión, hemos tenido que pagar un buen pico para traer todos esos bultos hasta aquí, pero Nathan se negó a dejarlos en Nueva York, pese a poder dejarlos con Alan en su apartamento.

—¿Piensas seguir sin hablarme? —pregunta Nate rodeando mis hombros con su brazo—. ¿Estás cabreada por nuestra discusión o por haber tenido que viajar en un vuelo de turistas? Sé que los odias.

—Todo influye —contesto secamente apartando su brazo para soltarme—. Tengo que llamar a Alec. Aún no sé cómo vamos a poder llevar todo esto al rancho.

—Podemos alquilar una furgoneta —propone.

Le miro frunciendo el ceño y me cruzo de brazos.

—Parece que aún no lo has entendido, Nate. Se acabaron los lujos. Siento decirte que eres pobre, los dos lo somos, así que hazte a la idea de una jodida vez.

—¡Eh! Tampoco hace falta que te pongas tan borde, solo intentaba buscar una solución. Ya sé que has usado todos mis ahorros y los tuyos para pagar la hipoteca del rancho e invertir en él, pero digo yo que tendremos que vivir.

—Trabajar, Nathan. Eso es lo que tenemos que hacer —contesto tras resoplar.

Obviamente no he usado el dinero que me ha cedido mi esposo para pagar la hipoteca, ya que esa deuda ya la había cubierto Alec. Así que yo se lo he pagado a él, todo, hasta el último centavo. También le he pedido que compre algunos animales y maquinaria que nos hará falta para el rancho. Después de dejarlo todo pagado, aún ha sobrado dinero y eso, junto a mis ahorros, hace que tengamos un buen colchón donde tumbarnos, pero eso no se lo pienso decir a Nathan. Prefiero que siga pensando que estamos sin blanca, eso me ayudará a mantenerlo bajo control.

—Nena, estamos de luna de miel. ¿Puedes por favor cambiar un poco tu actitud? —pregunta sujetándome por la cintura—. Sé que estás cabreada, pero este equipaje es importante para mí. He dejado toda mi vida en Nueva York, lo único que quiero conservar es mi material de trabajo.

—Está bien. Aquí lo tienes. Voy a llamar a Alec para que mande a alguien a por nosotros.

Lo escucho suspirar pero no le presto atención. Me alejo un par de metros para poder llamar a Alec sin que él me escuche. Coge la llamada al segundo tono.

—Hola, Juls —dice nada más descolgar—. ¿Cuándo tienes previsto llegar?

—Hola, Alec. Precisamente por eso te llamaba. Estoy en el aeropuerto de Asheville. ¿Podrías enviar a alguien para que nos recoja?

—Sí, claro. Si me hubieses avisado ya habría alguien ahí. ¿Traéis mucho equipaje?

—Bastante, la verdad —contesto tras suspirar.

—¿Crees que puede caber en la parte trasera de una pick up?

—Sí, supongo que sí.

—Genial, pues te mando a Aaron. No tardará demasiado.

—Bien. Muchas gracias, Alec.

—No hay de qué. Me pasaré por tu casa esta tarde y hablamos.

—Perfecto. Y Alec, ¿pudiste arreglar lo que te pedí?

—Sí, fue difícil y tuve que amenazar a mucha gente, pero nadie de Black Mountain mencionará el apellido Carrington. Espero que puedas explicarme a qué viene eso.

—Lo haré. Te prometo que esta tarde te lo explicaré todo.

—Bien. Entonces nos vemos por la tarde.

—Sí, adiós.

Cuelgo la llamada y me giro hacia Nate, que sigue peleándose con las cajas para colocarlas todas en varios carros de equipaje.

—¿Van a venir a buscarnos? —pregunta secándose el sudor de la frente cuando acaba de ponerlo todo.

—Sí, ya están viniendo para aquí.

—¿Sigues cabreada? —se pega a mi espalda y rodea mi cuerpo con sus brazos apoyando su barbilla en mi hombro.

—Nathan, apártate, estás sudado —digo en tono arisco apartando sus manos de mi cintura.

—¿Desde cuándo te molesta eso? —resopla frotándose la cara con ambas manos—. Da igual. Ya veo que sigues cabreada —no le contesto, simplemente agarro mi maleta y tiro de ella hacia la salida—. ¿Dónde vas? ¿No vas a ayudarme con esto? —pregunta señalando los cuatro carros de equipaje cargados con sus cosas.

—Es tu equipaje, así que lo llevas tú, y si no haberlo dejado todo en Nueva York —contesto sin pararme a mirarle siquiera.

Casi una hora después, una pick up para frente a la terminal y un chico rubio que reconozco al instante, se baja de ella y viene hacia mí.

—Doctora Carr... Black, el Lobo me manda a buscarla. Yo soy Aaron. No sé si me recuerda, yo fui quien...

—Te recuerdo —digo interrumpiéndole. Él fue quien me informó de la muerte de Holly—. ¿Puedes ayudar a mi esposo con el equipaje?

El chico mira a Nathan y frunce el ceño.

—¿Su esposo? —pregunta extrañado.

—Sí, ese soy yo —dice Nate extendiendo su mano hacia él—. Soy Nate, encantado de conocerte.

—Aaron —contesta el otro cruzándose de brazos. No sé por qué no ha aceptado su mano y a Nathan también le parece extraño, ya que la retira y mira al muchacho sin entender a qué viene tan mal recibimiento.

Tras un buen rato en el que los dos hombres se dedican a llenar la parte trasera de la camioneta, salimos en dirección a Black Mountain. Nate abre la puerta trasera del vehículo para que entre, pero le ignoro deliberadamente y subo a la parte delantera dejándole totalmente descolocado. «Sí, bonito. Será mejor que te vayas acostumbrando a recibir nada más que indiferencia por mi parte», pienso abrochándome el cinturón de seguridad.

Veinte minutos después, en los que el silencio ha reinado en el interior del vehículo, llegamos y enseguida Aaron empieza a circular por las toscas y polvorientas pistas de carretera que llevan a la zona rural del pueblo, que es donde están asentados la mayoría de los ranchos ganaderos de la

zona. Nada más pasar la verja de la que cuelga un nuevo y reluciente cartel que pone: “Rancho Black Eagle”, respiro profundamente sabiendo lo que me voy a encontrar, mi casa, la casa en la que nací y crecí junto a mi hermana Holly. Va a ser muy extraño estar aquí sin ella, extraño y doloroso.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta Nathan sacándome de mis pensamientos. Está a mi lado de pie con la puerta de mi lado abierta, esperando a que salga. Supongo que me he quedado ensimismada mirando hacia la vieja fachada de la casa de mi infancia. Asiento y salgo del coche —. Es una casa preciosa —comenta entrelazando su mano con la mía.

Miro nuestras manos unidas y frunzo el ceño. De eso nada. Se acabaron las falsas muestras de cariño. Aparto mi mano y camino hacia la casa.

—Descarga el todo terreno y trae todo dentro —ordeno sin mirarle.

No me detengo a comprobar cuál es su reacción, solo subo las viejas escaleras del porche e intento abrir la puerta principal.

—Está cerrada con llave —informa Aaron apareciendo a mi espalda cargando con varias cajas. Estira su mano y me tiende un manojo de llaves—. El Lobo me dijo que se las diera. Ahí también están las llaves de la habitación que usted le dijo que cerrara.

—Gracias, Aaron.

—No hay nada que agradecer, doctora. Si necesita algo más, solo tiene que pedirlo.

Sonrío levemente. Empezamos con mal pie, pero no parece mal hombre y si Alec confía en él, yo no tengo por qué no hacerlo.

—¿Dónde dejo las cajas? —pregunta Nathan. Sube las escaleras cargado a más no poder.

—Primera puerta a la derecha —contesto señalando el interior de la casa—. Deja todo en el salón. Después ya veremos dónde se quedarán todos esos trastos.

Vuelve a poner mala cara, y va a decir algo, pero antes de que pueda abrir la boca, paso junto a él entrando en casa e ignorándole una vez más. No me paro a ver las pequeñas reformas que se han hecho, subo directamente hacia la habitación de Holly. Tengo que comprobar que Alec ha cumplido con otro de mis encargos. Le dije que sacara todas las cosas de Holly de la habitación y las guardara bajo llave en el vestidor. Tras pensarlo durante mucho tiempo, decidí que esa es la habitación que voy a ocupar.

Abro la puerta y compruebo que todo está como debería. No hay nada que demuestre que Holly era la dueña de esa habitación, ni fotos, ni ninguna prenda de ropa, nada. Me siento sobre la cama y miro a mi alrededor. Los muebles y cortinas son nuevos, pero la habitación es la misma. El cuarto de mi pajarita. La echo tanto de menos...

—Te estaba buscando —dice Nate sorprendiéndome. Está junto a la puerta mirándome fijamente.

—Ya me has encontrado —murmuro levantándome y cogiendo mi maleta, la pongo sobre la cama y la abro empezando a sacar mi ropa de su interior.

—Esta casa es enorme. Necesita unas buenas reformas, pero es preciosa —entra en la habitación tirando de una de sus maletas y la pone junto a la mía sobre la cama. Empieza a abrirla, pero le detengo.

—¿Qué estás haciendo? —cuestiono cruzándome de brazos.

—Pues... deshacer la maleta —contesta confundido.

—Estás en la habitación equivocada.

—¿Ah, sí? Cómo vi que deshacías tu maleta, creí que esta era nuestra habitación.

—No, Nathan. Esta es mi habitación, la tuya es la siguiente por el pasillo —Sigo retirando mi ropa de la maleta y doblándola con cuidado sobre la cama.

—Espera... ¿Qué quieres decir con “la tuya”? ¿Es que no vamos a compartir habitación?

—Eso he dicho. ¿Te cuesta entender las palabras a la primera? Este es mi cuarto, tú duermes en el de al lado.

—Pero... ¿Qué? —resopla frotándose la cara con las manos y me mira frunciendo el ceño—. Nena, no entiendo nada. Ya sé que estás cabreada, pero creo que estás llevando todo esto demasiado lejos.

—Yo no estoy cabreada —comento siguiendo con mi tarea como si nada.

—Entonces, ¿puedes explicarme qué demonios está pasando? Estoy alucinando mucho ahora mismo.

—¿Qué quieres que te explique? —me giro hacia él y le miro—. Mi habitación —señalo hacia la pared que divide nuestras habitaciones—. Tu habitación. ¿Quieres que te haga un mapa?

—¡No! ¡Lo que quiero es que me expliques por qué demonios vamos a dormir en habitaciones separadas! ¡Estamos casados! —bufa empezando a pasearse de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado—. ¡Maldita sea, no te entiendo! Llevas ignorándome y tratándome como a un desconocido desde que nos bajamos del dichoso avión. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡¿Qué he hecho para que me trates así?!

—¿Qué has hecho? —sonríó cínicamente y niego con la cabeza—. Nada, tú eres un jodido santo, un dechado de virtudes con piernas. Ahora sal de mi habitación. Quiero darme una ducha. He quedado en un rato con Alec y aún quiero comer algo antes.

—¡No! Yo no... ¡Joder! Me estoy volviendo loco —respira profundamente y da un par de pasos hacia mí—. Nena, por favor, explícame todo esto. ¿Por qué quieres que durmamos en habitaciones separadas?

—Yo estoy aquí para trabajar, Nathan. No vengo de vacaciones. Me voy a levantar mucho antes de que salga el sol, así es la vida en el campo. Supongo que eso no es para ti, probablemente te levantarás pasado el mediodía y te irás por ahí a sacar fotos o yo qué sé... El caso es que descansarás mejor si dormimos separados.

—Para empezar, yo ya te había dicho que quería ayudarte con el rancho. No voy a pasarme el día sacando fotos, como tú dices. Quiero trabajar y voy a hacerlo. Y, para terminar, ¿de dónde sacas eso de que me levanto a mediodía? Y que, ¿descansaré mejor...? ¿Qué crees que soy? ¡¿Una jodida marmota?!

—Nathan, no me grites —digo fulminándole con la mirada.

—¿Qué no te grite?! Acabas de darme una maldita mala excusa para no dormir conmigo. ¿Cómo quieres que te hable? ¿Te susurro?

—Vale, ¿quieres que no te de excusas? Muy bien —camino hacia él y clavo mis ojos en los suyos—. No vamos a dormir en la misma habitación porque yo no quiero, porque no me da la puta gana. ¡¿Te sirve así?! —me giro y cojo ropa de mi maleta poniéndola sobre mi antebrazo—. Ahora lárgate de mi habitación y cierra la puñetera puerta al salir —entro en el baño y cierro la puerta a mi espalda.

Suspiro cuando me quedo sola en el baño. Compruebo que la puerta que da a la habitación de Nate está bien cerrada y me siento sobre el retrete escondiendo la cara en mis manos. Ya ha empezado. La segunda fase de mi plan está en curso y espero ser lo suficientemente fuerte para llevarla a cabo.

Nathan

Me quedo mirando hacia la puerta, que Juls ha cerrado en mis narices, durante lo que me parece una eternidad. ¡¿Qué demonios está pasando aquí?! Creí que estaba cabreada porque yo me

empeñé en viajar con mucho equipaje, pero todo esto va mucho más allá. Su forma de ignorarme, de tratarme como si yo no existiera, es excesivamente dura como para tratarse solo de una rabieta. Algo grave está sucediendo.

Me planteo tirar la dichosa puerta de una patada y entrar en ese baño a por una maldita explicación, pero me temo que eso solo empeoraría la situación. Lo mejor será darle algo de tiempo y espacio. Quizás le ha afectado demasiado volver a la casa de su infancia. Recuerdo que me dijo que sus padres habían muerto poco antes de que ella se mudara a Nueva York. Sí, puede ser eso, Juls está pasando un mal momento al volver aquí y recordar a su familia. Los echa de menos, es algo lógico. Solo tengo que darle algo de tiempo y se le pasará.

Asiento convenciéndome a mí mismo y salgo de la habitación entrando en la contigua. Los muebles son más nuevos que los de la otra, parece que nadie los ha usado. Escucho el sonido del agua de la ducha en el interior de lo que supongo es el baño, y en ese momento me doy cuenta de que Juls y yo compartimos baño.

—Mejor eso que nada —susurro para mí dejando la maleta sobre la cama. Me acerco a la ventana y corro a un lado las cortinas para dejar entrar la luz del sol en la estancia. Las vistas son preciosas. Un valle verde se extiende ante mí hasta más allá de donde me alcanza la vista. Puedo ver animales pastando a lo lejos, y sobre ellos, más allá, los picos de las montañas nevadas. Juls me explicó que en invierno las nevadas suelen ser muy duras en esta zona, por suerte aún no han llegado tan abajo. Me pregunto si serán tan fuertes como en Nepal. Suspiro y decido deshacer mi maleta. Espero que esta separación de habitaciones sea algo temporal. Tengo esperanzas de que Juls recapacite, y deje de comportarse de esta forma tan extraña en un periodo breve de tiempo—. Paciencia, Nate. Solo tienes que tener un poco de paciencia con ella —me digo a mí mismo.

Tras colocar ropa en el pequeño vestidor, decido explorar un poco la casa. Juls ya me había informado del estado en el que se encuentra, prácticamente en ruinas. La pintura de las paredes exteriores ha desaparecido totalmente y el papel pintado de las interiores está totalmente destrozado. Además, el porche está cayéndose a pedazos, las tablas del suelo están totalmente podridas y deshechas, pero lo peor es el chirriante sonido de las tuberías. Puedo escuchar como Juls cierra el grifo de la ducha y el sonido cesa, pero está claro que algo anda mal con el suministro de agua. Me pregunto si habrá agua caliente. Supongo que lo comprobaré esta noche cuando me duche.

Salgo de la habitación y camino por la casa. Cada estancia por la que paso está peor que la anterior. Es como si la casa hubiese estado deshabitada durante muchos años. Al llegar a la cocina, hago una mueca al ver todo completamente desordenado. No creo que podamos cocinar aquí. Quizás haciendo una buena limpieza, pero... dudo que Juls quiera ayudarme. Me parece que a duras penas tolera mi presencia. Creí que cuando llegáramos aquí, me sentiría extraño, como un forastero, y que todas las personas locales me verían de esa forma, pero nunca creí que la primera persona que iba a hacerme sentir de ese modo, sería justamente mi esposa.

—Esto es una pocilga —murmuro pasando un dedo por encima de la superficie de una mesa destartalada.

—¿Esperabas un hotel de cinco estrellas, cariñito? —escucho que dice Juls a mi espalda. Su tono es de burla, aunque no entiendo el motivo por cual se está mofando de mí.

—No —digo girándome para mirarla—. Lo que sí esperaba, era poder pasar algo de tiempo con mi esposa antes de que empezaran los problemas típicos de un matrimonio.

—La compra ya está hecha. Ahora no se aceptan cambios ni devoluciones —continúa bromeando. No puedo evitar repasarla con la mirada, lleva puestos unos vaqueros ajustados y un jersey de cuello vuelto, en sus pies unas botas altas de montar a caballo, y sobre su cabeza, un

sombrero de vaquero que le favorece muchísimo. Está preciosa, como siempre.

—Juls, no quiero seguir discutiendo —me acerco a ella y sujeto su cintura con mis manos, busco su mirada y le sonrío, o al menos lo intento—. Ya te he dicho lo mucho que te quiero, ¿verdad? Solo intento entenderte. Necesito que me expliques lo que está pasando dentro de esa cabecita tuya —veo como se muerde el labio inferior y me mira a los ojos. Está dudando. Sea lo que sea lo que le pasa, estoy seguro de que duda de si decírmelo o no—. Nena, habla conmigo, te lo suplico. Entiendo que debe ser difícil para ti volver a esta casa. Viviste aquí con tu familia y ahora ya no están. Me imagino el infierno por el que estás pasando ahora mismo —veo como estrecha los ojos y una expresión de rabia cruza su rostro.

—¿Un infierno? —pregunta acercando su cara a la mía, hasta que sus labios quedan a escasos centímetros de mi boca—. Tú no tienes ni puta idea de lo que es el infierno pero tranquilo, yo te lo voy a mostrar —abro la boca sorprendido por sus palabras, pero no tengo oportunidad de decir una sola palabra, ya que los dos escuchamos el sonido de un claxon fuera de la casa—. Ese debe ser Alec. Ven conmigo, voy a presentártelo —aún no termina de hablar y ya está saliendo hacia el exterior de la casa. Me quedo mirando la puerta como un imbécil. ¿Me va a mostrar el infierno? ¿Qué demonios habrá querido decir con eso?

Más perdido que una cabra en un garaje

Juls

Nada más salir por la puerta principal, encuentro a Alec junto a su todoterreno, viene acompañado por Aaron.

—Bienvenida de vuelta —me saluda sonriendo. Me acerco a él y le abrazo. Tengo demasiado que agradecerle a este hombre, por haber cuidado de mis tierras, por todos los favores que me ha hecho, pero sobre todo, por haber querido a mi pajarita como lo hizo—. Este sí ha sido un buen saludo —dice cuando me aparto de él.

—Me alegro mucho de volver a verte, Alec. Tengo mucho que agradecerte.

—No tienes nada que agradecer. No me debes nada. A pesar de mis protestas, has liquidado cualquier deuda económica que pudieras tener conmigo.

—Pero seguimos siendo socios.

—En realidad, no.

—¿Qué? Creí que... —miro hacia mi espalda y veo a Nate acercándose a nosotros—. Después hablamos de esto. Quiero presentarte a alguien —Nate llega a nuestro lado y mira a Alec fijamente—. Alec, te presento a mi marido, Nate.

—¿Marido? Eso sí que no me lo esperaba —murmura estirando su mano hacia Nathan—. Un placer conocerte. Espero que te adaptes a vivir en este lugar perdido de la mano de dios.

Nate sonrío levemente y estrecha su mano.

—Gracias. Juls me ha hablado muy bien de ti.

—Mentiras. Si te han hablado bien de mí, es mentira. Pregunta a quien quieras en este pueblo y te dirá la verdad, que soy un maldito cabronazo sin sentimientos —Nate le mira sorprendido y confundido. No sabe si Alec está bromeando o no. La verdad es que yo tampoco lo sé—. Ya conocéis a Aaron —dice Alec señalando al muchacho—. Es uno de mis hombres de confianza y quien se ha estado encargando de organizar el trabajo aquí en el Rancho Ca... Black. Juls, he pensado que vas a necesitar un capataz, y creo que Aaron sería un candidato perfecto para ello.

—No quiero robarte a tus trabajadores —digo mirando hacia Aaron.

—En realidad, fue él quien se ofreció y yo no tengo ningún problema con eso. Muchos de mis trabajadores están haciéndose cargo de las necesidades de este rancho, así que, si ellos están de acuerdo, puedes quedártelos.

—Claro, voy a necesitar muchas manos para sacar adelante este lugar.

Alec mira hacia a Nate que se ha mantenido en segundo plano.

—¿Qué os parece si hablamos más tranquilos esta noche? Voy a organizar una cena en mi casa, con la familia y algunos amigos. Tenemos que celebrar que Johanna ha aceptado casarse conmigo.

—¡Te casas?! Enhorabuena —le felicito.

—Sí, me ha costado, pero me ha dicho que sí. Ahora solo espero que no se eche para atrás —comenta sonriendo.

—Estaremos encantados de ir a esa cena —contesto sin pedir la opinión de Nate. Tiene que acostumbrarse a no tener voz ni voto en mis decisiones. Aquí se va a hacer lo que yo diga,

siempre.

Alec mira a Nate alzando una ceja. Se ha dado cuenta de que no he pedido su consentimiento.

—Mi mujer ya ha tomado la decisión —dice Nate en tono ácido.

Le miro y frunzo el ceño. Su expresión demuestra que está muy cabreado. Bien, no esperaba menos de él.

—Alec, ¿te apetece si damos un paseo y nos ponemos al día sobre temas del rancho? La verdad es que estoy bastante perdida.

—Claro, vamos a caballo si prefieres. Ah... Es verdad, vine con Aaron para poder dejar aquí el coche —señala hacia un todoterreno nuevecito en el que supongo ha llegado Aaron—. He pensado que lo necesitaríais. Hay unos cuantos caballos en las cuadras, pero si tenéis que desplazaros largas distancias, no son muy cómodos —mira de nuevo hacia Nate—. ¿Sabes montar? —le pregunta.

—Practicué equitación de niño pero hace mucho que no me subo a un caballo.

—Pues ve practicando porque por estos lugares, el caballo es una de las pocas formas de desplazarse. También puedes hacerte con una moto de montaña. Yo tengo un par de ellas, podría...

—No es necesario —le interrumpo—. Nate es perfectamente capaz de subirse a un caballo. Solo es cuestión de practicar.

Alec me mira sorprendido por la dureza de mi tono de voz. No entiende qué está pasando, por eso le cojo del brazo y tiro de él hacia los establos. No me paro a despedirme de Nate, simplemente me voy dejándole acompañado por Aaron.

—¿Me vas a explicar lo que está pasando? —pregunta Alec cuando llegamos a las caballerizas.

—Antes explícame eso de que no somos socios.

—Pues eso, pagaste tu deuda conmigo, cosa que era completamente innecesaria por cierto. En ese caso, la sociedad que hice con Holly queda anulada.

—¿Por qué? Tú invertiste tu dinero y tu trabajo en sacar este negocio adelante. Si no fuese por ti, estas tierras seguirían estando destrozadas por el paso de los años.

—Juls, el dinero que invertí, tú me lo has devuelto, y el trabajo... —suspira pasándose las manos por el pelo—. Yo solo me uní a esta sociedad para ayudar a tu hermana. No necesito esto. Tengo mi propio rancho, que ahora es mucho mayor al unir mis tierras a las de los Callaghan.

—Pero no es justo. Tú ayudaste a Holly, le echaste una mano cuando más lo necesitaba.

—En realidad, fue ella la que me ayudó a mí —un trabajador se acerca con dos caballos ensillados y Alec agarra las riendas de uno de ellos. Cuando el muchacho se marcha, Alec se sube a su montura de un salto y yo hago lo propio con el otro caballo. Sienta bien volver a estar así, sentada sobre un animal. Ya no recordaba esa sensación. Alec me hace un gesto con la cabeza y salimos de las cuadras montados sobre nuestros caballos—. Holly me salvó la vida —dice tras unos minutos cabalgando en silencio el uno al lado del otro—. Cuando ella regresó, yo era un desastre. Todo el mundo me había dado la espalda a consecuencia de mis malas acciones. Mi familia no me dirigía la palabra, mis únicos amigos no toleraban mi presencia, y Johanna... ella había huido de mí. Estaba solo, Juls, más solo de lo que nadie debería estar nunca —suspira de nuevo y clava su vista en el horizonte, más allá de las montañas nevadas—. Ese día en el río, estaba dispuesto a acabar con mi vida. Esa era mi intención seguir emborrachándome hasta tener el valor suficiente como para acabar con mi vida. Pero entonces ella apareció —me mira y una sonrisa tira de sus labios—, Holly llegó a mi vida con su sonrisa sincera y esa ingenuidad propia de alguien que siempre piensa lo mejor de los demás. Me vio hecho una mierda, pura escoria humana, y aun así no me abandonó. Gracias a ella pude salir adelante, me dio un objetivo, un

motivo por el cual seguir luchando. Créeme cuando te digo que no me debes nada. Al contrario, soy yo quien le debo mucho a nuestra pajarita. Le debo la vida.

Cuando termina de hablar, veo como está luchando por retener las lágrimas. Él también perdió una hermana.

—La hecho tanto de menos... —susurro agachando la cabeza para que no pueda ver mis ojos bañados en lágrimas.

—Yo también, pero ella siempre estará con nosotros. Siempre cuidará de los suyos.

Asiento y seguimos cabalgando lentamente hasta llegar al borde del río. Bajamos de nuestras monturas y nos acercamos a la orilla.

No puedo evitar suspirar al volver a respirar el aire puro de la montaña. Huele a hogar. Otra de las cosas que echaba tantísimo de menos. Miro a Alec y compruebo que me está mirando cruzado de brazos, como si esperara algo de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto introduciendo mis manos en el interior de mi chaqueta. Hace muchísimo frío y tengo los dedos congelados.

—¿Vas a explicarme ya lo que está pasando? Oye, yo no soy nadie para juzgar la forma en la que tratas a los demás. Créeme, yo tengo mucho que seguir aprendiendo en ese ámbito, pero la manera en la que has tratado a tu marido... Se supone que estáis recién casados. ¿No deberíais estar en una especie de luna de miel?

Resoplo y me apoyo contra el tronco de un árbol. Tengo que contárselo, si no lo hago, tarde o temprano lo averiguará por sí mismo y puede que meta la pata frente a Nate diciendo algo que no debe.

—Alec, la situación es muy complicada con Nate.

—Entiendo que no quieras hablar de tus problemas conmigo. En realidad, casi no me conoces. Es lógico que no confíes en mí como para contarme...

—Su nombre es Nathan Reed —digo interrumpiéndole. Alec me mira abriendo los ojos de par en par—. Sí, Alec. Nate es Nathan Reed, el hombre que engañó a mi hermana.

—¿Pero qué demonios...?! Yo no... —resopla pasándose ambas manos por el pelo—. ¡Te has casado con él! —asiento aunque soy consciente de que su declaración no era una pregunta—. ¡¿Por qué?! No lo entiendo. ¿Por qué te has casado con el hombre que llevó a tu hermana a la muerte?

Camino hacia él y aprieto mis manos en puños dejándome llevar por toda la rabia y la ira que siento en mi interior.

—Porque voy a hacerle pagar lo que le hizo a Holly —contesto.

—¿Cómo?

—Haciéndole pasar por lo mismo que pasó mi hermana. Está enamorado de mí, Alec. Tan enamorado, que ha sido capaz de dejar toda su vida para seguirme hasta aquí. Me lo ha dado todo, su dinero, el mismo que le robó a mi hermana, su confianza y hasta su libertad. Me ha puesto en bandeja toda su jodida existencia y yo voy a encargarme de arrebatársela de la misma forma que él se la arrebató a mi pajarita. Voy a tratarlo como a un perro. Lo único que va a sacar de mí es mi desprecio, mi indiferencia. Lo voy a hundir, Alec. Cuando acabe con él, se sentirá tan desgraciado que no será necesario que apriete el gatillo, él mismo lo hará.

—Dios mío, Juls. ¿Qué estás haciendo? ¿No te das cuenta de que estás andando por el jodido filo de un rascacielos? —se acerca a mí y pone sus manos sobre mis mejillas—. Yo sé mucho sobre venganzas. Sé lo que es estar tan cabreado, tan rabioso, que no puedes pensar en otra cosa. La sed de venganza te consume, no te deja vivir en paz. Pero cuando lo hagas, cuando finalmente obtengas tu deseada venganza y él esté destruido, no te gustará como vas a sentirte, porque esa

venganza puede llevarte a perder a todas aquellas personas que te quieren y se preocupan por ti.

—No te equivoques, Alec. Yo no soy tú. Yo no tengo una familia esperándome en casa, no hay nadie. La única persona que realmente me quería era Holly, y ese cabrón se encargó de matarla. Ahora ya no tengo nada ni a nadie que perder.

—Me tienes a mí —declara sorprendiéndome—. Sé que casi no nos conocemos, pero yo voy a estar aquí para ti. Se lo debo a Holly y a mí mismo.

—No necesito tu condescendencia, Alec —digo apartando sus manos de mi cara.

—No, pero cuando todo esto termine, vas a necesitar un hombro sobre el que llorar, alguien que te demuestre que hay vida más allá de esa rabia y esa ira que te consume. Vas a necesitarme, Juls, y yo estaré ahí, tal y como le prometí a tu hermana —voy a preguntarle cuando hizo él esa promesa, pero Alec cambia de tema enseguida—. Ahora entiendo todas tus extrañas peticiones, lo del cambio de nombre del rancho, que nadie mencionara tu apellido... Él no sabe que Holly era tu hermana ¿verdad?

—No, o eso creo. Al principio, cuando le conocí, intenté darle pistas, señales, algo para que se diera cuenta de quién soy, pero nunca dio la más mínima señal de reconocerme.

—¿Cómo estás tan segura de que él es el Nathan Reed que buscabas? Nueva York es muy grande, debe haber varias personas que se llamen así.

—Sé que es él, me aseguré antes de seguir adelante con mi plan. Es fotógrafo y trabajaba en el extranjero gran parte del año. Había una fotografía suya entre las que me enviaste del teléfono de Holly. Es él, Alec. Estoy completamente segura.

Vuelve a suspirar y se rasca la nuca.

—Bien, ¿qué es lo que necesitas?

—¿Quieres ayudarme? —pregunto sorprendida.

—No, lo que quiero es que olvides todo esto, darle una paliza a ese mamón y que tú no sufras lo que sé que vas a sufrir si sigues adelante con esta locura. Pero como sé que eso no va a pasar, te ayudaré externamente. No me pidas que me meta en medio de vosotros, pero si puedo hacer algo, solo dilo.

—Con que te sigas asegurando de que nadie mencione a Holly o el apellido Carrington, es suficiente. ¿Alguien más sabe el nombre del hombre que engañó a mi hermana? ¿Alguien podría relacionar a Nathan con él?

—Solo una persona, Johanna. Ella lo sabe todo —le miro alzando una ceja y él niega con la cabeza—. Olvidalo. Pídemelo que quieras, pero no que le mienta a mi mujer. Créeme, ya la perdí por ocultarle cosas, dos veces en realidad, y no voy a volver a cometer ese error. Hablaré con ella, le diré que guarde silencio, pero no le voy a mentir.

—Está bien. Encárgate de eso. Ahora hablemos del rancho, necesito saber muchas cosas para ponerme a trabajar cuanto antes.

Nos pasamos el resto de la mañana hablando sobre los animales, los pastos y todo lo relacionado con el rancho. Alec me ayuda a organizar el trabajo y me dice que la proteína que está usando con los terneros funciona muy bien y muy pronto podré disponer de una buena cantidad de animales para la venta. También me comenta que el próximo fin de semana hay una feria de ganado en Charlotte y que él va a asistir, que si yo no puedo ir, él se encargará junto con Aaron de vender parte de mi ganado y comprar algunos animales para la cría.

Alec se va hacia su casa para poner al corriente a su mujer de todo lo que le he contado antes de la cena de esta noche y yo me quedo dando vueltas por los pastos, reconociendo mis tierras, las mismas en las que mañana mismo empezaré a trabajar. A media tarde, decido volver a casa. No he comido nada y mi estómago gruñe en protesta.

—Bienvenida, pensé que no aparecerías hasta la noche —dice Nate al verme entrar en la cocina. Está mucho más ordenada que esta mañana y huele... bien. A especias y comida caliente.

—¿Has cocinado? —pregunto mirando hacia el interior de una olla. Encuentro un líquido de color rojo que huele de maravilla.

—Sopa de tomate. He encontrado un pequeño huerto en la parte trasera de la casa.

—No sabía que cocinaras —comento cogiendo un plato de la alacena. No solo ha cocinado, también ha limpiado el suelo, las paredes... Muy aplicado el muchacho—. Has estado ocupado — señalo apuntando con la cuchara hacia las paredes.

—No tenía nada mejor que hacer ya que mi mujer se largó con un tipo, dios sabe dónde, y ni siquiera se dignó a decirme si iba a volver o no.

Alzo una ceja dejando la cuchara sobre el plato y me limpio la comisura de la boca con una servilleta antes de hablar.

—¿Estás celoso de Alec?

—¿Debería?

Me encojo de hombros volviendo a comer.

—Alec es solo un viejo amigo. Alguien a quien le debo muchos favores. Sin él, este rancho ya no existiría. No tienes por qué preocuparte, ya lo has escuchado, va a casarse y hasta tiene un hijo con su futura esposa.

—Eso no explica por qué te estás comportando como una perra conmigo.

Me atraganto con la sopa y cuando soy capaz de dejar de toser, le miro con una expresión divertida.

—¿Una perra? —asiente. Me acerco a él y rodeo su cuello con mis brazos. Nate no se mueve, solo me mira fijamente esperando mi siguiente movimiento—. Cariño, tú no tienes ni idea de cómo soy yo comportándome como una perra, pero aguarda, muy pronto lo sabrás —le doy un beso en los labios que él no responde y salgo de la cocina sonriendo.

Nate

Durante el recorrido hacia el Rancho Wolfheart, Juls no abre la boca en ningún momento. Solo conduce el todoterreno por las sinuosas carreteras de tierra que según comentó antes de que saliéramos, comunican a los distintos ranchos de la zona. No sé qué demonios hacemos yendo a una cena en la que no conozco a nadie, cuando lo que teníamos que estar haciendo es hablar para intentar resolver nuestros problemas.

—Ya hemos llegado —anuncia deteniendo el vehículo frente a una enorme casa.

Hay varios automóviles aparcados y la luz sale a raudales a través de las ventanas del piso inferior. Tocamos al timbre y unos segundos después, una señora nos abre sonriendo.

—Hola, Juls. Niña, como has crecido —la saluda.

—Señora Wolfheart, un placer volver a verla —dice Juls.

—Llámame Nora, cielo —me mira y amplía su sonrisa—. Este debe ser tu esposo.

—Nathan Reed —digo estirando mi mano hacia ella.

—Encantada, Nathan. Pero pasad, ya estamos todos.

Entramos en la casa y enseguida escuchamos las voces y las risas que provienen de la sala de estar. Al llegar a esa estancia, Juls empieza a saludar a todos y Alec se acerca a mí. No me gusta la forma en que me mira, como si yo fuese un insecto al que tiene que aplastar. Respiro profundamente y alzo el mentón sin apartar la mirada de la suya mientras él sigue acercándose lentamente. Tengo que admitir que este hombre me intimida un poco. No es mucho más alto que yo, y tampoco más fuerte, pero exuda un aura agresiva que es palpable a pesar de la distancia que nos

separa. Un paso más, dos, y está plantado frente a mí asesinándome con la mirada.

—Nene, no asustes a nuestro invitado —dice una chica morena y bajita apareciendo a su lado y abrazándole por la cintura. Me mira y sonrío—. No le hagas mucho caso a Alec. Es buena gente, pero le gusta parecer más fiero de lo que realmente es.

—Johanna —sisea Alec en su dirección.

La chica, que parece un llavero a su lado por lo baja y pequeña que es, hace un gesto con su mano quitándole importancia a su protesta y vuelve a girarse hacia mí.

—Te llamas Nate, ¿verdad?

—Sí, Nathan Reed.

Juraría que he escuchado un gruñido proveniente del fondo de la garganta de Alec, pero Johanna actúa como si no pasara nada y extiende su mano hacia mí.

—Johanna Callaghan, encantada —estrecho su mano y vuelvo a escuchar un nuevo gruñido—. Ven, te presentaré a los demás.

Se pasa un buen rato presentándome a todos los presentes, Carter, el hermano de Alec e hijo de Nora, la señora que nos abrió la puerta. Patrick, capataz de rancho Wolfheart y pareja de Carter. Nadia, una chica muy simpática que también es hermana de Alec y Carter, y su novio Jason, un tipo de Nueva York que según me cuenta, ha dejado la ciudad para venir a vivir a este remoto lugar por el amor de una mujer. «¿De qué me suena eso?», pienso mientras Johanna sigue presentándome más gente. Veo como Juls habla amigablemente con un hombre moreno. Nos acercamos a ellos y Johanna me lo presenta como Rob Anderson, dueño de uno de los ranchos de la zona y amigo de los Wolfheart, además de la pareja de la mejor amiga de Johanna, Megan, una chica afroamericana muy guapa. También me presentan a Chris, el mejor amigo de Alec y a su mujer Camila, tía de Johanna. Me doy cuenta de que al final todos terminan siendo familia, y eso se confirma aún más cuando Johanna me presenta a su padre y veo como Nora, la madre de Alec, se acerca a él y le da un beso en los labios.

—Los Callaghan y los Wolfheart son complicados —susurra una mujer a mi espalda. Me doy la vuelta y ella me mira entrecerrando los ojos—. Soy Laura Turkel, encantada. Por si te lo estás preguntando, yo no estoy liada con ninguno de ellos, ya son demasiados romances en la familia —río sin poder vitarlo, ya que eso era justo lo que estaba pensando—. Soy tía de Alec, Carter y Nadia. Mi hermano era su padre.

—Encantado, señora —digo sujetando su mano.

—Pareces más perdido que una cabra en un garaje.

—Creo que lo estoy —susurro mirando de reojo como mi esposa habla con Johanna, que lleva un niño en brazos.

—¿No deberías estar con tu esposa? Quizás ella te ayude a no sentirte de ese modo.

—Creo que ella es la razón por la cual me siento de este modo —susurro para mí sin dejar de mirarla. Ríe y le hace monerías al que supongo es hijo de Alec y de Johanna. Lo está pasando bien, se le ve relajada y cómoda. No hay en ella nada de la chica fría e indiferente que es conmigo, al menos desde que llegamos aquí. La echo de menos, extraño sus gestos divertidos y su sonrisa. Quiero recuperar a la mujer de la que me enamoré. Miro de nuevo hacia mi compañera y descubro que no se ha movido de su lugar y me observa frunciendo el ceño—. Voy a... —señalo a Johanna y ella asiente.

—Por cierto, muchacho —me giro hacia ella—. Me llamo Laura, como vuelvas a llamarme señora, te corto las pelotas —río de nuevo y asiento volviendo a caminar hacia Johanna.

Al verme llegar, ella pierde la sonrisa y Alec frunce el ceño, como si yo fuese un extraño que viene a acabar con el buen ambiente que hay entre ellos.

—Nathan, háblanos un poco de ti. ¿A qué te dedicas? —pregunta Nadia. Voy a contestar, pero soy interrumpido por Juls que se acerca a mí y rodea mi cintura con sus brazos abrazándose a mi costado—. Nate es fotógrafo. Ha trabajado para el National Geographic. ¿Verdad, cariño? —su forma de sonreírme y apoyar su cabeza en mi pecho, me hace recordar cuanto amo a esta mujer.

Sé que debería seguir cabreado con ella por su forma de actuar conmigo, pero soy débil. Solo quiero seguir disfrutando de su buen humor un rato más

—Sí, hice bastantes trabajos para ellos —contesto rodeando sus hombros con mi brazo y atrayéndola hacia mí. Su mano se cuelga en el bolsillo trasero de mis vaqueros y me sonrío de nuevo, de esa forma que me llena el alma.

No puedo evitar bajar mi cabeza y besar sus labios. Un beso rápido y dulce, pero con el que quiero demostrar que me da igual lo que haya pasado, si ella quiere hacer borrón y cuenta nueva, yo estoy dispuesto a ello. El resto de la noche la paso sorprendentemente bien. Todos son muy amables e intentan hacerme sentir cómodo, y Juls actúa conmigo como si no pasara nada malo entre nosotros. Me incluye en las conversaciones y busca mi contacto cada poco tiempo. Un roce en el brazo, una mano en mi muslo bajo la mesa, un beso rápido... Incluso Alec se vuelve algo más amable en el transcurso de la cena. Al menos no me gruñe.

Bienvenido al infierno

Nate

—Al final no ha salido tan mal lo de la cena —murmuro besando el cuello de Juls cuando llegamos a casa. No hay luz porque la instalación eléctrica es una mierda y se sobrecarga por las noches, así que hemos subido las escaleras riéndonos cada vez que uno de nosotros tropezaba en algún escalón. Juls mueve su cabeza hacia un lado dándome libre acceso a su cuello mientras sus manos empiezan a desabrochar el botón superior de mi camisa.

—No veo ni dónde estás —dice entre risas.

Muerdo su cuello y la escucho gemir en respuesta.

—Estoy justo aquí, nena —la arrincono contra la pared del pasillo y mientras mi boca se pasea por su clavícula, busco a tientas la puerta de mi habitación, o de la suya, me da igual. Solo quiero una cama en la que tumbarla y recordarle lo bien que estamos juntos.

—¿La encuentras o vamos a tener que esperar a que amanezca para salir del pasillo? —pregunta riendo.

Saco mi cabeza del hueco de su cuello y miro al lugar donde debería estar su cara, pero solo hay oscuridad.

—No la encuentro. ¿Dónde está la puta puerta?

Escucho como ríe a carcajadas y agarra mi mano empezando a caminar pegada a la pared.

—La tengo —escucho como la puerta se abre y Juls tira de mi mano hacia el interior de la habitación.

—¿Es tu habitación o la mía? —pregunto palpando los muebles. Encuentro sobre la mesita de noche un marco de fotos con una fotografía mía y de Juls que puse esta mañana ahí—. Es la mía, espera —suelto su mano y abro el cajón de la mesita—. Esta mañana me preguntaba porqué había un paquete de velas y una caja de cerillas en mi mesita de noche, ahora ya lo sé —enciendo una vela y enseguida la habitación se ilumina parcialmente. Veo como Juls se acerca a la cómoda y coge un porta velas que me tiende—. Te veo —susurro dejando la vela sobre la mesita y volviendo a su lado.

—Yo también te veo —contesta rodeando mi cuello con sus brazos. Mis manos van a parar a su trasero y le beso. Meto mi lengua en su boca sintiendo como sus manos van deshaciéndose de mi camisa, después desabrocha mi cinturón y mis pantalones sin separar su boca de la mía. La tumbo sobre la cama y ataco su cuello con mis dientes mientras mis manos amasan sus pechos y mi pelvis se mueve en círculos haciendo que cada roce de mi endurecida entrepierna contra su centro le arranque un gemido de placer. Le quito el jersey de cuello vuelto y estoy a punto de deshacerme de su camiseta, cuando Juls nos gira a los dos y queda montada a horcajadas sobre mí. Busco su boca de nuevo, quiero besarla, pero ella se aparta y me mira a los ojos. Vuelvo a intentarlo y esta vez pone una mano sobre mi pecho deteniendo mi avance—. Buenas noches, Nate —susurra antes de levantarse de la cama y empezar a caminar hacia la puerta del baño.

—¿Pero qué...? ¿Dónde coño vas? ¡Juls!

—A dormir y tú deberías hacer lo mismo. Antes de que salga el sol tenemos que estar trabajando.

—¡Juls, no puedes dejarme así! ¡Maldita sea, Juls! —me ignora y entra en el baño cerrando la puerta. Salgo de la cama de un salto y entro en el baño dándome cuenta de que no está ahí. Ha pasado por la puerta que comunica a su habitación. Intento abrirla, pero está cerrada con el cerrojo—. ¡Abre la jodida puerta! —grito furioso. Está jugando conmigo y no se lo voy a permitir—. ¡Juls! —golpeo la puerta con el puño y escucho el chirrido de la madera.

—¡Vas a romper la puta puerta! Ve a dormir, Nate.

—¡¿Me estás vacilando?! ¡¿Te estás burlando de mi puta cara?! —respiro profundamente e intento tranquilizarme —¿A qué estás jugando, nena? —pregunto con voz más calmada—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Me estás volviendo loco con tus idas y venidas. Abre la puerta, Juls. Habla conmigo, por favor.

Durante un buen rato no escucho nada y después desearía no haberlo escuchado.

—Déjame en paz, Nathan. Pégate una ducha fría o hazte una jodida paja, pero déjame descansar.

Vuelvo a golpear la puerta con el puño sintiendo como la rabia bulle en mi interior nuevamente.

—¡A la mierda! No voy a seguir suplicándote, Juls. No soy tu jodido perro faldero —salgo del baño y me lanzo sobre la cama boca abajo.

No consigo dormir demasiado el resto de la noche. Le doy mil vueltas a la actitud de Juls intentando buscar una explicación, pero no la encuentro. Me levanto antes de que amanezca, me ducho y bajo a la cocina. Casi no hay nada en la nevera pero encuentro café y unos huevos que cogí ayer del gallinero. Preparo el desayuno y cuando Juls entra en la cocina, tiene una taza de café negro sobre la encimera y un plato con huevos.

—Buenos días —dice mirando la comida—. ¿Eso es para mí? —asiento dándole un sorbo a mi café—. Creí que seguirías dormido —murmura comiendo de su plato.

—Dijiste que teníamos que estar trabajando antes del amanecer —contesto en tono seco.

Juls me mira y parece sorprendida, pero no dice nada y sigue comiendo hasta que ya no queda nada en su plato.

—Esta tarde iré al pueblo a hacer la compra. ¿Quieres venir conmigo? —pregunta.

—Creo que antes de nada, tenemos que hablar sobre lo que pasó anoche —siseo mirándola fijamente.

—Anoche no pasó nada. Tú querías echar un polvo y yo no estaba por la labor. Creo que no somos ni seremos la primera pareja que pasa por una situación así. Le estás dando demasiada importancia.

—¿Que le estoy dando...? —me froto la cara y río de forma nerviosa— Juls, estábamos a punto de hacer el amor y te largaste dejándome ahí sin entender qué coño estaba pasando. Eso no es algo que pase entre una pareja. Si no estabas por la labor, como tú dices, podrías habérmelo dicho, en vez de largarte sin más.

Resopla y recoge su plato dejándolo en el interior del fregadero.

—Si vas a ponerte en plan ama de casa desesperada a primera hora de la mañana, mejor me voy. Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar tus quejas.

Pasa a mi lado dirigiéndose hacia la puerta, pero la detengo agarrando su brazo.

—No hagas esto, nena. No nos hagas esto. Estoy intentando por todos los medios sacar la paciencia de donde sea para aguantar tus juegucitos, pero me estás cansando.

—¿Me estás amenazando, Nathan? —pregunta clavando sus ojos en los míos. Suelto su brazo

y ella sonrío cínicamente—. Ya me parecía a mí —murmura abriendo la puerta.

—No es una amenaza, pero tarde o temprano voy a cansarme de esta situación. Llevo aquí un par de días y ya estoy deseando largarme.

—Contigo al mismísimo infierno. ¿Reconoces esas palabras? Son tuyas. Así que bienvenido al infierno —sale de casa y me deja mirando hacia una puerta cerrada.

Suelto un grito y estampo mi puño contra la encimera de la cocina. ¡Estoy harto! La quiero más que a nada, pero como siga con esta actitud, me largo de este maldito lugar.

Diez minutos después, Aaron entra en la cocina sin llamar.

—La puerta está para algo —le digo en tono arisco.

Él me mira frunciendo el ceño y veo cómo aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo. No entiendo qué coño le pasa a este tipo conmigo.

—La doctora Black me ha dado órdenes. Me dijo que te pusiera a trabajar.

—Si Juls es la doctora Black, yo soy el señor Reed —digo cruzándome de brazos.

Aaron chasquea la lengua y da media vuelta saliendo de la cocina.

—Te espero en el establo —ladra sin mirar atrás.

Resoplo y le hago esperar unos minutos antes de presentarme donde me ha indicado. No queda lejos de la casa, apenas a un par de minutos a pie. Eso me recuerda que tengo que empezar a practicar mi monta. No puedo vivir en un rancho y no montar a caballo. Llego al establo y veo a un par de muchachos jóvenes cargando con piensos y fardos de alfalfa, pregunto por Aaron y uno de ellos me indica que está en las caballerizas, así que me dirijo hacia allí. Al entrar en esa zona, el olor a caballo y a estiércol se hace mucho más notable, hasta el punto de revolverme el estómago.

—Joder, qué peste —murmuro tapándome la boca y la nariz con la parte posterior de la mano.

—Huele mal, ¿eh? —miro hacia Aaron y me lanza una pala, la cojo al vuelo y le vuelvo a mirar para que me explique qué coño voy a hacer con ella—. Tu primera tarea del día —dice con una sonrisa de suficiencia instalada en el rostro—, limpiar las caballerizas. Recoges la paja seca y el estiércol con la pala, lo pones sobre esa carretilla y la trasladas hacia la parte trasera del establo.

—¿Mi trabajo va a ser limpiar mierda de caballo? —pregunto en tono duro.

—Esas son mis órdenes. Si tienes algún problema lo hablas con tu mujer, chico de ciudad.

—¿Juls te ha dicho que me des este trabajo?

—Eso ha dicho —contesta con chulería.

—Oye, chaval, sabes que soy tu jodido jefe ¿verdad? —Aaron me mira y sonrío burlescamente. Creo que este capullo no me traga y pretende hacerme la vida imposible.

—Por supuesto, jefe. Ahora, su señoría, empiece a recoger mierda que hay muchas cosas más que hacer —suelta una carcajada y se va dejándome con una mala leche que no me aguanto ni yo.

Después de limpiar toda la jodida mierda de caballo que hay en las caballerizas y de vomitar, dos veces, los dos muchachos jóvenes, que dicen llamarse Sean y Ian, y yo, nos encargamos de descargar un camión repleto de sacos de pienso. Los chicos comparten su comida conmigo, son muy amables, todo lo contrario que Aaron que solo aparece para dar órdenes y vuelve a marcharse. Tras comer algo, Aaron nos lleva en un todoterreno hacia el río. No puedo dejar de maravillarme con la belleza de este lugar cada vez que miro a mi alrededor. Tengo los brazos destrozados, las manos en carne viva y mis piernas no están mejor, pero no me quejo cuando Aaron me lanza nuevamente una pala y nos ordena a los chicos y a mí que empecemos a cavar una zanja al lado del río. Cuando le pregunto si eso también se lo ha ordenado Juls, él solo asiente y sonrío de nuevo de esa forma que me dan ganas de estamparle la puta pala en la cabeza.

Al llegar la noche, mis piernas casi no son capaces de aguantar el peso de mi cuerpo. Nunca

me había sentido tan cansado. Tengo heridas en las manos y siento como mis pies se resienten a cada paso que doy. Entro en casa por la puerta de la cocina y veo a Juls sentada en un taburete frente a la encimera, me mira y abre los ojos de par en par.

—Estás hecho un desastre —señala dándole un mordisco a un sándwich.

—Así me siento —digo en tono abatido. Me siento a su lado y suspiro apoyando la frente contra la encimera.

—¿Un día duro? ¿Qué pasa, no estás acostumbrado a trabajar de verdad?

Alzo la cabeza y la veo sonriendo cínicamente.

—Le dijiste al capataz que me diera los trabajos más duros que hay en este puto rancho ¿a que sí? —siseo fulminándole con la mirada.

—Dijiste que querías trabajar, y ese es el trabajo que hace un principiante. No sabes montar a caballo y mucho menos arrear ganado, así que ese es el trabajo que queda —se encoje de hombros y sigue comiendo como si nada.

—¿Te estás divirtiendo? ¿Te gusta verme así? —pregunto clavando mis ojos en los suyos—. ¿Por qué haces esto, Juls? Necesito saber que hay un jodido motivo por el cual no largarme ahora mismo de vuelta a Nueva York.

—Si quieres irte yo no te voy a detener —deja su sándwich en el plato sobre la encimera y se cruza de brazos—. Adelante, vuelve a casa de tus papis con el rabo entre las piernas, o mejor, pídele asilo a tu amigo Alan. Seguro que él puede mantenerte hasta que encuentres trabajo.

—Porque mi dinero te lo quedas tú ¿verdad?

—¿Tú dinero? Querrás decir, “nuestro” dinero. Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo, cariño. Así lo dice la ley. Además, ya sabes que de ese dinero ya no queda ni un solo centavo.

—No, lo has invertido todo en este rancho en el que yo soy el puto último mono —digo con rabia.

Juls frunce el ceño y se levanta dejando su plato en el interior del fregadero.

—He hecho la compra, así que tienes comida en el frigorífico. Yo me voy a dormir, mañana hay que trabajar de nuevo —se marcha y yo me quedo solo pensando en cómo ha cambiado mi vida en tan solo unos días.

Llegué a este lugar pensando que Juls y yo tendríamos un futuro juntos, que sacaríamos este rancho adelante trabajando mano a mano y que formaríamos una familia, y lo único que he encontrado ha sido una mujer fría y autoritaria que me desprecia y me trata como si fuese un jodido peón en sus manos. Debería largarme de aquí, pero mi orgullo no me deja. No puedo volver a mi casa como un fracasado que ni siquiera ha sido capaz de mantener su matrimonio ni por una semana, y tampoco puedo pedirle ayuda a Alan, él siempre anda al límite de dinero y sería una carga. Además, no estoy seguro de querer renunciar aún a Juls, a nuestro matrimonio. Sigo pensando que hay algo que no me está contando, y si lo descubro, si consigo que hable conmigo con sinceridad, quizás podamos solucionar todo esto.

Suspiro y me levanto del taburete sintiendo como todos los músculos de mi cuerpo se resienten. No tengo hambre, solo quiero ducharme y descansar todas las horas que pueda antes de tener que volver al trabajo. Voy a demostrarle a Juls que soy mucho más que un peón. ¿Quiere que empiece desde abajo? Bien, lo haré. Seré el último puto eslabón, pero eso cambiará, porque voy a demostrarle a Juls, a su jodido perro faldero y a todos en este maldito lugar, que soy un Reed, y un Reed jamás se rinde, lucha y trabaja duro para conseguir sus objetivos.

Durante los siguientes días mi vida se convierte en algo completamente monótono. Me levanto antes de que salga el sol, trabajo durante todo el día y por la noche duermo como un bebé para intentar recuperar algo de fuerzas. Casi no veo a Juls, y cuando lo hago, apenas me dirige un par

de palabras, pero yo como un idiota, le doy un beso en los labios cada mañana antes de que ella se vaya. Intento seguir acercándome, pero no recibo más que evasivas e indiferencia por su parte.

Por suerte, después de los primeros tres días, mi cuerpo empezó a acostumbrarse al ritmo de trabajo y hasta saqué tiempo para empezar con mis prácticas de monta. Cada noche, después de cenar algo rápido, ya que ninguno de los dos ha vuelto a cocinar, me subo a un caballo y doy una vuelta por el rancho.

El sábado me despierto como cada mañana antes de que salga el sol y bajo a la cocina, preparo café, dejo una taza para Juls sobre la encimera y bebo del mío hasta que ella se asoma por la cocina.

—Buenos días —dice sentándose frente a la barra de desayuno y dándole un sorbo a su café. La miro fijamente y compruebo que ella también parece agotada. Quizás estos días también han sido duros para ella. No debe ser nada fácil dirigir este lugar.

—Pareces cansada —murmuro intentando empezar algún tipo de conversación con ella. Odio que estemos así, que nos tratemos como dos enemigos, cuando lo único que deseo es estar a su lado, ser su marido.

—Lo estoy, por suerte hoy solo haremos lo más básico. Tenemos que traer el ganado de los pastos del norte a las cuadras ya que el lunes Johanna va a venir a revisarlos. Por la tarde no trabajamos, y mañana tampoco.

—Creí que en el campo no había días libres.

—Y no los hay, por eso se les paga el doble a algunos trabajadores para que trabajen el domingo y se van turnando. Solo se les da de comer a los animales y si aparece algún problema urgente, ellos se encargan.

—¿Eso quiere decir que tú y yo tendremos algo de tiempo libre para estar juntos? —pregunto esperanzado.

Juls me mira y alza una ceja.

—¿Qué quieres hacer?

—No conozco el pueblo, podríamos dar un paseo y me lo enseñas. No sé, me da igual a dónde ir con tal de estar contigo —me acerco a ella que sigue sentada sobre el taburete y me hago paso entre sus piernas agarrando su cintura con ambas manos—. Te echo de menos, nena. Quiero estar contigo, como sea y donde sea, pero a tu lado —cierra los ojos y suspira—. Mírame —digo alzando su barbilla. Juls abre los ojos y clava su mirada en la mía—. Sabes que te amo, ¿verdad? —cojo su mano y la pongo en el centro de mi pecho—. Este de aquí sigue latiendo desbocado cada vez que te veo y mi cuerpo sigue estremeciéndose cada vez que tú me rozas. Mis sentimientos por ti no han cambiado, Juls. Sigo queriendo lo mismo que quería la noche que nos casamos, pasar el resto de mi vida amándote.

Juls

Siento su boca sobre la mía y aunque intento resistirme con todas mis fuerzas, mis labios se mueven besándole. En estos días casi no le había visto y por mucho que me reviente admitirlo, le he echado de menos, sus besos, sus caricias, sus bromas, y la forma en la que siempre consigue hacerme reír. Gimo en su boca y rodeo su cintura con mis piernas sintiendo como sus manos se desplazan por mi espalda hasta llegar a mi trasero. En ese momento, escucho como alguien toca a la puerta y Nate se aparta de mí resoplando.

—Seguiremos esto después —dice a modo de promesa dándome un último beso en los labios.

Me bajo del taburete y voy hacia la puerta principal. No sé quién puede ser. Aaron suele entrar en casa por la puerta de la cocina, además él y Alec están en Charlotte en la feria de ganado y no

vuelven hasta mañana por la noche. Al abrir la puerta, me sorprende ver a Laura Turkel frente a mí, viene acompañada de una chica morena y bajita, que trae un niño en brazos que no será mucho mayor que el hijo de Alec y Johanna.

—Laura... Eh... me sorprende verte aquí. ¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto abriendo la puerta para que pueda pasar.

Una vez dentro, cierro la puerta y Laura da un paso hacia mí. Parece nerviosa y eso es algo extraño en ella. Recuerdo que cuando era pequeña, mi madre y Laura se pasaban tardes enteras charlando en el jardín de mi casa. Todos en el pueblo rechazaban la idea de hablar con la mujer que regentaba un prostíbulo en el corazón de Black Mountain, pero mi madre no era así, ella veía más allá de las personas y de sus actos. La acogió como a una buena amiga y la quería mucho.

—Juls, cielo, siento presentarme sin avisar, pero necesito hablar contigo sobre un tema urgente.

—Tú dirás —digo mirando hacia la muchacha, que no ha levantado la mirada del suelo. El niño me mira y me sonrío dejándome totalmente helada. Tiene la sonrisa de Alec, y sus ojos también.

—Verás, quiero presentarte a Linda, ella antes trabajaba para mí, pero... Bueno eso da igual. El caso es que está buscando trabajo y pensé que quizás tú necesitarías a alguien para que os ayudara con la casa. Linda sabe cocinar y... —en ese momento aparece Nate a mi espalda y saluda a Laura amigablemente—. Como decía, pensé que quizás tú podrías darle trabajo.

—Laura, yo no tendría ningún problema en que se quedara, lo que me preocupa es el niño —en ese momento la muchacha alza la mirada y clava sus ojos en los míos. Está muy delgada, tanto que los huesos de sus pómulos sobresalen dándole un aspecto cadavérico—. Me preocupa lo mucho que se parece a Alec Wolfheart.

La chica aprieta los labios y yo dirijo mi mirada hacia Laura que se frota una mano contra la otra de manera nerviosa.

—Acabo de hablar con el Lobo por teléfono. Fue él quien me dijo que viniera aquí. Está en Charlotte y no regresa hasta mañana por la noche para resolver este... incidente. Linda necesita un lugar donde vivir, pero no puedo dejar que se quede en La casa de Muñecas, ese no es lugar para un niño.

—Entiendo, si Alec te ha dicho que vengas aquí...

—Juls, no me atrevería a pedirte esto si no me uniera a ti la gran amistad que tuve con tu madre. Yo sé que ella nunca fue una persona que se dejara llevar por lo que dice la gente, y eso fue lo que os inculcó a ti y a tu hermana.

—Sí, tienes razón, eso fue lo que nos enseñó.

—Puede quedarse —dice Nate dando un paso hacia la muchacha—. Al fondo del pasillo hay una habitación, no es muy grande y los muebles son viejos, pero tiene baño propio. Si quieres ir yendo, yo te llevaré toallas limpias y ropa de cama enseguida.

La chica me mira y vuelve a mirar a Nate.

—Ya lo has escuchado —digo encogiéndome de hombros—. Si mi marido dice que sí, es que sí —la chica asiente y camina hacia la que a partir de hoy será su habitación.

Cuando nos quedamos los tres solos, miro a Laura alzando una ceja.

—¿Qué está pasando aquí? Ese niño... Es hijo de Alec, ¿verdad? —pregunto.

Laura resopla y se encoge de hombros.

—Sinceramente, no tengo ni la más remota idea. Linda y Alec... bueno... él fue cliente asiduo de La casa de muñecas el tiempo que estuvo separado de Johanna, pero no sé si... Puede ser, pero... No tengo ni puta idea. Se lo he preguntado a Linda, pero se niega a decirme nada. Dice que

solo hablará con los Wolfheart.

—Entonces tendremos que esperar a mañana por la noche que llegue Alec. Eso, si Johanna no se entera antes de esto. No creo que le sienta muy bien enterarse que el padre de su hijo y su futuro marido tiene un hijo con otra mujer.

—No adelantemos acontecimientos —dice Nate abrazándome por la cintura—. Hasta ahora no sabemos si ese niño es realmente hijo de Alec.

—Tendremos que esperar para saberlo —susurra Laura.

Plantándome y diciendo basta

Nathan

Golpeo la puerta suavemente con los nudillos, escucho como la chica me da paso así que entro a la habitación.

—Te traigo toallas y ropa de cama —digo dejando la ropa sobre la cómoda. La chica me mira y sonrío levemente. Está sentada al borde de la cama y el niño juega con un peluche en el centro de la misma—. ¿Te encuentras bien? Si necesitas descansar, yo puedo cuidar del pequeño un rato —me acerco al niño y él extiende sus manos hacia mí—. ¿Puedo? —pregunto señalando hacia su hijo. Ella asiente y lo cojo en brazos. Desde cerca puedo ver que el parecido con Alec es impresionante. Son como dos gotas de agua. Este niño podría ser perfectamente hermano gemelo de Johnny, el hijo de Johanna y Alec—. ¿Cómo se llama?

—Mason —contesta la chica. Es la primera vez que escucho su voz y suena muy débil.

—Es un nombre muy bonito para un niño tan guapo. ¿Verdad, colega? —el niño sonrío poniendo sus manitas sobre mi cara.

—¿No me vas a preguntar si es hijo del Lobo? —pregunta la chica sin mirarme.

—No, eso no es asunto mío. Supongo que eso ya lo aclararas con Alec cuando llegue el momento— la chica suspira y se tapa la cara con las manos. Parece exhausta—. Linda. Así te llamas, ¿verdad? —asiente—. Decía en serio lo de cuidar del niño mientras descansas un rato. Pareces agotada.

Me mira y sonrío levemente.

—Ha sido un viaje largo y... —suspira de nuevo—. ¿De verdad no te importa?

—Por supuesto que no. Pégate una ducha y descansa un rato. Yo me encargo de este señorito.

—Gracias, eres muy amable. Hace mucho tiempo que nadie lo era conmigo —su mirada se oscurece y veo como intenta retener las lágrimas—. No soy una gorriona. En cuanto descanse un rato, me pondré a trabajar.

—Tranquila, no te preocupes por eso. Ahora descansa. ¿Has desayunado? Puedo traerte algo.

—Estoy bien, gracias.

—Bien, te dejo sola. No te preocupes por el pequeño.

Asiente y salgo de la habitación con el niño en brazos. Llego a la cocina y no encuentro a nadie, busco por el resto de la casa y nada. Juls dijo que tenían que traer el ganado desde los pastos del norte, así que supongo que ya se habrá marchado.

—Solo quedamos tú y yo, colega —murmuro mirando al pequeño Mason—. Tendremos que buscar algo que hacer. Eso es fácil en esta casa, todo está hecho un desastre. ¿Qué te parece si buscamos algunas herramientas e intentamos arreglar el porche? —el niño balbucea algunas palabras sin sentido—. Voy a tomarme eso como un sí.

Unas horas después, Juls nos encuentra haciendo precisamente eso, arreglando el porche. Yo estoy sacando las maderas podridas para poder sustituirlas, mientras Mason juega con un pequeño martillo de plástico totalmente inofensivo. Le he hecho una especie de cercado para que no pueda moverse alrededor de los escombros y madera inservible.

—¿Qué haces? —pregunta Juls mirando hacia el destrozo que he hecho.

Me seco el sudor de la frente con el antebrazo y me encojo de hombros.

—Voy a sustituir esta madera vieja por una nueva. Si no se arregla, un día de estos alguien se va a romper una pierna cuando ceda la madera.

—¿No tienes frío? Solo de verte en manga corta, ya me dan escalofríos —niego con la cabeza sonriendo—. ¿Y el niño?

—Linda está descansando un rato. Le dije que yo me encargaba del pequeño Mason.

—Mason, ¿eh? —se acerca al niño, que en cuanto la ve estira sus brazos para que lo coja en brazos. Y sorprendentemente, ella lo hace —. Eres una monada, Mason —le dice al pequeño sonriendo de oreja a oreja. Empieza a hacerle monerías y el niño ríe a carcajadas, mientras yo los miro alucinado. Nunca he visto a Juls sonreír de esa forma, tan sincera, tan pura... Es como si ese velo de indiferencia y frialdad que siempre la cubre, hubiese desaparecido por completo, y ya solo quedara la chica que hay debajo—. ¿Qué pasa? —me pregunta al darse cuenta de que los estoy mirando fijamente y con una sonrisa boba en la cara.

—Nada —digo encogiéndome de hombros. Señalo hacia ellos dos juntos y sonrío—. Te queda bien.

Juls mira hacia el pequeño y enseguida su cara cambia a una mucho más seria, deja al niño de nuevo en su parque improvisado y al mirarme, puedo ver como vuelve a lucir nuevamente su máscara de indiferencia.

—¿Cómo piensas arreglar esto? Si sigues sacando tablones, no tendremos donde pisar,

—He pensado que esta tarde podríamos ir al pueblo y comprar algo de madera y herramientas. No sé el dinero que nos queda, pero...

—¿De verdad vas a pasarte los fines de semana arreglando la casa? —pregunta sorprendida.

—No tengo nada mejor que hacer —contesto encogiéndome de hombros—. ¿Tú propones algo?

—Alec se ha llevado una buena parte de nuestro ganado para venderlo en la feria, y va a comprar algún animal para la cría. Además, hay un lote de terneros que vienen a buscar el lunes para una empresa cárnica, así que no estaremos tan mal de dinero a partir de entonces. Aún queda algo del anterior, si quieres podemos comprar lo que necesites esta tarde.

—Genial, entonces tenemos un plan —digo sonriendo.

—Sí, tenemos un plan.

Juls

Cuando entramos en la casa, descubrimos un agradable olor que viene desde la cocina, nos acercamos y encontramos a Linda moviéndose por la estancia con soltura, mientras remueve algo en una olla. Tiene mucho mejor aspecto que antes, al menos han desaparecido casi por completo los círculos negros que rodeaban sus ojos.

—Eh... Hola —dice secándose las manos con un trapo—. He preparado un guiso con lo que he encontrado en la nevera. No hay mucho más —se acerca a Nate y coge al niño acunándolo en sus brazos—. Gracias por cuidar de él —le dice sonriendo levemente.

—No hay problema. Se ha portado muy bien y me ha ayudado con los arreglos del porche —señala Nathan sonriendo—. Puedo cuidarlo siempre que lo necesites —la chica se lo agradece con una sonrisa sincera y me mira a mí.

—No nos han presentado. Soy Julia Black, la dueña de este rancho.

Linda me mira confundida.

—Creí que este rancho era de los Carrin...

—Es mío —digo interrumpiéndole—. Lleva en mi familia desde que se fundó.

—Yo soy Nate, por cierto. Creo que no te había dicho mi nombre —la chica asiente—. Bienvenida a nuestra casa, espero que te sientas cómoda aquí.

—Respecto a la comida... Yo soy un desastre en la cocina. Si quieres, haz una lista de lo que necesitas y esta tarde lo compramos cuando vayamos al pueblo. ¿Has hecho antes este tipo de trabajo? —pregunto sabiendo que Laura dijo que había trabajado en La casa de Muñecas, eso significa que fue prostituta.

—Durante el último año, ha sido mi trabajo —contesta—. Lo dejé porque... eh... bueno, es que tenía que volver a Black Mountain.

—Bien, entonces supongo que sabes mejor que yo lo que tienes que hacer. Haz esa lista y compraré todo lo necesario —la chica asiente y pone dos platos de comida sobre la barra de desayuno.

Hay una enorme mesa en el comedor, pero aún no la hemos usado. Supongo que ese lugar me trae demasiados recuerdos de mi familia, por eso no he querido ni pisarlo. Nate se acerca a la alacena y coge un plato más poniéndolo junto a los otros. Linda le mira extrañada.

—Tú comes con nosotros —indica cogiendo unos cubiertos del cajón.

—No es necesario —replica ella—. Puedo comer después, en realidad, tampoco tengo mucha hambre.

—No es una sugerencia, Linda —insiste Nate sonriéndole abiertamente.

La chica asiente y los tres nos sentamos a comer en silencio. El pequeño Mason duerme plácidamente en una camita improvisada que le ha preparado Nate en mitad de la cocina, con una manta y unos cuantos cojines. No puedo evitar extrañarme por la forma en la que trata a Linda y a su hijo. A veces, cuando hace este tipo de cosas y se comporta como un buen hombre, amable, cariñoso, caritativo... Solo a veces, olvido por completo lo cabrón que es y todo el daño que le hizo a mi hermana. Son esos momentos en los que el duro caparazón que he construido alrededor de mi corazón se va resquebrajando, permitiéndome sentir algo que sigo y seguiré intentando ocultarme a mí misma.

Cuando estamos terminando de comer, Mason se despierta sobresaltado y empieza a berrear a pleno pulmón. Linda se levanta a toda prisa para coger a su hijo, pero antes de llegar a él, vemos como empieza a toser con fuerza. Nate se levanta y le tiende un vaso de agua mientras yo me encargo de mecer a Mason. Linda no puede dejar de toser, hasta el punto de quedarse sin aliento. Bebe un poco de agua y veo como poco a poco se va tranquilizando, al mismo tiempo que Mason también deja de llorar.

—¿Te encuentras mejor? —pregunto viendo como algo de color vuelve a su cara. Ella asiente estirando los brazos para que le tienda el niño. Lo hago y veo como Nate la mira con preocupación—. Nate, ¿podrías ir al sótano? Creo que vi allí unos botes de miel casera. Le vendrá bien a Linda para esa tos —asiente y sale de la cocina en dirección al sótano. Yo me acerco a Linda que ya está mucho más recuperada—. ¿En qué fase se encuentra? —pregunto tendiéndole un nuevo vaso de agua. Ella me mira sorprendida.

—Eh... No sé de qué hablas —contesta desviando la mirada.

—Linda, soy médico. Sé reconocer los síntomas. Le pedí a Nate que se fuera para poder preguntártelo a solas. No intentes mentirme, porque no servirá de nada —me mira fijamente y suspira sentándose sobre un taburete y abrazando al pequeño contra su pecho.

—Estadío cuatro —susurra—, metástasis ósea y linfática.

Lo sabía. Cáncer de pulmón.

—¿Quimio, radio? —pregunto. Niega con la cabeza.

—Es demasiado tarde para eso. Me diagnosticaron cuando estaba embarazada y... —besa la frente de su hijo y suspira de nuevo—. Esos tratamientos hubiesen dañado a mi pequeño. No podía hacerle eso.

Asiento. Probablemente cualquier tratamiento contra el cáncer hubiese acabado con la vida de su hijo nonato.

—¿Qué...? —carraspeo para aclararme la voz—. ¿Qué tratamiento paliativo te han ofrecido los médicos?

—Analgésicos. Morfina, no pueden hacer nada más.

—Estás demasiado despierta para estar tomando morfina.

—No lo hago. Mientras pueda aguantar el dolor, lo haré. Quiero pasar lúcida todo el tiempo que sea posible. No quiero dejar a mi niño aún.

—¿Por eso has vuelto a Black Mountain? Para contárselo a Alec y...

Me mira y veo como una lágrima escapa de la comisura de su ojo.

—No puedo dejar a Mason solo. Necesito que su padre se haga cargo de él cuando yo... cuando ya no esté.

Nate entra en la cocina con el bote de miel en la mano y le sonrío a Linda.

—Calentaré un poco de leche —anuncia.

—Tranquilo, yo lo haré —dice ella volviendo a dejar a Mason en su cama. El pequeño se ha quedado dormido de nuevo—. Me encuentro mucho mejor.

—¿Estás segura? Yo puedo...

—Gracias, pero no es necesario —me mira y yo asiento.

—Nosotros deberíamos irnos ya —digo agarrando la mano de Nate—. Tenemos que comprar bastantes cosas y se nos va a hacer tarde.

—Sí, claro. Linda, ¿estarás bien?

—Sí, marchaos tranquilos —apunta algo en un papel y me lo tiende—. Creo que esto es todo lo necesario. Aprovecharé para limpiar un poco la casa. ¿Puedo entrar en las habitaciones?

—Por supuesto. Muévete por la casa sin restricciones —contesto poniéndome la chaqueta y cogiendo las llaves del todoterreno.

Nos despedimos de Linda y salimos en dirección al pueblo. Durante el trayecto, Nate se mantiene en silencio mirando por la ventanilla.

—¿Qué te pasa? —pregunto mirándole de reojo.

—Está enferma, ¿verdad? —me mira—. Linda está enferma —suspiro y asiento volviendo a mirar hacia la carretera—. ¿Se pondrá bien? ¿Va a recuperarse?

—No, Nate. Es muy poco probable que eso pase.

—Ese niño va a quedar huérfano.

—Creo que ese es el motivo por el cual Linda ha regresado a Black Mountain. No quiere dejar solo a su hijo.

—¡Joder! Menuda putada.

—¿Tanto te afecta lo que pueda pasarle a esa muchacha y a su hijo? Acabas de conocerla.

—Eso no significa que no pueda compadecerme de ella. Y ese niño... va a quedarse sin madre. Claro que me afecta. Me duele que una chica tan joven pierda su vida de esta forma.

Niego con la cabeza apretando el volante con fuerza. ¿Por qué se muestra tan preocupado por Linda y no le importó una mierda lo que le hizo a mi hermana, el final que ella tuvo?

—No consigo entenderte, Nate. Me esfuerzo para encontrar algún sentido a tu forma de pensar, pero no puedo. Es imposible para mí.

—¿Que tú no me entiendes a mí? Ponte a la cola, bonita. Yo llevo intentando descifrar tu forma

de ser desde el día en el que te conocí.

—Si fueras sincero conmigo y me dijeras la verdad... —digo sin pensar. Niego con la cabeza otra vez y resoplo.

—¿De qué verdad hablas? —pregunta Nate girándose hacia mí—. Dime lo que quieres saber y te prometo que seré totalmente sincero contigo.

—¿De verdad piensas que yo creo en tus promesas? No valen nada para mí, Nathan. Solo son palabras vacías.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho para que no confíes en mí? ¡Maldita sea! Necesito saber por qué me odias tanto.

—Déjalo, Nate. No vale la pena seguir hablando de esto.

—¿Por supuesto que vale la pena! ¿No te das cuenta?! Sea lo que sea que te estás guardando para ti, nos está destruyendo a ambos. Se supone que tendríamos que estar disfrutando de nuestra luna de miel, amándonos, pero cada día te alejas más de mí y cuando estás cerca, siento como si me odiaras.

—Nate, déjalo ya —insisto. Aparco frente a la ferretería y me quito el cinturón para salir del coche.

No quiero seguir hablando de esto. Me estoy ablandando y no puedo permitirlo, tengo que seguir con mi plan hasta el final.

—¡No! No voy a dejarlo —afirma sujetándome por el brazo para que no pueda abandonar el vehículo—. Tú y yo vamos a hablar muy seriamente. Vas a decirme lo que sea que tengas que decirme y después decidiremos lo que vamos a hacer con nuestras vidas. Si esta va a ser siempre tu actitud hacia mí, hoy mismo recojo mis cosas y vuelvo a Nueva York. Me da absolutamente igual el dinero, quédate con todo. Mi dignidad vale mucho más.

¡No! No puede irse. No voy a permitirlo. Tiene que seguir aquí, pagando por lo que hizo.

—¿Intentas tirarte un farol conmigo? —pregunto sonriendo cínicamente—. No te equivoques, Nathan. Yo no soy una imbécil a la que puedes manejar a tu antojo. Si quisieras irte ya lo habrías hecho.

—¡Es que no quiero irme! —grita—. He aguantado todos tus desplantes, que me trates como un jodido perro, hasta he soportado a tu puto perrito faldero dándome ordenes todo el día. He invertido todos mis ahorros en un negocio en el que no pinto nada. Solo me dedico a recoger mierda de caballo y hacer zanjas. Trabajo como un cabrón desde que sale el sol hasta que se pone, y todo por demostrarte que quiero seguir a tu lado, que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerte, porque te amo. Pero, hasta aquí hemos llegado. Si esta va a ser siempre tu actitud, si nunca va a cambiar tu trato hacia mí, me voy. No es un puto farol, Juls. Este soy yo plantándome y diciendo basta.

Si quisiera matarte, ya no estarías aquí

Nate

Juls me mira sorprendida. Cuando salimos de casa, lo último que esperaba era que acabáramos gritándonos en una jodida plaza de aparcamiento, pero está agotando mi paciencia con sus secretos y verdades a medias. Hay algo que me oculta, y necesito saber qué es. Estoy seguro de que eso que me oculta es la razón de todos nuestros problemas. Si tengo que amenazarla con marcharme para que se abra a mí de una maldita vez, lo haré.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? —pregunta soltándose de mi agarre con un tirón de su brazo—, por ejemplo cuando no estemos en mitad de la jodida calle. Creí que hoy íbamos a pasar una tarde tranquila. Siempre te quejas de que no paso tiempo contigo, pero la verdad, pocas ganas me quedan de hacerlo si cada vez que estamos más de cinco minutos a solas, empezamos a discutir. Ahora dime, ¿quieres hacer esas compras y pasar una tarde agradable conmigo o te llevo a casa y vuelvo sola? Tú decides.

Aprieto los puños y niego con la cabeza.

—Sabes que esto no se va a quedar así, ¿verdad? Tú y yo, tarde o temprano vamos a tener que poner las cartas sobre la mesa.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Ese momento tiene que llegar, es más, estoy deseando que llegue, pero mientras tanto, vamos a hacer esas dichosas compras —sale del coche y yo resoplo siguiéndola hacia el interior de la tienda.

Pasamos las siguientes dos horas encargando todo lo que yo necesito para hacer las reparaciones en el porche y algunas partes de la casa. El encargado de la ferretería nos asegura que hoy mismo estarán todos los materiales y herramientas en el rancho. También pasamos por el supermercado, compramos todo lo que Linda nos encargó, algunas cosas más que necesitamos y volvemos a casa. Cuando estamos a punto de entrar en el rancho, Juls gira a la derecha y circula por una pista de carretera de difícil acceso.

—¿Dónde vamos? —pregunto extrañado. Prácticamente no nos hemos dirigido la palabra desde nuestra discusión. No me contesta, solo sigue conduciendo hasta que llegamos a un claro donde detiene el vehículo y me mira—. ¿Me vas a decir dónde estamos o tengo que empezar a preocuparme porque me hayas traído a mitad de la nada para asesinarme sin que haya testigos?

—Nate, si quisiera matarte ya no estarías aquí —contesta sin mirarme. Baja del coche y yo le sigo pensando si lo que acaba de decir es una broma o no.

Caminamos varios metros hasta que llegamos al borde del río. Juls se sienta sobre una roca y sube la cremallera de su chaqueta para resguardarse del frío. A nuestro alrededor solo se escucha el sonido del agua corriendo río abajo y el canto de los pájaros que se asoman desde lo más alto de los árboles.

—¿Qué hacemos aquí? —insisto.

—Una vez me preguntaste cual era mi lugar favorito, ese sitio al que iba para estar sola y pensar. Muy bien, aquí lo tienes. Este es mi lugar preferido.

Sonríó acercándome a ella y sentándome a su lado. A pesar de estar cabreado, no puedo evitar ver este acto como un acercamiento por su parte. Yo no quiero irme de aquí. Sigo pensando que podemos ser muy felices si conseguimos superar nuestros problemas de comunicación.

—Gracias —digo rodeando sus hombros con mi brazo—. Este lugar es precioso.

Juls asiente y permanecemos en silencio lo que me parece una eternidad. Quiero hablar con ella, poder aclarar esta situación de una vez, pero temo decir algo que la haga cambiar de actitud de nuevo.

—Solía venir aquí cuando era una niña —susurra sorprendiéndome—. Mi hermana y yo nos escapábamos en verano para bañarnos en el río. Mi padre siempre nos regañaba porque existía una guerra entre los Wolfheart y los Callaghan por la propiedad del río, y se supone que no tendríamos que entrar en sus tierras, pero a nosotras nos daba igual. Solo queríamos divertirnos —suspira y se acomoda un par de mechones de pelo tras sus orejas—. La echo tanto de menos... Me hace tanta falta... Daría cualquier cosa por tenerla de vuelta.

Me pego más a ella y beso su pelo. Creo que he encontrado uno de los motivos por los cuales Juls está siempre cabreada, echa de menos a su familia, a su hermana.

—Lo siento mucho, nena —susurro acariciando su espalda.

Me mira y veo como sus ojos están bañados en lágrimas, también puedo percibir una gran tristeza en ellos, y algo más, duda quizás.

—¿De verdad lo sientes, Nate? —pregunta sin apartar su mirada de la mía.

—Por supuesto que sí, mi vida. Me mata verte tan triste. Te amo y haría cualquier cosa por verte feliz —acercó mi cara a la suya con intención de besarla—. Solo quiero que me dejes entrar, Juls. Apóyate en mí, déjame demostrarte cuánto te quiero y que siempre estaré ahí para ti —pego mis labios a los suyos y, aunque al principio no responde a mi beso, enseguida empieza a mover sus labios contra los míos, besándome con pasión y desesperación.

Mi intención solo era darle un beso rápido, demostrarle que puedo ser dulce y paciente con ella, pero si lo que necesita de mí es pasión y lujuria, no voy a negársela. Profundizo nuestro beso entrando en su boca y enredando mi lengua en la suya mientras mis manos se aferran a sus caderas. Siento como sus dientes apresan mi labio inferior y antes de que pueda apartarme, el dolor me atraviesa como rayo provocando que tenga que empujarla para apartarla de mí. Me ha mordido, otra vez.

Juls se levanta como un resorte y empieza a dar vueltas sobre sí misma maldiciendo y limpiándose las lágrimas de un manotazo.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Soy una estúpida! —grita pateando una rama de madera que hay en el suelo.

—¿Por qué haces esto, Juls? ¿Por qué quieres hacerme daño? ¿Qué te hecho yo para que me guardes tanto resentimiento?

—Soy una imbécil. Estoy cometiendo los mismos errores que ella —murmura para sí misma. Me mira con rabia y niega con la cabeza—. Vámonos de aquí —sisea.

—¡No! Explícame a qué viene todo esto. Necesito entender por qué mi mujer no soporta ni que me acerque a ella.

—No vas a conseguirlo —afirma cruzándose de brazos—. No vas a hacer que pierda la cabeza por ti. Yo no soy ella. No podrás conmigo —me quedo boquiabierto al ver como sale disparada hacia el coche sin tan siquiera mirarme.

Corro tras ella y nos subimos al coche en silencio. No digo nada por miedo a alterarla aún más, pero tengo claro que esto no se va a quedar así. Hoy mismo pondremos todo en claro.

Juls

Intento tranquilizarme en el trayecto hacia casa. ¿Cómo puedo ser tan imbécil?! He estado a punto de caer en sus brazos de nuevo. Cada vez entiendo más a Holly. La forma en la que me mira, su dulzura al consolarme... Me está volviendo loca. A veces me cuesta distinguir al desgraciado que hay en él cuando me mira a los ojos y me dice que me ama. Solo en esos momentos, me permito bajar las murallas que rodean mi corazón y deseo con todas mis fuerzas que Nate no fuese ese hombre que yo sé que es, el cabrón que llevó a mi hermana a la muerte.

—Ese es el coche de Johanna —señalo al ver un todo terreno aparcado frente a la casa. En ese momento Johanna y Nadia salen del vehículo y esperan hasta que nosotros hacemos lo propio—. Jo, Nadia, ¿qué hacéis por aquí? —pregunto acercándome a ellas seguida por Nathan.

—¿Dónde está? —pregunta Jo temblando de furia.

—Exactamente, ¿por quién me preguntas?

—Por PutiLinda —contesta Nadia.

—Acabo de hablar con Alec por teléfono y me ha dicho que ella estaba aquí —continúa Johanna.

—¿Te lo ha dicho todo? —inquiero alzando una ceja.

—Me dijo que esa zorra había vuelto y estaba en tu casa. ¡No me puedo creer que se haya atrevido a venir aquí! ¿Dónde está?! Voy a mandar a esa perra de vuelta a su agujero de una patada en el trasero. ¿Cómo puedes acogerla en tu casa?!

Miro a Nate y él me hace un gesto hacia el interior de la casa. Quiere proteger a Linda.

—Johanna, te aconsejo que hables con Alec de nuevo. Fue él quien le dijo a Laura Turkel que la trajera aquí.

—¿Qué?! Eso no es posible —veo como palidece y se lleva las manos a la cabeza—. Alec no haría algo así. Él me prometió que iba sacarla de nuestras vidas para siempre.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo Alec? —pregunta Nate acercándose a ella.

—Yo... No lo sé. Me llamó y me dijo que ella estaba en tu casa. No le dejé hablar, le pedí a Carter que viniese conmigo, pero él se negó y llamó a Alec y... ¡Mierda! No... No puede haberme mentido de nuevo —veo como sus ojos empiezan a humedecerse—. Creí que ya habíamos superado esto, las mentiras, los engaños y las verdades a medias. Yo no... —en ese momento Linda sale a la puerta, seguramente alertada por el alboroto que está montando Johanna. Jo clava sus ojos en ella y antes de que pueda detenerla, está a su lado dándole un bofetón que casi la tira al suelo. Nate es más rápido que yo, sujeta a Johanna que se revuelve para poder seguir golpeando a Linda—. ¡Maldita puta! Te dije que te alejaras de nosotros. ¿Qué mierda vienes a buscar ahora?!

Nate sigue sujetándola y yo me interpongo entre las dos.

—Callaghan, si no eres capaz de mantener a tu hombre a raya, no me eches la culpa a mí —dice Linda sonriendo de manera macabra. Ahora puedo ver en ella la mujer que Alec y Johanna dicen que es—. Lo que yo hago aquí, no le incumbe a nadie que no sea un Wolfheart, y no veo ningún anillo en tu dedo, así que vete a casa, niña, y deja que el Lobo resuelva sus propios problemas.

—Hija de... —Johanna vuelve a revolverse para poder soltarse del agarre de Nate.

—Hija de nadie —replica Linda—. Al contrario que mi hijo, él sí tiene un padre.

—¿Qué hijo?! ¿De qué mierda estás hablando?!

Linda entra en casa y sale con Mason en brazos haciendo que Johanna vuelva a palidecer al darse cuenta del parecido del niño con Alec.

Intento mediar entre las dos, pero no obtengo ningún resultado. No me hacen caso, solo se

miran la una a la otra con ganas de asesinarse. Escuchamos como un coche se acerca a la casa a toda velocidad y no tardamos en ver a Alec correr hacia nosotros. No sé cómo ha llegado tan rápido. Supongo que ya estaría de camino cuando llamó a Johanna.

—¡Maldita sea, pequeña! ¡No vuelvas a colgarme el teléfono! —le grita a su mujer rojo de rabia.

—¡Tú! Puto perro sarnoso. ¡Has vuelto a mentirme! —contesta Jo en su mismo tono—. ¡Me lo prometiste! ¡Me juraste que siempre te habías cuidado con esa zorra y es mentira!

—Pequeña, tranquilízate —dice Alec acercándose lentamente a Jo, pero ella lo empuja con fuerza mientras las lágrimas corren por su cara en forma de cascada.

—Te creí, volví a confiar en ti después de todas las veces que me engañaste y mentiste, y has vuelto a hacerlo.

—No, no te he mentido, Jo. Te juro que...

—¡Deja de jurar! ¡Deja de mentir de una puta vez! Mira a ese niño, Alec. Es exactamente igual a ti. ¡Es tu hijo, maldita sea!

—No lo es. Jo, cariño, mírame —Alec se acerca a pesar de los golpes que ella le propina, y la abraza intentando controlar sus brazos, pero no se da cuenta de cómo Johanna alza su rodilla impactando directamente en su entrepierna. Alec cae al suelo de rodillas retorciéndose de dolor, y por un segundo puedo ver el arrepentimiento en la mirada de Jo, pero enseguida se recompone y se limpia las lágrimas de un manotazo—. Cuando me recupere... —Alec gime y vuelve a hablar haciendo muecas de dolor—. Te juro que vas a pasar toda una semana atada a la jodida cama, Johanna. Vas a saber lo que es bueno, mujer.

—¿Aún tienes los cojones de amenazarme? ¿Después de mentirme de nuevo?

—No... —resopla intentando levantarse—, te he... mentido —mira a Linda y frunce el ceño—. Díselo. Dile que ese niño no es mi hijo. Los dos sabemos que es imposible que lo sea.

Linda se encoje de hombros y se mira las uñas sonriendo de manera cínica.

—Antes de nada, hola Lobo, yo estoy bien, gracias por preguntar. Y respecto a mi hijo, yo nunca dije que fuera tuyo. Solo dije que es un Wolfheart.

—Eso no tiene ningún sentido. Si Alec no es el padre de ese niño, ¿quién es? —pregunta Nadia.

—Yo —escuchamos la voz de Carter y todos nos giramos para verle subir las escaleras del porche.

—Explícate —gruñe Alec apretando los puños a ambos lados de su cuerpo

—No hay mucho que explicar. En cuanto me dijiste por teléfono que Linda tenía un hijo y que es un Wolfheart, supe que estaba metido en un lío. Por eso te pregunté si estabas seguro al cien por ciento de que no era tuyo. Cuando me lo confirmaste, supe que era mío.

—Hermano, me estoy cansando de que tus secretos acaben afectando mi relación con mi mujer —sisea Alec.

—Lo siento. Yo no sabía nada. Nunca creí que esa noche... Fue solo una vez y estaba borracho —dice agachando la mirada.

Johanna alza la barbilla y se cruza de brazos.

—Carter, ese niño no es mucho mayor que Johnny, así que cuando tú y esa... —señala a Linda con la cabeza—, engendrasteis a vuestro retoño, Patrick...

—Patrick va a matarme por esto, pero a mi favor tengo que decir que en ese momento no estábamos juntos oficialmente. Fue en una de nuestras muchas idas y venidas.

—Espero que te patee las pelotas como me las han pateado a mí —susurra Alec fulminando a Johanna con la mirada.

Esta alza más la barbilla y apunta a Linda con el dedo.

—La culpa es de esa zorra. Se lo estaba pasando en grande haciéndome dudar de ti.

Todos miramos a Linda que sonríe con maldad y se encoge de hombros.

—La que puta nace, puta muere —susurra Nadia haciendo que Linda borre la sonrisa burlona de su cara.

—Bien, ahora que ya hemos aclarado la paternidad de ese niño, dejemos que Carter y Linda hablen a solas —dice Nate instando a todos lo demás a que entremos en la casa.

—No, nosotros ya nos vamos —contesta Alec—. Mi mujer y yo tenemos una conversación pendiente —Alec mira a Johanna de reojo y ella sonríe dulcemente.

—Nene, no te cabrees. Tú pensarías lo mismo.

—Me has dado un rodillazo en las pelotas, Johanna, otra vez. Por cierto, Juls, Aaron y Patrick siguen en Charlotte, ellos se encargarán de todo. Ahora tú —mira a su mujer frunciendo aún más el ceño—, sube al coche, aclararemos todo esto en casa.

Ella pone los ojos en blanco pero no replica, hace lo que le dice y se instala en el asiento delantero del todoterreno de Alec. Nadia conduce el coche de Johanna, y tras despedirse, se van dejando únicamente a Carter con nosotros. Nate y yo entramos en casa para darles algo de intimidad.

Gánatelo

Juls

Tras un buen rato, en el que Nate y yo hemos fingido que no estábamos intentando escuchar la conversación entre Linda y Carter mientras tomábamos una cerveza en la cocina, Linda entra en casa con Mason en brazos, nos mira y suspira.

—Siento haber armado todo este alboroto, pero es que no soporto a esa Callaghan. Desde que ella apareció... —suspira de nuevo y besa la frente de su hijo—. En realidad, ella no tiene la culpa. Fui yo quien me enamoré de quien no debía. Sabía que el Lobo estaba prohibido para mí, pero no pude evitarlo. Ahora me arrepiento de haber dejado que me tratara de ese modo y seguir rogándole e insistiendo que volviera a mí, cuando en realidad, nunca lo tuve.

Nate me mira y me hace un gesto con la cabeza para que me acerque a ella, pero yo me encojo de hombros. ¿Qué quiere que le diga? Tiene razón. No debió meterse entre Alec y Johanna.

—La parte buena es que te has dado cuenta de tu error —dice Nate levantándose al ver que yo no iba a abrir la boca. Linda lo mira y asiente—. Ahora tienes que cuidar de ti y de tu hijo. ¿Has llegado a algún acuerdo con Carter?

—Sí, quiere hacer parte de su vida y va a reconocerlo como hijo suyo. Eso era lo único que yo quería. De ese modo podré irme tran... —mira a Nate dándose cuenta de que está hablando demasiado, pero Nate actúa como si no estuviese enterado de nada.

—Eso es bueno —coge a Mason de los brazos de su madre y le sonrío poniéndolo sobre su cadera—. Este hombretón necesita estar con su papá también. ¿Verdad, colega?

El niño ríe pasando su manita por la mejilla de Nate, y yo no puedo evitar pensar en la sensación que produce hacer eso mismo. El pelo de la barba corta de Nathan se escurre entre los dedos, suave y áspera al mismo tiempo.

Escuchamos como un coche aparca frente a la puerta y Nate devuelve a Mason a los brazos de su madre. Salimos al exterior y comprobamos que los materiales que pedimos esta tarde ya han llegado. Al caer la noche, la temperatura baja varios grados, así que Nate se viste con una chaqueta abrigada y ayuda a descargar el camión, mientras yo le observo desde la puerta. No hemos hablado de su ultimátum. Me amenazó con irse si no hablábamos sinceramente, pero con todo lo que pasó después... Todo este lío con Linda, Alec, Johanna y Carter, ha pospuesto de alguna forma esa conversación que se supone que debemos tener. No sé si eso saldrá bien. ¿Realmente puede ser sincero conmigo, contarme toda la verdad? Supongo que tendré que esperar para saberlo.

Nate

Descargo el camión, dejando todos los materiales cerca del porche. Mañana empezaré a sustituir los tablones podridos por los nuevos. Eso claro, si Juls y yo llegamos a alguna especie de acuerdo. No he olvidado la amenaza que le hice, y pienso llevarla a cabo. Levanto la mirada y la veo junto a la puerta, cubierta por una manta que rodea sus hombros. Está hermosa a pesar del

rojo de sus mejillas debido al frío. Sus labios de un color cercano al azul me llaman. Me encantaría que todo fuese distinto, poder acercarme a ella y besarla sin ningún tipo de restricción, sin tener que soportar su rechazo.

—Tenemos que hablar —murmuro subiendo los escalones que me llevan al porche.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? —pregunta mirándome fijamente—. Después de esta conversación, ya no habrá vuelta atrás. Ninguno de los dos podrá comportarse como si no conociéramos la verdad. Dejaremos de fingir que lo nuestro tiene algún futuro.

Sus palabras me hieren. ¿Esto es lo que va a pasar? ¿Ni siquiera va a intentarlo? Lo nuestro no tiene ningún futuro. Esa frase se clava en el interior de mi pecho como una jodida daga.

—Si eso es lo que quieres, yo... —me interrumpo al escuchar como un caballo se acerca a galope.

Juls también se da cuenta, porque fija su mirada en Mitch, uno de los trabajadores del rancho. Normalmente él es quien se queda al cargo de todo cuando Aaron no está.

—¿Qué pasa, Mitch? —pregunta Juls dejando caer la manta y saliendo al porche con cara de preocupación.

—Una de las manadas que tenemos en los pastos del sur, están intentando tirar la valla.

—¿Cuántos hombres hay disponibles para arrear ganado? —pregunta sabiendo que la mayoría de los trabajadores no se encuentran en el rancho. Tienen el día libre y aprovechan para ir al pueblo a divertirse.

—Solo cuatro o cinco están de guardia.

—Tendrán que ser suficientes —murmura Juls—. Avísales y ensilla mi caballo. Tenemos que apartar a esos animales de la valla.

—Mitch, ensilla también un caballo para mí.

Juls me mira extrañada y Mitch se queda quieto esperando sus órdenes. Obviamente a mí no me hace ni puñetero caso.

—Nate, esto no es un juego —señala Juls—. Ya es peligroso salir a caballo después de que anochezca, y tú ni siquiera tienes práctica. Te quedas aquí.

—¡No! —mi tono de voz hace que Juls frunza el ceño—. He dicho que yo también voy. Quiero ayudar.

—Más que ayudar, vas a estorbar. No puedo estar preocupándome por ti, Nate. Así que deja de hacerte el machito y espérame aquí.

—¡Mitch, ensíllame ese maldito caballo! —ordeno perdiendo los nervios.

Juls resopla y asiente con la cabeza, así que Mitch sale corriendo hacia el establo.

—No pienso estar pendiente de ti. Si te pasa algo, es tu jodida responsabilidad —sisea Juls antes de entrar en casa para abrigarse.

Casi una hora después, llegamos a los pastos del sur. Gracias a mis practicas nocturnas, no he tenido problemas para dominar al animal sobre el que voy sentado, pero la luz, o más bien la falta de ella... ese sí es un problema. Sigo a Juls, Mitch y otros cuatro trabajadores que van alumbrando el camino, pero tengo que estar atento a cada desnivel del terreno para no dejar que el caballo se desestabilice y esa es una tarea agotadora. He notado que Juls mira cada poco tiempo hacia atrás para asegurarse de que les sigo. Dijo que no estaría pendiente de mí, pero lo hace y eso me da al menos una mínima esperanza. Quizás le importo un poquito más de lo que creo.

Al llegar a la valla, Juls empieza a dar órdenes y enseguida los muchachos se dispersan y empiezan a arrear el ganado hacia el lugar de dónde venimos. Me acerco a ella poniéndome a su par y la miro.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto. Ella me mira y resopla.

—Que no estorbaras estaría genial.

—Juls —siseo apretando las riendas con fuerza.

—¿Sabes usar un lazo? —niego con la cabeza —. Es lo que están haciendo ellos —señala a los trabajadores. Unos gritan y hacen ruido para espantar a los animales y así poder reconducirlos hacia donde quieren, y otros usan cuerdas en forma de lazo, las lanzan hacia los terneros y tiran de ellos obligándoles a seguir el galope de sus propios caballos.

—Puedo aprender —murmuro desviando la mirada.

Juls suspira y veo como coge uno de esos lazos de un bolsillo que tiene enganchado a la silla de su caballo.

—Atento, sueltas cuerda, ahora lo alzas —veo como mueve la muñeca dando vueltas al lazo sobre su cabeza—. El objetivo es pasar el lazo alrededor del cuello del ternero, cuando lo hagas, solo tira de la cuerda para que el nudo se cierre, al estar atado a la silla, notarás un tirón en el caballo, sujeta fuerte las riendas y galopa, el ternero te seguirá. ¿Lo has entendido? —asiento—. Bien, ahí tienes uno.

Juls

Me quedo quieta viendo como Nate intenta lazar al ternero una y otra vez sin ningún éxito. Los chicos terminan y se acercan a mí bromeando entre ellos al ver que mi marido no cesa en su empeño de atrapar el animal. Eso tengo que concedérselo, lo está intentando, y por la forma en la que mueve el lazo, estoy segura de que no tardará en lograrlo.

—Te apuesto a que el chico de ciudad no consigue lazar al ternero —se mofa uno de los muchachos.

—Míralo, parece que está bailando el hula hoop —se burla otro.

Todos empiezan a reír a carcajadas y yo me giro hacia ellos frunciendo el ceño.

—Os recuerdo que el chico de ciudad que está bailando el hula hoop, es mi esposo, por ende, vuestro jefe. Si queréis nos trasladamos allí y apostamos con él. Estoy segura de que no durareis ni una hora en vuestro trabajo —las risas cesan y veo como agachan la mirada. No me da tiempo a pensar por qué he defendido a Nate, ni por qué me ha molestado tanto que se burlaran de él, ya que, al alzar la mirada hacia mi marido, veo como en ese instante consigue lazar el ternero—. La cuerda no está amarrada a la silla —susurro clavando los talones en mi caballo para salir corriendo hacia él—. ¡Nate, suelta la cuerda! —grito. Me mira, y en ese momento el ternero empieza a huir tirando del lazo, lo que hace que Nate salga disparado estrellándose contra el suelo. Llego a su lado y salto del caballo sintiendo como mi corazón late a toda velocidad. No se mueve. El golpe ha sido demasiado fuerte—. ¡Nate! —me arrodillo a su lado y lo giro suavemente para comprobar su estado. Tiene que estar bien. No puede... No quiero ni pensarlo.

—Estoy bien —gime abriendo los ojos.

Suelto todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y pongo mis manos sobre sus hombros al ver que intenta levantarse.

—No te muevas —ordenó—. Puedes tener algún hueso roto. ¿Dónde te duele? —señala hacia su brazo derecho, justo por encima del codo. Palpo el lugar y compruebo que no tiene ningún hueso roto y que los ligamentos parecen estar bien—. Creo que solo ha sido el tirón.

—No me acordé de atar el extremo de la cuerda a la silla antes de lanzar el lazo —sisea desviando la mirada—. ¡Vamos! Échame ya la bronca. Recuérdame lo inútil que soy y que solo estorbo.

Niego con la cabeza y tiro de sus hombros para ayudarle a incorporarse.

—Mitch, llévate el caballo de Nate. Él vendrá conmigo —le ayudo a levantarse y los

muchachos se suben a sus caballos.

—Puedo ir solo —se queja Nate—. No quiero darte más molestias—su ceño sigue fruncido y levanta la barbilla de manera defensiva. Intenta agarrar las riendas de su caballo, pero hace una mueca de dolor al estirar el brazo derecho.

Entiendo que ahora es su ego el que está herido.

—Haz fuerza con la mano izquierda sobre la silla e impulsa tu cuerpo con la pierna derecha para subir al caballo —susurro para que nadie más nos escuche.

Nate me mira sorprendido y hace lo que le digo. Una vez estamos todos sobre nuestras monturas, salimos de vuelta a casa.

Durante todo el trayecto, he visto como Nate se mantenía erguido sobre su caballo, con la espalda recta y los dientes apretados. Sé que le duele el brazo, pero no se ha quejado ni una sola vez, ni un mínimo gemido o lamento. Al llegar a casa, Mitch se lleva nuestros caballos y Nate sube directamente a su habitación sin decir ni una sola palabra. Todas las luces de la casa están apagadas y no se escucha ningún ruido, pero en la cocina encuentro una nota de Linda diciendo que hay carne en el horno.

Lo sopeso durante un rato y decido coger una bandeja con algo de carne asada y un refresco. Paso por mi habitación y reviso que en mi maletín médico no falte nada antes de atravesar la puerta que separa mi habitación de la de Nate. Lo encuentro tumbado boca arriba sobre la cama. Viste únicamente con una toalla que rodean sus caderas, y desde aquí puedo ver como un enorme hematoma empieza a asomar sobre la zona derecha de su torso, justo encima de las costillas.

—Dijiste que solo te dolía el brazo —digo sobresaltándole. Dejo la bandeja con la comida sobre la cómoda bajo su penetrante mirada, y me acerco a la cama con el maletín en las manos.

—¿Qué estás haciendo? —inquire al ver cómo me siento al borde de la cama.

—Venía a echarle un vistazo a tu brazo, pero creo que me ha salido más trabajo —contesto señalando hacia el hematoma.

—No es necesario —señala apretando las manos en puños—. Si has venido a decir “te lo dije”, hazlo de una vez y márchate.

—Nate, deja de hacerte el digno y deja que te eche un vistazo. Podrías tener alguna costilla fracturada.

—Estoy bien. Solo quiero que me dejes en paz.

Suspiro y clavo mis ojos en los suyos.

—Por favor, ¿podrías dejar que te eche un vistazo? —pregunto en tono conciliador—. Me quedaría mucho más tranquila si supiese que no vas a morir mientras duermes.

Veó como frunce nuevamente el ceño y se tumba de nuevo boca arriba.

—Haz lo que te dé la gana —masculla.

Empiezo pasando mis dedos nuevamente por su brazo, comprobando que todo esté como debe estar.

—Tienes la zona hinchada, y me temo que mañana va a estar peor —resopla, pero no contesta, así que continúo con mi exploración. Cuando mis manos llegan a su torso y empiezo a repasar sus costillas con las yemas de mis dedos, noto como su cuerpo se estremece, en un principio pienso que es de dolor, pero después me doy cuenta de que tiene la piel de gallina. Le miro a la cara y compruebo que tiene los ojos cerrados con fuerza, como si no quisiera ver ni sentir lo que estoy haciendo—. No hay nada fracturado —aclaro buscando lo que necesito en mi maletín. Saco un par de vendas y una pomada antiinflamatoria. Pongo un poco de pomada sobre mis dedos y empiezo a esparcirla sobre la superficie de su piel, por toda la zona que abarca el hematoma. Nate sisea, de dolor esta vez, así que aflojo la presión de mis dedos y dejo que resbalen con suavidad,

acariciando la zona—. ¿Mejor así? —asiente y abre los ojos clavándolos en los míos—. Eso que has hecho, ha sido una estupidez —señalo sin dejar de mover mi mano en círculos sobre su piel.

—Lo sé, yo...

—Aún no he terminado —digo haciéndole callar—. Ha sido una estupidez y un error de novato también. He visto a muchísimos vaqueros cometer ese mismo error. No pasa nada, Nate. Nadie va a burlarse de ti por eso.

—Ya lo hacen —susurra apartando la mirada—. ¿Crees que no me he dado cuenta de las bromas que hacen a mis espaldas? Tampoco es que me importe.

—Si lo sabes, ¿por qué no haces algo al respecto? —pregunto cogiendo una nueva porción de pomada y empezando a esparcirla sobre su antebrazo.

—¿Qué puedo hacer? No sé si te has dado cuenta, pero aquí solo soy el maldito *recogemierda*. Los trabajadores no me respetan, pero eso no es de extrañar cuando ni mi propia esposa me tiene ninguna consideración.

—¿Crees que es culpa mía? Me dijiste que querías trabajar en el rancho. ¿Qué esperabas? No tienes ninguna experiencia, Nate. No puedo ponerte al frente de un trabajo que desconoces cómo se hace. Cualquiera de los hombres que trabajan en el rancho, ha pasado más horas trabajando en el campo que tú, hasta los más jóvenes. Pero eso no significa que no tengan que respetarte. ¿Quieres su respeto? Gánatelo.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—Hoy lo hiciste bien. No fue tu mejor momento, pero mostraste valentía —susurro terminando de esparcir la crema—. Necesito que te incorpores para poder inmovilizar tu brazo.

—¿Es necesario? —pregunta haciendo una mueca.

—Ayudará a que se cure antes.

Resopla y se sienta sobre la cama. Empiezo a vendar su brazo inmovilizándolo contra su pecho y también cubro parte de sus costillas. Cada vez que me estiro sobre él para alcanzar la venda a su espalda, siento como su nariz se pega a mi cuello. Antes de poder terminar, su mano libre ya está sobre mi cintura.

—Seguimos teniendo una conversación pendiente —susurra hundiendo la cara en mi cuello.

—Creo que será mejor dejarla para mañana —contesto apartándome lentamente. Admito que he necesitado hacer gala de toda mi fuerza de voluntad para poder apartarme—. Toma, son analgésicos —digo tendiéndole un par de pastillas—. Con esto podrás dormir toda la noche. También te traje algo de cenar.

—Te preocupas por mí —afirma sonriendo levemente.

Decido ignorar su comentario y me levanto, cojo la bandeja con la cena y la dejo a su lado.

—Intenta comer algo y tomate las pastillas. Mañana deberías descansar todo el día para que puedas recuperarte cuanto antes.

Estoy llegando a la puerta, cuando escucho su voz a mi espalda.

—¿No me vas a dar un besito de buenas noches? —miro hacia atrás y sonrío negando con la cabeza.

—Buenas noches, Nate —salgo de la habitación y cierro la puerta a mi espalda.

¿Está siendo mi verdugo?

Nate

Me despierto sintiendo un dolor intenso en el hombro. Me incorporo lentamente y me levanto de la cama. Quiero ducharme, pero no podré hacerlo con el dichoso vendaje que me puso Juls anoche. Camino hacia el baño y al abrir la puerta, encuentro a mi esposa de espaldas a mí, acaba de salir de la ducha, solo viste con una toalla y su pelo gotea agua que cae sobre sus hombros. Al escucharme, se gira y ajusta la toalla sobre su pecho.

—¿No sabes llamar a la puerta? —pregunta en tono arisco.

—No sabía que estabas aquí —contesto entrando en el baño—. ¿Podrías sacarme esta cosa? Quiero ducharme, pero así no puedo.

—Te duchaste anoche. Puedes esperar —dice secándose el pelo con una pequeña toalla.

—Juls, me siento un inútil con el brazo así. No puedo ni ponerme unos putos calzoncillos. ¿Podrías por favor quitarme esto?

Resopla y deja la toalla pequeña sobre el lavamanos para acercarse a mí.

—Siéntate —dice señalando el retrete. Hago lo que me dice y ella empieza a deshacer el vendaje con cuidado—. ¿Has podido descansar?

—Sí, los analgésicos hicieron su trabajo. He dormido como un bebé toda la noche.

—Bien. ¿Ahora te duele? —asiento y ella sigue con su trabajo—. Te daré un par de pastillas más. Es normal que estés dolorido durante un par de días. Intenta mover el brazo lo menos posible.

—Tengo que trabajar —susurro poniendo mi mano libre en su cintura por encima de la toalla. Juls me mira a la cara al notar mi contacto, pero enseguida vuelve a su tarea como si no sucediera nada.

—Aprovecha para descansar un par de días.

Suspiro y niego con la cabeza.

—No voy a hacerlo. Tú misma dijiste que tenía que ganarme el respeto de los trabajadores. No voy a conseguirlo si me quedo lloriqueando en casa por un pequeño golpe.

—Bien. Cómo prefieras. Al menos hoy intenta descansar todo lo que puedas —termina de quitarme el vendaje e intenta apartarse, pero la detengo sujetando su pierna—. Creo que ha llegado el momento de que hablemos —susurro mirando sus ojos.

—No creo que haya mucho de qué hablar —replica cruzándose de brazos.

—Juls, creí que íbamos a ser sinceros el uno con el otro.

—Muy bien, empieza tú. Explícame que se siente al ser responsable por la muerte de una persona.

Su declaración me deja sin palabras. Lo sabe. ¿Cómo es posible? ¿Quién se lo ha contado?

—¿Cómo...? —carraspeo para aclarar mi voz—. ¿Quién te lo ha dicho? Yo no... —me froto la cara viendo como su cara se vuelve una máscara impenetrable de odio y amargura—. ¿Por eso me tratas así?

—¿Cómo quieres que te trate, Nate? ¡Está muerta por tu culpa! —grita.

—Yo no... ¡Mierda, Juls, no lo entiendes! Intenté evitarlo ¿vale? Pero ella estaba enferma. Me amenazaba constantemente con quitarse la vida y yo no... Nunca pensé que sería capaz de llevar a cabo sus amenazas. No imaginaba que sería capaz de matarse.

—¡No te atrevas a hablar así de ella! —brama acercándose a mí y empujándome, mi espalda golpea contra los azulejos de la pared y la miro sorprendido—. ¡Deja de mentir! Me pides sinceridad, pero tú eres un cobarde incapaz de admitir sus propios errores. Es más fácil echarle la culpa a alguien que ya no está aquí para defenderse ¿verdad? —aprieta los puños y se pasa la mano por el pelo, dando vueltas sobre sí misma como un león enjaulado. Está furiosa—. ¿Y el dinero que le robaste?

—¡Yo no le robé nada! Ella me dejó ese dinero por su propia voluntad.

—¡Claro, porque tú se lo pediste! Te aprovechaste de ella para sacarle hasta el último centavo.

—¿De qué coño hablas, Juls?! ¡Yo no quería ese dinero! Si no lo toqué hasta ahora, fue porque me sentía mal conmigo mismo, pero no le pedí nada. ¡Absolutamente nada!

—¡Mientes! ¡Eres un maldito mentiroso y un manipulador!

—No, nena. Escúchame, por favor —sujeto su brazo, pero ella vuelve a empujarme. En su mirada solo hay rabia y dolor.

—¡No voy a escucharte una mierda! Esto es lo que hay, Reed. Vas a quedarte aquí conmigo en el jodido fin del mundo para purgar tus pecados. Yo misma voy a encargarme de que pagues por lo que hiciste —abre la puerta hacia su habitación y sale a toda prisa.

Yo me quedo un rato más en el baño intentando entender qué demonios ha pasado. ¿Pagar? ¿Es eso lo que está haciendo? ¿Está siendo mi verdugo? ¿Por qué? Entiendo que lo que pasó... Mierda, pensaba contárselo en algún momento, pero supongo que mi propio sentimiento de culpa, no me dejó ser sincero con ella. Lo que no entiendo es, ¿por qué le afecta tanto?

Salgo del baño dispuesto a aclarar esta situación de una vez por todas, entro en su habitación, pero Juls ya no está. Se ha ido.

Juls

Pateo la misma piedra por tercera vez haciendo que ruede hasta el borde del río. Estoy furiosa. ¡¿Cómo se atreve ese hijo de perra a hablar así de mi hermana?!

—¡Mentiroso hijo de puta! —farfallo pateándola nuevamente.

—¿Qué te ha hecho la piedra? —me giro hacia el origen de esa voz y encuentro a Alec apoyado contra el tronco de un árbol y mirándome con preocupación—. Ya veo, no ha sido la piedra. ¿Nate?

—¡Es un desgraciado y un mentiroso!

—¿Qué ha pasado?

—Dijo que Holly estaba enferma, que le amenazaba contantemente con quitarse la vida.

—Espera... ¿Has hablado con él? ¿Te lo ha confirmado? —asiento.

—Su excusa para haber destrozado la vida de mi hermana es que ella lo amenazaba con suicidarse, pero él pensó que no sería capaz de hacerlo. Dice que él nunca le pidió dinero, que fue ella quien se lo dio por su propia voluntad.

—¿Le crees? —pregunta Alec buscando mi mirada.

—¿Le crees tú? —resopla y veo como muerde el interior de su labio en un gesto claro de nerviosismo—. ¡¿Le crees?! ¿Crees que Holly estaba enferma? ¿Que estaba desquiciada?

—No lo sé, Juls. No lo parecía, pero... Siempre actuaba de forma extraña cuando se trataba

de Nathan y... —me mira y suspira—. Una persona estable, no se pega un tiro en la cabeza porque su novio le deja. No digo que estuviese desequilibrada, pero... creo que hay algo más detrás de todo esto.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Piensas que Nathan dice la verdad?

—¿Conoces el ritual Inipi? —pregunta dejándome algo descolocada.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver en todo esto?

—¿Lo conoces? —asiento—. Realicé el ritual hace poco —clava sus ojos en los míos y vuelve a morder el interior de su labio—. La vi, Juls. Vi a Holly igual que te estoy viendo a ti ahora.

—¿De verdad crees en esas cosas? Siempre he pensado que son cuentos y leyendas que inventaron nuestros antepasados.

—Pensé que tú y Holly solíais creer en esos cuentos y leyendas.

—Sí, bueno, no. No de ese modo. Creo en los remedios y las hierbas medicinales que mi madre me enseñó a recolectar y preparar, también en la filosofía de los sioux y en que muchas de sus leyendas tienen un buen fondo, una enseñanza. Pero de ahí a creer que los muertos pueden aparecerse por entrar en una sauna casera...

—Yo tampoco creía, Juls. Pero la vi. Me dijo algo que en su momento no entendí, pero ahora...

—¿Qué te dijo? O, ¿qué piensas que te dijo?

—Que ayudara a Nathan. Me dijo que lo protegiera de ti y que estuviese a tu lado, que me ibas a necesitar para no perderte a ti misma. Yo no sabía nada de lo que pensabas hacer, Juls. Fue ella quien me lo dijo, nuestra pajarita.

—¿Me estás diciendo que mi hermana muerta ha venido a pedirte que protejas al hombre que la llevó a la muerte? Piensas que Nathan dice la verdad —afirmo.

—No. En realidad, no tengo ni la más remota idea de si dice la verdad o no, pero después de lo que me has contado... ¿Y si Holly entendió su error después de la muerte? ¿Y si lo que busca es que Nate sea feliz, que los dos lo seáis?

—¿De qué hablas?

—¿Aún no lo has hecho? —pregunta alzando una ceja.

—¿El qué?

—Admitirte a ti misma que estás enamorada de él.

—Eso no...

—He visto cómo le miras, Juls. Intentas evitarlo, pero sabes que es verdad. Le quieres, y quizás esta sea tu oportunidad de dejar atrás esta locura y ser feliz.

—Aunque eso fuese verdad. Te olvidas de que Nate fue el hombre de mi hermana. Yo no podría...

—Lo harías. Al principio te costaría bastante, pero al final acabarías dándote cuenta de que por muy infeliz que seas y hagas a tu marido, eso no te devolvería a tu hermana. Ya no está y no va a volver.

—No podría perdonarle algo así. Incluso aunque estuviese diciendo la verdad —afirmo.

—Juls, piénsalo durante un momento. Imagina que Nate está diciendo la verdad. ¿Qué harías tú si tu pareja te amenazara con suicidarse contantemente? Chantaje emocional. Si no eres quien yo quiero que seas, me mato. Piensa lo que sería vivir bajo esa presión.

—Holly no era así —siseo apretando los puños.

—No lo sabemos, Juls. Yo tampoco creo que fuese así, pero... ¿y si todos estamos equivocados y el único que conoció reamente a Holly fue Nathan Reed?

—Entonces la víctima sería él —murmuro mirando hacia mis pies.

No sé qué pensar. ¿Es todo esto posible? ¿Mi hermana pudo haberse vuelto completamente loca por él, hasta el punto de retenerlo a su lado a como diese lugar?

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Alec tras unos minutos en los que ninguno de los dos ha abierto la boca—. Los muchachos me contaron lo que pasó anoche. ¿Está herido?

—Está bien. Solo un poco dolorido, pero se le pasará. Fue su ego el que se llevó la peor parte —le miro y compruebo que está sonriendo levemente—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo van las cosas con Johanna después de la confusión de ayer?

—Bien —dice ampliando su sonrisa—. Su falta de confianza en mí ha tenido consecuencias. Nos casamos en dos semanas.

Río negando con la cabeza.

—Has aprovechado el momento para adelantar la boda, eso es muy astuto.

—No me llaman Lobo por nada —contesta encogiéndose de hombros. Me mira fijamente y suspira—. ¿Qué vas a hacer, Juls?

—Sinceramente, no tengo ni la más remota idea. Quizás lo mejor sería que le diese su libertad. Ya no estoy segura del porqué de esta venganza.

—¿Vas a dejarlo marchar? ¿Así sin más? ¿Por qué no hablas con él sinceramente?

—Ya lo he hecho y no me ha gustado lo que dijo. No puedo hablar con él con sinceridad porque soy incapaz de descifrar si él está mintiendo o no. Estoy hecha un jodido lío.

—Vamos, te dejo que me invites a un café —dice cogiendo las riendas de su caballo.

—Espera... ¿Ese es Kitchi, el caballo salvaje que todo el condado quería atrapar?

—Sí, hace años que conseguí domarlo. Es un gran compañero —dice palmeando su lomo—. Hablando de caballos, hay un criador nuevo en la zona. Me han hablado muy bien de él. ¿Qué te parece si vamos a echarle un vistazo a algunos animales?

—Es domingo, Alec.

—Juls, no todos le dan el fin de semana libre a sus empleados por aquí. Si no nos quieren enseñar los animales, pues volvemos otro día.

—¿Dónde queda? —pregunto tras subir a mi montura.

—En la antigua granja Peterson. Según he oído por ahí, un tal Andy Morrison ha comprado la finca y se dedica a la cría de caballos.

—Bien, vamos entonces. Creo que me vendrá bien un paseo para aclarar las ideas.

Durante el trayecto, Alec no para de hablar de su inminente boda. Me cuenta su historia y la de Johanna, cómo llegó a convertirse en el Lobo. Yo ya sabía parte de la historia por Holly, pero él me hace entender todo lo que perdió por dejarse llevar por la sed de venganza.

Al llegar al antiguo rancho Peterson, Alec silba al ver la nueva construcción que se yergue ante nosotros, nada que ver con la ruinoso casa de madera que ocupaba antes el lugar.

—Menuda choza —comenta divertido—. Tienen que haber invertido un buen pico en este lugar.

Asiento y bajamos de los caballos. Unos segundos después, un muchacho joven con pintas de vaquero, se acerca a nosotros.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunta con cara seria.

—Quiero hablar con Andy Morrison —dice Alec a modo de orden.

Pongo los ojos en blanco y me acerco al muchacho que frunce el ceño mirando hacia Alec.

—Perdona a mi amigo —digo sonriendo levemente—. Él es Alec Wolfheart y yo Julia Black. Somos dueños de dos de los ranchos cercanos. Estamos buscando al señor Morrison para que nos muestre algunos de sus animales.

—Lo siento, señora, pero hoy es domingo y...

—No te preocupes, Tony, yo me encargo de nuestros invitados —contesta una señora acercándose a nosotros. Es muy elegante, de unos cuarenta y cinco años, quizás más. Va vestida con un vaquero ajustado y una chaqueta gruesa, además de sus botas de montar. Su pelo rubio está perfectamente peinado y su maquillaje la hace verse mucho más joven de lo que es—. Yo soy Andrea Morrison —mira a Alec y después a mí—. He escuchado hablar mucho de ti, Lobo. Y la señora Black... enhorabuena por su matrimonio.

Alec mira a la señora frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabe...? —pregunta Alec, pero Andrea le interrumpe.

—¿Cómo sé tanto sobre vosotros? Esto es un pueblo pequeño —señala encogiéndose de hombros—. Antes de montar mi negocio aquí estuve investigando por si podrán existir posibles problemas con los vecinos. Pero pasad, estaba a punto de empezar a desayunar. Sería un placer tener compañía.

Alec me mira buscando mi aprobación y yo me encojo de hombros. La mujer parece simpática, demasiado quizás. Desprende un aura de elegancia y clase que es difícil encontrar en este lado del mundo.

Entramos en la suntuosa casa y ella nos lleva hacia lo que parece ser un gran comedor en el que está dispuesto un desayuno digno de un rey sobre la mesa. Les indica a sus dos empleadas domésticas, que visten con uno de esos uniformes ridículos que pensé que ya no se usaban, que pongan dos servicios más en la mesa, y las chicas cumplen rápidamente su orden. Nos sentamos a desayunar, yo solo tomo un café y Alec lo mismo.

—Siento si hemos venido a molestar. Por aquí son pocos los que no trabajan el fin de semana —digo dándole un sorbo a mi taza de café. Está delicioso.

—No te preocupes, Juls. Puedo llamarte así, ¿verdad? —asiento—. Justo estaba pensando que tenía que ir a presentarme a mis nuevos vecinos. Pero contadme, ¿venís buscando algún tipo de caballo en concreto?

—Pronto será el cumpleaños de mi hermana y estoy buscando un buen ejemplar que regalarle —contesta Alec.

—En cuanto terminemos de desayunar, os llevo a los establos y podrás escoger uno tú mismo. Por ser la primera vez, te haré un buen descuento —le dice sonriendo de oreja a oreja.

Alec asiente y desvía la mirada. Está claro que no se siente cómodo en esta situación. Todo es demasiado... bonito. La decoración de la casa, la forma en la que está dispuesta la mesa, los cubiertos de plata y cada detalle que se pueda ver. Demasiado fino y lujoso para unos chicos de pueblo como nosotros.

Al terminar, Andy, así es como nuestra anfitriona nos pide que la llamemos, nos guía hacia los establos. Al pasar por un almacén, no puedo evitar detenerme a contemplar un montón de cuadros envueltos y cajas cerradas. Andy se detiene a mi lado y me sonrío.

—Disculpa el desorden. Aún estamos intentando ubicar cada cosa en su sitio.

—Eso son muchos cuadros —señala Alec.

—Sí, es mi colección personal. En realidad, el que siempre se dedicó a la cría de caballos, era mi esposo, el señor Morrison. Falleció hace un par de años.

—Lo siento mucho —digo.

—Son cosas de la vida. Mi verdadera pasión es el arte. Tengo galerías abiertas por casi todo el país. Si algún día queréis visitar alguna, solo tenéis que decirlo —los dos asentimos y seguimos el camino hacia los establos.

Alec compra una preciosa yegua frisona y cuando estamos a punto de marcharnos, veo un

animal que llama mi atención. Es un pura sangre inglés negro, con las crines y la cola en color claro, algo fuera de lo común.

—Es un animal precioso —dice Alec inspeccionando sus patas.

—Tienes buen ojo, muchacha —señala Andy dirigiéndose a mí—. Este es uno de nuestros mejores ejemplares. Un poco tozudo, pero muy buen animal. ¿Estás interesada?

Lo miro de nuevo y no sé por qué, me imagino a Nate encima de ese caballo. Con su porte, sería algo digno de ser visto.

—Lo quiero —digo sin pensar.

—Bien, puedo hacerte un buen precio.

Negociamos durante un rato y llegamos a un acuerdo. Esta misma tarde nos traerán los caballos a Alec y a mí. Nos despedimos de la señora Morrison y cabalgamos de vuelta a mi rancho.

Me siento como el cornudo

Nate

Golpeo con fuerza el martillo estrellándolo contra el clavo que atraviesa la madera. Una más. Pensaba fijar un par de listones en el suelo del porche, solo para dejar de pensar en Julz y en nuestra discusión de esta mañana, pero sin darme cuenta, tengo casi medio porche reparado. Escucho el sonido de unos caballos acercándose y sé inmediatamente que se trata de Julz, aunque no esperaba que llegase acompañada por Alec Wolfheart.

—Buenos días —susurra Julz mientras yo sigo clavando las maderas sin detenerme—. No deberías estar haciendo eso, tu brazo...

Levanto mi cabeza y clavo mis ojos furiosos en los suyos.

—Estoy usando el brazo izquierdo, y aunque no fuese así, ¿a ti que mierda te importa? Tengo que pagar ¿no? Quedarme tullido sería una buena forma —vuelvo a mi labor golpeando con furia el martillo y escucho como Julz resopla y se despide de Alec antes de entrar en casa.

Fijo un par de listones más, y cuando alzo de nuevo la mirada, encuentro a Alec observándome con los brazos cruzados. Creí que ya se había ido.

—Buenos días —dice tocándose el ala del sombrero.

—¿Has perdido algo? —murmuro volviendo a martillear.

—No, pero por lo visto tú sí vas a hacerlo.

Le miro frunciendo el ceño.

—Alec, no estoy de humor para juegos. Si quieres decirme algo, hazlo de una vez. ¿Tú también quieres verme pagar?

—A mí no me metas en esto, Nate. Eso es algo que vas a tener que resolver con tu esposa.

—¿Mi esposa? —lanzo el martillo hacia el otro lado del porche y me levanto caminando hacia Alec. Él no mueve ni un solo músculo—. ¿Sabes? Tengo la impresión de que todos sabéis algo que yo no. Me siento como el cornudo. Todo el mundo sabe que lo es, pero él es último en enterarse —siseo.

—No eres un cornudo —afirma Alec.

—Lo sé, eso no es lo que yo...

—Te he entendido, y quizás tengas razón. Alguien debería ser sincero contigo de una vez por todas.

—Pero, no vas a ser tú ¿cierto?

—Cierto. Ven conmigo —dice haciéndome un gesto con la cabeza para que lo siga. Se acerca a su caballo y saca una cuerda de debajo de la silla. Le sigo sin entender qué es lo que pretende—. Ya que tu brazo está bien para clavar esas maderas, supongo que no tendrás problemas para practicar.

—¿Practicar? —pregunto extrañado. Alec me lanza la cuerda y sonrío cruzándose de brazos.

—Haz un lazo. Practicaremos hasta que lo domines, después te enseñaré a lazar terneros y a arrear ganado. No puedes tener un rancho y no saber trabajar en él.

Le miro sorprendido.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas? Sé que no te caigo bien.

—Porque hace un tiempo le prometí a alguien que lo haría, y no, no me caes bien, pero yo cumplo mis promesas.

—Juls... ¿ella te lo pidió?

—No, tío, ese es un problema del que vas a tener que encargarte tú solito —me aclara sonriendo.

—Quizás ni siquiera valga la pena aprender nada —murmuro cabizbajo—. Probablemente me marche de aquí muy pronto. No pienso seguir siendo el saco de boxeo de nadie, ni siquiera de mi mujer.

—Cómo ya te he dicho, ese es un problema que vas a tener que resolver tú. Aunque... Si quieres un consejo, yo le daría un par de días para que se calme. Deja que ponga sus ideas en orden y después habla con ella. Quizás te sorprenda —le miro entrecerrando los ojos y él vuelve a señalar la cuerda—. Un lazo, ahora. No soy muy paciente, así que ponte las pilas y haz todo lo que te digo.

El resto de la mañana, Alec se encarga de que cumpla todas las tareas que me encomienda. Ni siquiera paramos a comer, solo trabajamos y trabajamos hasta que no siento los brazos del puñetero lazo y mi entepierna se pone morada de tanto montar a caballo. El brazo empieza a dolerme más, así que a media tarde damos por terminado el entrenamiento y Alec se va a su casa.

No sé por qué me esfuerzo en aprender ya que lo más probable es que no me quede durante mucho más tiempo, pero mi padre siempre dice que el saber no ocupa lugar y en eso tengo que darle la razón. Estoy entrando en casa cuando veo como un todoterreno se acerca, trae un remolque de animales. Me asomo al porche delantero y veo como una mujer que no tiene pintas de ser de por aquí sale del vehículo.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarla? —pregunto acercándome a ella.

—Supongo que usted es el señor Reed —dice sonriendo—. Estoy buscando a su a su esposa —señala a un muchacho que ha venido con ella. Ni siquiera lo había visto—. Tony y yo traemos un encargo que me hizo esta mañana su señora.

—¿Un encargo? —pregunto confundido.

—Sí, está bien —dice Juls a mi espalda. La miro y ella desvía la mirada yendo hacia los visitantes inesperados, al menos para mí—. No era necesario que lo trajera personalmente, señora Morrison.

—Andy por favor —pide la señora mirándome de reojo—. ¿No me vas a presentar a tu esposo, querida?

—Eh... sí, claro —me mira y me pide que me acerque con un gesto de su mano—. Nate, ella es Andrea Morrison, nuestra nueva vecina. Se ha asentado en unos de los ranchos cercanos.

—Lámame solo Andy —dice la señora extendiendo su mano hacia mí. La cojo y le sonrío dándole un leve apretón.

—Encantado de conocerte, Andy.

—Igualmente. Juls, no habías dicho lo apuesto que es tu esposo —señala con voz suave y volviendo a mirarme de reojo.

Juls frunce el ceño mirando hacia mi mano que sigue sujetando la de Andy. ¿Eso que veo en su mirada son celos? Decido comprobarlo sonriendo más ampliamente hacia nuestra invitada y besando el dorso de su mano como todo un caballero. Juls me asesina con la mirada y yo le sonrío en respuesta.

—Tony, saca el animal del remolque, por favor —ordena Andy.

—¿Animal? —pregunto confundido.

Juls asiente y veo como el tal Tony sale del remolque tirando de un precioso caballo negro, de crines rubias. Es hermoso. Tanto que me quedo mirándolo embobado y sin ser consciente de ello, me acerco a él y acaricio su morro.

—¿Te gusta? —pregunta Juls a mi espalda. Me giro y veo como una enorme sonrisa adorna su rostro.

—Es precioso —susurro sin poder dejar de mirarla. Su sonrisa ha eclipsado totalmente la belleza del caballo.

—Es tuyo —afirma.

Tardo un momento en asimilar lo que acaba de decir. ¿Ha dicho que es mío?

—¿Mío? ¿Me has...? ¿Me has regalado un caballo?

—Necesitas tener uno propio y esta mañana al verlo, supe que era el indicado para ti —dice agachando la mirada. ¿Se ha sonrojado? Esto es...

—Eh... gracias. Yo no me esperaba...

—Si no te gusta, no pasa nada. Puedes quedarte con cualquiera de los que están en el establo —aclara interrumpiéndome.

—No, me gusta este —palmeo el cuello del animal y vuelvo a acariciar su morro—. Es perfecto, muchas gracias.

—¿Quieres probarlo? —pregunta Andy llamando mi atención. Durante varios segundos me he quedado prendado de la mirada de Juls, de su tímida sonrisa y el rubor de sus mejillas—. Si quieres puedo acompañarte a dar un paseo.

Veo como Juls desvía su mirada hacia nuestra invitada y frunce el ceño. Confirmado, está celosa.

—Eso no es necesario, señora Morrison —sisea Juls haciendo énfasis en la palabra “señora” —. En realidad, Nate y yo ya teníamos planes para esta tarde —se pega a mi costado y rodea mi cintura con sus brazos—. ¿Verdad, cariño?

Asiento abrazándola por los hombros y pegándola a mí.

—Sí, vamos a dar un paseo a caballo —afirmo pensando que es muy probable que acabe estéril de por vida si vuelvo a montarme hoy a un caballo, pero si eso significa poder estar a solas con Juls y quizás intentar arreglar lo nuestro, estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Bien, entonces tres son multitud —señala Andy. Se despide de nosotros agitando sus dedos y se marcha con su empleado.

—¿De verdad quieres salir a pasear o solo lo has dicho para que no fuese con ella? —pregunto cuando nos quedamos a solas. Juls sigue abrazada a mi costado y no puedo evitar apretarla fuertemente contra mi cuerpo.

—Si quieres ir a montar, vamos, pero por tu forma de andar, yo te aconsejaría que no te subieras a un caballo durante un tiempo —alza la mirada hacia mí y compruebo que está aguantándose la risa.

—¿Te parece gracioso? Tengo el trasero como el de un mandril —mi comentario tiene como respuesta una larga y profunda carcajada que me hace sonreír como un quinceañero enamorado—. Juls, quiero que consigamos entendernos —susurro tras suspirar.

Su risa se corta de golpe y alza su mirada hacia mí. No hay ni rastro de ese desprecio que siempre me profesan sus ojos.

—Nate, yo... —se aparta de mí levemente y veo como se mueve incomoda—. Necesito poner mi cabeza en orden. No sé... Ahora mismo tengo un lío mental que no sé cómo aclarar.

—Solo dime si vale la pena —digo agarrando su cara con ambas manos—. Dime que hay

alguna esperanza de que tú y yo podamos superar esto y me quedaré, tendré la paciencia necesaria para darte tiempo y espacio, pero necesito saber que esto va hacia algún lado. No quiero seguir viviendo de este modo, Juls. Yo me casé contigo porque te amo, y me mata ver lo que nos estamos haciendo el uno al otro. No quiero que sigamos viviendo como enemigos.

Se pasa la mano por el pelo y niega con la cabeza.

—Lo estoy intentando. Te juro que quiero dejar todo esto atrás y...

—No podrás hacerlo, ninguno de los dos podrá seguir adelante si no hablamos claramente. Yo no entiendo la mayoría de las cosas que dices y haces. Se supone que estoy aquí para pagar por mis errores del pasado, pero no entiendo por qué eres tú mi verdugo.

Frunce el ceño y vuelve a negar con la cabeza.

—Ahora no, Nate. Dame algo de tiempo ¿quieres? No me obligues a hacer esto ahora mismo —suspiro y asiento con la cabeza.

—Está bien, ¿has comido? —niega con la cabeza de nuevo—. Comamos algo y después vemos una peli de terror de esas que tanto te gustan —digo sonriendo.

Juls pone los ojos en blanco y sonrío levemente.

Juls

Pasamos el resto de la tarde tirados en el sofá viendo películas de terror. No sé por qué hago esto, pero me gusta, me hace sentir bien, aunque una parte de mí esté gritándome a cada instante que no le crea, que siga con mi venganza porque este hombre sigue siendo el culpable de la muerte de mi hermana. No lo sé. Ahora mismo ya no sé nada. Si Holly realmente perdió la cabeza y lo chantajeaba, él no fue el culpable de su muerte, pero ¿y si está mintiendo nuevamente? ¿Y si estoy cayendo en la misma trampa que cayó mi pajarita? Cada vez me resulta más difícil negarme a mí misma los sentimientos que tengo hacia él. Sé que siento algo, pero no estoy preparada para dejarme ser consciente de la intensidad de ese sentimiento. Cada vez que lo pienso, un dolor intenso se instala en el centro de mi pecho. Traición, eso es lo que siento, la sensación de estar traicionando el recuerdo de mi pajarita dejándome llevar por lo que siento por el hombre que ella amaba.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta Nate sacándome de mis pensamientos. Me mira desde el otro lado del sofá esperando una respuesta por mi parte.

—Sí, estoy bien. Solo un poco cansada.

—Parece que estás a kilómetros de distancia —susurra sin dejar de mirarme a los ojos.

—Quizás lo esté. Me voy a la cama. Mañana hay que trabajar —me levanto del sofá y antes de que pueda abandonar el salón, Nate sujeta mi mano impidiendo que me vaya.

—Antes no me diste una respuesta. ¿Vale la pena todo esto? ¿Lo nuestro tiene alguna esperanza? —suspiro pensando en sus preguntas. ¿Lo tiene? ¿Hay alguna esperanza de que Nate y yo podamos algún día ser felices juntos? Aunque de verdad él sea inocente, ¿podré permitirme ser feliz junto al hombre de mi hermana?

—Nate, yo no... No tengo una respuesta a esas preguntas —contesto siendo completamente sincera.

Nate se levanta y se pone frente a mí con gesto serio.

—Esperaré hasta que la tengas —afirma—. Creo que aún no estoy preparado para dejar de luchar por nosotros.

Una leve sonrisa tira de mis labios sin que pueda evitarlo. Si esto fuese real... si de verdad está siendo sincero... Lo deseo más que nada. Sin pensarlo demasiado, doy un paso hacia él y pego mis labios a los suyos. Por primera vez desde que nos conocemos, dejo que una mínima

parte de los sentimientos que albergo hacia él tomen el control de mi cuerpo, y le beso. Un beso suave y dulce que no tarda en convertirse en salvaje y apasionado. Sus manos recorren mi cuerpo sin descaro mientras su lengua invade mi boca robándome el sentido común.

—Nate —susurro apartándome. No quiero hacer algo de lo que pueda arrepentirme mañana.

—Te necesito, Juls —dice besando mi cuello—. Necesito saber que sigues aquí conmigo.

Todos mis intentos de negativa se quedan a medio camino cuando siento sus manos bajo mi camiseta acariciando mi cintura, mientras sus dientes se cierran alrededor del lóbulo de mi oreja. Apago la voz en mi cabeza que me grita que estoy cometiendo un error y me dejo llevar por la pasión que este hombre me profesa, por su aliento en mi oído y la calidez de su mano subiendo por mi espalda. Yo también le necesito.

Me despierto con el peso del brazo de Nate rodeando mi cintura. Nada más abrir los ojos, rememoro todo lo que pasó anoche, sus besos, sus caricias, sus palabras de amor susurradas en mi oído mientras hacíamos el amor... Suspiro y me giro lentamente para observarlo. Está arrebatadoramente guapo, con su pelo casi rubio completamente despeinado y una sonrisa en sus labios. Cuando sonrío puede apreciarse en su mejilla ese hoyuelo que tanto me gusta y que le da un aire travieso a su cara.

Tras un rato observándole dormir, me levanto de la cama sin hacer ruido y cruzo la puerta que da al baño que ambos compartimos, uso el servicio y me debato entre volver a su cama con él o entrar en mi habitación. Al final gana mi parte sensata y voy a mi cuarto a prepararme para una nueva jornada laboral en el campo. Después de ducharme y vestirme, me siento sobre mi cama sin poder dejar de darle vueltas a mi cabeza. Estoy demasiado confundida. Ya no soy capaz de distinguir la verdad de las mentiras. Abro el cajón superior de mi mesita de noche y saco una de las pocas fotos que tengo de mi hermana que no están guardadas bajo llave.

—¿De verdad perdiste la cabeza, pajarita, o él me está mintiendo como te mintió a ti? —susurro acariciando su imagen en la foto.

Miro hacia el interior del cajón y veo el teléfono móvil de Holly, el mismo que me entregó Alec cuando volví a Black Mountain. Ni siquiera recordaba que lo tenía. También está ahí el arma que usó mi hermana para quitarse la vida. Ni siquiera puedo mirarla. Enciendo el teléfono y compruebo que tiene batería, antes de empezar a repasar las fotos de nuevo. Sé que no voy a encontrar ninguna de Nate, solo la que ya tengo en mi teléfono, en la que aparece sobre su moto con el casco puesto y vistiendo su cazadora favorita. Resoplo cerrando la aplicación de visionado de fotos, pero antes de apagar el móvil, mi dedo se posa sobre el icono verde de la aplicación de mensajería instantánea. Quizás... Nada más abrirse, mis ojos se clavan en el nombre de la última persona con la que habló, Nathan.

Mis manos tiemblan cuando abro el chat y empiezo a leer el mensaje.

Hola. Sé que hace días que intentas contactar conmigo, pero he estado ocupado. Creí que lo entenderías al no contestar tus llamadas ni tus mensajes, pero por lo visto necesitas algo más que indiferencia para entender que lo nuestro se acabó. En realidad, nunca existió nada entre nosotros, nada real al menos. Tú solo fuiste un medio para llegar a un fin. Supongo que está de más decir lo siento, porque en realidad no lo hago. Te agradezco que hayas sido tan tonta como para confiar en mí y darme todo tu dinero, pero ahora que ya no tienes más y estás prácticamente en la ruina, ya no me sirves para nada. Lo bueno de esto es que no voy a tener que seguir fingiendo que te quiero. Si te sirve de consuelo, quiero que sepas que ya tengo un nuevo objetivo en mente, una chica rica y de buena familia con la que voy a poder disfrutar de la vida que siempre he querido. No creo que tarde en casarme con ella.

Espero que estés bien y que este mensaje sirva para que dejes de molestarme de una vez.

Adiós para siempre.
Nathan

Las lágrimas caen por mis mejillas y aprieto los puños con fuerza lanzando el teléfono sobre la cama. ¡Hijo de puta! ¡Todo era mentira! Holly no lo acosaba cómo él intentó hacerme creer. Él la abandonó después de dejarla en la ruina.

Perra loca

Nate

Me despierto sonriendo como un niño en la mañana de navidad, tanteo la cama con mi mano buscando a Juls y abro los ojos al darme cuenta de que no está y las sábanas están frías. Se ha ido, y solo espero que eso no sea un mal augurio. Después de la forma en la que se entregó a mí anoche... Creo que nunca la había sentido tan implicada, como si con cada beso y cada caricia estuviese mostrándome sus sentimientos hacia mí.

Me levanto al darme cuenta de que ya casi ha salido el sol, me ducho, me visto y salgo de la habitación. Mi brazo está mucho mejor, ya casi no me duele, y mi parte baja también ha mejorado, algo increíble después de lo que pasó anoche. Bajo a la cocina sin poder dejar de sonreír como un imbécil y observo a Juls sentada frente a la barra de desayuno con una taza de café delante. Echo un vistazo a la cocina y compruebo que Linda no está, así que me acerco a mi esposa por detrás y la abrazo hundiendo mi cara en su cuello.

—Buenos días, nena —susurro besando ese lugar que sé que tanto le gusta. Noto como su cuerpo se pone rígido bajo mis brazos, y no me contesta—. ¿Qué pasa? —inquiero apartándome y caminando hacia el otro lado de la barra para poder mirarle a la cara.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo? —murmura tras darle un sorbo a su café.

—Tu actitud —busco sus ojos, pero ella sigue mirando su taza de café que aprieta con fuerza entre sus manos—. Mirame, Juls —al escucharme, alza la cabeza y clava sus ojos en los míos. Odio, eso es lo único que puedo ver en su mirada—. ¿Qué ha pasado? Anoche estábamos bien. ¿Qué ha cambiado esta mañana?

—¿Anoche? —pregunta alzando una ceja.

—¡Sí! Anoche cuando...

—Anoche te vi muy... —una sonrisa cínica se instala en su cara—. Necesitado. Como buena esposa que soy, no podía permitir que te sintieras de ese modo.

Su respuesta hace que me hierva la sangre. ¿Necesitado?

—¡No necesito que me hagas un puto favor! —grito perdiendo los nervios—. Si tengo ganas de echar un polvo, no me faltan mujeres con quien hacerlo —veo como frunce el ceño y abre la boca para replicar, pero en ese momento Aaron entra en la cocina sin llamar a la puerta—. ¡Aprende a llamar a la puta puerta, joder! —bramo acercándome a él. Me mira sorprendido, pero enseguida me ignora dirigiendo su mirada hacia Juls.

—Juls, tenemos un problema —dice.

—¿Qué pasa? —pregunta ella levantándose con gesto serio.

—Los muchachos han encontrado a un hombre en los establos. Fueron a ensillar a los caballos para empezar a trabajar y lo vieron escondido detrás de las alforjas de paja. En cuanto se vio sorprendido intentó huir, pero han podido apresararlo.

—¿Dónde está? —pregunta ella apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

—En los establos.

Juls sale disparada hacia allí seguida de Aaron, y casi tengo que correr para alcanzarlos. Al llegar al establo veo como cuatro de los trabajadores del rancho tienen arrinconado a un chaval de no más de quince años.

—¿Le conocéis? —pregunta Juls señalando al muchacho. Todos niegan con la cabeza—. ¿Qué estabas haciendo aquí? —le pregunta al chico. Él agacha la cabeza y no responde—. Contesta, ¿qué hacías aquí escondido? —sigue sin abrir la boca y veo como Juls aprieta los puños. Está furiosa—. No voy a volver a preguntar. ¿Querías robarme? —al no obtener respuesta, se cabrea aún más y veo cómo va hacia un mueble alto que hay en el establo y saca una escopeta de caza de su interior. ¡¿Qué coño va a hacer?! —. Última oportunidad, hablas o te meto una jodida bala en la cabeza —dice encañonando al muchacho.

—¡¿Qué coño haces?! —me pongo frente al chico mirando a Juls sorprendido por su actitud—. ¡¿No te das cuenta de que solo es un crío?! —

—¡Nathan, sal de en medio! —ordena sin bajar el arma. Al ver que no me muevo, frunce el ceño cargando la escopeta. Vuelvo a ver ese odio en su mirada—. Nate, te apartas o disparo.

Veo como todos los hombres miran a Juls espantados. ¿Sería capaz de hacerlo?

—Juls, baja esa arma. Es solo un chiquillo —me doy la vuelta para mirar al chaval que se encoge asustado. No creo que sea capaz de dispararme y menos por la espalda—. Chico, ¿qué hacías aquí escondido? —el muchacho niega con la cabeza y veo como un par de lágrimas caen por sus mejillas—. Vamos, aquí, la perra loca que nos está apuntando con un arma, no tiene tanta paciencia como yo, así que habla de una vez.

—Yo solo... —se limpia las lágrimas de un manotazo y frunce el ceño—. No tenía donde dormir. No quería robar nada. Vi que llegaron esos hombres y me fui para que no me pillaran. Solo he dormido aquí, nada más.

Suspiro girándome hacia Juls.

—Ya le has escuchado. Solo necesitaba un lugar donde pasar la noche. ¿Puedes bajar ya el arma? —resopla y hace lo que le pido.

—¿Quién eres? —le pregunta dándole el arma a Aaron, que la guarda en su lugar.

—Michael Stiles. Mi padre es...

—El dueño de la gasolinera, ¿verdad? —el chico asiente—. ¿Por qué no has dormido en tu casa?

—He discutido con mi padre y...

—Te has escapado —termino la frase por él. Vuelve a asentir y pongo una mano sobre su hombro—. Michael, la próxima vez que te escapes, llama a la puerta de la casa, podrás quedarte con nosotros. El chico me mira sorprendido.

—Aaron, llévalo a casa —ordena Juls.

Me despido de él golpeando su nuca suavemente y Aaron lo lleva a su casa. Al darme la vuelta, veo que Juls sigue mirándome fijamente.

—¿Eso era necesario? —pregunto—. Solo era un crío. ¿De verdad pensaste que era necesario sacar una jodida escopeta?

—¿Por qué no? Si un desconocido se mete en mi propiedad tengo todo el derecho del mundo a pegarle un tiro —contesta de manera burlona.

—¿Habrías disparado? —asiente sin dudar—. ¿Incluso cuando yo me puse delante?

Veo como camina hacia mí y se detiene a apenas unos centímetros de distancia.

—No tienes ni idea de lo cerca que han estado tus sesos de estar esparcidos por la puta pared —sisea mirándome a los ojos.

—¿Qué te he hecho, Juls? ¿Por qué me odias tanto?

—Eso, amor mío, es algo que sabrás muy pronto —contesta pegando sus labios a los míos. Me da un beso rápido y se marcha apresurada dejándome solo en el establo con un millón de dudas en mi cabeza.

Ensillo mi caballo y me pongo a trabajar para no seguir pensando en todo esto, pero no lo logro. No entiendo sus cambios de humor repentinos y ya me estoy cansando de ser su saco de golpes. A veces he llegado a pensar que Juls tiene un serio problema de trastorno de personalidad. No encuentro otra explicación a su extraña actitud.

A la hora de comer, decido no volver a casa. No tengo apetito y tampoco me apetece seguir viendo ese odio e indiferencia en los ojos de Juls cada vez que me mira. Cabalgo sin rumbo y sin siquiera darme cuenta, acabo en el borde del río, muy cerca del lugar donde Juls me trajo no hace mucho, su lugar preferido para estar a solas. Me siento junto a un árbol y me quedo en silencio pensando en si de verdad vale la pena pasar por todo esto, si alguna vez podremos superar nuestras diferencias y ser un matrimonio normal.

—¿Qué haces aquí solo? —miro hacia la procedencia de esa voz y encuentro a la señora que trajo ayer mi caballo al rancho. ¿Cómo se llamaba? Creo que su apellido era Morrison.

—Hola, señora Morrison —saludo levantándome.

—Andy por favor, tutéame —Eso era, Andy.

—Claro. ¿Qué haces por aquí?

—Lo mismo te preguntaba a ti —señala sonriendo de oreja a oreja.

—Solo estaba pensando. Este lugar es precioso —contesto mirando hacia el río.

—Lo es. Por eso me gusta venir aquí.

—Sí, ahora mismo estaba pensando que tengo que fotografiarlo. La próxima vez que venga, traeré mi cámara.

—¿Te gusta la fotografía? —inquire acercándose a mí.

—Sí, a eso me dedico. Bueno, lo hacía. Ahora solo soy un vaquero en prácticas.

—Fotógrafo, eh... —murmura mirándome fijamente—. Espera... ¿Eres Nathan Reed el fotógrafo que trabaja para National Geographic? —asiento levemente—. ¡Ohh! Me encantaron las fotos que sacaste de las favelas brasileñas. En realidad, intenté ponerte en contacto contigo hace un par de semanas, pero me dijeron que ya no estabas en Nueva York. Nunca imaginé que te encontraría aquí.

—Muchas gracias, pero ¿para qué querías encontrarme?

—Es que voy a abrir una galería de exposición en Nueva York y me gustaría exponer parte de tu trabajo. Me dijeron que ibas a abrir tu propia galería, por eso pensé que quizás no te interesaría mi oferta, pero por lo visto no lo has hecho.

Me quedo alucinado mirando a esta mujer. ¿Quiere exponer mis fotos?

—No, al final no lo hice —contesto.

—¿Por qué?

—Porque me casé y me mudé aquí, al mismísimo fin del mundo.

—Debes querer mucho a tu esposa para dejar atrás toda tu vida y tu carrera y seguirla a este lugar apartado de la mano de dios.

—Sí, lo hago —respondo sin dudar.

Los dos nos quedamos en silencio, hasta que Andy lo rompe.

—He tenido una idea. ¿Qué te parece si te invito a comer en mi casa y le echas un vistazo a unas fotos que tengo allí? Quiero exponerlas en la galería, pero dudo de si darán la talla o no. Me gustaría poder contar con tu opinión como fotógrafo. A no ser, claro, que no quieras o tengas algo que hacer.

La miro y sonrío. Quizás me venga bien olvidar un rato mi patética vida en mi desastroso matrimonio y hablar con esta elegante y refinada mujer sobre un tema que me apasiona. Creo que voy a seguir el consejo de Alec, y voy a darle algo de tiempo a Juls para que aclare sus ideas. Esperaré hasta después de la boda de Alec y Johanna, si hasta entonces no hemos podido solucionar nuestros problemas, aunque me destroce, daré por terminado nuestro matrimonio.

Juls

Termino de ponerme el vestido y doy vueltas sobre mí misma para intentar abrochar la cremallera a mi espalda. No sé en qué estaba pensando cuando dejé que Nadia me convenciera para ponerme esta cosa. Con lo cómodos que son los vaqueros... Vuelvo a intentarlo, me contorsiono y doy saltitos resoplando, pero la dichosa cremallera no sube. Resoplo y cruzo las dos puertas que separan mi habitación de la Nate pasando por el baño.

—Necesito que me subas esto —digo señalando hacia mi espalda. Nate me mira alzando una ceja y sonrío levemente. Es extraño verle sonreír, últimamente casi no lo hace.

Desde que descubrí ese mensaje en el teléfono de Holly, casi no hemos hablado. Los dos trabajamos desde la mañana a la noche y casi no coincidimos. Nate no suele venir a comer y cuando cenamos juntos, ninguno de los dos habla apenas. Solo comemos en silencio y cada uno se va a su habitación. Alguna vez él ha sugerido que podríamos ver una película o ir a algún lado, pero yo siempre me he negado y me he burlado de sus proposiciones. Día a día he visto cómo se marchita, cómo la sonrisa que siempre lucía en su rostro, se ha convertido en un gesto serio y preocupado. Como si hubiese perdido toda la alegría y las ganas de ser feliz, y sé que eso lo he provocado yo con mis desprecios, mis ofensas y mis rechazos hacia él. ¿Si me arrepiento? Alguna vez, pero entonces recuerdo ese mensaje que no he sido capaz de volver a leer y ese sentimiento se convierte nuevamente en rabia e ira.

Los fines de semana, yo me he dedicado a pasar algo de tiempo con Nadia, Johanna, Megan y Camila. Son un grupo de chicas muy unido y me han acogido muy bien. Aunque al principio usaba el estar con ellas para no tener que pasar tiempo con mi marido, al final he acabado cogiéndoles cariño. Nate, por su parte, no ha parado un minuto. Alec y él pasan cada momento que tiene libre practicando la monta y todo lo que tiene que ver con el trabajo que Nate desempeña en el rancho. Aunque me fastidie admitirlo, se está convirtiendo en un buen vaquero y los muchachos empiezan a respetarle y a obedecerle, especialmente después de haberse puesto delante del arma que yo empuñaba para defender a ese muchacho hace un par de semanas. Demostró valentía, y eso es algo que la gente de por aquí respeta. Lo increíble es que también ha sacado tiempo para hacer muchas de las reparaciones que la casa necesita. Terminó con el suelo del porche, retiró todo el papel pintado del interior de la casa y la pintó de un color marrón claro que, aunque no lo admitiré frente a él, me gusta como queda. También se ha encargado de adecentar el resto de habitaciones y por lo que le escuché decir a Linda, está preparándose para empezar a pintar el exterior de la casa el próximo fin de semana.

—Bonito vestido —susurra caminando hacia mí. Lleva puesto un vaquero oscuro y una camisa blanca que resalta el precioso azul de sus ojos—. ¿Por qué te pones esto si sabes que no vas a estar cómoda? —pregunta rodeándome y empezando a subir la cremallera de mi vestido.

—Nadia insistió en que lo comprara para esta noche. No creo que sea tan incómodo como los zapatos —digo señalando mis pies. Veo por el rabillo del ojo como mira hacia abajo y su sonrisa se amplía—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada. Estaba pensando en lo mucho que te van a doler los pies dentro de un par de horas. Tiene que ser una tortura —contesta sin perder la sonrisa—. Esto ya está —coge mi pelo con

ambas manos y lo coloca con cuidado sobre mi espalda.

—Vas a disfrutar con eso, ¿verdad? —pregunto girándome para mirarle a la cara.

Nate introduce sus manos en los bolsillos delanteros del pantalón y se encoge de hombros.

—No te lo voy a negar —contesta alzando una ceja. Los dos nos quedamos en silencio durante unos segundos—. ¿A quién se le ocurre organizar una despedida de soltero la noche antes de la boda, y además conjunta?

—No es una despedida de soltero. Alec y Johanna solo han organizado una reunión de amigos.

Nate

Voy a contestar, cuando escuchamos el timbre sonar en la planta inferior.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunto extrañado. Juls se encoge de hombros y los dos salimos de la habitación para salir de dudas.

Al llegar a la cima de la escalera, miro hacia abajo y veo como Juls se detiene de golpe mirando a nuestro invitado inesperado, que es ni más ni menos, que su exnovio, o examante o lo que sea. Es Seth.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta bajando las escaleras de dos en dos. Al llegar a su lado, se tira a sus brazos abrazándole por el cuello—. ¿Por qué no me dijiste que venías? Podría haberte recogido en el aeropuerto.

—No quise molestarte —contesta él sonriendo de oreja a oreja, pero cuando alza la mirada y me ve, su sonrisa se esfuma— Reed... —dice asintiendo a modo de saludo.

—Seth... —contesto imitando su gesto. No nos caemos bien y eso es algo que hasta Linda nota, ya que nos mira a uno y al otro como si se tratara de un partido de tenis.

—¿Preparo una habitación para el invitado? —pregunta Linda mirando a Juls.

—Sí, claro —señala ella—. Perdona, Linda. Este es Seth, mi mejor amigo. Va a pasar unos días con nosotros —mira a Seth alzando una ceja—. Te quedas unos días, ¿verdad?

—Solo un par —contesta Seth—. La próxima semana empiezo a trabajar en un hospital en Nueva York y quería venir a verte antes de dejar de tener vida propia —ella asiente y veo como sonrío ampliamente antes de volver a abrazarlo.

—Te he echado muchísimo de menos —confiesa sin importarle mínimamente que yo esté presente.

Seth me mira y al menos tiene la decencia de apartarse un poco de mi mujer.

—Creo que he llegado en mal momento —dice señalando su vestido.

—No. Estábamos a punto de salir. Mañana es la boda de Alec y Johanna y esta noche van a organizar una especie de reunión de amigos en su casa.

—Bien. Siendo así, creo que hablamos mañana.

—No. Ven con nosotros. Estoy segura de que a Alec no le importará.

—¿Tú crees? No quiero molestar.

—Lo creo. Déjame coger mi bolso y una chaqueta y nos vamos. ¿Tú necesitas algo?

—No, creo que estoy bien así —dice señalando su ropa.

—Bien. Entonces nos vamos —Juls entrelaza su brazo con el de él y los dos salen de la casa ignorando totalmente mi presencia.

Al llegar al coche, Juls sube al asiento del conductor y le hace un gesto a Seth para que suba delante con ella. Él me mira a mí y por un momento, me da la impresión de que se está disculpando con la mirada, pero hace lo que ella le dice y sube al vehículo. Solo me queda la parte trasera, así que me acomodo en ella sin decir nada y me paso todo el trayecto escuchando como mi mujer y su examante hablan animadamente sin reparar en mi presencia. Solo espero que

no sea así por el resto de la noche, o esta velada va a ser interminable.

Porque te quiero

Juls

Al llegar al rancho Wolfheart, es Johanna quien nos abre la puerta. Nos mira a Seth y a mí sorprendida. Baja su mirada a mi brazo entrelazado con el suyo y frunce el ceño.

—Hola. Creo que entendisteis mal, no es una fiesta de disfraces —bromea mirando hacia Seth—. Aunque, Nate, ese disfraz es muy bueno.

Sonríó negando con la cabeza.

—Este es mi amigo Seth. Acaba de llegar de Nueva York y va a pasar unos días en casa. Espero que no te moleste que lo haya traído a la reunión.

—Claro que no, pero ¿dónde has dejado a tu marido? —señalo con el dedo hacia mi espalda sabiendo que Nate no estará muy lejos. Ni siquiera me giro, puedo notar su presencia a mi espalda—. Pasad. Por cierto, estás muy guapa, Juls.

Asiento devolviéndole el cumplido y la seguimos hasta la sala de estar, dónde ya parece haber empezado la fiesta, ya que hay vasos vacíos sobre la mesa y Megan y Nad están bailando al son de la música que salen de los altavoces.

—Creí que esta iba a ser una reunión de amigos, algo tranquilo —digo mirando a Chris que parece estar compitiendo con Jay a quien consigue beberse antes media docena de chupitos.

—Esa era la idea, pero es una de las pocas noches en las que ni nosotros, ni Cam y Chris tenemos que ser padres responsables, así que estamos disfrutándolo al máximo.

Alec aparece tras su futura esposa y la abraza por la cintura mirando a Seth con gesto serio.

—Él es Seth, mi mejor amigo, acaba de llegar de Nueva York —le informo. Alec asiente en su dirección a modo de saludo y camina hacia Nate que está un par de pasos de nosotros, los dos chocan sus manos sonriendo y se marchan hacia una mesa donde hay dispuestas un montón de botellas de cerveza y licores varios.

Johanna se va para unirse al baile que Nadia y Megan están protagonizando mientras Carter ríe a carcajadas de algo que le dice Patrick. Me alegra que esos dos hayan podido arreglarse. Lo último que supe por Linda, fue que Patrick se había cabreado seriamente por el pequeño regalito que su novio resultó tener y que gracias a eso su relación no iba nada bien.

—¿Una copa? —me pregunta Seth cuando ya estamos a solas. Asiento y caminamos hacia Camila que está justo al lado de la mesa de las bebidas.

Poco a poco voy presentando a Seth a todos mis amigos. Sí, resulta raro decirlo, ya que yo nunca he tenido un grupo demasiado extenso de amistades, pero en eso es lo que se han convertido ellos.

Tras tomar un par de copas, Seth y yo nos unimos a Camila y Chris que están dándolo todo en la improvisada pista de baile. Nunca he sido muy buena bailarina, pero con Seth he bailado en más ocasiones que con ninguna otra persona. Y de precisamente eso nos reímos mientras nos movemos al son de la música, de las veces que él encendía la radio en mitad de la nada y bailábamos únicamente para no pensar en todo lo malo que había a nuestro alrededor. Pasamos muchos momentos difíciles en África, pero el recuerdo de esos improvisados y buenos momentos,

me hacen sentir nostalgia de esas épocas en las que solo nos teníamos el uno al otro.

—Extraño esos momentos —digo tras suspirar. Los dos nos movemos al ritmo lento de una canción de Ed Sheeran. No sé por qué, pero Alec ha salido del salón en cuanto ha empezado a sonar la canción y todos han reído por ello.

—¿Vas a contarme cómo van tus planes de venganza? —susurra en mi oído—. Porque la verdad es que no sé si quiero saberlo.

Le miro y niego con la cabeza intentando retener las lágrimas. Creo que no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba tener a Seth a mi lado, poder hablar con él.

—No está siendo fácil —confieso cogiendo aire por la nariz para intentar mantener las lágrimas a raya.

—Eso ya lo veo. Me he dado cuenta de la forma en la que tratas a Nathan y también de lo mucho que eso te hace sufrir —clavo mis ojos en los suyos y abro la boca para negar su afirmación, pero Seth no me lo permite—. Ni siquiera se te ocurra negarlo. Te conozco, aguilucha. Puedo ver el dolor en tus ojos cada vez que le miras. Está claro que has quebrantado su voluntad. Estoy seguro que hace un mes si yo estuviese bailando contigo como estoy ahora, ese hombre que está ahí —señala a Nate con la cabeza, que está al otro lado de salón asesinándonos con la mirada mientras bebe de su copa de licor—, me hubiese dado un puñetazo, eso como mínimo, pero a pesar de que probablemente se esté sintiendo terriblemente humillado al ver como su mujer lo ignora delante de todos sus amigos y conocidos, no hace nada para evitarlo. Lo estás destrozando, y eso te hace daño a ti también.

—No puedo evitarlo —susurro tras carraspear para librarme del nudo de emociones que se ha instalado en mi garganta casi impidiéndome respirar—. No dejo de despreciarlo, de tratarlo mal, lo ignoro y me río de él constantemente. Intento herirlo por todos los medios con palabras ofensivas y con una actitud fría y distante hacia él, pero cada vez que veo el dolor en sus ojos, la forma en las que mis palabras y mis actos lo hieren... Ya no sonrío nunca, Seth. Cada vez que veo el hombre sin alegría y sin ganas de vivir en el que yo le he convertido, hay algo dentro mí que se rompe en mil pedazos. Me siento como la peor persona del mundo, y duele de verdad, un dolor físico en el centro de mi pecho que amenaza con destruirme de dentro hacia fuera.

Seth deja de moverse y se aparta un par de pasos de mí mirándome a la cara con una expresión seria.

—Eso es porque tú no eres así —afirma en un tono lo suficientemente alto como para atraer la atención de todos los presentes—. ¿No te das cuenta de que te estás autodestruyendo?

—Seth —siseo a modo de advertencia para que baje la voz. Todos están pendientes de nuestra conversación, incluido Nate que no pierde detalle de la misma.

—¡No, Juls! No te reconozco, maldita sea. No creo ni que tú misma te reconozcas —pone sus manos sobre mis mejillas obligándome a mirarle a la cara—. ¿Dónde está la chica que conocí, esa muchacha que fue capaz de caminar cuarenta kilómetros para llevar un jodido analgésico a una aldea en mitad de la nada? Quiero a mi amiga de vuelta, a la misma chica que me obligó a vestirme de Santa Claus para repartir los regalos de esos pobres críos en Camboya. No hay nada que justifique que te conviertas en alguien que no eres, aguilucha. Y si algo tengo claro es, que tú no eres el tipo de persona que hace daño a otra sin sufrir las consecuencias. Eres mucho mejor eso, y me mata ver en lo que te estás convirtiendo.

Nate

Veo como Juls y Seth siguen discutiendo en voz baja. En algunos momentos ella parece incluso que está llorando, pero no puedo escuchar lo que dicen. Tras esa declaración de Seth en la que

parecía decepcionado con ella, los dos se apartaron hacia una esquina y allí han permanecido hasta ahora.

No soy imbécil, sé lo que todos a mi alrededor están pensando. Juls ha traído a su amante y a su marido a la misma fiesta, y lo peor es, que es con su amante con quien quiere estar, no conmigo. Supongo que debería hacer algo, todos esperarán que lo haga, quizás creen que voy a montar en cólera y desafiar a Seth a un duelo a muerte por el amor de Juls. Vale, eso ha sido muy fantasioso, pero ya llevo casi una botella de whisky en el cuerpo, así que se me tiene permitido fantasear con lo que me dé la gana.

—¿Estás bien? —pregunta Alec palmeando mi hombro. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba a mi lado.

—Claro. Tranquilo, no voy a joderte la fiesta si es lo que estás pensando —vacío lo que queda de licor en mi boca y me sirvo otra copa.

—¿Has intentado hablar con ella? Quizás si...

—No hay nada que hablar, Alec. Si hasta ahora tenía alguna duda de si lo nuestro podría llegar a funcionar algún día, esa duda acaba de disiparse. No solo tengo que aguantar sus desprecios y humillaciones en privado, ahora también lo hace en público. Estoy cansado de esta mierda, cansado de luchar por algo que ya no tiene sentido —bebo de un trago todo el líquido de mi copa y hago una mueca por la quemazón que me produce en la garganta—. Se acabó.

El resto de la noche, sigo observando cómo Juls y Seth no se separan el uno del otro en ningún momento. No digo ni una sola palabra, incluso cuando Alec intenta arrastrarme a jugar una partida de póker con algunos de los chicos. Declino su ofrecimiento y sigo bebiendo hasta que Juls parece recordar que yo existo y que estoy presente en la fiesta, se acerca a mí después de despedirse de todos los invitados. Obviamente, Seth está a su lado como buen perro guardián.

—¿Nos vamos? —pregunta mirándome.

Sonrí de medio lado y asiento bebiéndome el resto de mi copa.

—Por supuesto, cuando la señora guste —contesto arrastrando las palabras mientras hago una especie de reverencia bastante ridícula.

—Nate, ¿estás borracho? —inquire clavando sus ojos en los míos. Yo solo me encojo de hombros volviendo a sonreír y me despido con la mano de los presentes antes de salir de la casa.

Durante el trayecto de vuelta, el silencio reina en el interior del vehículo. Supongo que Juls y su “amigo” ya han tenido tiempo suficiente para ponerse al día. Nada más llegar a casa, Seth susurra un “buenas noches” y se pierde escaleras arriba. Yo no le contesto, camino hacia el mueble bar del salón y me sirvo una copa. Sé que Juls me observa, puedo sentirlo, pero no dice nada.

—¿Qué pasa? —pregunto girándome hacia ella.

—¿No crees que ya has bebido demasiado?

—¿Ahora me vas a poner un límite de alcohol que puedo tomar? ¿Qué será lo siguiente, racionarme la comida?

—Ya veo que tienes ganas de discutir y para eso son necesarios dos. Buenas noches, Nate. Me voy a la cama.

—En realidad, no es discutir lo que busco, solo hablar.

—¿Hablar? ¿De qué quieres hablar? —pregunta extrañada.

—De nuestro matrimonio, o más bien, del fin de nuestro matrimonio —veo cómo abre los ojos desmesuradamente—. No me digas que te estoy sorprendiendo, porque ambos sabemos que solo era cuestión de tiempo que esto sucediera —sirvo otra copa y me siento en el sofá dejando las dos copas sobre la mesa auxiliar. Me sorprende estar tan lucido a pesar de la cantidad de alcohol que

tengo en mi organismo, pero supongo que la seriedad de este asunto provoca que pueda enfocarme bien, aunque sí que noto como se me traba la lengua, y mis movimientos son bastante erráticos—. Ven, siéntate conmigo. Si no hemos podido llevarnos ni siquiera como amigos durante nuestro corto matrimonio, al menos despedámonos como eso mismo, dos buenos amigos tomándose una copa juntos.

—¿Te vas? —pregunta sentándose a mi lado. Parece realmente sorprendida.

—Mañana, después de la boda —contesto mirándole fijamente a los ojos.

No puedo evitar recordar la primera vez que vi ese color ambarino en aquella cafetería, parece que fue hace una eternidad. Me enamoré de ella casi al instante, de su sonrisa y su divertida forma de destrozar el final de las películas clásicas de terror. Un par de lágrimas luchan por escapar de mis ojos y desvío la mirada volviendo a beber de mi vaso.

—Nate, deja eso —suplica quitándome la copa de las manos y dejándola sobre la mesa—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—¿Me lo preguntas en serio? Juls, no hay ninguna razón para que siga aquí dejando que continúes tratándome como una basura.

—Nate, yo...

—No, déjame hablar, ¿vale? No quiero recriminarte nada. Está claro que los dos cometimos un error al casarnos. Tú quieres que yo me quede aquí para pagar por algo que ni siquiera sé por qué te importa tanto. A veces creo que solo es una excusa para mantenerme alejado, la única razón que has encontrado para justificar tu odio hacia mí. Pero hoy, finalmente, me he dado cuenta de que es una pérdida de tiempo seguir aquí aguantando y luchando por algo que no tiene ningún futuro. Tú nunca vas a ser totalmente sincera conmigo, y la verdad, ya no sé si quiero que lo seas. Ahora lo único que deseo es largarme de este lugar e intentar rehacer mi vida. Quiero volver a ser el hombre que era antes de que tú te cruzaras en mi camino.

Se queda en silencio unos segundos y asiente.

—Tienes razón. Es lo mejor —me mira a los ojos y puedo ver lágrimas retenidas bajo sus parpados—. Vete, Nate. Aléjate de mí todo lo que puedas. Márchate y no mires atrás —agarra mi mano sorprendiéndome y puedo ver el esfuerzo que está haciendo para no romper a llorar—. Vete e intenta ser feliz. Te prometo que yo nunca voy a buscarte ni a interponerme en tu camino.

Yo no soy tan fuerte como ella, no soy capaz de contener el llanto y enseguida noto la humedad en mis mejillas. Me levanto del sofá soltando su mano y camino hacia las escaleras, pero antes de irme, me giro de nuevo y formulo una pregunta que lleva atormentándome desde el primer día que puse un pie en esta casa.

—Juls —alza la mirada y clava sus ojos en los míos—. ¿Puedes contestarme a una pregunta y ser completamente sincera por una vez? —asiente mordiéndose el labio inferior—. ¿Por qué te casaste conmigo?

Veo como sus ojos se cierran y dos enormes lagrimones ruedan por sus mejillas. Cuando vuelve a abrirlos, puedo ver el dolor en su mirada, la devastación de su alma.

—Porque te quiero —susurra.

Juro que en este momento podría haber muerto por un paro cardíaco. Eso es exactamente lo que he sentido, el último latido de mi corazón retumbando en mi pecho, incluso dejo de respirar asimilando esas tres palabras que han salido de su boca. Me quiere, después de todo, me quiere.

—Gracias —digo limpiándome las lágrimas de un manotazo—. Gracias por decirlo. He esperado mucho tiempo para escuchar esas palabras. Es una pena que las hayas pronunciado cuando ya es demasiado tarde —le lanzo una última mirada y salgo del salón de forma apresurada.

Juls

Se va. Mañana a esta hora me dejará para siempre. Sé que tengo que dejarlo ir. Lo entendí esta noche cuando Seth me hizo ver lo mal que acabarán las cosas si sigo empeñada en vengarme. No solo Nate está sufriendo, yo también, porque a pesar de haber intentado odiarle con todas mis fuerzas, he caído bajo el mismo embrujo que cayó mi hermana. Me he enamorado perdidamente de Nathan Reed.

Dejo que las lágrimas cubran mi rostro mientras pienso cómo habrían sido las cosas si Nate no hubiese engañado a mi hermana. Daría mi alma por haberle conocido en otras circunstancias, porque en realidad, y a pesar de sus mentiras y sus engaños, no creo que sea un mal hombre. Al menos, estoy segura de que si lo fue, puede cambiar, ya ha cambiado. Levanto mi copa y la alzo por encima de mi cabeza.

—Por lo que pudo ser y no fue —susurro antes de beber el contenido de un solo trago.

Bebo un par de copas más y subo a mi habitación. Aún no me puedo creer que no volveré a ver a Nathan. Si al menos pudiese vivir con lo que hizo, si pudiera dejar atrás lo malo e intentar llevar una vida a su lado... Le amo, eso es algo que me ha costado admitir, pero que tengo más claro que cualquier otra cosa. Quizás si... ¿Podría llegar a perdonarle? Si los dos somos sinceros el uno con el otro y ponemos todas las cartas sobre mesa... Nada de mentiras ni engaños, ni medias verdades, solo sinceridad absoluta. ¿Podré llegar a perdonar lo que hizo?

Miro hacia la puerta que divide nuestras habitaciones y limpio la humedad de mis mejillas con la palma de mis manos. Solo hay una forma de averiguarlo. Cruzo el baño en una exhalación y abro la puerta de su habitación sin llamar. Nate me mira sorprendido. Está sentado al borde de la cama con la cabeza entre sus manos, llorando.

—Pero, ¿qué...?

—No te vayas —pido acercándome. Me arrodillo frente a él y pongo mis manos sobre sus rodillas. Estoy llorando de nuevo, pero no me importa. Necesito intentarlo, aunque sea por última vez—. No te vayas, Nate. Yo te amo. Si ambos somos sinceros el uno con el otro, si lo intentamos, puede que consigamos superar todo esto.

—¿A qué juegas, Juls? —pregunta levantándose de la cama y frotándose la cara con ambas manos—. ¿Te medicas?

—¿Qué? No entiendo...

—Ese trastorno de personalidad tuyo tiene que ser medicado. No puedes hacer esto. Intento entenderte, de verdad que sí, pero cada día me confundes más, y quien va a terminar encerrado con una camisa de fuerzas voy a ser yo —resopla y me mira cruzándose de brazos—. Te voy a hacer un breve resumen de nuestra relación. Nos conocemos, yo me enamoro como un imbécil de ti, pero aguanto tus idas y venidas, hoy quiero estar contigo, mañana no, te beso pero te muerdo. Me propones que nos casemos, y aunque parezca una locura, yo estoy tan perdidamente enamorado de ti que acepto dejar toda mi vida, mi familia, mis amigos, mi carrera, mis sueños, todo, por ti, y venir contigo al jodido fin del mundo. Al llegar aquí empiezas a tratarme como a un jodido perro, solo recibo por tu parte desprecios, rechazos y ofensas, pero aun así aquí sigo, una vez más con tus idas y venidas. Una noche estamos bien y a la mañana siguiente me dices que te has acostado conmigo porque me viste muy necesitado. Una y otra vez, Juls, me has humillado y maltratado y yo te lo he permitido, pero lo de hoy ha sido demasiado para mí. Me has dejado en ridículo delante de todo el mundo, así que yo digo basta, hasta aquí, y tú estás de acuerdo, es más, me pides que me vaya y me aleje de ti, pero una vez más, como no, vuelves a cambiar de idea y te presentas en mi habitación diciéndome que me amas y pidiéndome que no me vaya, que nos dé una oportunidad más. Ahora dime si no estás para que te encierren en una habitación acolchada.

—Quizás tengo razón —digo levantándome y caminando hacia él—. Así es como me siento, la borde de la locura. No sabes lo que es enamorarse de la persona a la que se supone que debes odiar. Te hago daño y yo sufro por ello.

—Pero, ¿por qué?! ¿Por qué debes odiarme?! ¿Qué mierda te he hecho yo, Juls?!

—¡A mí no, a ella! —grito enfurecida—. ¡La llevaste a la muerte! ¡Hiciste que se suicidara!

—¿Otra vez con eso?! ¿En qué demonios te afecta a ti lo que yo hice en mi pasado?! —grita él también. A estas alturas nuestros gritos ya habrán despertado a toda la casa.

—¡Me afecta! ¡Claro que me afecta! ¡Tú no lo entiendes, joder!

—¡Pues explícamelo! ¡Eso es lo que llevo pidiéndote desde que llegamos a este maldito lugar! —respira profundamente para intentar tranquilizarse y se acerca a mí sujetando mi cara con ambas manos—. Habla conmigo, nena. Dime lo que sea que tengas que decirme y aclaremos esto de una vez. Me vaya o no de esta casa, necesito saber por qué intentas odiarme. Yo no... —no dejo que termine de hablar, pego mis labios a los suyos besándole con rabia y desesperación, y aunque en un principio noto algo de resistencia por su parte, enseguida siento como su boca se abre dándome libre acceso para besarle como sé que ambos deseamos.

¿Has llamado refuerzos?

Juls

No sé por qué le he besado, no lo pensé demasiado, solo actué por impulso, me dejé llevar por lo que siento por él, y ahora no quiero ni puedo detenerme, no cuando siento sus manos apretando mi trasero y su endurecida entrepierna presionando contra mi bajo vientre. Esto es lo que quiero, lo que llevo deseando desde hace demasiado tiempo. Me he negado a mí misma mis sentimientos hacia él, me he tenido que reprimir cada vez que mi cuerpo y mi corazón me decía a gritos que mi lugar está a su lado, entre sus brazos, esos mismos brazos que ahora me alzan en peso y me sostienen mientras yo rodeo sus caderas con mis piernas.

—Nate —gimo cuando sus dientes apresan el lóbulo de mi oreja.

Nathan me aprisiona contra la pared conmigo colgada de sus caderas y empieza a deshacerse de mi ropa con prontitud. Casi me arranca el sujetador de un tirón justo antes de atacar mis pechos con su boca. Lo siento en todos lados, sus manos abarcan cada centímetro de mi cuerpo mientras yo no puedo hacer más que gemir su nombre. Mi vestido hace varios minutos que está tirado en el suelo junto a mi ropa interior. Estoy completamente desnuda mientras él sigue vestido. Eso es algo que resuelvo rápidamente, no me detengo a desabrochar su camisa, simplemente tiro hacia los lados y los botones salen volando dándome pleno acceso a su musculado pecho. Beso, arañeo y muerdo su clavícula, su cuello y sus hombros, mientras mis manos trabajan arduamente en la tarea de deshacerse del resto de su ropa. Nate se aparta levemente para poder hacer a un lado sus pantalones junto a sus boxers, y al segundo siguiente, noto cómo se clava en mi interior de una sola estocada.

—Dilo de nuevo —susurra saliendo y entrando en mí cada vez más rápido, más fuerte. Sé perfectamente lo que quiere escuchar, e intento pronunciar las palabras, pero el único sonido que sale de mi garganta son jadeos roncros provocados por el placer de sus certeras embestidas—. Dilo —ordena, esta vez con más contundencia, al igual que sus palabras, sus embestidas se vuelven más agresivas, más rudas, y eso me encanta.

—Te amo —digo con un hilo de voz mientras una oleada de placer recorre mi cuerpo de pies a cabeza. Muerdo su hombro para acallar mis gritos y clavo las uñas en su espalda notando como Nate también consigue su liberación derramándose en mi interior.

Nos quedamos en silencio un buen rato, con el sonido de nuestras agitadas respiraciones como único sonido de fondo. Tenemos que hablar, eso es algo que ambos sabemos, pero no quiero estropear este momento. Esta es la única vez que quiero permitirme olvidar, no pensar en nada que no sea Nate y yo, y lo que sentimos el uno por el otro.

—¿Estás bien? —me pregunta sacando la cabeza del hueco de mi cuello y mirándome a los ojos.

Sonríó levemente y asiento.

—Sí, llévame a la cama. No creo que pueda caminar —pido.

—¿Vas a dormir conmigo? —pregunta sorprendido.

—Solo si tú quieres, Nate —contesto pasando mis dedos entre su pelo en gesto cariñoso. Nathan cierra los ojos al sentir el contacto de mi mano sobre su cabeza y una preciosa sonrisa se instala en su cara, una sonrisa que yo echaba de menos.

—Quiero —susurra caminando conmigo en brazos hacia la cama, me deja cuidadosamente de espaldas al colchón y me cubre con su cuerpo.

Puedo notar como su miembro se endurece de nuevo en mi interior. Sonrío y aprieto el agarre de mis piernas alrededor de su cintura haciéndole entender que yo también quiero eso, que estoy preparada para darle todo lo que quiera tomar de mí, al menos esta noche.

Nate

Despierto sintiendo un leve dolor de cabeza. Creí que sería peor después de todo el alcohol que ingerí ayer, pero supongo que después de mi discusión con Juls y el posterior ejercicio físico que ambos hicimos, ayudaron a expulsar parte de ese alcohol de mi organismo. Juls anoche me dijo que me ama, hice que me lo repitiera cada vez que alcanzó el clímax, y fueron muchas veces.

Tanteo la cama aún con los ojos cerrados, esperando encontrar unas sábanas vacías y frías. No soy tan iluso como para pensar que ella sigue a mi lado, no otra vez, por eso abro mis ojos de golpe al sentir la calidez de su cuerpo bajo la palma de mi mano. Está aquí, junto a mí, durmiendo plácidamente. La observo durante largo rato hasta que no puedo resistirme a pasar mi nariz a lo largo de su cuello, beso su hombro levemente esperando no despertarla, pero no lo logro, ya que su voz me hace levantar la cabeza como un resorte y clavar mis ojos en los suyos.

—Buenos días —susurra con voz adormilada.

—Buenos días —contesto con cautela. Estoy esperando que en cualquier momento se levante de golpe y me diga que lo que pasó anoche no significó nada para ella, pero una vez más me sorprende al acercar sus labios a los míos y depositar un dulce beso sobre ellos—. ¿Qué hora es? —pregunta incorporándose levemente.

—Son las... —unos golpes en la puerta me interrumpen y Juls frunce el ceño tapándose con la sabana.

—¿Quién es? —pregunto.

—Perdón, Nate. Soy Linda —contesta al otro lado de la puerta—. Siento molestar, pero acaban de llegar unas personas que quieren verte, dicen que son familiares tuyos.

—¿Familiares míos? —murmuro mirando a Juls. Ella se encoje de hombros y echa un vistazo al reloj que hay sobre la mesita de noche.

—¡Mierda, la boda! —exclama levantándose de un salto. Queda frente a mí completamente desnuda y no puedo evitar sonreír de medio lado—. Reed, deja de mirarme con cara de pervertido y ve a ver quién demonios ha llegado —dice caminando hacia el baño—. Vamos a llegar tarde a la boda —cierra la puerta y yo me levanto tras suspirar y hago lo que me dice. Me visto con lo primero que encuentro y bajo a ver quiénes son nuestros invitados sorpresa.

Al llegar abajo, me llevo la sorpresa de mi vida al encontrar a Sonya, Alan y Debbie sentados en el sofá charlando con Seth. Mi hermana, al verme, se levanta y corre hacia mí lanzándose a mis brazos.

—Hermanito —dice abrazándome con fuerza.

—Sonya, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no me avisaste de que vendrías? —nos separamos y ella sonrío señalando a Alan.

—Tenemos algo que decirte y no creí que fuera buena idea contártelo por teléfono. Además, te echaba de menos. Casi no hablamos desde que viniste a vivir aquí.

Asiento acercándome a mi mejor amigo y abrazándole, hago lo mismo con Debbie y me giro

hacia mi hermana. Tiene razón, casi no he estado en contacto desde que me fui de Nueva York, pero no lo hice porque no estaba seguro de poder mentirle descaradamente diciéndole que era feliz en mi matrimonio, y la otra opción... Si le dijese la verdad, mi familia sabría que soy un perdedor que ni siquiera ha podido mantener a flote su matrimonio durante más de un mes.

—Por cierto, bonita casa —señala Debbie mirando a su alrededor.

—Teníais que haberla visto hace un mes, era un desastre —murmuro rodeando los hombros de Sonya con mi brazo—. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme? —le pregunto. Mi hermana mira hacia Alan que no ha abierto la boca en ningún momento. Eso es algo extraño en él, suele hablar hasta debajo del agua, pero parece... asustado y cohibido. Quizás la razón sea Seth, no deja de mirarle frunciendo el ceño—. Seth, ¿no tienes nada mejor que hacer? —inquiero fulminándole con la mirada. Él niega con la cabeza, pero se levanta del sofá.

—Iré a cambiarme para la boda. Tú deberías hacer lo mismo —dice perdiéndose escaleras arriba.

—¿Quién es? —pregunta mi hermana señalando hacia la parte superior de la casa.

—Seth es un amigo de Juls. Apareció ayer por sorpresa y va a quedarse unos días aquí.

—Demasiados invitados sorpresa —murmura Debbie—. Ha dicho algo de una boda. ¿Tienes que irte?

—Sí, así es —en ese momento suena el timbre y veo como Linda se acerca a abrir la puerta. Entra en el salón seguida de Carter que me saluda con golpe cariñoso en el hombro.

—Lo siento, tío. No sabía que tuvieras visitas.

—No pasa nada. Estos son mi hermana Sonya, su novio y mi mejor amigo Alan y mi amiga Débora. ¿Has venido a buscar a Mason?

—Sí, voy a llevarlo conmigo a la boda.

—Voy a buscarlo —susurra Linda saliendo de la sala de estar.

Asiento y Carter saluda a mis familiares, justo después Sonya se pone frente a mí agarrando la mano de Alan.

—Hermano, como veo que tienes prisa por ir a esa boda, tengo que decirte esto cuanto antes. Ya sabes cómo soy, pienso que las cosas que no te gustan hacer tienes que hacerlas cuanto antes y... Además, no es que no quiera hacerlo. El problema es que no sé cómo te lo vas a tomar. No tendrías por qué tomarlo mal ya que...

—Vale, Son. Despacio hermana, no sé de qué demonios estás hablando —Sonya siempre ha sido así, cuando está nerviosa por algo empieza a hablar sin parar y no hay forma humana de seguirle el ritmo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nos hemos casado —suelta de sopetón.

—¿¿Qué?! —exclamo sorprendido. Miro hacia Alan y él asiente con la cabeza confirmando lo que ha dicho mi hermana—. ¿¿Cómo?! ¿¿Cuándo?! ¿Por qué no sabía nada de esto?

—Hermanito, tú eres el menos indicado para hacer esa pregunta —señala mi hermana cruzándose de brazos—. Te recuerdo que tú hiciste lo mismo.

—¿Mamá y papá? —niega con la cabeza. Ellos tampoco se enteraron hasta que ya estaba hecho.

—Tenías que haber visto la cara de tu madre cuando lo supo —dice Debbie aguantándose la risa—. Con las ganas que tenía de hacer una boda por todo lo alto y resulta que sus dos hijos se casan a escondidas y no invitan ni a la familia.

—Pero, ¿por qué? —Sonya abre la boca, seguramente para soltarme alguna fresca, pero la detengo alzando una mano—. Ya sé que yo también lo hice, pero lo mío fue un impulso. No entiendo por qué vosotros dos tomasteis esa decisión. ¿Tú no piensas decir nada? —le pregunto a

mi mejor amigo, y ahora mi cuñado.

—¿Qué quieres que diga? Nos casamos y punto —contesta encogiéndose de hombros. Actúa de forma muy extraña. Como si quisiera salir huyendo en cualquier momento.

Me froto la cara con las manos y clavo mi mirada en mi hermana pequeña. Hay algo que se me escapa en toda esta historia. Alan no es el tipo de hombre que se casa sin más, y menos con mi hermana.

—Son, no entiendo nada. Se supone que tú aún querías terminar el master antes de saber qué hacer con tu vida. Esto es... raro como mínimo.

—Ya pensé en eso, Nate. No te preocupes ¿vale? No voy a dejar de lado mis estudios.

—Y ¿cómo vais a manteneros? Aquí tu marido no tiene ningún empleo fijo, ¿me equivoco? —le pregunto a él directamente. Alan desvía la mirada y aprieta la mandíbula con fuerza.

—Eso también está resuelto. Alan se ha mudado conmigo a casa de nuestros padres y ya está trabajando en la empresa. En cuanto podamos, nos independizaremos.

Suspiro y niego con la cabeza, pero al ver el gesto serio de mi hermana alzo las manos en son de paz.

—Está bien, yo no digo nada. Si vosotros estáis seguros, yo no soy quién para deciros lo que tenéis que hacer —miro el reloj y resoplo—. Mierda, tengo que vestirme. Vóy a llegar tarde a la boda.

—¿Podemos quedarnos aquí? —pregunta mi hermana.

—Sí, claro. Yo tengo que ir a la boda, pero intentaré volver pronto.

Les oculto el hecho de que quizás este sea el último día que pase en esta casa. Mi idea anoche era irme después de la boda, pero después de lo que pasó entre Juls y yo, ya no estoy seguro de nada. Tengo que hablar con ella cuanto antes. Pero ahora no hay tiempo, ya que veo como mi esposa baja las escaleras vestida con un precioso vestido gris plata que le sienta como un guante. Está preciosa, y sonrío, me sonrío a mí.

—Ya deberías estar listo para irnos, Nate. Vamos a llegar tarde a la... —se detiene a mitad de la frase al darse cuenta de que no estamos solos. Mira a mi hermana, Alan y Debbie y frunce el ceño mirándome a mí de vuelta—. ¿Has llamado refuerzos? —sisea pasando por mi lado sin que nadie la escuche.

¿Pero qué...? Suspiro armándome de paciencia. «Señoras y señores, la chica bipolar ha vuelto», pienso. Veo como Juls saluda a mis familiares y también a Carter que ya tiene a su hijo en brazos.

—¿Por qué no os venís también a la boda? —sugiere Carter.

—Es una buena idea. ¿A tu hermano y a Jo no les importará? —pregunto.

—Claro que no. Todo el pueblo está invitado.

—No creo que tenga nada que ponerme para una boda —murmura Debbie.

—Yo sí —aclara mi hermana—. Creo que puse un par de vestidos en la maleta, te prestaré uno. Nate, ¿puedes prestarle un traje a Alan?

—Claro, estoy acostumbrado a que use mi ropa —digo en broma—. Dime que has dejado de usar ese dichoso perfume de melón. No hay forma humana de sacar el olor de la ropa.

—¿Eh! A mí me encanta es perfume —replica Sonya abrazando a su marido por la cintura.

—Bien, todos a cambiarse de ropa —ordena Juls en tono autoritario—. Tenemos media hora para llegar al rancho Wolfheart. Carter, ve delante y avisa que va a haber tres invitados más —Carter asiente y todos cumplimos su orden.

Tardamos veinte minutos en reunirnos de nuevo todos en el salón, menos Carter que ya se ha ido y mi hermana, que conociéndola, aún tardará un rato más. Linda se ha encargado de preparar

un par de habitaciones para nuestros nuevos invitados.

—Tendríamos que ir saliendo ya —susurro mirando mi reloj.

—Bien, de todos modos no cabemos todos en el coche. Avisaré a Aaron para que lleve a Sonya y nosotros nos adelantamos —resuelve Juls.

Nos subimos al todoterreno de Juls, y esta vez no permito que Seth ocupe el asiento delantero. No voy a dejar que me humillen delante de mi familia. Además, aún no sé en qué punto estamos mi esposa y yo, pero no mueve ni un gesto cuando me siento a su lado, solo arranca el vehículo y partimos hacia nuestro destino.

No tardamos en llegar y se nos hace complicado encontrar un sitio para aparcar, la parte delantera de la casa Wolfheart está a rebosar de coches. La ceremonia y posterior banquete van a celebrarse en una carpa que han dispuesto en el jardín trasero. Es algo extraño que hagan una boda al aire libre en pleno invierno, pero entiendo el motivo cuando llegamos al lugar indicado. Un montón de estufas exteriores están repartidas a lo largo del jardín caldeando el ambiente de tal forma que resulta agradable.

Las cartas sobre la mesa

Juls

La ceremonia ha sido bonita, extraña, pero bonita. Alec nos sorprendió a todos trayendo a Johanna esposada a su mano mientras sonaba de fondo una canción de Art of Dying. No es lo común para una marcha nupcial, pero yo no me quejo, era una de mis canciones favoritas. El novio solo liberó a la novia en el momento en que tuvieron que intercambiarse las alianzas y bajo amenaza de su ya esposa de marcharse en ese mismo momento y dejarlo plantado en el altar si no la soltaba. Lo dicho, todo muy extraño.

Tras felicitar a los novios, pasamos a la zona donde hay docenas de mesas esparcidas para degustar comidas típicas de la zona. En nuestra mesa están la familia y los amigos más allegados de los novios. Estamos, Jack Callaghan, Norah Wolfheart, Laura Turkel, Nadia, Jay, Carter, Patrick, Megan, Robbie, Chris, Camila, Nate, yo, Seth, Alan, Sonya y Debbie. Estos últimos no son amigos de los novios, pero son familiares nuestros, así que los han ubicado con nosotros.

Durante la comida, Nate ha estado hablando animadamente con Jay, Robbie, Chris, Patrick y Carter, sobre un partido de fútbol que quieren organizar para navidad junto con Alec. No me había dado cuenta de lo bien que se lleva mi marido con Alec y sus amigos. Supongo que nunca he prestado atención a esos detalles. En realidad, no le he prestado atención a él en general. Pero si esto funciona, si conseguimos resolver nuestros problemas, podré estar más atenta.

Esta noche tenemos que hablar. Él dijo que se iría después de la boda, pero con su hermana y sus amigos aquí... No sé exactamente por qué han venido. Nada más verlos, pensé que los había llamado Nate para que vinieran por él, pero al escucharlos hablar, me he dado cuenta de que me equivocaba. Sonya y Alan se han casado y querían comunicárselo a Nathan. Lo que no entiendo aún, es qué demonios hace Débora aquí.

Alan resopla apartando su plato y vuelve a hacer una mueca de disgusto. ¿Qué demonios le pasa? Cuando conocí al amigo de Nate, era todo sonrisas y bromas, y ahora parece asustado, preocupado.

—¿Qué le pasa a Alan? —pregunto a Nate en voz baja para que solo él me escuche. Está sentado justo a mi lado y se gira hacia mí como si estuviese sorprendido de que le esté hablando.

—No tengo ni idea —contesta en un susurro—. Hablaré con él después. Supongo que el matrimonio le ha sentado mal. Supongo que estar casado no es siempre como esperamos.

Alzo una ceja entendiendo que no solo está hablando de Alan y voy a contestarle cuando veo como Andrea Morrison se acerca a nuestra mesa. Lleva puesto un vestido largo color nude, que marca cada una de sus exuberantes curvas.

—Hola, Nate —saluda directamente a mi marido. Parece ser que todos los demás solo estamos de adorno—. Ayer te dejaste tu sombrero en mi casa. Pensé en llamarte, pero cuando lo encontré ya era tarde. Puedes recogerlo mañana cuando vengas, pero no quería que estuvieses buscándolo sin necesidad.

¡¿Qué?! ¡¿Ayer?! ¡¿Mañana?! ¡¿Qué demonios está pasando aquí?!

—Gracias, Andy —contesta él con una sonrisa—. Ni siquiera me había dado cuenta de que me faltaba.

—¿Cómo está, señora Morrison? —pregunto para hacerme notar. Si esta... señora, piensa que puede ligarse a mi marido en mis jodidas narices, está muy equivocada.

—Hola, querida. Llámame Andy, por favor.

—Lo siento, señora. No me siento cómoda tuteándola —señalo sonriendo cínicamente—. Ya sabe, por eso de la diferencia de edad —veo cómo pierde su sonrisa y Nate me mira sorprendido.

—Juls —susurra reprendiendo mis modales.

—¿Qué, cariño? No he dicho nada malo —digo con fingida inocencia—. La señora Morrison tiene edad para ser mi madre. No me siento cómoda tratándola de tú.

—Juls, basta —sisea.

—No te preocupes, Nate. No me molesta. Tú esposa tiene razón. En realidad bien podría ser su madre, pero yo creo firmemente en la idea de que la edad es solo un número. Lo importante es cómo te sientes, y yo me siento como una chiquilla.

—También lo pareces —le dice Nathan sonriendo.

Veo al otro lado de la mesa como Megan hace un gesto con sus dedos como si estuviese a punto de vomitar, y tengo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Ya hemos hablado varias veces de Andy Morrison y a ninguna de nosotras nos cae bien.

—Eres un cielo, querido —veo como pone una mano sobre su hombro de manera muy familiar y la falsa sonrisa que tenía en mi cara, se esfuma junto a mi paciencia.

—Señora Morrison, ¿ha tenido algún amante tras la muerte de su esposo? —pregunto de sopetón atrayendo la mirada de todos mis compañeros de mesa y provocando que Chris escupa la cerveza que estaba bebiendo sobre Robbie.

Escucho como Megan suelta una carcajada, no sé si por mi pregunta o por el baño de cerveza que acaba de recibir su novio.

—Juls, ¿qué te pasa? —pregunta Nate otra vez en tono de reprimenda.

—Lo siento, creo que he formulado mal mi pregunta. Solo pienso que una mujer que se mantiene tan... en forma, como la señora Morrison, debería tener alguien a su lado para hacerle compañía —clavo mis ojos en los de la susodicha y vuelvo a sonreír de manera burlona—. Preferiblemente un hombre que no esté casado.

—¡Juls! —exclama Nathan.

Vale, quizás esta vez me he pasado un poco. Me doy cuenta de ello al ver que hasta Megan se ha sorprendido por mi insinuación.

—Sí, querida. Tienes razón —contesta “Andy” sin perder la sonrisa—. Por supuesto que nunca me acercaría a un hombre casado. Claro está, a no ser que ese hombre no estuviese satisfecho con su matrimonio actual. Hay mujeres que no saben apreciar a sus maridos y al final estos acaban marchándose.

La asesino con la mirada y tengo que hacer gala de todo mi autocontrol para no levantarme y arrastrarla de los pelos. ¡Será zorra! Siento como Nate pone una mano sobre mi pierna por debajo de la mesa y le fulmino con la mirada. No quiero ni que me mire el muy...

Tras unos segundos en los que nadie se atreve a decir nada, Andrea se despide y regresa a su mesa. Yo ni siquiera levanto la mirada, porque si miro a Nate probablemente acabemos dando un espectáculo en mitad de la jodida fiesta. Poco a poco, todos abandonan la mesa para unirse a los novios en la pista de baile, incluso Nate se va a bailar con su queridísima Debbie. Solo quedamos en la mesa, Laura, Seth y yo.

—No dejes que te afecte, cielo —dice Laura llamando mi atención—. Las mujeres como

Andrea Morrison, carecen del sentido del ridículo. Piensan que el dinero y la ropa cara son suficientes para tener el mundo a sus pies. Lo mejor es ignorarla.

—Ya, mi marido no piensa así —siseo mirando hacia la pista de baile donde veo a Nate bailar abrazado a su exnovia.

—Tu marido no es imbécil, muchacha. Tiene a una mujer hermosa a su lado.

—Ya lo veo —murmuro sin perderlo de vista.

—Bien, ya que esta tozuda mujer no me hace ni puñetero caso, invítame a bailar —le dice a Seth. Él sonríe y extiende su mano como todo un caballero para acompañarla a la pista de baile.

Nate

Tras bailar durante más de una hora con Debbie, decido ir a buscar una copa. Me acerco a Nadia que está haciéndole monerías a Mason que está en brazos de Patrick y con Carter al lado.

—Hola —me saluda Nadia cuando llego a su lado.

—Hey, ¿qué tal, colega? —digo revolviéndole el pelo al pequeño.

—Menuda escenita nos ha regalado tu mujer y Andy —murmura Patrick ganándose una mirada asesina de Carter.

Voy a contestar, pero Nadia se me adelanta.

—La verdad es que a mí esa señora me cae fatal, y lo peor es que no deja de insistir para que le lleve la contabilidad de su negocio de cría de caballos. Ya no sé cómo librarme de ella.

—Recuerda que yo estoy primero —señala Robbie uniéndose a nuestro grupo.

—Mierda, no puedo con tanto trabajo. Voy a tener que contratar a un asistente —se queja Nad.

—¿Qué pasa? ¿Tanto te cuesta llevar la contabilidad del rancho? —pregunto extrañado. Según tengo entendido, Nadia cursó la carrera de economía.

—No es eso. El rancho lo llevo bien, pero ahora llevo dos ranchos en uno, el Wolfheart y el Callaghan, eso junto con el de Rob y el negocio que ha montado Chris por su cuenta con los toros de rodeo... Estoy desbordada de trabajo.

—¿Has pensado en unificar el trabajo? —Todas las miradas se dirigen a mí.

—¿Cómo así?

—Imagina que no son empresas independientes, sino una sola empresa. Haces un croquis por bloques de todos los gastos y ganancias, le restas las inversiones a largo plazo y solo después de obtener las primeras cifras, separas las cuentas. Es más sencillo si lo haces de este modo, así no tienes que hacer los cálculos de todas las veces. Tienes una base que te sirve para todas las cuentas que quieras llevar.

—Mierda, eso me interesa —murmura Robbie.

—Sí, tiene sentido —señala Nadia sonriendo—. ¿Cómo sabes eso? ¿Dónde lo has aprendido?

—Estudié empresariales en la NYU. Además, mi padre es el dueño de una de las empresas de importación y exportación más grandes del país. He aprendido bastante de él.

—¿Llevas tú las cuentas del rancho Ca... Black? —pregunta Patrick.

—Eh... no. De eso se encarga Juls, supongo.

—Me ha pedido a mí que le eche una mano en cuanto tenga un hueco —susurra Nadia sin mirarme.

Ya, eso no me sorprende. No creo que Juls confíe en mí como para dejarme llevar la contabilidad y gerencia del rancho.

Tras ese incomodo momento en el que una vez más, sentí como todos se compadecían de mí, busqué a Juls, pero la encontré bailando con Seth, para no variar.

—Si me permites, me gustaría bailar con mi esposa —digo en tono arisco tocando el hombro

de Seth. Él asiente y se aparta hacia un lado dejándome espacio para que pueda acercarme a Juls. No digo nada más, solo la sujeto por la cintura y ella rodea su cuello con mis brazos mientras la canción “Just give me a reason” de Pink y Nate Ruess comienza a sonar—. ¿Puedes explicarme a que ha venido la escenita de antes? —pregunto buscando su mirada.

—Mejor, por qué no me explicas tú a qué vienen tantas confianzas con esa mujer. Creí que apenas os conocíais.

—Nos encontramos por casualidad hace un par de semanas y desde entonces hemos quedado para comer casi a diario. Tiene una muy buena colección de arte en su casa y...

—¿Qué?! ¿Vas a su casa a comer con ella?! Esto es increíble —murmura para sí misma—. ¿Por eso no has aparecido en casa para comer todos estos días? ¿Porque estabas con esa mujer?

—Sí, por eso y porque no soporto tu rechazo, tu indiferencia y la forma en la que me tratas —contesto de mala leche.

—Claro, esa es una muy buena excusa para follarte a otra mujer —dice sonriendo de manera cínica. Odio cuando hace eso—. Aunque ya me lo advertiste, que si tenías ganas de echar un polvo te sobran mujeres con quien hacerlo.

¿Habla en serio?! ¿De verdad piensa que la he engañado?! ¿Qué concepto tiene esta mujer de mí?

—Al menos ella no se acuesta conmigo por hacerme un favor —contesto sin pensar y con la única intención de devolverle el golpe. Veo como parpadea sorprendida y deja de bailar. Mis palabras la han herido y, aunque no debería arrepentirme ya que ella me ha hecho muchísimo más daño a mí desde que nos conocemos, lo hago. Me arrepiento en el instante que las palabras salen de mi boca—. Nena, yo no...

—¿Sabes qué? Espero que lo pases bien tirándote a la abuelita —replica antes de salir casi corriendo de la pista.

Me froto la cara con ambas manos en un gesto de frustración. Siempre pasa lo mismo. Cuando pienso que quizás podemos llegar a resolver nuestros problemas, todo se va a la mierda sin más. La verdad, ya no creo que esto tenga solución.

Un par de horas después de oscurecer, ya solo quedamos nosotros y los familiares de los novios, y estos últimos también están a punto de irse. Se supone que van a pasar unos días en una cabaña en mitad de la montaña, los dos solos a modo de luna de miel.

En el trayecto de vuelta a casa, Juls no me dirige ni una sola mirada. Sigue furiosa, lo noto en la forma en la que agarra el volante con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. Entramos en casa y enseguida todos se retiran a sus habitaciones. Hemos cenado algo antes de salir del rancho Wolfheart y quien más y quien menos, se ha tomado un par de copas, así que todos estamos cansados, pero para mí aún no ha terminado la noche. No pienso dejar pasar ni una hora más antes de hablar con Juls. Necesito saber si tengo que hacer la maleta cuanto antes.

Entro en su habitación sin llamar a la puerta y ella me fulmina con la mirada.

—Puerta, nudillos, educación —dice cruzándose de brazos.

—Tenemos que hablar, Juls.

—¿Hablar? No creo que tengamos nada de lo que hablar.

—¿En serio? Yo juraría que anoche me pediste que pusiéramos las cartas sobre la mesa, que fuéramos sinceros el uno con el otro de una vez por todas.

—Eso fue antes de saber que te estabas acostando con esa “señora” —contesta apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Juls, Sabes perfectamente que no me he acostado con ella.

—¿Lo sé? Yo no sé una mierda, Nathan.

—¿De verdad piensas que te he engañado? —pregunto caminando hacia ella.

—Solo has encontrado un nuevo objetivo, ¿no? Una tonta más a la que engañar para poder sacarle dinero —¿Qué? ¿De qué demonios está hablando? —. Ese es tu modus operandi, ¿no? Ya que conmigo no has sacado nada, buscas a otra.

—¿De qué coño estás hablando?! ¿Nuevo objetivo? ¡Habla claro de una puta vez! —grito perdiendo los nervios. Una vez más, no vamos a dejar descansar a nadie con nuestros gritos.

—¡Hablo de lo que le hiciste a ella! ¡La enamoraste, la usaste, hiciste que te diera hasta su último centavo y después la desechaste que si fuese un puto pañuelo usado!

—¿Qué?! ¡Yo no hice eso! ¡¿De qué hablas?! —camina de un lado a otro resoplando como un toro. Está desquiciada—. Estás loca, Juls. De verdad, hazte ver eso, porque no es normal.

—¿Loca? No, yo no estoy loca. Loca la volviste a ella. ¡Hiciste que se matara, joder!

—¿Vas a volver con eso? Ya te dije que yo no tuve la culpa. ¡Estaba enferma! —grito—. Además, ¿A ti que mierda te importa lo que hice en mi pasado?!

—¡Claro que me importa, porque se lo hiciste a mi hermana! —grita desgañitada—. ¡Hiciste que se volara la cabeza, maldito hijo de puta! ¡Esas son las consecuencias de tus acciones!

—¿Tu hermana? —pregunto confundido—. Juls, yo no conozco a tu hermana. No sé de qué me estás hablando.

—¡Claro que lo sabes! No te hagas el tonto conmigo. Lo sé todo, Nathan. He visto el mensaje que le enviaste dejándola, donde decías que nunca la has querido, que solo la usaste para sacarle todo su dinero.

—Juls, ¿de qué demonios estás hablando?

—¡De Holly! ¡Deja de hacerte el tonto de una vez! ¿De verdad pensabas que ibas a engañarme con esa historia de que estaba enferma y amenazaba con suicidarse? Lo supe desde un principio. ¡El único motivo por el cual me casé contigo fue para hacerte pagar por su muerte!

—¿Qué? —susurro sintiendo como mi corazón se parte en mil pedazos.

—Querías poner las cartas sobre la mesa, muy bien. Mis cartas están a la vista, ahora enséñame las tuyas. ¡Admite de una puta vez que engañaste a Holly, admite que fuiste el culpable de que ella se pegara un jodido tiro en la cabeza!

—Juls —susurro negando con la cabeza mientras siento como las lágrimas empiezan a correr por mi cara—, yo no conozco a ninguna Holly. De la persona de quien te hablé, era Mónica, mi exnovia. Se suicidó cuando estábamos en la universidad. Estaba enferma y no pude evitarlo.

La verdad

Juls

—¡No, no, no! —abro el cajón de mi mesita de noche y saco el arma, la levanto y apunto a Nate con ella—. Con esta pistola mi hermana se quitó la vida, pero fuiste tú quien la mató.

—¿Vas a matarme? —pregunta dando un paso hacia mí—. Hazlo si quieres, pero eso no va a cambiar la verdad. Yo no conocí a tu hermana.

—¡Deja de mentir! —me limpio las lágrimas de un manotazo y cargo el arma—. ¡Tengo pruebas! ¡Tengo tu foto, el mensaje que tú le enviaste!

—¡Enséñamelas! —se acerca más a mí hasta que el cañón de la pistola queda a escasos centímetros de su rostro y clava sus ojos en los míos—. Enséñame esas pruebas, Juls. Te juro que si consigues probar que fui amante de tu hermana, yo mismo me pondré esa pistola en la boca y apretaré el gatillo.

—¡Bien! —dejo el arma sobre la mesita y saco del cajón el móvil de Holly—. Ahí tienes tus pruebas —digo lanzando el aparato sobre la cama. Nate lo coge y empieza a revisarlo. Respiro profundamente para intentar tranquilizarme y me acerco a él—. Ahí está tu foto, Nate, sobre tu moto y con tu cazadora de cuero. También el mensaje que le enviaste, así que no pienses siquiera darme alguna otra excusa —veo como niega con la cabeza mientras las lágrimas caen en cascada por su cara. Yo también estoy llorando, y me siento devastada porque sé que este es el final. A partir de ahora ninguno de los dos va a poder fingir que esto no ha pasado. Me acerco más y me agacho frente a él viendo como aprieta el teléfono con fuerza—. Yo te quiero, Nate —susurro colocando mis manos sobre sus rodillas—. Quiero perdonarte, de verdad que sí, pero necesito que admitas lo que hiciste, necesito que lo digas.

Levanta la mirada y vuelve a negar con la cabeza sollozando como un niño pequeño.

—No lo entiendes, Juls. Todo esto es un error. Este hombre no soy yo —señala la pantalla del teléfono y llora con más fuerza.

—Nate, por favor, di la verdad de una vez. ¿No entiendes que nada de lo que digas va a hacer que te crea?

—Es que tienes que creerme, Juls. Este no soy yo —insiste.

—Si no eres tú, ¿quién es, tu hermano gemelo? —me burlo frustrada.

—No, es Alan.

—¿Qué?! ¡Esto es ridículo, Nate! —exclamo levantándome y empezando a caminar de un lado a otro de la habitación—. ¿Ahora vas a acusar a tu mejor amigo por no asumir tu responsabilidad?

—No lo estoy acusando. ¡Es él! No necesito verle la cara para saberlo, le conozco.

—¡Es tu ropa, tu moto! ¡Deja de mentir de una puta vez! —grito volviendo a perder los nervios.

—Alan siempre lleva mi ropa. Se ha puesto esa cazadora cientos de veces. Y mi moto la usa él más que yo. ¡Es él, maldita sea! ¡Tienes que creerme!

—Nathan, eso no tiene ningún sentido. Mi hermana sabía tu nombre y tu profesión, fue así

como te encontré, hasta ese puto mensaje fue enviado desde tu teléfono —veo como coge rápidamente el teléfono que había dejado sobre la cama y se limpia las lágrimas antes de empezar a toquetearlo—. ¡¿Qué coño haces ahora?!

—Demostrarte quien es el verdadero culpable de la muerte de tu hermana —contesta llevándose el teléfono al oído.

Escucho como un móvil empieza a sonar y Nate sale de la habitación corriendo siguiendo el sonido del tono de llamada. ¡¿Qué mierda está pasando?! ¿Por qué no es su teléfono el que suena?

Nate

Abro la puerta de la habitación de Alan y mi hermana con tanta fuerza, que el sonido de la madera golpeando contra la pared retumba por toda la casa. Alan está de pie frente a la cama con el teléfono en la mano que aún sigue sonando.

—¡Maldito hijo de puta! —grito corriendo hacia él y lanzando un puñetazo que lo manda directamente al suelo—. ¡Farsante desgraciado! ¡Te hiciste pasar por mí para engañar a una pobre chica!

—¡¿Qué demonios haces?! —pregunta Sonya arrodillándose junto a su marido para comprobar su estado. Está sangrando por la nariz— ¡Maldita sea, Nathan! Te hemos escuchado discutir con tu mujer. Si tienes problemas en tu matrimonio, resuélvelos tú solito.

—¡Mis problemas han sido creados por el desgraciado que tienes como marido! Pregúntale lo que le hizo a la hermana de Juls. ¡La engañó! ¡Le sacó todo su dinero y le envió un mensaje diciéndole que no le quería, y todo eso haciéndose llamar Nathan Reed! —mi hermana mira a Alan abriendo mucho los ojos y niega con la cabeza.

—No es cierto. Eso no puede ser —susurra.

—¡Lo es! —le tiendo el teléfono de Holly—. Este es teléfono desde el que acabo de llamar a Alan, en él hay una foto de tu marido con mi moto y mi cazadora de cuero, también está el mensaje que le envió a Holly terminando con ella.

Sonya coge el teléfono y empieza a revisarlo, se sienta a los pies de la cama con él en la mano y veo como comienza a llorar mientras lee en voz alta.

—Hola. Sé que hace días que intentas contactar conmigo, pero he estado ocupado. Creí que lo entenderías al no contestar tus llamadas ni tus mensajes, pero por lo visto necesitas algo más que indiferencia para entender que lo nuestro se acabó. En realidad, nunca existió nada entre nosotros, nada real al menos. Tú solo fuiste un medio para llegar a un fin. Supongo que está de más decir lo siento, porque en realidad no lo hago. Te agradezco que hayas sido tan tonta como para confiar en mí y darme todo tu dinero, pero ahora que ya no tienes más y estás prácticamente en la ruina, ya no me sirves para nada —respira profundamente y mira a Alan que se está levantando del suelo, antes de seguir leyendo—. Lo bueno de esto es que no voy a tener que seguir fingiendo que te quiero. Si te sirve de consuelo, quiero que sepas que ya tengo un nuevo objetivo en mente, una chica rica y de buena familia con la que voy a poder disfrutar de la vida que siempre he querido. No creo que tarde en casarme con ella —se detiene de nuevo y le envía una mirada furiosa a su marido—. ¡¿Esa chica soy yo?! ¡¿Soy la nueva tonta a la que has engañado?!

—Son, cariño, no puedes creerle. Tu hermano se ha vuelto loco, yo no sé nada de ninguna Holly —se excusa Alan acercándose a ella, pero Sonya se aparta de él como si le asqueara su contacto.

—No puede ser —susurra Juls a mi espalda. Me giro para mirarla y compruebo que sigue llorando mientras mira a Alan con rabia, pero enseguida desvía su mirada hacia mí y me apunta con el dedo—. ¡No! Fuiste tú. Yo te investigué. El hombre que engañó a mi hermana se llama

Nathan Reed, es fotógrafo y vivía en Nueva York. Incluso tu padre me advirtió sobre ti cuando supo que nos habíamos casado, me dijo que me cuidara de ti para no acabar como tu exnovia.

—Hablaba de mi hermana —anuncia Debbie entrando en la habitación, tras ella está Seth que se mantiene en silencio—. Mi hermana Mónica y Nate tuvieron una relación, pero ella tenía problemas mentales y... Él no tuvo la culpa. Mónica ya había intentado suicidarse antes de empezar a salir con él. Nathan permaneció a su lado durante mucho tiempo, solo para no provocarle una crisis. Mi hermana lo mantenía a su lado bajo chantajes, amenazaba con matarse si él la dejaba —me mira a mí y una leve sonrisa se dibuja en su rostro—. Ni yo ni mis padres le culpamos por su muerte. Al contrario, entendemos que él no podía seguir viviendo al lado de una mujer que no amaba, solo por miedo a que ella se lastimara a sí misma.

—¿El dinero? —susurra Juls mirándome—. El dinero que tú me diste para el rancho...

—Ese dinero, parte me lo dejó Mónica como herencia. Yo nunca quise cogerlo, pero...

—Nosotros insistimos —me interrumpe Debbie—. Mis padres y yo casi le obligamos a aceptar la herencia de mi hermana. Era lo mínimo que merecía después de haber aguantado todo lo que aguantó con ella.

—No puede ser, no puede ser —murmura Juls andando de un lado a otro de la habitación, prácticamente tirándose de los pelos—. Yo estaba segura, yo... —alza su mirada hacia mí y niega con la cabeza mientras las lágrimas corren por su cara—. No lo sabía, Nate. Todo me llevó a ti. Era tu nombre, tu profesión, hasta tu propio padre... Fue un error.

—¿Un error? —pregunto dando un paso hacia ella—. ¿Qué fue un error, Juls? ¿Casarte conmigo para hacerme pagar por la muerte de una persona que ni siquiera conocía? ¿Podrías haber hablado conmigo y nada de esto habría pasado!

—¡No podía! ¡Tenía que hacer que confiaras en mí para traerte aquí! ¡Tenías que darme todo tu dinero y vivir aquí, conmigo, sufriendo lo mismo que sufrió mi hermana! ¡Tenía que vengarme de ti!

Su declaración a gritos, me hace dar un par de pasos hacia atrás. Todo fue mentira. Nunca me ha querido, solo se casó conmigo por venganza, pero no era real. He vivido en una mentira desde que la conocí.

—Anoche te pregunté por qué te habías casado conmigo, pero me mentiste. Te pedí que por una vez fueses sincera conmigo, pero una vez más no lo hiciste. Todo ha sido una sarta de mentiras enlazadas. Supongo que ni nuestro primer encuentro fue casual, ¿verdad? —niega con la cabeza—. Solo te casaste conmigo para vengar la muerte de tu hermana —me limpio las lágrimas de un manotazo y señalo a Alan con el dedo—. Ahí tienes al asesino de tu hermana, ahora cástate con él y hazle vivir el infierno que me hiciste pasar a mí.

—Nate, no, escúchame, por favor —suplica acercándose a mí.

—No, escúchame tú a mí, Juls. No quiero volver a verte nunca más en lo que me resta de vida.

Juls

No puede ser. Esto no puede estar pasando. Yo estaba segura de que había sido él y ahora... No, no, no. Nate es inocente, siempre lo ha sido, y yo le he tratado peor que a un animal, he hecho cosas que... Nunca me lo va a perdonar. Puedo ver el odio y la rabia con la que me mira. Le he perdido para siempre.

—Nate, por favor —suplico de nuevo dando otro paso hacia él—. Yo te quiero, te juro que intenté odiarte, pero no pude. Me enamoré de ti y me estaba matando hacerte sufrir —niega con la cabeza caminando hacia atrás—. Por favor —susurro mirándole a los ojos.

—Se acabó, Juls. Ya no tienes por qué seguir fingiendo. Lograste tu objetivo, te vengaste, pero

de la persona equivocada —mira hacia Alan y aprieta la mandíbula—. ¿No vas a decir nada, cabrón? ¿Ni siquiera intentarás defenderte?

—Creo que ya lo habéis dicho todo —contesta limpiándose la sangre de la nariz con la manga de la camisa—. Necesitaba el dinero y Holly me lo dio. No tengo la culpa de que se suicidara. ¡Ni siquiera lo sabía! En cuanto llegué aquí, me di cuenta de que esta era su casa y que Juls era su hermana, esperaba que apareciese en cualquier momento. ¡Yo no lo sabía, joder! No tienen el mismo apellido, el de Holly era Carrington, el mismo nombre de su rancho.

—Yo soy Julia Carrington, ese era el apellido de mi padre, pero empecé a usar el de mi madre y mandé cambiar el nombre del rancho porque...

—Porque pensaste que yo lo reconocería —susurra Nate para sí mismo. Me mira y vuelve a negar con la cabeza—. ¿Hay algo de lo que me has dicho que no sea mentira?

Agacho la cabeza llorando en silencio. Tiene razón. Me merezco su desprecio.

—¡Hey! No podéis culparme a mí por lo que hizo esa loca —dice Alan ganándose una mirada asesina por mi parte—. Si se mató fue porque quiso.

—¡La dejaste en la ruina, maldito hijo de perra! —grito señalándole con el dedo—. Estaba a punto de perder el rancho, nuestra herencia familiar, incluso llegó a robarle dinero a Alec para dártelo a ti, porque tú siempre le pedías más. ¡¿No tienes la culpa?! ¡Se voló la cabeza por lo que tú le hiciste! —salgo de la habitación a toda prisa y cuando vuelvo a entrar todos me miran espantados. Tengo el arma que acabó con la vida de mi hermana en la mano—. Con esta pistola mi hermana se quitó la vida, creo que es justo que tú también mueras con ella —le apunto con la pistola y la cargo viendo como palidece.

—Escucha, por favor, Juls. No quieres hacer esto —suplica levantando las manos.

—Por supuesto que quiero hacerlo. No solo acabaste con la vida de mi hermana, también destrozaste la mía e hiciste que yo me convirtiera en un jodido monstruo capaz de hacer un infierno de la vida del hombre al que amo.

—Juls, suelta el arma —escucho que dice Seth—. Tú no eres una asesina, aguilucha. Este parasito tendrá lo que se merece, pero no a costa de que pierdas tu libertad y tu humanidad. No vale la pena, cariño.

—No puedo —susurro entre sollozos—. Por su culpa mi pajarita está muerta, y Nate me odia. Los he perdido a los dos.

—Juls, dame la pistola —dice Nathan estirando su brazo hacia mí. Le miro y lloro con más fuerza—. Seth tiene razón. No vale la pena.

Bajo mi brazo y Alan sale corriendo antes de que nadie pueda detenerlo. Seth corre tras él, pero vuelve enseguida negando con la cabeza.

—Se ha escapado —murmura contrariado.

Miro hacia Nate y él me devuelve la mirada antes de salir de la habitación. Sonya está destrozada, no deja de llorar mientras Débora intenta consolarla. Yo salgo de la habitación y corro tras Nathan pero cuando llego a la puerta, él ya no está. Se ha ido para siempre y es culpa mía. Nunca me va a perdonar. Yo misma no me perdonaré jamás todo el daño que le hice. Sin darme cuenta, rememoro todas las veces que él intentó acercarse a mí y yo le rechacé, cada vez que me burlé de él y le ofendí, todas las veces que le humillé y le hice sentir una porquería. Esa soy yo. La mujer que llegó a su vida y la destrozó sin más. Le hice exactamente lo mismo que el hijo de puta de Alan le hizo a mi hermana, pero lo mío aún fue peor porque yo era plenamente consciente del daño que le estaba haciendo, quería hacérselo. ¿En qué me convierte eso? ¿En qué me he convertido? En un monstruo, un ser despreciable que no merece nada, ni siquiera respirar. Miro hacia mi mano derecha sintiendo el peso del arma, y la alzo apoyando el cañón contra mi sien.

—Nos vemos pronto, pajarita —susurro antes de apretar el gatillo.

Nate

Corro durante lo que me parecen horas hasta llegar a mi destino. Toco al timbre insistentemente y Andy me abre la puerta sorprendida.

—Nate, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Estás bien? —pregunta con cara de preocupación.

—¿Sigue en pie el trabajo que me ofreciste? —inquiero ignorando sus preguntas.

—¿Qué? Sí, claro que sí, pero ¿qué ha pasado? Ven, entra —abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que pase al interior de la casa.

—Gracias —susurro cuando me tiende una taza de café recién hecho. Me he sentado en el sofá y ella lo hace a mi lado.

—¿Vas a explicarme por qué vienes a mi casa en mitad de la madrugada a preguntarme por un trabajo que has rechazado una docena de veces? —asiento y se lo cuento todo, la historia completa. Empiezo desde que Juls y yo nos conocimos hasta esta noche cuando he descubierto su engaño y el motivo por el cual se acercó a mí—. Wow, es muy fuerte lo que ha pasado entre vosotros —comenta cuando he dejado de hablar—. ¿Crees que si hablas con ella lo vuestro...?

—No hay nada nuestro, Andy. Se acabó. Ahora solo quiero salir de este lugar y no volver nunca. Quiero empezar una vida nueva, por eso he venido a hablar contigo. No tengo ni un centavo, necesito un trabajo y pensé...

—El trabajo es tuyo, Nate. Pero por lo que me has contado, tú invertiste mucho dinero en el rancho Black. Lo justo sería que Juls te devolviera ese dinero, o al menos que repartiera las ganancias del mismo contigo, ya que tú fuiste el inversor capitalista.

—No quiero su jodido dinero —siseo entre dientes—. Me conformo con no tener que volver a verla nunca más.

—Bien. Siendo así, tengo una propuesta que hacerte. No es el trabajo que te ofrecí inicialmente, pero...

—Acepto —digo antes de que pueda terminar la frase.

—Aún no sabes lo que te estoy ofreciendo.

—Me da igual, mientras me saque de este jodido infierno lo antes posible.

—Conseguiré un billete para el primer vuelo que salga por la mañana. Ahora voy a pedir que te preparen una habitación para que puedas descansar.

—Muchas gracias, Andy. Te prometo que voy a devolverte...

—Lo sé. No te preocupes por eso.

Juls

Me despierto sintiendo un dolor intenso en la cabeza, alzo mi mano para poder tocar la parte derecha de mi cabeza, pero solo encuentro un enorme vendaje que cubre toda mi frente.

—Hola —susurra Seth colocándose en mi zona de visión—. ¿Cómo te encuentras?

—Eh... Bien, supongo. Me duele la cabeza.

—No me extraña. Me gustaría saber qué os pasa a las hermanas Carrington con volaros la cabeza —le miro frunciendo el ceño y él se disculpa con un gesto de su mano—. Lo siento, pero es que me has preocupado muchísimo. ¿En qué estabas pensando para hacer algo así?

—Ese es el problema, que no lo pensé —suspiro e intento incorporarme en la cama—. Estaba tan destrozada, tan hundida... No pude ver otra salida, Seth. Solo recordaba una y otra vez todo el daño que le hice a Nathan y... No me creí capaz de vivir con la culpa de lo que hice.

—Casi no tienes que hacerlo. Si no hubiese llegado a tiempo...

—¿Qué pasó? —pregunto volviendo a tocar la venda. Recuerdo apretar el gatillo, pero la bala no pudo haber penetrado en mi cráneo, si hubiese sido así, ahora estaría muerta.

—Cuando te vi salir corriendo imaginé que irías a buscar a Nathan. Me quedé a una distancia prudente para no interrumpir, pero entonces vi que él ya se había ido y tú te quedaste frente a la puerta cerrada sin moverte durante varios minutos. Cuando me di cuenta de cual era tu intención, corrí hacia a ti y llegué justo a tiempo para arrebatarte la pistola. La bala no llegó a atravesar el cráneo porque al apartar la pistola, solo te rozó, pero sí te hizo una buena herida. La ambulancia debe estar al llegar. Te he hecho un vendaje provisional, pero quiero que te trasladen a Charlotte para hacerte un TAC y un escáner. Hay que asegurarse de que no sufres ninguna conmoción y que no existe daño cerebral.

—Estoy bien, Seth. Si hubiese daño cerebral, no estaría siendo tan coherente —señalo.

—Lo sé, pero ya conoces los riesgos. Una lesión así tiene que ser vigilada, y me da igual si te gusta o no. Nos vamos a Charlotte.

—Está bien —claudico—. Tampoco es que tenga otra cosa que hacer.

—Juls, tienes que prometerme que no vas a volver a hacer algo así.

Le miro y asiento levemente.

—Te lo prometo, Seth. No sé qué me pasó. Yo no quiero morir.

—Me alegra escuchar eso. ¿Qué vas a hacer? —alzo una ceja en su dirección—. Ya sabes a qué me refiero, te estoy hablando de Nathan.

—No lo sé —vuelvo a suspirar y siento como las lágrimas se acumulan bajo mis parpados—. Le hice tanto daño... y era inocente, Seth. Tú intentaste advertirme, me dijiste que cuando lograra llevar a cabo mi venganza no me iba a gustar la persona en la que eso me habría convertido, pero yo no te escuché. Estaba tan ciega de dolor y rabia que no pude ver más allá de lo que quería ver. Estaba tan segura de que era él. ¿Por qué Alan? Solo es un chico común, no es alguien especial como Nate.

—Estabas segura de que era él porque te gustaba, y si te fascinaba a ti de ese modo pensaste que Holly también pudo haber sentido lo mismo, ¿cierto? —asiento—. Te enamoraste de la persona menos indicada.

—Intente evitarlo —digo rompiendo a llorar de nuevo—. Luché contra ese sentimiento con todas mis fuerzas, pero no logré contenerlo. Le amo más que a nada en este mundo, y ahora le he perdido para siempre. Nunca me perdonará.

—Eso no lo sabes, aguilucha.

—¿Viste cómo me miraba? ¿El odio hacia mí que emanaba todo su cuerpo? No querrá volver a verme, Seth.

—Juls, tú nunca has sido de las personas que se rinden sin luchar. Si le quieres como dices que lo haces, demuéstraselo. Vale, metiste la pata, le hiciste daño y probablemente te vaya a costar mucho que Nathan quiera aunque sea dirigirte una palabra, pero no te rindas sin intentarlo primero. Búscale y haz tu lucha. Enséñale la persona maravillosa que eres realmente. Deja que te conozca a ti, a la verdadera Juls. Si conseguiste enamorarlo siendo una perra calculadora y vengativa, ¿qué te hace pensar que no lograrás que te perdone cuando vea quién eres de verdad?

Me quedo en silencio unos minutos pensando en las palabras de Seth. ¿Podré hacerlo? ¿Seré capaz de convencer a Nate de que no soy esa mala mujer que él conoció? ¿Es posible que pueda ser capaz de demostrarle que le amo? Solo hay una forma de saberlo. Cómo dice Seth, yo no soy de las que se rinden sin luchar.

Mucho menos para mi mujer

Juls

Después de dos días ingresada en observación en el hospital de Charlotte, finalmente me dan el alta y cojo el primer vuelo hacia Nueva York. Mañana es el primer día de Seth en su nuevo trabajo y yo tengo que hablar con mi marido. Le he llamado y enviado cientos de mensajes, pero no he recibido respuesta por su parte.

He sabido por Linda que Sonya y Débora se fueron del rancho pocas horas después de que la ambulancia me trasladara al hospital. Las he llamado, a las dos, pero solo Débora me contestó, con un corto mensaje. *Nathan está en Nueva York*. No sé por qué lo hizo, si realmente quiere ayudarme o solo desea que vaya a buscar a Nate para que me dé cuenta de que nunca me va a perdonar y les deje en paz. Pero sea como sea, tengo que intentarlo.

Tras despedirme de Seth, decido pasarme por la casa de los Reed. No creo que Nathan haya acudido a su antiguo apartamento ya que lo compartía con Alan. Tampoco sé nada de él. Linda me dijo que nadie le había vuelto a ver desde que salió huyendo de mi casa. Los trabajadores del rancho lo buscaron por todos lados, pero no encontraron nada. Probablemente esté lejos. Al verse descubierto huyó.

Toco al timbre de la casa de los Reed y es Sonya quien me abre la puerta.

—Juls —susurra sorprendida—. ¿Qué haces aquí? —mira hacia mi cabeza donde un pequeño apósito sustituye el vendaje que tenía anteriormente. Ella sabe lo que hice, estaba en el rancho cuando ocurrió el... incidente. Espero que no se lo haya contado a Nathan—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Está tu hermano aquí? Necesito hablar con él.

—Sí, bueno... eh... Está aquí, pero no creo que sea una buena idea dejarte pasar.

—Son, por favor. De verdad necesito hablar con él.

Resopla y pone los ojos en blanco.

—Te debo una, por eso de que mi marido engaña a tu hermana, así que pasa. Está en el salón con mis padres.

Asiento y entro en la casa siguiendo a mi cuñada. Al entrar en el salón, Nate me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —sisea fulminándome con la mirada.

—Eh... Hola. Yo... Necesito hablar contigo —miro hacia Zachary y Margaret Reed y me doy cuenta que los dos parecen preocupados—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Lo que haya ocurrido o no, no es asunto tuyo —contesta Nathan cruzándose de brazos—. No sé qué haces aquí, pero quiero que te vayas.

—Nate...

—No encontramos a Alan —dice Sonya ganándose una mirada asesina por parte de su hermano—. La policía lo está buscando, pero parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿La policía? Pero ¿por qué...?

—No solo suplantó la identidad de Nathan con las mujeres a las que engañó, que fueron unas cuantas según dijo el FBI. También suplantó su identidad para pedir préstamos y créditos a varias

entidades bancarias. Lo buscan por los cargos de suplantación de identidad, estafa, falsificación de documentos y fraude bancario—contesta su padre.

—¿La policía no tiene ningún pista de su paradero? —pregunto. Margaret niega con la cabeza agarrando la mano de su marido.

—Le están intentando rastrear, pero hasta ahora no han conseguido nada —dice Sonya.

—Yo conozco a alguien —murmuro pensando en el amigo de Seth, el que me consiguió información sobre Nathan—. En realidad es Seth, mi amigo quien lo conoce. Puede...

—No necesito tu ayuda —me interrumpe Nathan—. Cuando dije que no quería volver a verte, lo decía en serio. Esta es una reunión familiar y obviamente tú no eres de la familia.

Cierro los ojos y respiro profundamente asimilando los golpes verbales que me está lanzando. Supongo que esto es algo a lo que tendré que acostumbrarme.

—Nate, entiendo que te sientas mal por lo que está pasando, pero...

—¿Mal? —pregunta caminando hacia mí con demasiada tranquilidad—. Yo no me siento mal. ¡Me siento como un puto imbécil! ¡Todos creíais que yo era un desgraciado hijo de perra! Mi padre, mi madre, y hasta mi queridísima esposa —sonríe cínicamente y niega con la cabeza—. Nadie tuvo las narices de decírmelo a la cara.

—Hijo, ya hemos hablado de esto —interviene Zachary—. Yo no lo sabía. Yo solo... Creí que era mejor evitar un enfrentamiento. Pensé que si te lo decía lo negarías y no quería que llegáramos a un punto en nuestra relación donde... —suspira negando con la cabeza—. A pesar de lo que pensaba de ti, eras y eres mi hijo. No quería perderte del todo. Por eso pagaba esas deudas e intentaba hablar contigo para hacerte reaccionar.

—¡Pero, es que esas deudas no eran mías, papá!

—Sí, lo sé. Ahora lo sé, y lo siento. Siento mucho haber dudado de ti, hijo.

Nathan se frota la cara con las palmas de las manos como hace cada vez que se siente nervioso o frustrado.

—Ahora ya da igual. Tengo que volver al trabajo —recoge su chaqueta y se la pone antes de clavar su mirada en mí—. Y tú... Vuelve a Black Mountain y déjame en paz de una vez.

Intenta marcharse, pero me cruzo en su camino impidiéndole pasar.

—Tengo que hablar contigo, Nate. De verdad es importante.

—Escúchame bien, Juls —me mira fijamente y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo—. Tú y yo, no tenemos nada de qué hablar. Ahora apártate de mi camino.

—Nate, por favor —suplico.

Niega con la cabeza y me esquiva para salir de la casa a toda prisa dando un portazo.

—La has cagado, pero bien —susurra Sonya.

—Ya lo he notado —contesto pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo? Ha dicho algo sobre ir a trabajar.

—Lo siento, Juls, pero no voy a ayudarte. Te portaste como una zorra con él, así que ahora búscate la vida tú solita.

—Sonya —la reprende su padre.

—No, está bien —le digo—. Su hija tiene razón. Solo estoy recogiendo lo que yo misma he sembrado.

Veo como se levanta y se acerca a mí.

—Lo siento, hija. De verdad. No solo me siento culpable por haber dudado de mi hijo, también porque, de alguna forma, yo ayudé a que tú creyeras que él había sido el responsable de la muerte de tu hermana con lo que te dije.

—Tranquilo. Creo que los dos vamos a tener que aprender a vivir con la culpa.

Nathan

Cierro la puerta de mi nuevo hogar con un estruendoso portazo y lanzo la chaqueta sobre el sofá. Estoy furioso y no debería ser así. Se supone que este era el inicio de mi nueva vida. Vivo en un lujoso ático de Upper East Side y soy el responsable de una docena de galerías de arte. Eso fue lo que Andy Morrison me consiguió, un trabajo de ensueño en el que puedo vivir la vida que siempre quise. El ático es suyo, pero de alguna manera viene con el puesto y debería estar celebrándolo, viviendo mi vida sin pensar en el pasado. Pero ella tenía que venir a fastidiarlo todo. Una vez más irrumpe en mi vida y la pone patas arriba.

Mi teléfono empieza a sonar en el bolsillo de mi pantalón y descuelgo la llamada tras comprobar que no es ella.

—Hola, Andy —digo nada más descolgar.

—Hola, querido. ¿Cómo estás? ¿Te sientes cómodo en tu nuevo hogar?

—Sí, sí, por supuesto. El ático es increíble.

—Me alegra que lo disfrutes. Sé que llevas solo un par de días al frente del negocio, por eso te llamaba. Si necesitas ayuda en algo...

—No te preocupes por eso, Andy. Lo tengo todo controlado. Todo está preparado para la inauguración de la galería de Nueva York y me estoy poniendo al día con el manejo del resto. Te agradezco mucho toda la confianza que has puesto en mí.

—No tienes nada que agradecer, al contrario, todo ese trabajo junto con el negocio de cría de caballos estaba siendo demasiado para mí. Delegando en ti parte de esa responsabilidad, podré dedicarme por entero al resto y a descansar.

—Gracias de todos modos. Te prometo que no te defraudaré.

—De eso estoy segura, querido. Tú eres la persona indicada para ese trabajo. Sabes bien cómo dirigir una gran empresa y tienes la sensibilidad y la visión de un artista. Bien, ahora hablemos de cosas serias. ¿Te pusiste en contacto con Henry, el gerente de la galería de San Francisco?

—Sí, después de comprobar la documentación, me he dado cuenta de que algo está fallando en esa galería, no sé si es la gestión o algún otro factor externo o interno, pero lo averiguaré. He quedado con él la próxima semana, justo después de la inauguración.

—En ese caso, creo que lo tienes todo controlado. Nos vemos en cuatro días para la inauguración.

—¿Vendrás? —pregunto yendo hacia la enorme cocina y sirviéndome un vaso de vino.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada. ¿Has escogido ya las fotos que vas a exponer?

—Sí, ya están listas. ¿Estás segura que quieres que mis fotos lideren la exposición? He estado viendo el trabajo de los otros artistas que van a exponer y hay trabajos realmente impresionantes.

—El tuyo también es impresionante, querido. Tengo que dejarte. Nos vemos pronto.

Me despido de ella y cuelgo la llamada dejando el teléfono sobre la encimera. Sí, este es un gran trabajo. No es mi propia galería, pero tengo la oportunidad de dirigir unas cuantas. ¿Qué más podría pedir? «Que tu mujer no fuese una mentirosa», responde una voz en mi cabeza que hago callar al momento.

Al día siguiente, estoy reunido en mi despacho con varios empleados terminando de asegurarme que todo está listo para la gran inauguración, cuando escucho como golpean a la puerta.

—Yo me encargo —murmura Charity, mi asistente personal. Una mujer que a pesar de parecer demasiado joven para el puesto, me ha demostrado con creces su valía. Sigo conversando con los dos supervisores, pero una vez más soy interrumpido, esta vez por mi asistente —Señor Reed, una

mujer quiere verlo —informa.

—¿Quién es? —pregunto sin dejar de señalar en la pantalla del ordenador, varios planos y directrices que quiero que se lleven a cabo.

—Dice que es su esposa —contesta mirándome sorprendida.

Alzo la mirada hacia ella y resoplo negando con la cabeza.

—No estoy para nadie —digo volviendo al trabajo.

Charity asiente y tras varios segundos que escucho como discute con alguien, vuelvo a levantar la mirada y veo a Juls delante de mí cruzada de brazos y con el ceño fruncido.

—No estás para nadie. ¿Ni siquiera para tu mujer? —pregunta alzando una ceja.

Suspiro recostándome en el sillón y la miro fijamente.

—Mucho menos para mi mujer —contesto.

—Nate, ¿podemos hablar un momento, por favor? A solas —mis tres empleados nos miran a uno y al otro sin saber qué hacer.

Conozco a Juls y sé que es capaz de montar una escena delante de ellos, así que les hago un gesto con la cabeza para que salgan del despacho.

—Tienes cinco minutos —le informo haciéndole un gesto con la mano para que tome asiento delante de mi mesa—. Estoy muy ocupado, Juls. Te agradecería que fueses muy breve.

—Ya lo veo —señala mirando a su alrededor—. Bonito despacho.

—Gracias. ¿Ahora puedes decirme qué quieres? Y ya puestos, dime cómo has sabido que estaba aquí.

—Tu padre me ha contado lo de tu nuevo empleo y que ahora vives en el Upper East Side. Menudo cambio, ¿eh? De tu apartamento de Jackson Highs a vivir con lo mejorcito de la sociedad de Nueva York —toma asiento en la silla que le he indicado y sonrío levemente—. ¿Cómo lo has hecho?

—Un golpe de suerte —contesto levantándome para servirme una copa de whisky—. ¿Quieres una? —pregunto señalando mi vaso.

—No, gracias. Además, aún no son ni las doce. Un poco pronto para beber, ¿no crees? —me encojo de hombros y le doy un trago a mi copa—. Ahora en serio, Nate. Te fuiste del rancho sin un centavo, ni siquiera te llevaste tu ropa, aunque ya veo que no la has necesitado —señala mi traje gris marengo de tres piezas con la corbata a juego y yo vuelvo a encogerme de hombros—. Morrison, ¿verdad? —pregunta apretando la mandíbula. ¿Está celosa? No puedo evitar mirarla fijamente. Está preciosa cuando se pone celosa, a pesar de ese apósito que lleva en la parte derecha de la cabeza y cubre toda su sien. ¿Qué le habrá pasado? «Mierda, Nate. No vayas por ahí, ese camino es peligroso», me digo a mí mismo en mi cabeza.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —pregunto sin pensar. Ella me mira sorprendida y veo como desvía la mirada al instante tocándose la zona con las yemas de los dedos.

—Un pequeño accidente sin importancia. ¿Vas a contestar a mi pregunta?

—No tengo por qué darte explicaciones, Juls. En realidad, dijiste que querías hablar conmigo y yo te pedí que fueras breve. Si no tienes nada más que decir... —me siento de nuevo en el sillón y hago un gesto con mi mano señalando la salida mientras bebo de mi copa.

—Aún no he terminado. Hay algo importante de lo que tenemos que hablar.

—Sí, tienes razón —contesto apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Quieres hacerlo tú o me encargo yo?

—¿De qué? —pregunta confundida.

—De interponer la demanda de divorcio, obviamente. Creo que ya que tú planeaste todo para que nos casáramos, es justo que te encargues también de los trámites del divorcio. En cuanto lo

tengas todo, me lo traes, o mejor se lo envías a mi abogado, y lo firmo.

—No vamos a divorciarnos —afirma frunciendo el ceño.

—Por supuesto que sí —replico—. Entre tú y yo ya no hay nada. No tiene ningún sentido que sigamos casados. En realidad, nunca tuvo sentido.

—Nathan, no vamos a divorciarnos. Sácate esa idea de la cabeza —insiste.

—Juls, déjalo ya, ¿quieres?. No sigas con esto. No hay ninguna razón por la cual tú yo debamos seguir casados.

—Nos amamos, ¿esa no te parece suficiente razón?

Sonrí de medio lado y niego con la cabeza.

—Eso no existe entre tú y yo —afirmo.

—No digas eso. Nate, no se deja de querer a alguien de la noche a la mañana, así que no te atrevas a negar lo que sientes por mí.

—No lo hago —digo bebiendo un nuevo trago de mi vaso—. En realidad, yo he sido el único que siempre ha sido sincero en esta... relación. Lo tuyo solo han sido mentiras y engaños.

—Lo siento —susurra mirándome a los ojos—. De verdad que lo siento muchísimo. Yo no lo sabía, Nate. Me equivoqué y tienes todas las razones del mundo para odiarme por todo lo que te hice, pero te amo, y realmente estoy convencida de que si conseguimos superar esto, podríamos ser muy felices juntos.

—Ese es el problema, Juls, que yo no quiero superarlo. Solo deseo que me dejes en paz y perderte de vista de una vez. Ahora, de verdad que tengo mucho trabajo. Cuando tengas los papeles, me avisas.

No voy a rendirme

Juls

Miro de nuevo a Nathan y casi no puedo reconocerlo. En él ya casi no queda nada del hombre que conocí hace tan solo unos meses. Ha cambiado y yo soy la única culpable de ello. Prometí que lo destrozaría y lo he hecho. Ahora daría cualquier cosa por volver atrás y cambiarlo todo, por hacer feliz a ese hombre maravilloso que destruí.

—Te lo repito nuevamente, no vamos a divorciarnos —afirmo levantándome y rodeando su escritorio, me siento en el borde de la mesa, justo frente a él y le sonrío—. Sé que estás cabreado, tienes razones para estarlo, pero no cometas mis errores, Nate. No dejes que la ira y la rabia guíen tus actos —acerco mi mano a su cara con intención de acariciarla, pero él se aparta bruscamente. Suspiro y bajo la mano—. Sé que es mucho pedir, pero necesito que me des otra oportunidad, que nos des a los dos otra oportunidad.

—¿A los dos? —sonríe cínicamente negando con la cabeza—. ¿Sabes cuantas oportunidades nos he dado ya? No me rendí, Juls. A pesar de todo lo que me hacías, yo seguía a tu lado, mendigando cada migaja de cariño que tú decidieras darme. Han sido demasiadas oportunidades. Se han acabado. Ahora sí me he rendido y es para siempre.

—Nate...

—Vete —dice señalando la puerta.

—Nate, por favor —suplico.

—¡Maldita sea, lárgate de una puta vez! —se levanta cabreado y abre la puerta de par en par—. ¡Fuera!

Noto como las lágrimas amenazan con empezar a brotar de mis ojos. Esto me lo he ganado a pulso, me digo a mí misma caminando hacia la puerta. Veo como las personas que estaban en el despacho con Nate cuando llegué, nos miran a los dos sorprendidos.

—Ya sabes lo insistente que puedo ser, ¿verdad? —pregunto cuando llego a su lado. Me da igual quien pueda escucharnos.

—No lo hagas. Vuelve a casa, Juls. Vive tu vida y déjame tranquilo.

—No. El día que vuelva a casa, será porque tú vuelves conmigo.

—Entonces ya puedes ir vendiendo el rancho, porque yo no pienso volver a pisar ese lugar. Ahora, tengo trabajo que hacer. Adiós, Juls —asiento y me voy del lugar haciendo verdaderos esfuerzos por no llorar.

Tras cerrar la puerta de casa, me apoyo contra el marco y respiro profundamente. No voy a rendirme. Ya sabía que esto no iba a ser fácil y aunque duela, que duele horrores, no desistiré.

—¿Una mala mañana? —pregunta Seth desde el sofá donde está sentado. Sí, me ha tocado volver a vivir en su casa.

—Horrible, pero ¿tú qué haces aquí, no tienes que trabajar?

—Tengo turno de noche. ¿Has comido? —pregunta señalando el paquete de comida china que tiene en la mano. Niego con la cabeza y me desplomo sobre el sofá que ocupa quitándole la comida de las manos—. ¿Has hablado con él? —asiento llevándome los tallarines a la boca—.

Y... ¿Se lo has contado?

—No. Intenté decírselo, pero no perdió el tiempo en escucharme. Me echó de su precioso y lujoso despacho, varias veces.

—¿Qué esperabas? Está herido, Juls. Tienes que darle tiempo.

—No tengo tiempo, Seth. Tengo que contárselo.

—Lo sé, y te aconsejo que lo hagas lo antes posible. Estás embarazada, Juls. Eso no es algo que puedas ocultar. ¿Cómo va tu cabeza?

Seth me pregunta cómo estoy cada diez minutos. Sé que se preocupa porque en el hospital de Charlotte no pudieron hacerme las debidas pruebas para descartar alguna lesión grave debido a mi embarazo. También fue una gran sorpresa para mí. Lo último que pensé fue que estaría embarazada.

—Estoy bien. Nada de dolores de cabeza ni mareos. No te preocupes más, ¿quieres?

—Me pides un imposible, aguilucha —contesta sonriendo—. ¿Qué paso vas a seguir ahora?

—No lo sé. Supongo que seguiré intentando hablar con él hasta que me escuche. Quiero que haya un acercamiento entre nosotros antes de soltar la bomba. Ahora mismo Nate no quiere tener nada que lo una a mí, y un hijo es algo que une mucho, durante toda la vida.

—Bien, en ese caso, si no tienes nada que hacer esta tarde, podemos salir a algún lado si te apetece —hago una mueca de disgusto—. ¿Prefieres quedarte en casa?

—Sí, podemos comer helado de chocolate y ver películas de terror —propongo esperanzada.

—Si sigues comiendo tanto, voy a tener que agrandar la puerta —dice en broma.

—No te quejes. Tengo que comer por dos.

—Juls, eres médico, sabes que eso es un mito. Lo que tienes que hacer es comer sano, no inflarte a comida china y chocolate —me arrebató los tallarines de las manos y sigue comiendo él.

—Eres un aguafiestas —le saco la lengua y él se encoje de hombros—. Nada de helado de chocolate, pero la peli de terror podemos verla igual.

—¿Desde cuándo te gustan las películas de terror, o las películas sin más? Nunca has sido muy cinéfila.

—A Nate le gustan —digo a modo de contestación. Seth se pega a mí y rodea mis hombros con su brazo.

—Está bien, entonces peli de terror y, si te portas bien, te dejaré comer un poco de helado más tarde.

—Eres un amor —susurro apoyando mi cabeza en su hombro.

—Lo sé, soy todo un partidazo —añade sonriendo socarrón. Pongo los ojos en blanco por su exceso de ego y Seth se encarga de buscar unas cuantas películas que podamos ver.

Cerca de las nueve de la noche, tras haber visto varias películas de terror y destrozado los finales de las mismas, Seth tiene que irse a trabajar. Yo aprovecho para darme un baño y llamo al rancho para comprobar que todo está en orden. Sé que Aaron, con la ayuda de Alec, puede hacerse cargo del trabajo, y Linda se encarga perfectamente de la casa, pero también sé que es no seguirá así mucho tiempo más. No puedo sobrecargar a Alec de trabajo y la salud de Linda... Tendré que volver en un espacio corto de tiempo. Espero para entonces no tener que irme sola. Dije en serio que quería volver a casa con Nate. Tras hablar con Linda, decido hacer un nuevo intento llamando a mi marido. Estoy segura de que no va a contestar, pero desde que se fue, llamarle es casi como una costumbre. Llevo sin hacerlo desde esta tarde, así que no pierdo nada por intentarlo. Me tumbo boca arriba sobre la cama y escucho como él suena el tono de llamada, una, dos, tres veces, hasta que lo coge.

—¿Qué quieres, Juls? —pregunta tras descolgar, sorprendiéndome y provocando que el

teléfono se me escurra de las manos.

Me siento sobre la cama a toda prisa y cojo de nuevo el teléfono llevándolo a mi oreja.

—¡Hola! No... no creí que contestarías.

—Entonces, ¿tienes algo que decirme o solo me llamas para molestar? Ya me estoy cansando de recibir tus llamadas a todas horas.

—La verdad es que se está haciendo una costumbre llamarte cada vez que pienso en ti. No tengo la culpa de hacerlo a cada momento del día —susurro sonriendo y tumbándome de nuevo sobre el colchón.

—Entonces esta tarde habrás estado muy ocupada —suelta, provocando que mi sonrisa se amplíe.

—¿Has echado de menos mis llamadas, cielo? —pregunto con voz suave. Escucho como respira profundamente.

—Juls, tienes que parar con esto. No nos hace bien a ninguno de los dos. Te estás aferrando a algo que ya no existe, solo para mitigar tu sentimiento de culpa, y eso no es sano.

—¿Crees que es eso lo que siento, culpabilidad? —insisto perdiendo la sonrisa.

—Sé que lo es.

—Nate, yo te quiero. Tienes que creerme.

—No lo haces, Juls. Te sientes culpable, pero eso no es amor, y aunque lo fuese, no hay ni va a volver a haber nada entre nosotros dos. Se acabó, asúmelo de una vez y déjame vivir tranquilo.

—Sabes que lo que estás diciendo no tiene ningún sentido para mí, ¿verdad? Si solo me dejaras demostrártelo...

—Juls, voy a colgar —me interrumpo.

—¡No! Está bien, no quiero discutir y tampoco voy a seguir insistiendo, pero no cuelgues. Habla conmigo, por favor.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé, cuéntame cómo fue tu día.

—¿Quieres saber cómo fue mi día? —pregunta con voz de asombro.

—Sí. Yo no hice nada interesante aparte de verte a ti. Estuve toda la tarde en casa, después me di un baño y estoy en la cama.

—En la casa de Seth, supongo —susurra entre dientes.

—¿Tú que has hecho? —pregunto intentando cambiar de tema. Escucho cómo resopla y podría jurar que está frotándose la cara con las manos.

—Solo he trabajado —contesta tras unos segundos en silencio.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Dónde vives?

—En un ático —sus respuestas son escuetas, pero al menos no me ha colgado aún.

—¿Dónde queda ese ático? —escucho cómo respira profundamente—. Lo pregunto por si te sientes solo y quieres que te haga compañía. Por cierto, ¿qué llevas puesto? —pregunto en broma. No contesta, pero juraría que está sonriendo ahora mismo—. Estás sonriendo, ¿verdad? Ahora mismo tienes en tu cara esa sonrisa que tanto me gusta, la que deja ver el hoyuelo que asoma en tu mejilla izquierda.

—Juls... —susurra.

—No voy a rendirme, Nate. Te amo y voy a demostrarlo. Sé que no me lo vas a poner fácil, no espero menos de ti, pero voy a seguir insistiendo hasta que no me quede más aire en los pulmones —espero que diga algo, pero durante un largo rato, solo escucho su respiración al otro lado de la

línea—. Nate, ¿sigues ahí?

—Sí, tengo que colgar. Buenas noches, Juls.

—Hasta mañana —contesto sonriendo.

—Adiós.

Cuelgo la llamada y sonrío de oreja a oreja mirando hacia el techo de la habitación. Eso ha sido un progreso. Mañana lo intentaré de nuevo.

Nathan

—Se supone que eso ya debería estar solucionado —le digo a Charity comprobando por enésima vez que no tengo ninguna llamada perdida en mi teléfono.

Es extraño que Juls no me haya llamado aún. Son las once de la mañana, a estas horas suelo tener un par de docenas de llamadas tuyas. Desde hace dos días, cuando hablamos por la noche, no he vuelto a hablar con ella. Me ha llamado, enviado mensajes y también se ha presentado en mi despacho, pero me he negado a recibirla. Aunque mi mal humor no se debe a la falta de llamadas perdidas, o eso me digo a mí mismo a cada segundo, el problema es que faltan solo dos días para la inauguración de la galería y la empresa de catering acaba de cancelar su contrato con nosotros por tener otro compromiso.

—Ya he contactado con otra empresa. Se supone que hoy mismo ese tema quedará zanjado.

—Asegúrate de que no fallen. Incluye en el contrato una cláusula de cancelación. No quiero más sorpresas. Vuelvo a mirar mi teléfono mientras mi asistente se dirige hacia la puerta—. Charity, ¿alguien ha venido a verme? —pregunto sin pensar.

—Si me está preguntando si su esposa ha venido, la respuesta es no —contesta sonriendo levemente.

—Ya... está bien. Sigue con tu trabajo —asiente y sale del despacho cerrando la puerta a su espalda—. Es mejor así —susurro para mí—. Querías que te dejara en paz y ya lo ha hecho. Deja de darle vueltas, Nate. Pero... ¿Si le ha pasado algo? —me froto la cara con las manos y maldigo entre dientes antes de coger de nuevo mi teléfono. Mis dedos teclean un mensaje corto. Solo un “Hola, ¿estás bien?”, pero antes de enviarlo, cambio de idea y vuelvo a dejar el aparato sobre mi mesa—. ¡Maldita sea, Nathan! Deja ya de hacer el imbécil.

Me sumerjo en el trabajo para intentar no pensar en ella, pero no puedo evitar mirar el móvil cada veinte segundos. A la hora de comer, mi preocupación ha aumentado. Sigo sin noticias tuyas, pero mi ego no me permite llamarla para preguntarle si está bien.

Dejo todo listo en la oficina y salgo hacia la casa de mis padres. He quedado para comer con ellos. Mi padre personalmente me ha llamado, sé que lo hace porque se siente culpable y no quiero seguir teniendo una mala relación con él. Quizás si conseguimos entendernos, algún día podamos recuperar los lazos que nos unían.

Aparco mi moto frente a la puerta y entro en casa con mi propia llave. Mi madre está ayudando a las asistentas a preparar la mesa mientras papá y Sonya conversan en la sala de estar.

—Hola, cariño —dice mamá acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla.

—Hola, ¿cómo va todo por aquí? —pregunto.

—Bien, tu padre y tu hermana están en el salón. Ya sirven ahora la comida, ve a llamarlos, por favor.

Asiento y hago lo que me dice. Sonya, como siempre, me abraza nada más verme, pero mi padre y yo solo nos saludamos con un gesto de nuestras cabezas. Nuestra relación aún está muy tirante. Vamos juntos hasta el comedor, y al llegar allí me quedo con la boca abierta al ver a Juls sentada a la mesa charlando tranquilamente con mi madre. Sonya se acerca a saludarla y mi padre

también, este último con un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunto señalando a mi esposa con la cabeza y cruzándome de brazos.

—Hola, amor, ¿me extrañabas? —me pregunta ella sonriendo.

—Yo la he invitado a comer —aclara mi padre.

—Hijo, siéntate a comer —apremia mamá señalando mi lugar vacío al lado de Juls.

—¿Ahora resulta que sois amiguitos? —le pregunto a mi padre frunciendo el ceño.

—Hemos estado reunidos en la oficina toda la mañana y me pareció buena idea invitar a tu esposa a comer —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Reunidos? —miro hacia Juls buscando una explicación, justo cuando empiezan a servir la cena.

—Sí, si vieras mis mensajes o cogieras mis llamadas, sabrías que estamos trabajando directamente con la empresa de tu familia —dice empezando a comer.

—¿Estamos? ¿Quiénes estáis? No entiendo una mierda.

—Alec y yo, además del resto de ganaderos de Black Mountain. Hace un par de semanas que estamos planeando crear una especie de marca de ganado de Black Mountain tratado con PCA.

—Esa idea se la di yo a Alec —comento rememorando la conversación que tuve con él los primeros días de mi entrenamiento en el rancho.

—Lo sé, y es una gran idea. Una marca que nos represente a todos los ganaderos de la zona. Vamos a apostar fuerte por esa idea, por eso aproveché mi estancia aquí en Nueva York para hablar con tu padre. Necesitamos medios para la importación y exportación del ganado, y quién mejor que la familia ¿no? —sonríe dulcemente y sigue comiendo como si nada.

—Por eso no me has llamado en toda la mañana —murmuro para mí. Juls deja los cubiertos sobre su plato y me mira sonriendo abiertamente.

—¿Has extrañado mis llamadas? —pregunta—. He estado toda la mañana reunida con tu padre.

—Solo me pareció raro que mi teléfono no sonara doscientas veces —contesto empezando a comer para no tener que seguir hablando.

Mi padre y Juls se pasan el resto de la comida hablando sin parar de negocios. Mi idea inicial era solo la marca en sí, pero lo que Juls y Alec quieren hacer va mucho más allá, pretenden crear diferentes categorías en esa propia marca, ganado de consumo cárnico, de cría, de rodeo, y distintas variantes más. Toda una cooperativa.

—Creo que va a ser un gran negocio —señala mi padre—. ¿Tú qué piensas, hijo?

—Papá, lo que yo piense no importa —digo apartando mi plato. Casi no he podido probar bocado—. Juls no admite opiniones ni sugerencias. Le gusta estar al mando en todo momento, siempre por encima, haciendo sentir a los demás como si no fueran más que cucarachas aplastadas en el suelo.

—Nate —susurra Juls mirándome de reojo.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

—¿Podrías, por favor, no sacar a relucir nuestros problemas delante de tu familia?

—Si no quieres que mi familia se entere de nuestros... —hago una mueca burlona— problemas, no deberías haber venido. Sinceramente, no sé qué demonios haces aquí. Creo que he sido lo suficientemente claro contigo, pero parece que sigues sin entenderlo —veo como palidece y resopla tirando mi servilleta sobre la mesa.

—¡Nathan! —me regaña mi madre.

—No, tranquila, Margaret —dice Juls levantándose— Nate tiene toda la razón del mundo. Si

no os importa, usaré el baño y me voy. Creo que no ha sido muy buena idea venir aquí hoy.

Veo como mi hermana frunce el ceño mirando a Juls. Parece preocupada. Desvió la mirada hacia ella y compruebo que está blanca como la cal.

—Juls, ¿te encuentras bien? —le pregunta Sonya.

—Sí, perfectamente. Solo tengo que ir al baño un momento —contesta con una sonrisa fingida.

—¿Está segura? ¿Qué te dijo el médico en Charlotte? —Juls aprieta la mandíbula fulminando a mi hermana con la mirada.

¿Médico? ¿Qué demonios está pasando? ¿Juls está enferma? Me muero de ganas de preguntárselo, pero eso significaría demostrar que me importa lo que le pase y mi ego no me lo permite.

—Estoy bien —repite antes de salir del comedor. Pero no tiene aspecto de estar bien en absoluto.

—¿Qué está pasando? —pregunto cuando Juls se ha ido. Sonya desvía la mirada y niega con la cabeza.

—Hermanito, si quieres saber algo sobre tu mujer, pregúntaselo a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti —siseo dando un golpe sobre la mesa.

—Vale, vale —mira hacia la puerta por donde Juls acaba de salir y suspira—. ¿Has visto la herida que tiene en la cabeza? —asiento. Ya no lleva el apósito, pero puede verse una quemadura en forma de arañazo en su sien derecha—. Esa noche, cuando te marchaste del rancho, Juls te siguió, intentó alcanzarte, pero ya te habías ido. No sé qué pasó, yo estaba arriba, destrozada por todo lo que había descubierto sobre Alan cuando escuché el disparo.

—¿Disparo? ¿Alguien le disparó a Juls?

—Sí —vuelve a mirar hacia la puerta—. Ella misma se disparó. Seth me contó que llegó justo a tiempo para apartar la pistola de su cabeza y desviar la trayectoria de la bala. Cuando yo llegué al recibidor, ella estaba tirada en el suelo, inconsciente, mientras Seth inspeccionaba la herida que se había ocasionado.

¿Qué? ¿Se disparó en la cabeza? ¿Intentó...? Mierda, ¿por qué lo hizo? ¿Qué fue lo que la llevó a querer quitarse la vida?

—¿Qué más sabes? —pregunto tras carraspear para aclararme la voz.

—Solo lo que Aaron me contó después de eso, que Seth se encargó de llamar una ambulancia y se la llevaron a Charlotte para hacerle unas pruebas.

—¿Aaron? —pregunto extrañado.

—Sí, le dejé mi número y le pedí que me informara del estado de salud de Juls y si encontraban a Alan por allí.

Asiento viendo como mi hermana vuelve a mirar hacia la puerta. No sé cómo digerir lo que acaba de contarme. Juls intentó suicidarse. Si Seth no hubiese llegado a tiempo...

—¿No está tardando demasiado? —pregunta mi madre. Por un momento había olvidado que ella y mi padre están sentados a nuestro lado.

—Voy a ver si está bien —dice Sonya haciendo el amago de levantarse.

—No, deja, ya voy yo —susurro levantándome y caminando hacia el baño.

Eso es lo que me está matando

Nathan

Al llegar encuentro la puerta cerrada, toco suavemente con los nudillos y espero a que Juls conteste.

—Son, estoy bien. Enseguida salgo —dice desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo, abre la puerta —enseguida escucho el cerrojo deslizándose y la puerta se abre dejándome ver que efectivamente tiene mejor cara, al menos ya no parece una muerta en vida—. ¿Estás bien? —pregunto mirándola fijamente. Ella asiente y apoya las manos sobre el lavabo mirando su reflejo en el espejo.

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo, pero estoy mucho mejor.

Entro en el baño y cierro la puerta a mi espalda, Juls se da la vuelta y me sonrío alzando una ceja.

—No pienses cosas raras, solo vamos a hablar —aclaro apartando el pelo que cubre la herida de su sien. Siento cómo las puntas de mis dedos hormiguean al tocar su piel y mi corazón empieza a latir a toda velocidad—. ¿Qué te dijo el médico? —pregunto mirándole a los ojos.

—Lo sabes —afirma desviando la mirada—. Tu hermana es una bocazas.

—En eso tengo que darte la razón. ¿Por qué lo hiciste, Juls? —respira profundamente y cuando sus ojos vuelven a los míos, están bañados en lágrimas.

—Ya no tenía ninguna razón para seguir viviendo —un par de gotas cristalinas ruedan por sus mejillas—. Desde que mis padres murieron, Holly fue mi fuerza. Tenía que seguir adelante por ella. No importaba como me sintiera, mi hermana me necesitaba. Tenía un jodido objetivo en mi vida, cuidar de mi pajarita. Cuando supe que estaba muerta... Dios, creo que nunca había sentido tanto dolor. La perdí, a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerla a salvo, no lo había conseguido, pero entonces encontré otro propósito, algo en lo que podía concentrar todo ese dolor que estaba sintiendo, convertirlo en ira y rabia.

—Tu venganza hacia el hombre que la engañó —susurro. Ella asiente.

—Cuando te fuiste del rancho, en el momento en el que me di cuenta de que me había equivocado y que eras inocente... Todo ese dolor volvió multiplicado por mil. No solo tendría que vivir con el dolor por su muerte y su ausencia, también con la culpa por lo que te había hecho a ti —me mira y nuevas lágrimas se deslizan por su cara—. No creí ser capaz de soportarlo, Nate. Fue todo tan fuerte y abrumador... Ni siquiera lo pensé. Recuerdo alzar el arma y pensar que de esa forma el dolor cesaría, que no tendría que mirarte a la cara como lo estoy haciendo ahora y ver el desprecio en tu mirada. Solo quería huir de todo.

Tras su confesión los dos nos quedamos en silencio un buen rato. Puedo entender por qué lo hizo. A veces algunos tipos de situaciones pueden llevar al ser humano al límite de su fortaleza.

—¿Qué te ha pasado ahí fuera? —pregunto sin hacer ningún comentario sobre todo lo que acaba de decir.

—Me he mareado —contesta sorbiendo por la nariz.

—¿Sigues mareada?

—Solo un poco. Ya casi se me ha pasado.

Cojo una toalla y me acerco al grifo para humedecerla bajo su atenta mirada. Me giro hacia ella y empiezo a pasar la toalla mojada por su cara para borrar el rastro de sus lágrimas. Juls me mira sorprendida, pero no dice nada. Solo deja que limpie su cara y después coloque la toalla en su nuca para refrescarla un poco.

—¿Qué dijo el médico? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, Nate —dice sonriendo levemente—. Gracias por preocuparte por mí.

Asiento apartándome de ella, pero antes de poder alejarme, sus manos se enroscan alrededor de mi cuello y sin siquiera darme cuenta tiran de mi cabeza hacia abajo donde sus labios me reciben pegándose a los míos.

No soy consciente de cuándo he abierto la boca para dejar que su lengua se enrosque en la mía, solo soy capaz de sentir los arrolladores latidos de mi corazón retumbando contra mi pecho mientras su sabor invade todos mis sentidos y sus dedos se enroscan en el pelo de mi nuca tirando de él.

—Juls, para —pido apartándola de mí cuando recupero mínimamente el control sobre mi cuerpo. Ella me mira sonriendo y recorre sus labios con la lengua saboreando el beso que acabamos de darnos.

—No me has mordido —susurra sin dejar de sonreír—. Dicen que los besos robados son los mejores, hasta hoy no había tenido la ocasión de comprobarlo.

—Es increíble, hace una semana era yo el que te mendigaba un beso, y ahora tú me los robas a mí —su sonrisa desaparece al instante y cierra los ojos respirando pesadamente.

—Lo siento, Nate. No puedo decirte más que eso. Podría darte mil excusas y escudarme tras mi equivocación, pero sé que no hay nada que pueda decir que borre todo el daño que te hice —se pega más a mí y coloca sus manos en mi abdomen provocando que una corriente de electricidad recorra mi cuerpo. Me muero de ganas de mandar todo al diablo y besarla como si no hubiese un mañana—. Solo quiero una oportunidad para demostrarte que yo no soy esa persona. Piensa en cómo te sientes tú ahora mismo. Sé que me deseas, que estás luchando contra ti mismo para no sentarme en este lavamanos y hacerme el amor como un salvaje —resoplo sacudiendo la cabeza para borrar esa imagen de mi cabeza. Era justo lo que estaba pensando—. Sé lo que piensas porque yo estuve en esa misma situación. Tuve que pelear con todas mis fuerzas contra los sentimientos que tú provocabas en mí. No quería enamorarme de ti, Nate, pero no tuve otra opción. Me robaste el corazón desde el día que te empapé con ese café en Danny's. Cada día tenía que recordarme a mí misma que tú eras el enemigo y cuando no luchaba, cuando me dejaba llevar por mis sentimientos, me sentía culpable. Entiende que para mí no solo eras la persona que engañó a mi hermana, también eras el hombre que ella amaba. Amaba al mismo hombre que mi hermana pequeña, me sentía una traidora solo por permitirme pensar en ello.

Al ver que no digo nada, vuelve a acercarse a mí con intención de besarme otra vez, pero la detengo. No puedo seguir con esto.

—Me has mentido tantas veces que soy incapaz de saber si estás diciendo la verdad en esta ocasión —susurro alejándome de ella.

—Nate, tienes que creerme —susurra con ojos vidriosos.

—Yo no tengo que hacer nada, Juls. Ya no. Si ya te encuentras bien, será mejor que te vayas.

—Sabes que voy a seguir insistiendo, ¿verdad? Sé que me sigues queriendo.

—Sí, y eso es lo que me está matando —murmuro antes de salir del baño.

Juls

—¿Estás segura de esto? —pregunta Seth acomodándose la pajarita. Sé que odia vestirse de manera tan formal, pero la ocasión lo merece. Me he enterado de que esta noche se inaugura la galería en la que Nathan trabaja, y como buena acosadora que soy, no puedo perdermelo.

Hace dos días que no hablo con él, desde la comida en casa de sus padres. Después de nuestro breve encuentro en el baño, me despedí de todos y me fui de allí con el ánimo por los suelos, pero una vez más, allí estaba mi amigo Seth para apoyarme y no dejarme caer. No es más valiente el que gana, sino el que lucha hasta el final. Esas fueron sus palabras.

—Estoy segura, Seth. Date prisa que no llegamos.

—Juls, no lo veo. Nathan no me soporta, si nos ve llegar juntos, va a pensar que estamos... pues eso, juntos. No creo que eso sea algo bueno si quieres volver con él. Como mínimo va a partirme la cara.

—Al menos tendré alguna reacción por su parte —digo encogiéndome de hombros.

—Estás jugando con fuego.

—Lo sé, pero algo tengo que hacer. Me ignora completamente. He ido seis veces a su despacho y todas y cada una de ellas, Nate se ha negado a verme. Le llamo cientos de veces y no me coge el teléfono. ¿Qué más puedo hacer?

—¿Crees que darle celos servirá para algo más que yo me gane unas buenas ostias?

—No lo sé, pero tengo que intentarlo. Además, con tu color de piel no creo que se note el morado.

—Muy graciosa. Vámonos ya.

Llegamos a la galería, en plena zona rica de Nueva York y no tardamos en entrar. El lugar está lleno de gente. Entre la multitud veo a Sonya que no tarda en acercarse a saludar. Repaso el lugar buscando a Nate y acabo encontrándole en una esquina hablando con una pareja. Está guapísimo con pantalón de traje negro y una camisa blanca, sin corbata y con su pelo casi rubio peinadamente despeinado. No puedo dejar de mirarle, ríe de algo que dice el hombre que está frente a él y cuando desvía la mirada hacia mí, sus ojos me repasan de arriba abajo. Yo sonrío levantando mi copa de champán a modo de saludo. No he bebido, pero me paseo con ella en las manos como si estuviese disfrutando de la velada, cuando en realidad, solo he venido aquí para verle.

—¿Tú amigo ha sabido algo de Alan? —escucho como le pregunta Sonya a Seth. Mi amigo le ha pedido otro favor a su compañero casi legal. Adam Walker ha puesto al tal Sam a buscar a Alan por toda la Deep web. Si ese cabrón usa su identidad para registrarse en algún hotel, coger algún vuelo o cualquier otra cosa, nosotros nos enteraremos.

—Por ahora no hay nada, pero estoy seguro de que Adam dará con él. Solo es cuestión de tiempo —contesta Seth.

Débora se une a nosotras y para mi sorpresa, es bastante simpática conmigo. No soy imbécil, sé que siente algo por mi marido, pero mientras mantenga sus manos alejadas de él, no habrá problemas entre nosotras.

La noche va pasando y nos perdemos entre la gente observando las diferentes fotografías que están expuestas. La gente parece bastante contenta y no deja de alabar el talento de los artistas que han estado detrás de los objetivos al tomar las fotos. En un momento dado, mi cuñada nos arrastra hacia la zona central de la exposición, donde allí liderando ese derroche de arte, se encuentran unas instantáneas que me dejan con la boca abierta.

—Son las de Nathan —susurra Sonya pegándose a mi costado.

—Lo sé —contesto sin poder apartar la mirada de las imágenes que tengo ante mí.

Solo son tres, una de ellas es la vista nocturna del puente de Nueva York desde Pebble Beach, el lugar preferido de Nathan. La otras dos son fotografías tomadas en Black Mountain, una de ellas

son las vistas del río desde el lugar a donde llevé a Nate, mi lugar favorito para pensar, y la otra... Tengo que mirar varias veces para creerlo, ¡soy yo! Estoy apoyada en la barandilla del porche en el rancho y sonrío mirando la luz del atardecer. No tenía ni idea de que Nate me había hecho una foto en ese momento.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Nate a mi espalda.

Miro a mi alrededor y compruebo que estamos solos. Me he quedado tan ensimismada mirando las fotos que ni siquiera me he percatado de que Sonya y Seth ya no estaban a mi lado.

—Por lo visto verme a mí misma —contesto señalando la fotografía—. No tenía ni idea de que me habías sacado esa foto.

—Tengo muchas más —murmura sin mirarme—. Estabas tan concentrada en hacerme daño que no te dabas cuenta de que yo siempre estuve pendiente de ti. Pero no me has contestado —se gira hacia mí cruzándose de brazos—. ¿Qué haces aquí?

—Quería verte, y era esto o pedir cita con tu secretaria. Lo intenté, pero se negó a darme —me encojo de hombros y él niega con la cabeza.

—Eres obstinada, eso tengo que concedértelo —señala tras resoplar—. ¿Tu amigo Seth también pidió cita o solo le has traído aquí para molestarme?

—¿Te molesta que haya venido con él? —sus ojos se clavan en los míos y aprieta las manos en forma de puños. Se está conteniendo, lo sé.

—En absoluto —contesta desviando la mirada—. Tú eres libre de hacer lo que quieras, con quien quieras. No debería sorprenderme que seas tan hipócrita como para jurarme amor eterno y al instante verte colgada de su brazo. Incluso vives en su casa. Supongo que las partidas de strip póker acabarán en noches de sexo desenfrenado.

Intento aguantar la risa al verle actuar como si no le afectara lo que está diciendo, cuando en realidad sé que se está muriendo de celos, pero no puedo evitar que una carcajada se me escape. Nate me mira frunciendo el ceño y yo le pido disculpas alzando una mano y haciendo un gran esfuerzo por detener mi ataque de risa.

—Lo siento, no quería reírme —me disculpo.

—Cuéntame el chiste, así nos reímos los dos —dice de mala leche.

—Es solo que, me hace gracia ver como intentas fingir que yo no te importo —me pego a él sorprendiéndole y coloco mis manos sobre su pecho mirándole directamente a los ojos—. Nate, los dos sabemos que si tú realmente pensaras que estoy liada con Seth, ahora mismo él no estaría paseándose por tu preciosa galería, ya lo habrías echado a patadas.

—Te das demasiada importancia —sisea a apenas unos centímetros de mis labios.

—La tengo para ti, igual que tú eres importante para mí, lo más importante. Tenemos que hablar, Nate. Solos tú y yo. Hay algo importante que tengo que decirte —veo como sus miradas se deslizan por mi rostro y se detiene justo en mis labios—. Te mueres por besarme, ¿verdad? —susurro acercando mi boca a la suya—. Hazlo. No hay nada que te lo impida. Te aseguro que yo no puedo pensar en otra cosa que no sea sentir tus labios sobre los míos, tus manos recorriendo mi cuerpo despojándome de la ropa mientras yo acaricio tu espalda con mis dedos —noto como su respiración se va volviendo cada vez más pesada mientras nuestras bocas se acercan cada vez más—. Hazlo, Nate.

—¿Interrumpo? —la voz de una mujer hace que Nate pegue un respingo y se aparte de mí apresuradamente. Espera... yo conozco esa voz. Dirijo mi mirada hacia Andrea Morrison que entrelaza su brazo con el de mi marido y apoya la cabeza en su hombro sonriendo triunfalmente—. Hola, querida. No tenía ni idea de que vendrías esta noche —dice poniendo una mano sobre el pecho de Nate. Mi mirada se dirige a esa mano y nuevamente a su cara, donde le lanzan puñales

asesinos—. ¿Te gusta cómo ha quedado nuestra galería? Nathan se ha encargado de que todo estuviese perfecto.

—¿Nuestra? —siseo mirando a Nate que alza la barbilla y pone una sonrisa burlona en su cara—. Ahora lo entiendo, acudiste a ella cuando te fuiste del rancho, ¿verdad? —resoplo haciendo verdaderos esfuerzos por no saltar encima de esa maldita mujer y vuelvo a mirar a Nate, que sigue sonriendo como si nada—. Dime una cosa, ¿empezaste a tirártela en ese momento o fue antes, cuando ibas a su casa todos los putos días? —mi tono de voz se eleva atrayendo las miradas de los que están a nuestro alrededor, incluidos Sonya, Seth y Débora, que se acercan a nosotros en el momento en que la sonrisa que lucía Nate en su cara desaparece.

—Juls —sisea entre dientes advirtiéndome que baje la voz, pero a estas alturas me importa una mierda la gente que nos mira. Estoy furiosa. Mientras yo intento hacer de todo para recuperarle, él está follándose a esta hija de.... Miro fijamente a Andrea dando un paso amenazador hacia ella—. Antes de nada, ¡parte sus jodidas manos de mi marido! —Sonya me sujeta del brazo susurrándome que me tranquilice, pero no le hago caso—. ¡Debería darle vergüenza! ¡¿Qué pasa, es incapaz de cazar a alguien de su edad?! Si quiere encontrar pareja, embarque en un puñetero crucero para maduros solteros. Estoy segura de que allí encontrará a alguien de su edad sin tener necesidad de engatusar a hombre casado.

—¡Juls! —advierte de nuevo Nate acercándose a mí—. ¡Ya basta! Estás ofendiendo a Andy y no te lo voy a permitir.

Sus palabras se clavan en mi pecho como si de una puñalada se tratara.

—¿No me lo vas a permitir? ¿En serio? ¡Soy tu mujer, maldita sea! No solo trabajas para tu amante, también te paseas con ella del brazo y la defiendes como si yo no fuese nada para ti.

—¡Es que no eres nada! —grita provocando que dé un paso hacia atrás y las lágrimas empiecen a humedecer mis mejillas—. Andy ha estado a mi lado cuando más la he necesitado, cuando tú, mi mujer, como bien has dicho, me tratabas peor que a un animal, cuando lo único que recibía de ti era desprecio y rechazo.

—Es eso —digo limpiando las lágrimas de un manotazo—. Buscaste quien te calentara la cama.

—Ya que tú nunca lo has hecho... —contesta encogiéndose de hombros. Veo como Andrea sonrío con suficiencia y pone de nuevo una mano en su pecho.

—Tranquilo, querido. No vale la pena —murmura ella con su empalagosa voz.

—¡Señora, no se lo vuelvo a advertir, como no aparte sus manos de mi marido...! —bramo encarándola.

—¿¿Qué?! —pregunta Nathan poniéndose frente a mí y ocultándola a su espalda—. ¿Qué vas a hacer si no aparta sus manos de mí?

Aprieto las manos en puños y pego mi cara a la suya en un gesto amenazante.

—Dejaré calva a tu maldita zorra y me dará igual que tenga edad suficiente para ser mi madre —amenazo.

—¡Se acabó! —exclama, y lo siguiente de lo que soy consciente es que estoy subida a su hombro como un jodido saco de patatas y camina a largas zancadas entre la gente que se ha arremolinado para observar el bochornoso espectáculo que acabamos de montar.

Águila y Halcón

Nathan

La dejo en el suelo tras cerrar la puerta de la oficina de una patada. No me puedo creer que haya sido capaz de venir aquí a montar un escándalo, justo hoy que se inauguraba la galería, después de todo lo que he trabajado para que esta noche fuese perfecta.

—¿Cómo te atreves?! —grito señalándole con el dedo. Siento como la rabia corre a través de mis venas provocando que todo mi cuerpo tiemble descontroladamente.

—¿Qué?! ¿Te he jodido la noche con tu zorra?! Disculpe usted, señor. No me imaginé que mientras yo estaba persiguiéndote y llamándote a todas horas como una jodida acosadora, tú estabas pasándolo en grande con tu... Señora. ¡Es que soy una jodida estúpida! —empieza a moverse por el interior de mi oficina de un lado a otro llevándose las manos a la cabeza—. He hecho todo para intentar arreglar las cosas entre nosotros. Te he pedido perdón más veces de las que puedo contar, me humillo ante ti, te suplico que me des otra oportunidad, y tú te ríes de mí defendiendo a esa tipa y poniéndola por encima de mí ante todo el mundo.

—¿Te das cuenta de que siempre todo acaba en ti?! —me mira sin entender a qué me refiero—. ¡Tú, tú, tú, siempre tú! Esta era mi noche, Juls. He trabajado muy duro para que todo estuviese perfecto, pero llegas tú y tiras por tierra todo mi esfuerzo sin pensar en nada más que en ti. Dices que me amas, pero me lo demuestras destrozando una vez más todas mis ilusiones.

—Lo siento, yo no pretendía...

—¿Me estoy cansando de escuchar tus putas disculpas! —bramo exaltado—. No tienes ningún derecho de venir aquí a insultar a la única persona que me tendió una mano cuando más lo necesité.

—Por lo visto no solo te tendió una mano —farfulla.

—Y si es así, ¿qué? —me fulmina con la mirada, pero la ignoro caminado hacia ella hasta que nuestros cuerpos están casi pegados—. Te llenas la boca diciendo que eres mi mujer, pero nunca te has comportado como tal. Si me estuviese acostando con Andy, sería porque tú nunca quisiste ni que te tocara. ¿Te haces una idea de cómo me sentía cada vez que me rechazabas? ¡Quería estar contigo, joder! Y tú me apartabas de tu lado una y otra vez, humillándome y haciéndome creer que no era suficiente para ti. Llegué a pensar que el problema era mío, que no disfrutabas conmigo en la cama y por eso no permitías que me acercara a ti. ¿Sabes lo que se siente cuando la persona que amas te hace sentir de ese modo?! —ni siquiera me he dado cuenta de cómo las lágrimas caían en cascada por mi cara. Juls niega con la cabeza. Ella también está llorando y no hay más que arrepentimiento y pesar en su mirada.

—Déjame arreglarlo —susurra rodeando mi cuello con sus brazos.

—Juls, para —digo intentando soltarme de su agarre, pero sus brazos se aferran a mi cuello tirando de él y su boca se pega a la mía. Vuelvo a intentar apartarla, pero mis fuerzas flaquean cuando siento su lengua abriéndose paso entre mis labios.

—Por favor, por favor —susurra entre beso y beso—. Déjame demostrarte que yo no soy esa persona.

—Juls, esto no... —pega su cuerpo al mío rozando deliberadamente su bajo vientre contra mi entrepierna.

—Necesito demostrártelo, Nate. No me rechaces, te lo suplico —dice bajando su mano por mi torso hasta llegar a mi bragueta.

Cuando siento sus dedos aprisionando mi creciente erección, gruño mandando a la mierda cualquier restricción que me haya autoimpuesto. Sujeto su cintura con mis manos arrasando su boca mientras disfruto de las atenciones que ella le dedica a la parte baja de mi anatomía. La alzo en brazos sintiendo como sus piernas rodean mi cintura y con un movimiento de mi brazo, barro todo lo que hay sobre el escritorio para poder acomodarla sobre su superficie. No pierdo tiempo en desnudarla, solo levanto la parte baja de su vestido rojo, ese que he estado deseando quitarle desde que la vi llegar esta noche, y aparto su ropa interior hacia un lado mientras ella desabrocha mi cinturón y los botones de mi bragueta. Nuestras bocas solo se separan en el momento en que me clavo en su interior con un fuerte empujón. Gemimos el uno en la boca del otro y volvemos a besarnos mientras mis caderas golpean una y otra vez contra su pelvis.

—Juls —jadeo acelerando el ritmo de mis embestidas.

—¿Cómo puedes pensar que no te deseo? —susurra agarrando mi cara con ambas manos—. Míranos, Nate —bajo mi mirada hacia el punto donde nuestros cuerpos se unen y veo como mi miembro es engullido una y otra vez por su sexo provocándome un estado de excitación extremo—. Somos perfectos el uno para el otro. Nunca nadie me ha hecho sentir como tú. Nunca vuelvas a decir que no te deseo porque no es verdad. Te deseo y te amo más que a nada ni a nadie en el mundo.

Cierro los ojos y respiro profundamente intentando no perder el control. No quiero pensar en lo que acaba de afirmar. Prefiero ignorarlo y volver a arremeter en su interior incesantemente hasta que los dos alcanzamos la liberación.

Juls

Acaricio su pelo sintiendo su aliento contra mi cuello. Los dos resollamos intentando normalizar el ritmo de nuestra respiración. Nate se mueve levemente saliendo de mi interior y no puedo evitar que un gemido se escape de mis labios.

—Todas y cada una de las veces que te he rechazado, he tenido que hacer gala de toda mi fuerza de voluntad. No eras tú, Nate. Siempre fui yo la que estaba equivocada —digo con voz ronca. Me mira a los ojos y niega con la cabeza apartándose de mí e intentando acomodarse la ropa—. ¿Qué pasa? —bajo de la mesa de un salto sintiendo como mis piernas flaquean por momentos. Lo que acabamos de vivir me ha dejado hecha un flan—. Nate, ¿qué ocurre? —busco su mirada, pero él solo se da la vuelta y se peina el pelo hacia atrás con los dedos respirando pesadamente.

—No pasa nada. Esto no va a volver a pasar —fija su mirada en la mía y puedo ver de nuevo esa rabia en sus ojos.

—Claro que va a volver a pasar. No intentes hacerme creer que lo que acaba de pasar entre nosotros no ha significado nada para ti.

—Es que no ha sido nada —veo como en su rostro empieza a dibujarse una sonrisa burlona—. Solo te di lo que me pedías. Tómallo como un último favor, es que te vi muy... necesitada.

Cierro los ojos con fuerza recibiendo el golpe de sus palabras.

—Supongo que me lo merezco —susurro notando como una lágrima rueda por mi mejilla.

—¡No! —Nate se frota la cara con las manos y sacude la cabeza con fuerza—. ¡Mierda, no te lo mereces! Nadie se merece ser tratado de ese modo —me mira a los ojos y respira

profundamente—. Estoy cansado de esto, Juls. ¿Querías hablar? Bien, hablemos. Acabemos con esta situación de una vez.

—Eso es lo que quiero, que hablemos, sin mentiras ni engaños. Solo siendo sinceros el uno con el otro.

—Bien. Sinceridad, eso es lo que vas a tener de mí —asiento y él vuelve a frotarse la cara—. No me he acostado con Andy, ni aquí ni en Black Mountain. Ella solo es una amiga, alguien que me ha ayudado mucho, dándome trabajo y un lugar donde vivir. Le debo mucho, pero no la veo de ese modo —una sonrisa se dibuja en mi cara.

—Lo sabía. Me dejé llevar por los celos al verla a tu lado tan posesiva, pero en el fondo sabía que tú no habrías sido capaz de estar con ella, porque me amas a mí.

—Cierto, te amo —mi sonrisa se expande y doy un paso hacia él—. Y mentí, lo que acaba de pasar entre nosotros ha significado para mí más de lo que puedo expresar con palabras. No puedo evitar desear estar contigo de ese modo o comprobar mi teléfono cada cinco segundos para saber si has vuelto a llamar. He leído todos los mensajes que me has enviado. Cada vez que llega uno nuevo, me digo a mí mismo que lo voy a borrar sin mirar, pero siempre acabo leyéndolos una y otra vez, torturándome a mí mismo.

—Nate —susurro rodeando su cuello con mis brazos. Veo como cierra los ojos con fuerza y un par de lágrimas brotan de ellos. Las seco con mis dedos y sujeto su cara con mis manos alzando su cabeza para que me mire—. Solo dame una oportunidad. Déjame demostrarte lo felices que podemos ser juntos.

Abre los ojos y niega con la cabeza sujetando mis manos y apartándolas de su cara, cuando nuevas lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Eso no va a pasar, Juls. Te amo, pero no confío en ti y no creo que vuelva a hacerlo jamás. Mira lo que nos estamos haciendo. Primero tú me hieres a mí y ahora yo a ti. No quiero esto, nena. No quiero que sufras, porque en parte entiendo tus motivos, puedo entender por qué hiciste todo lo que hiciste. Si en vez de Holly hubiese sido mi hermana, probablemente yo hubiese reaccionado del mismo modo, o peor, quien sabe. No quiero hacerte daño ni devolverte los golpes que tú me diste, pero no puedo evitarlo. Cada vez que me dices que me amas, mi cabeza enseguida piensa en una sola palabra, mentira.

—Nate, no. Yo te amo —susurro llorando a lágrima viva—. Solo quiero que seas feliz, volver a verte sonreír como antes. Quiero que vuelvas a ser el hombre divertido y alegre que eras cuando te conocí.

—Entonces vete.

—¿Qué? ¡No! Yo no...

—Esa es la única forma en la que voy a poder ser feliz. Necesito olvidarte, Juls. Tengo que superarte. Quiero recuperar la vida que tenía y no podré hacerlo si sigues llamándome a todas horas y apareciendo en todos los lugares a los que voy. Necesito que me dejes ir para que pueda rehacer mi vida.

—No hablas en serio —digo limpiándome las lágrimas—. Estás herido y... te daré tiempo. Sí, puedo hacer eso. Me alejaré un tiempo, nada de llamadas ni de mensajes. Dejaré que pongas tus ideas en orden y después...

—¡No, Juls! ¡Maldita sea, se acabó! —niego con la cabeza sintiendo como mi corazón se deshace en mil pedazos—. No quiero volver a tener contacto contigo. Necesito que te vayas y no vuelvas. Esa es la única manera en la que lograré ser feliz.

—Nunca vas a perdonarme, ¿verdad? —pregunto mirándole a los ojos. Soy incapaz de dejar de llorar y la presión en mi pecho sigue aumentando.

—Ya te he perdonado, cariño —contesta acariciando mi mejilla y sonriendo levemente—. Solo quiero que dejemos de hacernos daño. Ya no hay nada que nos una, solo dolor y resentimiento.

Y un hijo, pienso posando la mano sobre mi vientre, pero de mi boca no salen esas palabras. Solo puedo sollozar mirándole a los ojos y asentir levemente. Si lo que necesita para ser feliz es alejarse de mí, no voy a ser yo quien lo encadene por el resto de su vida.

—Sé feliz, Nathan —susurro acercándome a él y besando suavemente sus labios—. Si algún día me necesitas, sabes dónde encontrarme.

Me aparto de él y tras echarle un último vistazo, salgo del despacho sintiendo como mi alma se despedaza en un millón de fragmentos. Acabo de perder al amor de mi vida y me lo he buscado yo solita. Ahora solo me queda el consuelo de que el fruto de ese amor que sentimos el uno por el otro, crece en mis entrañas. Él será mi razón para seguir viviendo.

Seis meses después

Laura abre los ojos como platos y sonrío mirándome sorprendida, su mano sigue sobre mi abultado vientre y mi bebé golpea con fuerza de nuevo.

—Tiene fuerza. Este niño va a ser un guerrero —dice apartando su mano. Sonrío levemente y acaricio mi barriga mirando hacia el río.

Este lugar se ha convertido en una especie de refugio para mí. Antes venía aquí para estar sola, después de haber renunciado al padre de mi hijo ese día en la galería, cogí el primer vuelo de vuelta a casa. Los primeros meses fueron muy duros, venía aquí y lloraba en soledad por no haber sido capaz de mantener a mi lado al amor de mi vida. Uno de esos días apareció Laura Turkel, se sentó a mi lado en silencio y cuando ya no me quedaban más lágrimas que llorar solo me dijo: *“Ahora que has terminado de compadecerte de ti misma, levanta la barbilla, ponte en pie y lucha por ti y por tu hijo. La vida no se acaba aquí, Juls. Tienes que salir adelante y hacer que tu madre, allá donde esté se sienta orgullosa de ti”*. Esas palabras se grabaron a fuego en mi cabeza. Laura estaba en lo cierto, tenía que seguir luchando con uñas y dientes por salir adelante, así como mi madre me enseñó a hacerlo.

Los días fueron pasando y enseguida llegó el verano. Entonces Laura ya se había convertido en una gran amiga y consejera para mí. Mis visitas a mi refugio empezaron a ser acompañadas por ella. Charlábamos durante horas, ya que al cerrar La casa de Muñecas, Laura tenía demasiado tiempo libre.

—Puede ser una niña —susurro sonriendo.

—¿Aún no ha dejado que Seth lo vea?

—No, y no será por insistir, si fuese por él me mantendría todo el día pegada al ecógrafo.

Mi amigo no se ha separado de mí en estos meses. No dudó en dejar su trabajo en Nueva York y convertirse en el nuevo médico de Black Mountain. Él sabía que le necesitaba a mi lado y se comportó como el gran amigo que siempre ha sido. *“Ese niño no va a vivir sin una figura paterna a su lado”*, dijo mientras yo lloraba desconsolada en sus brazos esa noche tras salir de la galería.

—Juls, ya sé que hemos hablado muchas veces de esto, pero sigo pensando que Nate tiene derecho a saberlo. Ese bebé también es hijo suyo.

Suspiro negando con la cabeza.

—Laura, puede parecer egoísta por mi parte no decirle nada, pero te aseguro que eso es lo menos egoísta que he hecho en mi vida. ¿Recuerdas que mamá siempre estaba contando leyendas sobre sus antepasados? —Laura asiente sonriendo. Puedo ver en su mirada lo mucho que la echa

de menos, igual que yo—. Cuando era pequeña, me habló de una leyenda Sioux, la leyenda del águila y el halcón —hago una pausa y empiezo a relatar la historia tal y como me la contó mi madre hace muchos años.

Cuenta la leyenda que una vez, llegaron hasta la tienda del viejo brujo, tomados de la mano, Toro Bravo, el guerrero y Nube Alta, la hija del cacique.

—Nos amamos —empezó el joven.

—Y nos vamos a casar —continuó ella.

—Queremos un hechizo, un conjuro, algo que nos garantice que podremos estar siempre juntos —dijeron los jóvenes al unísono.

—Hay algo que puedo hacer por vosotros, pero es una tarea muy difícil y sacrificada —señaló el brujo tras una larga pausa.

—No importa —dijeron los dos.

—Entonces —indicó el brujo— Nube Alta, sin más armas que una red y tus manos, subirás al monte y cazarás al halcón más vigoroso. Tráemelo vivo el tercer día de luna llena ... Y tú, Toro Bravo —prosiguió el anciano— tú debes traer de la montaña más alta a la más valiente de las águilas, y traerla viva sin ninguna herida.

Los jóvenes asintieron en silencio y, después de mirarse con ternura, partieron. El día establecido por el brujo, los jóvenes llegaron a su tienda con dos grandes bolsas de tela que contenían las aves solicitadas. El viejo les pidió que, con mucho cuidado, las sacaran de las bolsas. Eran sin duda las aves más hermosas de su estirpe.

—Ahora —dijo el brujo— atad entre sí a las aves por las patas con estas tiras de cuero. Después soltadlas y dejad que intenten volar. El águila y el halcón intentaron levantar el vuelo, pero sólo consiguieron revolcarse en el suelo. Irritadas por su incapacidad, las aves arremetieron a picotazos entre sí. El brujo se acercó a las aves, desató sus patas y los animales emprendieron el vuelo, ambos en la misma dirección.

—Éste es el conjuro. Jamás olvidéis lo que habéis visto hoy. Vosotros sois como el águila y el halcón... si os atáis el uno al otro, aunque sea por amor, viviréis arrastrándoos y, tarde o temprano, os haréis daño el uno al otro. Si queréis que vuestro amor perdure volad juntos pero jamás atados.

Laura sonrío mirándome fijamente.

—No quieres atarlo a ti —afirma.

—Exactamente. Él mismo me dijo que solo podría ser feliz si me mantenía alejada. Un hijo es algo que une de por vida, Laura. No puedo obligarle a que esté a mi lado si no quiere. Eso solo nos destrozará a los dos, otra vez.

—Lo has hecho, ¿verdad? Has enviado los documentos con Alec—pregunta entrecerrando los ojos.

—Sí, supongo que ahora mismo estará firmándolos, y lo nuestro se habrá acabado para siempre, como si nunca hubiese existido.

—Ha existido —afirma tocando nuevamente mi vientre—. Aquí está la prueba de ello.

Nos pasamos un buen rato hablando, hasta que Laura se retira. Se ofrece a llevarme a casa, pero como he traído mi todoterreno, declino su ofrecimiento y me quedo un rato más junto al río.

Escucho un ruido a mi espalda y ni siquiera me giro. Probablemente Laura haya vuelto.

—¿Has cambiado de idea? —pregunto sin desviar mi mirada del agua.

—Sí —contesta una voz que reconozco al instante. Me pongo rígida y lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento, es un olor intenso a melón que se cuele por mis fosas nasales impidiéndome respirar.

Lo que él tuvo y tú no

Nathan

—Andy, menuda sorpresa —digo levantándome de mi sillón para recibirla con un abrazo. Ella besa mi mejilla rozando la comisura de mis labios y haciéndome sentir algo incómodo, así que me aparto levemente y la insto a que tome asiento frente a mi escritorio—. ¿Qué te trae por aquí? No sabía que vendrías.

—Fue una decisión de último momento, querido. Tenía unos asuntos pendientes en la ciudad y pensé en acercarme para saber cómo va todo y de paso invitarte a comer.

—Todo va estupendamente. Hemos conseguido remontar en San Francisco y la galería vuelve a ser tan rentable como antes.

—Me alegra escuchar eso. Sabía que no me estaba equivocando cuando decidí ponerte al frente de mis negocios. ¿Qué me dices de esa invitación a comer? ¿Aceptas? —me pregunta cogiendo mi mano por encima de la mesa. Su mirada coqueta se detiene en mis labios y se atusa el pelo en un vano intento de seducirme. Es una mujer muy guapa, pero definitivamente no es mi tipo.

Abro la boca para soltar una excusa que me libre de ese compromiso, pero soy interrumpido por unos golpes en la puerta y Charity asoma la cabeza al interior de mi despacho.

—Señor Reed, hay alguien que quiere verle. Dice que es amigo suyo, se llama Alec Wolfheart. ¿Le dejo pasar?

—Eh... sí, claro —contesto confundido. No esperaba su visita, desde que me marché de Black Mountain no he vuelto a ver a Alec.

—Hola —saluda al entrar. Como siempre, Alec es parco en palabras, aunque la mujer que entra tras él es todo lo contrario. Johanna se acerca a mí y me abraza sonriendo.

—Hola, Nate —susurra apartándose de mí. Mira hacia Andy y su sonrisa se esfuma —. Hola a usted también —murmura casi sin mirarla.

—Vaya sorpresa —comento estrechando la mano que me tiende Alec.

—Sí, bueno. Hemos estado en la empresa de tu padre esta mañana y queríamos hablar contigo así que... eh... —mira hacia Andy y ella se levanta.

—Querido, esperaré fuera. Cuando termines con tus amigos, vamos a comer —dice antes de salir del despacho.

Suspiro y me dejo caer en el sillón. Parece que al final no voy a poder librarme de eso.

—Cuandi tirminis con tis amiguis salimis a comer —se burla Jo imitando a Andy. Alec suelta una carcajada y yo le sigo—. ¡Por dios, no la aguento! —exclama.

—No es tan mala —digo en su defensa—. Parece muy pija, pero cuando la conoces te das cuenta de que es una buena persona. A mí me ha ayudado mucho. Pero contadme, ¿qué hacéis aquí? Me has dicho que has estado en la empresa de mi padre, ¿es por lo de la cooperativa que estáis montando?

—No la estamos montando, ya está lista y a pleno rendimiento —contesta Jo—. Vinimos a hablar con tu padre por el tema de las importaciones y exportaciones de ganado, pero ese no es el motivo que nos trae aquí.

—Entonces, ¿cuál es? ¿En qué puedo ayudarlos?

Johanna mira a su marido de reojo y él me tiende una carpeta.

—Juls me pidió que te hiciera llegar esto. Ya están firmados por ella, así que solo falta que lo hagas tú y que les des curso.

Si escuchar su nombre me produce cierto resquemor bajo mi pecho, las palabras “*Divorcio mutuo acuerdo*”, que leo en el encabezado del primer documento que hay en la carpeta, me deja prácticamente sin aliento. Paso los papeles uno a uno para evitar tener que mirar a Alec y Johanna a la cara. No sé si podré fingir delante de ellos que no me estoy haciendo pedazos al ver la firma de Juls en cada pie de página.

—Y ¿esto? —pregunto parándome a leer una de las cláusulas. Johanna le echa un vistazo.

—Eso significa que en cuanto la sentencia de divorcio sea efectiva, empezarás a recibir una mensualidad por un porcentaje de las ganancias del rancho, aparte de esto —desliza sobre la superficie de la mesa un cheque—. Este es el dinero que tú le diste a Juls antes de que os casarais.

—Yo no quiero nada del rancho, y este dinero...

—Es tuyo —me corta Alec—. El rancho va bien, está dando muy buenos beneficios. Tranquilo, Nate. Juls no se queda desprotegida.

Asiento guardando el cheque.

—Pero sigo sin querer nada del rancho. Eso es suyo y...

—A ver, vale ya —esta vez es Johanna quien me interrumpe—. Una cosa es que vengamos aquí a hacer de mensajeros y otra muy distinta es que seamos correos de ida y vuelta. Si tienes algo que discutir o negociar con tu esposa llámala, o mejor aún, ve a verla y llegáis a un acuerdo.

—Eso no va a poder ser —susurro apretando los papeles en mis manos.

—Pues yo que tú lo haría. No perdería más tiempo y me presentaría en el rancho. Puede que lo que te encuentres allí te sorprenda.

—Johanna —sisea Alec llamándole la atención a su mujer.

—¿¿Qué?! No le he dicho nada. Solo ha sido un consejo —replica ella.

—A ver, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué es lo que no me estáis contando?

Alec fulmina con la mirada a su mujer y ella se encoge de hombros con cara de no haber roto un plato en su vida. Alec va a decirme algo, pero en ese momento suena su teléfono y se disculpa antes de descolgar la llamada.

—Aaron, ¿qué pasa? Habla despacio, muchacho. No entiendo lo que dices —el gesto de preocupación de Alec nos pone en alerta a Jo y a mí—. ¿Cómo que no aparece? ¿Quién fue la última persona que la vio? ¿Su coche estaba allí? —se pasa a mano por el pelo y resopla—. Encárgate de organizar una partida de búsqueda y avisa a la policía. Sí, cogeremos el primer vuelo.

—Alec, ¿qué pasa? —le pregunta Johanna a su marido. Él me mira a mí y vuelve a resoplar.

—Es Juls. Ha desaparecido, nadie sabe dónde está.

—¿¿Qué?! —pregunto levantándome como un resorte—. ¿¿Cómo que nadie sabe dónde está?! ¡Las personas no desaparecen sin más!

—Mi tía Laura estuvo con ella junto al río esta mañana. Seth se preocupó al ver que no llegaba a comer y fue a buscarla, pero solo encontró su todoterreno.

—Espera, ¿Seth está en el rancho? —pregunto confundido.

—Sí, se trasladó allí hace unos meses. Es el nuevo médico del pueblo —contesta Johanna.

—Tenemos que coger el primer vuelo —apremia Alec—. Aaron va a llamar a la policía, pero no creo que puedan hacer nada si no han pasado cuarenta y ocho horas desde su desaparición, por eso le dije que preparara una partida de búsqueda. Tengo que estar allí, pequeña. Podré darle

caña a la policía para que hagan algo.

—Yo conozco a alguien —digo cogiendo mi teléfono—. Una vieja amiga trabaja como guardia forestal en esa zona. Fuimos compañeros en la universidad y hace años que no hablamos, pero puedo intentarlo —hago la llamada y por suerte, Marian sigue trabajando allí. Ni siquiera pensé en ella en el tiempo que estuve viviendo en Black Mountain—. Los guardabosques van a organizar una búsqueda ahora mismo —les informo tras colgar la llamada.

—¡Tienen que encontrarla! —exclama Jo. Se nota que está muy preocupada—. No puede haberse perdido. Conoce la zona perfectamente, creció allí igual que nosotros. Además, ¿dónde demonios iría en su estado? —Alec le hace un gesto con la cabeza a su mujer y ella responde con una mueca.

—No pongáis esas caras. ¿Qué me estáis ocultando? —inquiero perdiendo los nervios—. ¿De qué estado hablas, Johanna? ¿Qué le pasa a Juls?

—¿Te preocupa lo que pueda pasarle? —pregunta ella mirándome fijamente.

—¿Qué mierda de pregunta es esa? ¡Claro que me preocupa!

—Porque la quieres, ¿no?

—Johanna —dice Alec a modo de advertencia.

—¡Vamos, Alec! Tiene derecho a saberlo. La quiere —me mira a mí alzando una ceja—, ¿verdad?

¿Qué si la quiero? ¡Mierda, sí! La amo con toda mi alma. Aunque he intentado olvidarla durante estos meses, no he podido sacarla de mi mente ni un solo segundo.

—Sí, Johanna. La quiero. ¿Ahora puedes decirme qué demonios está pasando?

—Juls está embarazada —suelta de sopetón. La magnitud de su declaración provoca que me tambalee y tenga que sujetarme al borde de la mesa para no caer desplomado.

—¿Qué has dicho? —inquiero sacudiendo la cabeza. Tengo que haber oído mal. Juls no puede estar...

—Embarazada, Nate —confirma Alec—. Ahora mismo no tenemos tiempo que perder, así que intenta entrar en shock solo cuando estemos en el avión, porque te vienes con nosotros, ¿verdad?

¿Voy con ellos? No lo sé. Juls ha desaparecido y está... Mierda, está embarazada. ¿Por qué no me lo dijo?

—¡Nate! —el grito de Johanna me saca de mis pensamientos—. ¿Vienes o te quedas?

—Voy —contesto agarrando mi chaqueta y saliendo tras ellos.

Juls

Abro los ojos sintiendo un intenso dolor de cabeza. No sé dónde estoy, no consigo ver nada más que oscuridad. Huele a moho y a tierra seca. Intento tocar mi vientre para comprobar que mi bebé sigue ahí, pero al estirar el brazo me doy cuenta de que estoy atada.

—Hola, preciosa —esa voz. La misma voz que escuché en el río.

—Alan —susurro intentando ver a través de la oscuridad.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás cómoda? —una luz se enciende de pronto y su destello me ciega provocando que tenga que cerrar los ojos con fuerza. Parece una linterna, pero no estoy segura.

—Alan, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde estoy? —abro los ojos lentamente hasta que consigo verle. No parece el mismo hombre, está muy delgado, una barba frondosa cubre su rostro y sus ropas están hechas girones.

—Estamos en un lugar seguro —dice tendiéndome un vaso de agua. Estoy sedienta, pero no pienso beber nada que venga de él—. ¿No quieres? Vale, lo guardaré para más tarde.

Deja el vaso en el suelo y aprovecho ese momento para echar un vistazo al lugar en el que me

encuentro. Parece ser una especie de cabaña de caza muy pequeña. Solo hay un colchón deshecho tirado en el suelo, que es donde estoy sentada, y mis manos están atadas con una cuerda entre sí y a una argolla que hay en la pared de madera. Aparte de eso, una silla en la que está sentado Alan justo enfrente de mí y de espaldas a la puerta. En total no creo que el lugar mida más de cuatro metros cuadrados.

—¿Qué estás haciendo, Alan? Esto es un secuestro —digo intentando mantener mis nervios a raya. No puedo perder la cabeza. Necesito tranquilizarme para poder salir de esta con vida.

—Sí, lo sé —contesta sonriendo de manera macabra. Se frota las manos contra el pantalón sin dejar de mirarme y vuelve a sonreír.

Mierda, ha perdido el juicio. Parece totalmente desquiciado, y eso aún lo hace más peligroso.

—Alan, ¿por qué me has traído aquí? ¿Qué es lo que quieres? —pregunto con voz calmada.

—Dinero. Necesito salir de aquí. No puedo seguir viviendo en este... —mira a su alrededor y se levanta de la silla empezando a hiperventilar—. Necesitamos dinero.

—Está bien —susurro intentando tranquilizarle—. Te daré dinero, todo el que quieras, pero tienes que dejarme ir.

—¡No! No puedes irte. Tienes que ayudarme —se sienta a mi lado y yo, por puro instinto, me aparto de él—. Tranquila, yo nunca te haría daño —susurra sonriendo. Coloca una mano sobre mi vientre, me encojo intentando huir de su toque, pero no puedo moverme más—. Todo está bien, preciosa. Llamaré a Nathan, él nos dará el dinero suficiente para que podamos marcharnos. Los tres juntos, tú, yo y nuestro bebé, como una familia.

¿Qué?! Ha perdido completamente la cabeza. Este hombre ya no es capaz de distinguir la realidad de sus propias fantasías.

—Nate no te dará nada —susurro viendo como apoya la cabeza en mi vientre.

—Lo hará —su cabeza se yergue enseguida y besa mi frente—. No te preocupes, no dejaré que nada malo os pase a ninguno de los dos. Sé que le odias por lo que le hizo a tu hermana. Es malo, Juls. Nathan es malo. La engañó y después quiso hacer lo mismo contigo, pero por suerte pudiste verlo a tiempo. Intenté advertirte, ¿lo recuerdas? Te dije que él no era bueno con las mujeres. Pero no temas, no dejaré que te haga lo mismo que le hizo a Holly.

—No la menciones —siseo apretando los dientes. Alan se aparta de mí sorprendido.

—¿Por qué te enfadas conmigo? ¿No estás contenta? Vamos a estar juntos, cariño. El malnacido de Nathan nos dará el dinero. Su familia tiene mucho.

—Nathan me odia. No te dará ni un centavo.

—No te odia. Él te quiere, pero yo te quiero más —declara acercándose de nuevo a mí.

Tengo que contener la respiración para no vomitarle encima. El olor que desprende es nauseabundo. No creo que se haya duchado en meses.

—Has estado aquí todo el tiempo, ¿verdad? Nunca te fuiste de Black Mountain.

—No tenía a dónde ir —contesta levantándose de golpe y empezando a caminar de un lado a otro de la habitación—. ¡Nathan! ¡Nathan! —grita golpeándose la cabeza—. ¡Nathan el perfecto! Yo solo quería ser su amigo, su familia. Él lo tenía todo, una familia que lo quería, un buen trabajo en la empresa de su padre, y a Mónica. Mi querida Moni. Yo la amaba, y él dejó que muriera.

—Quieres todo lo que él tuvo y tú no —murmuro para mí.

—¡No! —su grito hace que me encoja de nuevo. Al ver mi cara de susto, sus rasgos se suavizan y vuelve a sonreír—. Lo siento, preciosa. No quería asustarte —se sienta a mi lado en la cama y peina mi pelo con sus dedos—. Por una vez soy yo el que tiene algo que él quiere. Esta vez será él quien tenga que luchar para arrebatarme lo que más ama, pero no se lo daré. Conseguiremos el dinero y después nos marcharemos juntos. ¿Te gusta la idea? —no contesto,

pero a él no parece importarle—. Te compraré una casa grande, donde tú quieras, y nuestro hijo podrá crecer sano y salvo.

Respiro profundamente y asiento intentando sonreír para tranquilizarle. No sé cómo voy a poder salir de esta, pero si algo tengo seguro es que no puedo hacer ningún movimiento en falso. Tengo que seguirle el juego, si no lo hago él podría perder los nervios. Está completamente loco y no sé hasta donde será capaz de llegar.

Dejaré que tú aprietes el gatillo

Nathan

Durante el trayecto en avión Johanna y Alec nos pusieron al corriente de todo lo que ha pasado en Black Mountain estos últimos meses, y digo nos pusieron porque Andy también quiso viajar con nosotros. Johanna intentó negarse, pero los argumentos de Andy fueron sólidos, tiene un avión privado. Gracias a ello no tuvimos que esperar mucho para embarcar.

Al llegar al rancho Carrington, que así es como se llama ahora, fue Aaron quien nos recibió, y para mi sorpresa me saludó muy afablemente antes de ponernos al tanto de lo que habían adelantado en las labores de búsqueda.

—Ahora no podemos hacer nada —declara Alec—. Un grupo reducido sigue buscando, pero es casi imposible ver algo en la oscuridad.

—Llevaremos linternas y... —insisto, pero Alec me interrumpe.

—Nate, es imposible. Son casi las dos de la madrugada y no hay luna. Si salimos ahora solo empeoraríamos la situación. Corremos el riesgo de perdernos, y aunque pasáramos por el lugar donde está, quizás no la veríamos. Lo mejor es esperar a que amanezca.

—Es mi mujer quien está ahí fuera, Alec —siseo apretando los puños.

—Lo sé y lo entiendo. Yo estuve en la misma situación que tú hace un par de años y recuerdo la angustia que sentí, pero piénsalo un momento, si buscamos en cualquiera de estos lugares — señala el mapa que tenemos frente a nosotros—, y no la encontramos, vamos a tachar el lugar, y puede que esté allí y simplemente lo pasemos por alto por no haber sido capaces de verla en la oscuridad. Hermano, te aseguro que si pudiéramos salir ahora mismo, yo sería el primero. Juls es mi amiga y se ha convertido en alguien muy especial para mí. Le prometí a Holly que cuidaría de ella y no pienso faltar a mi promesa. No voy a perder a otra Carrington.

Asiento viendo cómo llegan un grupo de hombres a caballo, cuando están lo suficientemente cerca, puedo distinguir a Seth entre ellos. Al verme, baja del caballo de un salto y me saluda con un gesto de su cabeza.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunta Carter. Él, Patrick y Chris ya estaban aquí cuando llegamos. El porche de la casa se ha convertido en una especie de centro de operaciones del que Alec se ha puesto al mando nada más llegar.

—Nada, esta zona está despejada —dice señalando el mapa—. También hemos buscado por aquí, pero no se veía a un palmo de distancia, así que tendremos que repetir la búsqueda.

—Bien, ¿a qué hora sale el sol? —pregunta Alec.

—A las siete —contesta Patrick.

—Los equipos de búsqueda ya están organizados, avisa a los muchachos que los quiero aquí a las seis en punto. Que descansen unas horas. Los quiero a todos aquí, de ambos ranchos y no me importa si hay algo más que hacer, puede esperar —todos asienten y Patrick y Aaron empiezan a dar órdenes a los trabajadores—. Seth, come algo e intenta descansar un par de horas. Llevas todo el día encima del caballo.

La verdad es que viéndole bien, parece agotado. Incluso a pesar de su color de piel, pueden

verse unos círculos negros alrededor de sus ojos.

Seth me echa un último vistazo y entra en la casa cabizbajo.

—¿Qué posibilidades tenemos de encontrarla? —le pregunto a Alec cuando nos quedamos a solas.

—Es pronto, Nate. No ha pasado mucho tiempo desde que desapareció, así que el tiempo corre a nuestro favor. Intenta descansar tú también —asiento y palmeo su hombro a modo de despedida antes de cruzar el umbral de la casa que un día creí que sería mi hogar.

Voy directamente a la cocina y allí encuentro a Linda. Aunque parezca increíble, está aún más delgada que la última vez que la vi.

—Nate, hola —me saluda sonriendo levemente—. Te vi antes ahí fuera, pero no quise interrumpiros. ¿Cómo estás? —me encojo de hombros y ella asiente.

—¿Cómo estás tú? —le pregunto sentándome frente a la barra de desayuno.

—Tengo días malos y otros que no son tan malos —contesta haciendo una mueca.

—Lo siento, Linda.

—No lo hagas. Supongo que esto es lo que me ha tocado vivir, y cuando me vaya, lo haré sabiendo que mi pequeño queda en buenas manos —se acerca a mí y cubre su mano con la mía—. Va a aparecer, Nate. No lo dudes ni un solo segundo. Yo no escogí vivir una buena vida. Tomé muy malas decisiones sabiendo que lo que hacía no estaba bien, pero ella es distinta, es una buena persona que merece que le pasen cosas buenas. Si realmente existe un dios, no dejará que Juls se pierda ver nacer y crecer a vuestro hijo.

—Aún no me puedo creer que vaya a ser padre —susurro enterrando la cabeza en mis manos. La congoja casi no me deja respirar.

—Ve a descansar un rato, al menos inténtalo —sugiere.

Asiento, y tras despedirme de ella subo las escaleras dispuesto a ir a mi habitación, pero una vez más me llevo una sorpresa al descubrir que ya no tengo habitación en esta casa, en su lugar, hay una cuna blanca rodeada de un montón de peluches y muebles de bebé.

Me acerco a la cuna y cojo un pequeño conejo de peluche en color verde. Juls lo tiene todo preparado para el nacimiento de nuestro hijo. Ni siquiera sé si es un niño o una niña. ¿Cómo pudo no decírmelo? ¿Por qué me ocultó algo tan importante?

—Todo está en colores neutros porque esa pequeña fierecilla no se deja ver —giro mi cabeza hacia la puerta alertado por la voz de Seth. Se ha cambiado de ropa y su pelo está húmedo, pero su cara sigue denotando un cansancio extremo. Se acerca a mí y sonrío mirando el muñeco que tengo en las manos—. Se lo compré el día que le dijeron que estaba embarazada. Juls fue incapaz de tocarlo hasta varios días después.

—Podría haberlo hecho yo si lo hubiese sabido —contesto en tono de reproche.

—No la culpes, Nathan. Puede que sus decisiones en relación a ti nunca hayan sido muy acertadas, pero en este caso lo hizo por tu bien.

—¿Por mi bien?! ¡Me ha ocultado que voy a ser padre! —niego con la cabeza apretando con fuerza el peluche—. ¿Por qué lo hizo? No tiene ningún sentido. Yo tenía derecho a saberlo.

—Juls siempre habla de una leyenda Sioux, una historia que le contaba su madre sobre una águila y un halcón. No me sé la historia de memoria, pero en resumen, es una enseñanza. Si mantienes juntos a dos seres a la fuerza, acaban matándose el uno al otro —me mira y sonrío levemente—. Ella no quería forzarte a que estuvieras a su lado por el bebé. Quiso darte la libertad que tú mismo le pediste.

—Esa no es una razón válida para ocultarme algo así —murmuro intentando retener las lágrimas.

—Ya, eso tendrás que hablarlo con ella.

—Cuando aparezca —susurro mirándole de nuevo.

—Aparecerá. Estoy dispuesto a dejarme la piel en buscarla.

—Dime la verdad, Seth. ¿Estás enamorado de ella? —siempre he querido preguntárselo.

—Desde el día en que la conocí —contesta sonriendo. Resoplo y él se acerca para coger el peluche de mis manos—. Siempre supe que no era para mí, incluso cuando la tenía, sabía que no era mía. Nos divertíamos juntos, en la cama y fuera de ella, pero nunca me miró de ese modo, no como te mira a ti —coloca una mano sobre mi hombro provocando que mis ojos se claven en los suyos—. Nunca he sido tu rival, Nate. Amar a veces significa dejar ir a la persona que quieres, no hacer nada y dejar que busque su propia felicidad. Yo entendí eso hace mucho tiempo y Juls también, por eso te dejó marchar.

No puedo evitar que una lágrima se escape y rueda por mi mejilla.

—Todo podría haber sido distinto. Si Juls hubiese sido sincera conmigo y... —mi voz se quiebra y desvío la mirada para que Seth no sea testigo de mi llanto.

—¿Te has planteado que si hubiese sido así, quizás nunca la habrías conocido? Piénsalo, imagínate que ella no se hubiese equivocado. Se habría casado con Alan y todos los buenos momentos que vivisteis juntos, nunca habrían sucedido.

Pienso en la primera vez que la vi cuando me tiró el café por encima, en nuestro primer beso, cuando fuimos a Pebble Beach y contemplamos el puente de Nueva York, nuestro viaje en moto llegando empapados a mi piso. Fue una noche fantástica, me reí como nunca con su forma de interpretar las películas de terror y después dormimos abrazados en el sofá. También rememoro nuestro viaje a Las Vegas, las noches perdidos el uno en el otro entre las sábanas de esa cama.

—No todo son malos recuerdos —susurro para mí.

—El ser humano tiene la capacidad de recordar casi todos los momentos de su vida, es nuestra decisión quedarnos con los buenos o los malos recuerdos —da un leve apretón a mi hombro y se marcha de la habitación dejándome solo con mis recuerdos.

Las horas pasan lentamente. Ni siquiera pude cerrar los ojos, solo me senté en una mecedora y rememore una y otra vez cada momento que pasé al lado de Juls. Como dijo Seth, nosotros somos los que decidimos qué recuerdos queremos conservar, y sinceramente, yo no tengo ni idea.

A las seis menos diez ya estoy en el porche. El sol aún no ha salido, pero la noche ya no es tan oscura, y eso significa que no tardará en amanecer. Miro hacia el horizonte respirando profundamente. Echaba de menos el aire puro de la mañana, el silencio del amanecer. Hace unos meses a esta misma hora estaría en la cocina tomando café frente a Juls. Ese era de los pocos momentos de paz entre nosotros.

—¿Has podido descansar? —pregunta Alec apareciendo a mi espalda.

—No he pegado ojo —contesto aceptando la taza de café que me tiende—. Creí que habías ido a tu casa.

—No, llamé para avisar y me acosté un rato en el sofá.

En ese momento mi teléfono empieza a sonar, lo saco del bolsillo de mi pantalón, y tengo que parpadear varias veces para comprobar que lo que estoy viendo no es un espejismo.

—Es Juls —susurro mostrándole la pantalla a Alec. Necesito que alguien me confirme que no me he vuelto completamente loco.

—Contesta ya, Nate —apremia Alec.

Descuelgo la llamada enseguida llevándome el teléfono al oído.

—Juls, ¿dónde estás? —pregunto con impaciencia.

—Ya lo sabes —afirma una voz que reconozco al instante—. Bien, eso me ahorra muchas

explicaciones. Juls está conmigo.

—¿Alan? ¡¿Qué coño haces con el teléfono de Juls?! ¡¿Dónde está?! —Alec me hace un gesto con la mano para que mantenga la calma. Respiro profundamente cerrando los ojos—. Alan, no hagas ninguna tontería.

—Tranquilo, no pienso hacerle nada malo a Juls, a menos que tú no hagas lo que yo te diga, hermano.

—¡Yo no soy tu puto hermano! —siseo perdiendo los nervios. Una vez más, Alec intenta tranquilizarme—. ¿Dónde está, Alan? ¿Qué quieres de mí?

—Dinero. Quiero que traigas contigo un millón de dólares al lugar donde te voy a indicar. Vendrás solo y no alertarás a la policía si quieres volver a verla con vida.

—¿Un millón de dólares? ¿Qué te hace pensar que yo tengo ese dinero? —una risa macabra se escucha al otro lado de la línea.

—Los dos sabemos que puedes conseguirlo. A las seis de la tarde te mandaré un mensaje con la dirección, y a las siete vendrás al punto de encuentro. Te estoy dando tiempo para que cojas un avión desde Nueva York, así que no te quejes.

—Estoy en Black Mountain —digo a toda prisa—. Adelanta el encuentro. Conseguiré ese dinero como sea y te lo llevaré.

—No, a las seis en punto, y como no vengas solo, juro que le pegaré un jodido tiro en la cabeza, o mejor en la barriga —dice con voz cantarina—. Joder, tío. No sabes lo buena que está con esas tetas enormes.

—¡Como le toques un puto pelo...! —vuelve a reírse nuevamente, poniéndome los pelos de punta.

—Pienso tocarle más que el pelo. Voy a disfrutar follándomela hasta dejarla sin aliento. Ahora es mía, hermano. Tú te quedaste con Mónica, hiciste con ella lo que quisiste, ahora es mi turno.

La llamada se corta y me llevo las manos a la cabeza bufando como un toro.

—¡La tiene Alan! —exclamo mirando a Alec. Estoy desesperado—. ¡Ese hijo de puta la ha secuestrado!

—Tranquilo, Nate. Tienes que mantener la calma. Al menos ahora sabemos cómo encontrarla. ¿Qué te ha dicho exactamente? —repito palabra por palabra todo lo que Alan me ha dicho y Alec me escucha atentamente—. Vale, tenemos casi doce horas para prepararnos. No vas a ir solo. Ayer conseguí que el sheriff se pusiera manos a la obra, voy a contarle lo que ha pasado y pedirle su opinión. Mientras tanto trazaremos un plan.

—El dinero... tengo que llamar a mi padre. No puedo arriesgarme a ir al encuentro con las manos vacías.

—No te preocupes por eso. Llamaré ahora mismo a Nad y ella se encargará de ir al banco.

—Está desquiciado, Alec. Su voz... parecía la de un loco.

Pone su mano sobre la parte posterior de mi cuello mirándome fijamente a los ojos

—La vamos a traer de vuelta, Nate. Necesito que mantengas la calma, ¿crees que podrás? —asiento limpiándome las lágrimas que no sabía que estaba derramando. Alec tiene razón, tengo que mantener la cabeza fría. Solo espero que no cumpla su amenaza, como le ponga un dedo encima a Juls, estará firmando su sentencia de muerte, porque no pienso detenerme hasta matarle con mis propias manos.

Juls

He pasado una noche horrible. Alan estuvo fantaseando durante horas, explicándome todo lo que vamos a hacer cuando Nathan le dé el dinero suficiente para que podamos irnos. Está como un

puto cencerro. Por momentos recupera la cordura, o al menos parte de ella y se cabrea dando puñetazos a la pared y gritando que odia a Nathan, pero enseguida recapacita empezando sonreír de esa forma que me pone la piel de gallina y vuelve a sus fantasías.

Antes de que amaneciera, se acercó a mí y me dio un beso en la frente antes de marcharse prometiendo volver pronto. De eso ya hace más de una hora. He intentado soltarme por todos los medios, pero la cuerda está demasiado apretada y casi no me deja margen de movimiento. Me duelen los brazos por tenerlos en tensión y mi estómago ruge con fuerza. Llevo sin comer nada casi veinticuatro horas. Al final acabé aceptando el vaso de agua, aunque casi me arrepiento al ver la mugre que había pegada al cristal.

Mi bebé se remueve dando golpes fuertes en mi interior y suspiro dejando de hacer presión en mis muñecas. Mi piel se está rajando por intentar soltarme y no logro ningún resultado.

—Tranquilo, cielo. Mamá va sacarte de esta —susurro mirando hacia mi abultado vientre. Me encantaría poder posar mi mano y acariciar mi barriga, eso siempre lo tranquiliza.

La puerta se abre dejando entrar la luz del día, y Alan entra en la cabaña sonriendo.

—¿Me has echado de menos? —pregunta acercándose a mí—. He traído comida —deja una manzana a mi lado en la cama—. ¿Estás bien, mi amor? He hablado con Nathan.

—¿Nate? —inquiero sin poder ocultar mi entusiasmo.

—Sí, esta tarde nos traerá nuestro dinero y podremos irnos. ¿No estás feliz? —hago un esfuerzo sobre humano para no apartarme cuando sus sucia mano acaricia mi mejilla—. Para que veas que no soy tan malo, dejaré que te despidas de él antes de matarlo.

—Alan, por favor —suplico—. No metas a Nate en esto. Deja que me vaya. Aún estás a tiempo, no has hecho daño a nadie. Yo volveré a casa y no le diré a nadie lo que ha pasado. Por favor.

—¿No quieres ver como acabo con el hombre que mató a nuestra Holly? Sé que te casaste con él para vengar su muerte, ahora puedes hacerlo. Es más, dejaré que tú aprietes el gatillo —estira la mano hacia su espalda y veo como saca un revolver.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto asustada.

—Llevo varios meses por la zona. ¿Cómo crees que he conseguido todo esto? —señala la habitación. Tengo que morderme la lengua para no contestarle que seguramente lo habrá encontrado en un depósito de basura—. Lo he robado —susurra entre risitas.

—Alan, por favor. No sigas con esto.

—Tranquila, preciosa. Pronto todo acabará y podremos irnos. Vamos a ser muy felices, tú, yo y nuestro bebé —vuelve a colocar su mano sobre mi vientre y esta vez no puedo contenerme.

—¡Sácame tus jodidas manos de encima, maldito lunático! ¡No es tu hijo! ¡Es de Nate, el único hombre al que amo!

Su cara cambia enseguida y aprieta su agarre sobre mi barriga haciéndome daño.

—Lo será. Cuando acabe con ese maldito Reed, este niño será mío. Voy a quitarle todo lo que quiere. ¡¿Lo entiendes?! Todo lo que él tiene va a ser mío, incluida tú —desliza su mano hacia arriba abarcando uno de mis pechos con la palma y aprieta fuertemente provocando que sisee de dolor—. Tú y yo lo vamos a pasar muy bien. Estoy deseando colarme entre tus piernas, preciosa —acerca su boca a la mía con intención de besarme, pero me aparto rápidamente—. Tranquila, tenemos todo el tiempo del mundo. Te aseguro que cuando acabe contigo, no volverás a rechazarme.

Yo soy Nathan Reed

Nathan

Ya está todo listo. El plan consiste en que yo vaya delante con un maletín lleno de dinero, Alec y Seth me seguirán a una distancia prudencial mientras Aaron, Patrick, Carter, Chris y Jay, junto a algunos de los trabajadores de los ranchos, se encargan de cubrir todo el terreno posible en los alrededores.

Nada más recibir el mensaje con únicamente una ubicación, el sheriff intentó ponerse al mando de la operación y señaló que no iba a permitir que fuésemos solos a buscar a Jo, pero Alec le hizo frente y desafió a cualquiera que estuviese dispuesto a ponerse en su camino a dar un paso al frente. La forma en la que lo dijo me dio miedo hasta a mí. Está claro que todo el mundo sabe quién manda en Black Mountain, incluso la policía.

Así que aquí estamos, llegando al punto de encuentro, casi a la hora indicada. Miro hacia mi espalda y aunque no los veo, sé que Alec y Seth me están viendo a mí. La zona dónde nos encontramos es la idónea para que puedan ocultarse, estamos en mitad de la montaña, con solo árboles y vegetación a nuestro alrededor. Solo faltan un par de minutos para las siete y siento como si toda mi vida me hubiese estado preparando para este momento. No puedo meter la pata ni perder los nervios. La vida de Juls y de nuestro hijo depende de ello.

—Llegas justo a tiempo —dice Alan saliendo de detrás de un árbol. Tengo que fijarme bien en él para poder reconocerlo. Parece un vagabundo, pero la sonrisa que luce en su rostro, esa es inconfundible, es él—. ¿Has traído el dinero? —levanto el maletín sin dejar de mirarlo.

—¿Dónde está Juls? —pregunto mirando a mi alrededor.

—¿Has venido solo? —ignora totalmente mi pregunta, cosa que me hace desconfiar al instante. Juls no está aquí.

—Estoy solo, tal como me dijiste. ¿Dónde está ella, Alan?

—Cerca —susurra sonriendo—. Deja el maletín ahí y aléjate. En un rato te mandaré un mensaje con la ubicación de Juls y podrás ir a buscarla.

—No pienso irme de aquí sin mi mujer —afirmo.

—¿Tu mujer? Ella ya no es tu mujer, hermano. No sabes lo bien que lo hemos pasado. No me extraña que te casaras con ella, tiene una boca... —hace un gesto obsceno con su mano imitando una felación y tengo que respirar profundamente para no sacar la pistola que llevo a mi espalda y volarle la cabeza a este hijo de perra. Encontré el arma en la habitación de Juls y decidí traerla por si la cosa se complicaba.

—Como le hayas tocado...

—¿Tocado? He hecho mucho más que eso. Pero no te enfades, colega. Recuerda, nosotros lo compartimos todo. Igual que con Mónica.

—¿De qué mierda estás hablando?! Te has vuelto completamente loco.

—¡Yo la vi primero! —grita sacando un revolver y apuntándome con él. Veo como murmura algo, parece que habla consigo mismo—. Moni era mía, era mía. Tú me la robaste.

—Mónica nunca quiso nada contigo.

—¡Te equivocas! ¡Te equivocas, joder! Ella iba a dejarte para estar conmigo, pero tú la volviste loca. ¡Tuve que amenazarla! ¡Tú me obligaste! La amenacé con contarte a ti y a su familia lo que nosotros hacíamos cuando tú no estabas. Follábamos como conejos cada vez que te dabas la vuelta —una sonrisa macabra se instala en su cara y vuelve a apuntarme con el arma—. Yo la quería, pero ella dijo que no iba a dejarte libre. Quería seguir contigo mientras se acostaba conmigo. Tú eras el niño rico y yo el que no tenía donde caerse muerto. Una vez más, tú ganaste.

No sé si lo que dice es real o parte de su imaginación. Parece estar completamente desquiciado y apartado de la realidad, pero no sé por qué, creo que hay algo de real en su declaración. Siempre sospeché que Mónica me engañaba, pero tras su muerte me convencí de que eran paranoias mías y que ella no merecía que desconfiara de ese modo sobre su fidelidad.

—No lo sabía, Alan —digo siguiéndole el juego—. Si me lo hubieses dicho, te habría dejado el camino libre con ella.

—¡Mentira! ¡Eres un puto mentiroso! Tú lo tienes todo y yo nada. No estoy haciendo nada malo en coger algo para mí. Quise quedarme con tu hermana, tenía un trabajo en la empresa de tu familia, todo iba bien, pero una vez más tenías que joderme. ¡¿No podías dejarlo estar?! ¡Tú ya tenías lo que querías, te casaste con Juls y viniste a este lugar! ¡¿Por qué no me dejaste en paz?! — se pasea de un lado a otro volviendo a murmurar algo en voz baja.

—Alan, yo solo quiero a Juls, te daré lo que quieras.

—¡No! Juls es mía. Esta vez gano yo. Voy a quedarme con ella y con nuestro hijo. Esta vez voy a ser yo quien tenga algo que tú deseas. Es una pena que no vayas a vivir para verlo —le quita el seguro al arma y yo levanto las manos en señal de rendición.

Va a disparar, puedo verlo en su mirada. Estiro mi mano hacia atrás para coger mi arma, pero antes de que pueda alcanzarla, un grito desgarrador suena a mi derecha. Es Juls, reconozco su voz. El grito sorprende también a Alan que desvía la mirada un momento y aprovecho para coger la pistola y apuntarle con ella.

—¡Baja el arma! —grito acercándome a él. Los dos nos estamos apuntando y puedo ver el temor reflejado en su mirada—. Esto no tiene por qué acabar así, Alan. Baja la pistola y te dejaré ir, puedes llevarte el dinero.

Ya no necesito que me diga donde está Juls. El grito ha sonado muy cerca, así que estoy seguro de que Alec y Seth ya estarán con ella.

—¿Crees que me importa morir?

—Baja la pistola, Alan —le advierto sin dejar de apuntarle.

—Baja la pistola, Alan —repito sonriendo. Definitivamente está loco. Camina hacia mí apuntándome y otro grito suena, esta vez mucho más intenso.

De pronto, veo como Seth sale de detrás de un árbol, justo en el momento en el que Alan posa su dedo sobre el gatillo. Estoy justo delante de él y va a matarme, lo sé, puedo verlo en su mirada. Su dedo se desliza por el gatillo disparando, justo cuando Seth se pone frente a él sujetando su mano para apartar la pistola. La bala se pierde en el cielo y el ruido provoca que una bandada de pájaros salga volando. Seth forcejea con Alan para desarmarlo mientras yo intento apuntarle, pero no para de moverse y tengo miedo de darle a Seth. Corro hacia ellos para ayudar a Seth, pero antes de que pueda alcanzarlos, se escucha un nuevo disparo. Los dos se separan y veo como Seth cae al suelo boca arriba, mira hacia Alan y se toca el vientre. Una gran mancha roja empieza a cubrir su camiseta. Está herido.

—¡Yo soy Nathan Reed! —grita Alan levantándose. Me mira y sonrío de oreja a oreja —. Vas a morir por lo que le hiciste a Holly, Alan. ¡Yo soy Nathan Reed! —levanta su revólver para apuntarme, pero antes de que pueda hacerlo aprieto el gatillo disparándole en la frente.

Su cuerpo cae hacia atrás y me acerco para comprobar el estado de Seth, Alan ya sé que está muerto.

—¡Seth! —me arrodillo frente a él y presiono su abdomen intentando taponar la herida que burbujea sangre como un jodido manantial—. Vamos, tío, aguanta. Te llevaremos a un hospital.

—Juls —susurra mirándome fijamente—. Cuida de ella. Te necesita, Nathan.

—Tú vas a ayudarme con eso. No puedes dejarla, ¿me escuchas? No vas a abandonarla —sus ojos se cierran y pierde el conocimiento mientras yo sigo intentando controlar la hemorragia—. ¡Alec, necesito ayuda! —grito.

—Yo también —Alec aparece con Juls en brazos. Está inconsciente y deja un rastro de sangre a su paso—. Está de parto, Nate, y algo no va bien.

Juls

Abro los ojos mirando hacia el cielo y sintiendo el calor del sol sobre mi rostro. Puedo escuchar el sonido del agua corriendo río abajo y el canto de los pájaros sobre los árboles. Sé perfectamente donde estoy sin tener que mirar a mi alrededor, lo que no entiendo es cómo he llegado a este lugar. Aunque quizás nunca me haya ido. Recuerdo a Alan en esa cabaña, el olor nauseabundo de su cuerpo, el dolor, recuerdo perfectamente ese dolor desgarrador y la sangre cubriendo mis muslos. ¿Fue todo una pesadilla? Puede que me haya quedado dormida y todo eso solo fuese un mal sueño. Deslizo las manos por mi vientre esperando poder sentir a mi pequeño, pero no está.

—Tranquila, la bebé está bien —cierro los ojos con fuerza al escuchar esa voz. Es imposible, esto no puede ser real.

—Pajarita —susurro abriendo los ojos. Holly me mira sonriendo, está apoyada junto a un árbol con los brazos cruzados.

—Hola, Juls.

—¿Estoy muerta? —pregunto intentando buscar una explicación a todo esto. Estoy viendo a mi hermana muerta, y aunque me alegro muchísimo por poder estar con ella, no quiero dejar a mi bebé.

—Tú y ese me estáis dando mucho trabajo hoy —contesta señalando hacia mi lado. Me giro y veo a Seth mirándonos a las dos de hito en hito, parece tan confuso como yo.

—No, Seth. Tú no deberías estar aquí. ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé —contesta sacudiendo la cabeza—. Yo estaba... —pone la mano sobre su vientre y respira profundamente—. ¿Estoy muerto?

Miro hacia Holly buscando una explicación, pero ella solo sonrío y se encoge de hombros.

—Hermanita, la has cagado pero bien. Recuerdo haberte dicho en esa carta, que no hicieras nada en contra de Nathan, pero como siempre, tú no me haces ni puñetero caso —Holly frunce el ceño y me echa una mirada reprobatoria que me obliga a agachar la cabeza—. Ah, no. Ahora no te escondas. Asume las consecuencias de tus actos.

—Lo he hecho todo mal, pajarita —sollozo negando con la cabeza—. Estaba tan cabreada... Necesitaba echarle la culpa a alguien.

—Juls, nadie tuvo la culpa —susurra acercándose a mí. Acaricia mi mejilla con su mano y juro que puedo sentir el suave tacto de sus dedos en mi piel—. Yo fui demasiado cobarde como para enfrentarme a la verdad, pero tú no eres así. Eres la fuerte de las dos.

—Ahora es demasiado tarde —murmuro abatida.

—Nunca es tarde —dice Seth agarrando mi hombro—. Tenemos que volver, Juls.

—¿Volver? —pregunto mirando hacia mi hermana—. ¿Podemos volver?

—Depende, hermanita. ¿Quieres volver? ¿Vas a hacer que realmente valga la pena tu vida? Porque si no es así, los dos podéis quedaros. Pero si decidís regresar, que sea para vivir plenamente lo que os quede de vida —se gira hacia Seth y le sonrío—. Tienes que dejar de estar ahí para ella, Seth. Sé que la quieres, pero por una vez, piensa en ti, busca tu propia felicidad —me mira a mí y amplía su sonrisa—. Hermanita, no sabes cuánto te he echado de menos. Sé que sufres por mi ausencia, pero tienes que seguir luchando. No te rindas con Nathan, igual que él nunca se rindió contigo.

—Se ha rendido, Holly. Ya no soy nada para él—contesto apesadumbrada.

—¿Estás segura? —pregunta con una risita—. Escucha atentamente.

Hago lo que me dice y puedo oírlo, es Nate, su voz. “*Vuelve conmigo, nena. Tienes que volver*”. Es solo un susurro, pero estoy segura de que es él.

—Quiere que vuelva —declaro sorprendida.

—¿Tú que quieres hacer, hermanita? ¿Te vas o te quedas?

Miro a Seth y él asiente sabiendo exactamente lo que estoy pensando.

—¿Juntos? —pregunta cogiendo mi mano.

—Siempre —contesto sonriendo. Miramos a Holly y ella nos dice adiós con la mano—. No quiero dejarte, pajarita.

—No lo haces, yo siempre estaré con vosotros. Es más, ahora mismo ha llegado mi momento —se acerca a mí y su sonrisa se expande—. Búscame en su mirada, Juls. Siempre estaré ahí.

Veó como su imagen se desvanece y siento un fuerte dolor en el vientre que me hace apretar la mano de Seth, pero él ya no está. Poco a poco la luz del sol se va apagando y siento como si alguien tirara de mí con fuerza hacia un lugar desconocido.

Nathan

Un par de lágrimas de deslizan por mi rostro sin que pueda evitarlo. Estos son los momentos en los que me planteo si realmente existe alguien ahí arriba que guía y cuida de nosotros, los simples mortales. Si es así, si de verdad hay un dios, estoy deseando encontrármelo y patearle su divino trasero. No es justo que una mujer muera a tan temprana edad, y mucho menos dejando un pequeño ser huérfano.

El ataúd se desliza hacia su última morada y los encargados del entierro empiezan a cubrirlo con tierra. Este es el peor momento, ese en el que recuerdas que nunca más vas a poder volver a ver a esa persona que ahora yace enterrada bajo toneladas de tierra árida.

—Ya todo ha pasado —susurra Alec palmeando mi hombro—. Ahora descansa en paz.

Asiento notando como una nueva oleada de lágrimas acude a mis ojos. Sé que Alec fue muy cercano a ella, pero no la conocía como yo. No charló, ni bromeó con ella cada mañana antes de irse a trabajar. No vio cómo se iba consumiendo poco a poco. Puede que Linda no tomara las mejores decisiones en su vida, pero a su manera, era una gran mujer, y voy a extrañarla. Ella fue un gran punto de apoyo para mí en mis días más oscuros. Nunca me faltó una palabra de aliento por su parte, o buenos consejos que yo nunca seguí.

—¿Quieres que te acerque al hospital? —me pregunta Johanna.

Aunque parezca increíble, mucha gente se ha reunido para darle el último adiós a Linda, entre ellos, Johanna, que aunque no se llevaba especialmente bien con la fallecida, quiso presentar sus respetos y de alguna manera dejar ir el oscuro pasado que hay entre ellas dos.

—Sí —contesto pasando mis manos por mis húmedas mejillas—. No quiero estar lejos de ellas durante mucho tiempo.

—Pues te llevo. Tengo ganas de ver a la pequeñina.

Nos despedimos de los demás, y Jo y yo vamos directamente hacia el lugar que se ha convertido en mi casa los últimos cinco días. Mi hija está a punto de salir de la incubadora. Su nacimiento prematuro provocó que tuviese que permanecer allí durante un tiempo, pero ahora ya tiene el peso suficiente como para poder vivir tranquilamente sin tener que estar encerrada en esa capsula de cristal. Es un cielo, y la niña más guapa del mundo a mis ojos. Todos los que la han visto dicen que es una copia exacta de mí, el pelo, el color de ojos, los rasgos faciales... Todo.

Tras unos minutos en los que no dejo de darle besos a mi pequeña y susurrarle lo mucho que la quiero, la dejo en los brazos de Johanna y me dirijo a la habitación de la otra mujer de mi vida. Como siempre, la encuentro dormida.

Aún recuerdo el terror que sentí cuando la vi desangrándose en los brazos de Alec. Pensé que la perdería, pero por suerte pudimos llegar a tiempo al hospital y le practicaron una cesárea de urgencia. La niña se moría y tuvieron que sacarla rápidamente. Se supone que Juls tendría que haber despertado tras la operación, pero algo salió mal con la anestesia y aún sigue dormida después de varios días. Los médicos no dejan de hacerle pruebas, pero la verdad es que no tienen ni idea de por qué no despierta. Me acerco a ella y beso sus labios antes de sentarme a su lado en la cama.

—Vuelve conmigo, nena. Tienes que volver —susurro apretando su mano entre las mías.

Espero en silencio una respuesta por su parte, lo que sea, pero no recibo nada, así que me acomodo en una silla al lado de su cama y apoyo la cabeza en el colchón sin soltar su mano hasta que el sueño me vence. No tarda mucho en suceder, ya que llevo varios días sin pegar ojo. Solo he salido del hospital para ducharme, y hoy para asistir al entierro de Linda.

—Nate —escucho a lo lejos que alguien me llama. Parece la voz de Juls, pero muy afónica. Ni siquiera me planteo abrir los ojos, probablemente no se trate de más que un sueño. Últimamente siempre que cierro los ojos su imagen viene a mi mente—. Nate, cariño —otra vez ese susurro, pero en esta ocasión siento como alguien acaricia mi cabeza. La sensación de esos dedos deslizándose entre mi cabello es tan placentera, que me siento tentado a seguir durmiendo para que no se detenga—. Nathan, despierta.

Abro los ojos de golpe. Esta vez estoy seguro de que no ha sido un sueño. Es Juls. La miro y compruebo que estaba en lo cierto, está despierta.

—Juls, hey... hola —digo incorporándome para poder mirarla.

—Hola —susurra sonriendo.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras mal? Voy a llamar al médico —intento alejarme de ella, pero me detiene sujetando con fuerza mi mano que seguía estrechando la suya.

—Estoy bien, Nate. Solo siento como si acabara de ser atropellada por un autobús de dos pisos —su sonrisa sincera hace que algo dentro de mí se afloje y suelte el aire que estaba conteniendo—. ¿Dónde está ella? —toca su vientre mirándome confundida—. ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes —digo tranquilizándola—. Tenemos una niña preciosa y está muy sana —su sonrisa se expande y asiente levemente.

—Alan, él... está loco, Nate.

—Tranquila. No podrá hacerte daño, a ninguno de nosotros. Está muerto.

—¿Cómo?! ¿Quién?!

—Yo le maté, aunque Seth me ayudó bastante. Te lo explicaré todo enseguida, pero ahora tengo que avisar al médico. Llevas varios días dormida y no sabíamos si despertarías o no.

—¿Días? ¿Cuántos días? Espera... ¿Has dicho Seth? —se queda un momento en silencio como si estuviese pensando o recordando algo—. ¿Él está bien?

—Sí. Nos dio un buen susto. Alan le disparó y tuvieron que operarlo, pero se está recuperando

rápidamente. A los médicos les está costando mantenerlo tumbado en la cama. Nada más despertar de la anestesia, quiso venir a verte.

—Muy típico de él —murmura sonriendo de nuevo—. ¿Cuándo podré ver a mi pequeña? Dios, no me puedo creer que haya estado varios días fuera de combate. ¿Cuánto tiempo ha pasado exactamente?

—Cinco días. Iré a llamar al médico y le pediré a la enfermera que traiga a la niña. Vas a enamorarte de ella nada más verla —digo sin poder evitar que el entusiasmo se note en mi tono de voz—. Es tan bonita... Pequeña y rosadita.

—Se te cae la baba, Reed —susurra mirándome fijamente—. Supongo que te debo una disculpa. Muchas, en realidad.

—Ya hablaremos de eso. Ahora lo importante es que te recuperes cuanto antes. Voy a llamar al médico, ¿vale?

Asiento y aparto mi mano de la suya lentamente. Juls suspira viendo como nuestros dedos se despegan y salgo de la habitación en dirección al control de enfermería con una enorme sonrisa instalada en el rostro. Está despierta. Supongo que al final sí que hay un ser que vela por nosotros, al menos alguien ha atendido a mis suplicas y la ha traído de vuelta.

Tu raja es más grande que la mía

Juls

Solo han pasado cinco días, pero parece una eternidad. Han pasado tantas cosas mientras yo echaba una cabezadita, como dice Megan. Linda ha muerto, Seth tuvo que ser operado de urgencia, Alan también está muerto, mi hija ha nacido, y según me han contado, Nate no se ha apartado de nosotras en ningún momento. Cuando Alan comentó cómo pensaba extorsionar a Nate, no supe qué pensar. Llegué a pensar que mi ya exmarido, le colgaría el teléfono y se desentendería del asunto, pero me equivocaba, Alec me contó que incluso antes de que Alan se pusiera en contacto con él, Nate ya estaba en Black Mountain, buscándome junto a todos los demás.

Suspiro mirando hacia mi pequeña que duerme plácidamente en mis brazos y acaricio su pequeña manita. Nate tenía razón, me enamoré nada más verla. Es igualita a su padre en todo. Dicen que incluso tiene su mismo color de ojos, aunque yo no he podido comprobarlo, ya que mi hija es una auténtica marmota y lleva durmiendo todo el día. Ni siquiera despertó cuando le di el biberón, ni cuando Sonya le cambió el pañal. Mi excuñada llegó poco después de que yo despertara y no se ha movido del hospital desde entonces, todo lo contrario a su hermano, que parece evitarme. Cuando el médico llegó esta mañana tras mi despertar, Nate desapareció y no le he vuelto a ver.

—Eres una cosita preciosa —dice Son con voz cantarina, ese tono que todos utilizamos cuando le hablamos a un bebé.

—Es igualita a Nate —susurro tocando su mejilla. Mi pequeña alza la comisura de la boca en un amago de sonrisa y un precioso hoyuelo aparece en su mejilla izquierda.

—Si es tan guapa ahora, no quiero ni pensar cómo será cuando tenga catorce o quince años. Vais a tener que vivir espantando a los chicos —continúa Sonya divertida.

—Tendré que comprarme una escopeta —la voz de Nathan nos sobresalta y las dos miramos hacia la puerta. Él nos mira a su vez con una sonrisa en el rostro. Se ha cambiado de ropa y tiene el pelo húmedo.

—Te presto la mía —contesto siguiéndole la broma. Una chispa de diversión brilla en sus ojos y se acerca a la cama.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta estirando su mano para acariciar el pie de nuestra pequeña.

—Bien, algo dolorida, pero feliz por seguir viva. Llegué a pensar que no lo superaría —su sonrisa se esfuma y asiente desviando la mirada.

—Acabo de hablar con el médico y Johanna me ha dicho que has tenido visitas esta tarde.

—Toda la tropa acaba de irse hace un ratito —señala su hermana refiriéndose a las personas que se han convertido en mi nueva familia. Desde Laura Turkel, a Jay o Megan. Todos han estado aquí—. Dijeron que iban a ver a Seth.

—Lo sé, acabo de estar en su habitación. Montaron una buena allí, creo que las enfermeras estaban algo cabreadas. Ya se han ido.

—Sí, y yo voy a seguir su ejemplo. Aaron va a venir a buscarme. Hemos quedado para cenar —dice Sonya besando la cabecita de su sobrina.

—¿Cenar? ¿Con Aaron? —inquiero sorprendida.

—Sí, ya sabes. A rey muerto, rey puesto. No voy a dejar que el malnacido de Alan me joda la vida. Él está muerto, yo soy viuda y Aaron está más bueno que el pan.

Nate pone los ojos en blanco y yo suelto una carcajada de la que me arrepiento al instante al sentir como los puntos de mi abdomen se tensan haciendo que me encoja de dolor.

—¿Estás bien? —pregunta Nathan acercándose a mí.

—Sí —hago una mueca intentando sonreír para quitarle importancia al asunto—. No me puedo reír, así que nada de contar chistes.

—Descuida —señala Son—. Yo ya me voy y aquí mi hermanito sigue con el palo metido en el culo desde hace meses, así que os dejo solos a ver si tú consigues sacárselo.

Nate la fulmina con la mirada, pero ella lo ignora, se despide de nosotros y se va.

—¿Palo metido en el culo? —pregunto alzando una ceja cuando nos quedamos a solas.

—No le hagas caso a mi hermana, ya sabes cómo es —contesta ocupando el lugar que acaba de dejar libre Sonya a mi lado en el borde de la cama. Vuelve a acariciar el pie de nuestra hija y sonrío mirándola embobado.

—Nos ha salido preciosa —susurro mirándole a él

En ese momento la niña abre los ojos y me quedo impactada mirando sus preciosos ojos azules, pero no es solo el color de sus ojos lo que me deja KO, es su mirada, tan pura y sincera como la de... Es su misma mirada.

—¿Qué pasa? —pregunta Nate acercándose a mí para mirar la cara de nuestra hija.

—Su mirada, Nate. Es igualita a la de Holly —contesto reteniendo las lágrimas.

Nate sonrío y acaricia su pelo castaño claro.

—Ese es un gran nombre para nuestra hija, ¿no crees? —asiento sin poder evitar que un par de gotas rueden por mis mejillas.

—¿Me creerías si te digo que la he visto?

—¿A Holly? —pregunta sorprendido.

—Sí, sé que parece una locura, pero la vi. Hablé con ella.

—¿Qué te dijo? —pregunta sin mirarme. Sigue acariciando el pelo de nuestra niña.

—Me echó la bronca por haber hecho el ganso contigo —eso parece hacerle reaccionar porque levanta la mirada y alza una ceja divertido.

—No creo que haga falta que casi mueras para saber que hiciste el ganso. Solo tendrías que habérmelo preguntado a mí.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—No habrá próxima vez —dice muy serio—. Ni se te ocurra volver a darme un susto así.

—¿Te asustaste? —inquiero sin evitar sonreír.

—No te rías, Juls. Alan me dijo que iba... —resopla frotándose la cara con las manos—. ¿Te hizo algo? Él... ¿Te tocó?

—Dices si... ¡No! Lo intentó. Intentó besarme a la fuerza, pero yo me resistí y entonces esta señorita decidió que tenía ganas de salir. Cuando empecé a gritar de dolor Alan se apartó de mí como si quemara. Estaba loco, Nate. Había perdido totalmente el juicio.

—Lo sé. La policía descubrió que llevaba meses escondiéndose en la montaña, robaba comida de las casas cercanas y merodeaba por los alrededores del rancho para intentar acercarse a ti. Seguramente llevaba tiempo vigilándote y aprovechó la primera oportunidad que tuvo.

—Fue una imprudencia por mi parte quedarme sola —murmuro.

—No lo sabías, nadie lo hacía. Todos pensamos que estaría en Nueva York o se habría largado del país. Era imposible imaginar que estuviese tan cerca. Supongo que si alguien tiene la culpa de esto soy yo —le miro sin entender a qué se refiere—. Yo le conocía mejor que nadie. Viví con él durante años y ni siquiera sabía que estaba enamorado de Mónica.

—Él dijo que tú se la habías robado. Puede que estuviese delirando, pero...

—Tuvieron una aventura —aclara—. Me lo dijo él y Debbie me lo ha confirmado. Ella tampoco lo sabía, pero cuando yo se lo dije se puso a investigar y encontró transferencias bancarias desde la cuenta de su hermana a una que estaba a mi nombre, una de esas cuentas que Alan falsificó. La estaba chantajeando.

—Si no le daba dinero y seguía con su aventura, él te lo contaba todo —digo entendiendo la situación.

—Sí, a esa conclusión fue a la que llegamos Debbie y yo. Por cierto, está instalada en el rancho, espero que no te importe.

—No, claro que no. Ella es tu amiga y esa también es tu casa.

—Bien, ahora deberías descansar un rato. Yo cuidaré de la pequeña Holly para que puedas dormir.

—¿Vas a quedarte? —pregunto tendiéndole a la niña.

—Sí, el sillón y yo ya nos hemos hecho buenos amigos. Llevamos durmiendo juntos varias noches —señala en broma.

—Un sillón afortunado —digo sonriendo—. No hace falta que te quedes si no quieres, Nate. Yo estoy bien.

—¿No quieres que pase la noche aquí?

—No es eso. Claro que deseo que estés aquí, pero no quiero que te quedes a mi lado por obligación.

—¿Por eso no me dijiste que estabas embarazada? —pregunta de sopetón.

—Sí, por eso y porque quería que fueras feliz, aunque estuvieses lejos de mí. Hubo una época en la que te obligué a permanecer a mi lado en contra de tu voluntad y me arrepiento de ello. Nunca más volverá a pasar.

—Juls, si yo me hubiera querido ir, si te hubiese querido dejar, nada me lo habría impedido.

Nathan

Tras mi declaración, los dos permanecemos en silencio. Juls se tumba en la cama y cierra los ojos mientras yo sostengo a nuestra preciosa hija.

Estoy hecho un lio. No puedo negar que me siento feliz porque Juls esté bien y se vaya a recuperar pronto, pero teniéndola así frente a mí, con esa sonrisa que me desarma por completo, no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea comérmela a besos, y eso no es bueno. Debería seguir cabreado con ella y pensar en todo el daño que me hizo, pero se me hace imposible recordar nada de eso cuando miro a mi pequeña y pienso en la vida que podríamos tener si las cosas hubiesen sido distintas entre nosotros. Un bebé es una bendición y, de alguna manera, no puedo disfrutarlo como debería porque tengo que contenerme a cada momento para no decirle a la madre de mi hija lo mucho que la amo y la falta que me hace.

Juls no tarda en quedarse dormida, y tras dejar a mi hija en su cuna, yo también cierro los ojos para poder descansar un rato. Necesito dejar de pensar para poder poner mis ideas en orden. Pero mi paz no dura mucho, ya que mi pequeña glotona no tarda nada en empezar a berrear a pleno pulmón, despertándome a mí, a Juls y a todo el hospital.

—Tranquila, tesoro. Enseguida traen tu comida —susurro caminando de un lado al otro de la

habitación con ella en brazos.

—Me angustia escucharla llorar así —señala Juls desde la cama con cara de preocupación.

—Lo sé, a mí también, pero solo tiene hambre. La enfermera traerá enseguida el biberón.

—¿Es raro que no quiera irme a casa? Me aterra pensar en quedarme sola con Holly. Temo no ser una buena madre, ¿y si le pasa algo y yo no sé verlo a tiempo? —niega con la cabeza y entierra la cara en sus manos.

—Eh... tranquila, nena —digo sentándome a su lado y alzando su barbilla para que me mire a la cara—. Es normal que estés asustada. Yo también lo estoy, pero no vas a ser una mala madre. Sácate eso de la cabeza, ¿vale? Además, ¿quién te ha dicho que vas a estar sola? —sus ojos se clavan en los míos buscando una explicación a mis palabras.

—¿Vas a quedarte con nosotras? —pregunta sorprendida.

Antes de que pueda contestar, una enfermera entra en la habitación con el biberón de Holly y se la tiende a Juls que la hace callar poniendo la tetina sobre sus labios.

Juls

Estoy agotada. Menuda novecita nos ha dado la pequeña fiera. No entiendo como una persona tan pequeña puede tener una capacidad pulmonar tan grande. Sus gritos son épicos, nunca había escuchado nada igual.

Tras la visita del médico por la mañana, en la que me prometió que si todo seguía como hasta ahora en un par de días podré irme a casa, Nate va a la cafetería a desayunar mientras yo le doy de comer a Holly. Cuando la tengo sobre mi hombro para que suelte sus gases, veo como la puerta se abre y Seth entra en la habitación en una silla de ruedas que empuja una enfermera.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida. Él le guiña un ojo a la enfermera que sale de la habitación sonrojada a más no poder y se levanta de la silla haciendo muecas de dolor.

—He venido a ver a mis chicas —contesta acercándose a la cama—. Déjame un sitio —Me muevo hacia un lado y Seth se sienta junto a mí y extiende los brazos para que le tienda a la niña.

—Estás loco. Tendrías que estar en la cama, Seth —lo regaño golpeando su brazo.

—¡Eh! No me pegues que estoy convaleciente. Me han rajado el abdomen y han sacado una bala de su interior, un poco de respeto por los enfermos —se queja.

—¿En serio? ¿Quieres que te enseñe mi tajo? A mí no me han sacado una pieza de metal de un par de centímetros, lo mío medía cuarenta centímetros y pesaba más de dos kilos —señalo a la bebé y Seth asiente sonriendo.

—Vale, tu raja es más grande que la mía —claudica arrancándome una carcajada.

—No sé si quiero saber de qué estáis hablando —dice Nate entrando en la habitación.

—Comparábamos nuestras rajadas —contesta Seth partiéndose de risa.

—No me hagas reír, capullo —me quejo golpeándole de nuevo.

—No le hagas caso a tu madre —replica él mirando a mi hija con adoración—. Dice muchos tacos, pero el tío Seth te va a enseñar a no ser tan mal hablada como ella.

—¡Yo no soy mal hablada! —jadeo ofendida.

—Ignórala, yo también lo hago —susurra sonriendo—. Al menos le has salido guapa, porque si sacas su carácter, pobre del hombre que tenga que aguantarte.

—Creo que en eso yo también he tenido algo que ver —señala Nate cruzándose de brazos—. La belleza la ha heredado de mí.

—Nate, no me ayudes, ¿quieres? —digo divertida.

Seguimos un rato charlando y riendo de las tonterías que suelta Seth. Me sorprende ver que la relación entre ellos dos ha mejorado muchísimo. No sé cuándo ha pasado eso, pero me alegro. Es

la primera vez en mucho tiempo que me siento tan a gusto con tres de las personas que más quiero, mi mejor amigo, mi hija, y el amor de mi vida.

—Juls, te va a parecer extraño lo que te voy a decir —declara Seth—, pero creo que mientras estaba inconsciente, te vi a ti y a...

—Holly —termino por él sorprendiéndole—. Junto al río ¿verdad?

—Mierda, no fue un sueño. Es que lo sentí tan real... Creí que me estaba volviendo loco.

—¿Qué probabilidades hay de que los dos soñemos lo mismo? —pregunto mirándole a él y después a Nate.

—A mí no me mires —dice este último—. Yo ya no sé ni en qué creer. Hace unos días estaba pensando en adoptar un gato y ahora tengo una preciosa hija por la que daría la vida. Si eso no es un milagro, que baje dios y lo vea.

—¿Un gato? ¿En serio, tío? —inquire Seth—. ¿No prefieres un perro? No sé, un gato es algo más femenino.

Pongo los ojos en blanco.

—Aquí el machote piensa que se le van a caer los testículos por tener un gato —digo señalando a mi amigo—. Tranquilo, hombre, para ti mejor un pitbull, seguro que te sientes mucho más masculino así.

—Siguió qui ti sintis mis misquilini —se burla haciendo muecas graciosas y ganándose un nuevo golpe por mi parte—. Auch. Ahora hablando en serio, voy a hacerle caso a tu hermana o a lo que sea que hayamos soñado.

—¿A qué te refieres? —pregunto mirándole.

—Ha llegado el momento en el que yo tenga que seguir mi vida y tú la tuya —mira a Nate como si buscara su apoyo y este asiente levemente.

—Espera... ¿De qué demonios hablas?

—Aguilucha, tengo que dejar de vivir tu vida y buscar la mía propia. Sé que te prometí que siempre iba a estar ahí para ti, y lo sigo diciendo, siempre que me necesites estaré a tu lado, pero necesito tomar algo de distancia.

—¿Te vas? —pregunto sorprendida.

—Sí, cuando me den el alta. He hablado con una ONG y están buscando médicos para enviar a Siria.

—¿Siria?! Espera... Eso es zona de guerra.

—Lo sé, por eso voy allí. Hay mucha gente que necesita ayuda.

—Pero... Vas a dejarme. ¿Qué voy a hacer sin ti? —murmuro abatida.

—Vivir, aguilucha —contesta sujetando mi barbilla—. Hazle tú también caso a tu hermana. Nunca has sido de las que se rinden, ¿recuerdas? —señala con la cabeza a Nate que no pierde detalle de nuestra conversación.

—A veces hay cosas que nunca recuperas por mucho que lo intentes, y rendirse es la mejor opción —miro a Nate y por su forma de mirarme, sé que él sabe perfectamente de lo que estoy hablando—. Hay momentos en los que tienes que valorar si es mejor vivir sabiendo que te has rendido a saber que sigues haciendo daño a las personas que quieres por no darte por vencido y luchar por algo que no tiene remedio.

Nos miramos fijamente a los ojos durante un buen rato. Tengo que admitir que hay algo distinto en su mirada. No hay ni rastro de la rabia y el desprecio que había antes en ella, y desde que desperté, Nate no ha mencionado en ningún momento lo que pasó entre nosotros. Eso sería algo impensable hace unos meses. Aunque no quiero hacerme ilusiones, siento como crece una pequeña chispa de esperanza en mi interior.

—Hola, espero no molestar —Débora asoma la cabeza en la habitación.

—No molestas —susurra Nate tras carraspear. Me ha dado la impresión de que le ha costado apartar su mirada de la mía, casi tanto como a mí.

—Pasa, no te cortes —digo haciéndole una señal con la mano.

—¿Vengo en un mal momento? —pregunta vacilante.

—No, solo que aquí mi amigo nos acaba de soltar una bomba. Resulta que el muchacho se va a la guerra —Débora abre los ojos como platos mirando a Seth—. Así como lo oyes. Acaban de dispararle y parece que le ha cogido el gustillo.

—Me voy a Siria con médicos sin fronteras —aclara poniendo los ojos en blanco—. Allí hay mucha gente que necesita ayuda y yo tengo que cambiar de aires.

—¡Coño, pues vete a Cancún! Te tumbas en una playa bajo una sombrilla con un jodido coco en la mano.

—Qué interesante —murmura Débora mirando fijamente a Seth—. ¿Cualquiera puede ir o hay que ser médico para hacerlo?

—Eh... Creo que aceptan ayuda de cualquier persona que tenga ganas de trabajar duro y echar una mano —contesta mi amigo.

—¡Debbie! —exclama Nate.

—¡¿Qué?! Vamos, estoy harta de vivir a la sombra de mis padres. Yo también necesito un cambio de aires y me apetece viajar, ayudar a la gente.

—Genial, son dos suicidas en vez de uno —digo poniendo los ojos en blanco.

—Si quieres puedo hablar con los organizadores, pero tendríamos que viajar de inmediato. Yo estoy esperando a que me den el alta —continúa Seth obviando por completo mi comentario.

—A ver, pedazo de imbécil —Seth sonríe sabiendo que está consiguiendo que pierda la paciencia—. ¿Qué vas a hacer con tu trabajo en la clínica? Eres el único médico que hay en Black Mountain.

—Ya han contratado a alguien temporalmente, así que cuando tú te recuperes puedes quedarte con el puesto.

—¿Yo?! Te recuerdo que tengo un rancho que dirigir.

—Vamos, Juls. Puede que te entretengas criando vacas, pero sabes perfectamente que eso no es lo tuyo. Amas la medicina, ayudar a la gente, esa es tu pasión.

No puedo replicar eso. Seth tiene toda la razón. Me gusta mi trabajo en el rancho, pero es más bien una obligación. Echo de menos ejercer la medicina.

—Aunque así sea, no puedo hacer las dos cosas, Seth. Dirigir el rancho es un trabajo a tiempo completo.

—Sí, y por suerte estás casada con un tipo que es un genio haciendo ese tipo de trabajo —Seth señala a Nate y este me mira sorprendido.

—Seth —susurro haciéndole callar. No sé cuáles son los planes de Nathan, pero dudo que quiera quedarse en Black Mountain conmigo.

—Vale, yo no voy a meterme ahí, pero pensadlo, los dos.

Nate desvía la mirada frunciendo el ceño y yo asiento haciendo una mueca. No creo que eso vaya a pasar y ni siquiera voy a permitirme soñar con ello. Lo más probable es que Nate vuelva a Nueva York en cuanto yo me recupere, así que es mejor que me haga a la idea cuanto antes. No sé cómo vamos a organizarnos para que él forme parte de la vida de Holly, pero estoy dispuesta a amoldarme a cualquier acuerdo al que lleguemos. Quiero que mi hija pueda contar con su padre y no voy a arrebatarle a Nate su deseo de ser padre. Ya le he hecho demasiado daño.

¿Un magreo puede ser inocente?

Nathan

—Te ayudo con eso —digo cogiendo el bolso que Juls lleva al hombro donde están todas las cosas que traemos del hospital.

Esta mañana le han dado el alta a ella y a Seth, y después de presenciar una lacrimógena despedida frente a la puerta del hospital entre ellos dos, hemos venido directamente hacia el rancho.

—Vale, pero yo cojo a la niña —contesta quitándome a nuestra hija de mis brazos. Juls mira alrededor y suspira—. Va a ser raro estar aquí sin Linda. Estos últimos meses ha sido una gran compañía. En cuanto me recupere por completo llevaré unas flores a su tumba.

—Esa es una gran idea, pero también hay que pensar en contratar a alguien para que ayude con la casa y con la niña.

—Sí, además tengo que ponerme con los números del rancho. Aaron debe estar hasta arriba de trabajo.

—Mi hermana te lo agradecerá —susurro poniendo los ojos en blanco. En los últimos días, Son y Aaron se han vuelto inseparables—. Por el rancho no te preocupes, yo me encargo de todo hasta que te recuperes.

—¿Hablas en serio? —pregunta abriendo los ojos desmesuradamente—. ¿Vas a quedarte? Pensé que... Bueno, yo creí que te irías en cuanto saliera del hospital.

—¿Me estás echando? —inquiero alzando una ceja.

—¡No! Claro que no. Es solo que... Eh... Tú tienes tu trabajo en Nueva York y...

—Ya he hablado con Andy. No te preocupes por eso. Me quedaré el tiempo que sea necesario. Te lo dije, Juls. No estás sola. Te ayudaré con todo esto. Además —me acerco a ellas y acaricio la frente de mi pequeña que duerme plácidamente entre los brazos de su madre—, creo que aún no estoy preparado para alejarme de ella —«ni de ti tampoco» quiero decir, pero no lo hago. Tampoco estoy preparado para ello.

—Gracias, Nate. No me lo merezco, pero una vez más voy a aprovecharme de ti —me mira fijamente a los ojos y tengo que refrenar mis ganas de comérmela a besos. Presiento que me va a costar lo inimaginable mantenerme alejado de ella, y más mirándome del modo en el que lo está haciendo, como si yo fuese su persona favorita en el mundo—. Siento decirte que tu habitación ya no existe. Ahora es el cuarto de Holly. Era la más cercana a la mía, así que...

—No te preocupes. Hay más habitaciones.

—Podría ofrecerte la mía, pero dudo que quieras compartirla conmigo —su ofrecimiento me hace desviar la mirada y dar un paso hacia atrás alejándome de ella—. Entendido —susurra—. No volveré a mencionarlo. Quiero que estés a gusto aquí, Nate. No diré ni haré nada que te incomode —asiento y los dos subimos al piso superior a instalarnos.

Al final he optado por quedarme en la habitación que ocupaba Seth, está justo al lado de la de mi hija, y al otro la de Juls, así podremos estar los dos atentos a los berrinches nocturnos de nuestra pequeña cantante.

Un mes después

—Genial, eso es todo —le digo a Alec cerrando la carpeta con los documentos que acabamos de revisar.

Los dos nos estamos encargando de sacar adelante la cooperativa, y gracias a todo el trabajo y esfuerzo invertido, va viento en popa.

—Bien, entonces se acabó el trabajo por hoy. Hay una cosa que quiero comentarte.

—Tú dirás.

—Mi mujer me ha mandado informarte que esta noche tienes que traer a Juls a casa a cenar. No os está invitando, más bien es una exigencia —dice rascándose la nuca.

—¿Y a qué se debe esa exigencia? —pregunto divertido.

—Le ha preparado una especie de fiesta a Juls —lo miro sin entender a qué se refiere—. ¿No lo sabes?

—¿Qué tengo que saber? —pregunto confuso.

—Hoy es su cumpleaños, hermano —contesta divertido.

—¡Mierda! He estado tan liado con los temas del rancho y con la niña que ni siquiera lo he recordado.

—¿Sigue durmiendo mal por las noches? —pregunta haciendo una mueca.

Suspiro y me froto la cara con las manos.

—Canta la traviata toda la jodida noche. Es imposible dormir. Obviamente, ella aprovecha el día para dormir como un lirón, pero los adultos tenemos que trabajar.

—Pareces agotado —señala.

—Lo estoy, y Juls también. Ahora que está recuperada no para un segundo. Se ocupa de la casa y me ayuda a mí con el rancho además de cuidar de Holly.

—Suena a que necesitáis relajaros un rato, así que creo que la idea de mi mujer no es tan mala después de todo. Venís a cenar y lo pasamos bien.

—Sí, se lo diré a Juls. No me puedo creer que haya olvidado su cumpleaños, estuve con ella esta mañana y no le dije nada.

—Quizás deberías comprarle un regalo o algo —sugiere alzando ambas cejas.

—Sí, puede ser, aunque no sabría qué regalarle.

—Juls ya está recuperada, y creo que sabes perfectamente qué regalarle. Ya sabes... Una mujer que lleva un tiempo sola, sin pareja, debe tener muchas... necesidades —vuelve a hacer ese gesto con las cejas que me hace darme cuenta de que realmente está hablando de algo sexual.

—No tenemos ese tipo de relación —aclaro sonriendo por la cara de pervertido que está poniendo.

—¿Me estás diciendo que lleváis más de un mes viviendo bajo el mismo techo y no ha pasado nada entre vosotros? —asiento con la cabeza—. ¿Nada? ¿Ni siquiera un beso o un magreo inocente?

—¿Un magreo puede ser inocente? —pregunto tras soltar una carcajada—. No ha pasado nada. Juls y yo somos algo así como... amigos. Tenemos una buena relación, nos hablamos y cuidamos juntos de nuestra hija, charlamos o vemos una película antes de irnos a dormir, desayunamos juntos todos los días, pero no hay nada más entre nosotros.

—Vamos, que tenéis una relación de pareja sin lo más divertido, el sexo —dice cruzándose de brazos. Lo pienso un momento y asiento volviendo a reír.

—Sí, supongo que visto de ese modo es así. No sé, las cosas funcionan bien así como estamos. No quiero cagarla y ella tampoco.

—¿Me estás diciendo que no tienes ganas de echarle un buen polvo a tu señora? —vuelvo a

reír y esta vez incluso se me saltan las lágrimas de la risa.

—¿Mi señora? ¿De dónde has sacado eso? —Alec se encoje de hombros riendo conmigo—. No voy a negar que tengo que controlarme mucho cuando estoy a solas con ella, pero tampoco es que reciba ninguna señal por su parte que me aliente a intentar algo más. Siento que Juls ya ha pasado página, o al menos eso es lo que me parece.

—¿Tú estarías dispuesto a intentarlo de nuevo? Ya sé que Juls te hizo un montón de cabronadas, pero creo que te has dado cuenta en este tiempo que lleváis viviendo juntos, que en realidad ella no es tan mala como aparentaba ser.

—No lo sé, Alec. Supongo que no me permito a mí mismo pensar mucho en ello, y que ella tampoco lo haga no ayuda mucho a que podamos tener un acercamiento. Quizás sea mejor así. Estamos bien y podemos estar juntos sin matarnos el uno al otro.

—Si tú lo dices... —murmura—. Está bien. Entonces nos vemos esta noche. Aunque no quieras tener algo más serio con Juls, haz que se ponga guapa y se sienta bien, al menos esta noche. Es su cumpleaños y aunque sé que tú lo has pasado mal, ella también ha vivido un infierno desde la muerte de su hermana. Se merece divertirse el día de su cumpleaños.

—Sí, lo haré. Nos vemos esta noche, Alec.

Tras despedirnos, Alec se va y yo decido dar por terminada la jornada laboral. Pienso hacerle caso a Alec. Hoy es el día de Juls y quiero que lo pase bien.

Al llegar a casa la encuentro tumbada en el sofá con Holly sobre su pecho, la niña mueve sus brazos y piernas mientras Juls duerme abrazándola. Seguramente intentaba distraer a la niña para que no se quedara dormida y descansara mejor por la noche, pero quien acabó cayendo en brazos de Morfeo fue ella. Eso me ha pasado a mí varias veces.

—Ven aquí, tesoro —susurro cogiendo a mi hija en brazos. El movimiento provoca que Juls se despierte sobresaltada—. Tranquila, soy yo. Sigue durmiendo si quieres.

—No, yo... Mierda, me he quedado dormida —murmura frotándose los ojos y sentándose.

—Es normal, Juls. Estás agotada. Esta pequeña fiera no nos da tregua.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta mirando su reloj—. ¿Te has reunido con Alec?

—Sí, todo está solucionado. También he llamado a mi padre, el ganado que enviamos a Texas llegó sin incidentes.

—Genial. Aaron me comentó que hubo un problema en la valla norte, uno de los toros la tumbó.

—Sí, él se está encargando de repararla con algunos de los muchachos.

—¿Has conseguido separarlo de tu hermana? —pregunta entre sorprendida y divertida—. ¿Qué has usado, agua helada como con los perros? —suelto una carcajada y ella sonrío negando con la cabeza—. No te rías. Menos mal que Sonya ha decidido prácticamente mudarse a casa de Aaron, era una tortura tenerlos toda la noche en celo pegados a mi habitación. Tengo el jodido chirrido de la cama incrustado en el cerebro.

—Por suerte estaban pegados a tu habitación y no a la mía. Eso es algo que yo no quiero saber sobre mi hermana.

—Créeme, te aseguro que no quieres. Aparte del sonido de la cama, también estaban los gemidos y jadeos —resopla peinándose el pelo hacia atrás—. Era una tortura. Como ponerle delante de sus narices una chocolatina a un diabético —alzo una ceja sonriendo de medio lado y Juls vuelve a resoplar—. Ya sabes lo que quiero decir —de pronto su sonrisa se esfuma y desvía la mirada—, o quizás no. Obviamente tú eres libre para hacer lo quieras con quien quieras. La única celiibe en esta casa soy yo.

Voy a contestarle, pero en ese momento Sonya entra en el salón y viene directamente hacia mí

para arrebatarme a mi hija de los brazos.

—Hola a ti también —digo a modo de saludo.

—Primero mi sobrina —contesta comiéndosela a besos—. Hola, mi princesa preciosa. ¿Sigues siendo una cantarina por las noches?

—Sí —contesta Juls—. ¿Tú sigues maullando por las noches, gatita? —le pregunta en tono divertido. Veo como mi hermana se ruboriza y Juls suelta una carcajada.

—Muy graciosa, pero tengo que decirte, cuñadita mía, que la envidia es muy mala.

—Cierto —señala Juls haciendo una mueca.

—Bien, ahora que he llegado ya podéis iros.

—¿Irnos? —pregunta Juls mirándonos a Son y a mí—. ¿A dónde? ¿De qué hablas?

—Le pedí a Sonya que se quedara hoy con la niña. Tú y yo nos vamos a dar una vuelta.

—¿Una vuelta?

—¿Vas a transformar en preguntas todo lo que decimos? —inquire mi hermana—. Deja de hacer preguntas, sube a tu habitación, dúchate, ponte algo de ropa que no esté manchada de vomito de bebé y deja que mi hermano te saque de casa un rato.

—¡Eh! Mi ropa no está manchada de vomito —se queja Juls. Sonya le señala una mancha en el cuello de su camiseta y ella hace una mueca de asco—. Mierda, voy a cambiarme.

—Ya me lo agradecerás más tarde, hermanito —murmura Son cuando Juls se pierde escaleras arriba—. Solo hazme un favor, deja de hacer el tonto y lánzate de una vez.

—Sonya, yo no... Solo vamos a dar una vuelta —me excuso—. Es su cumpleaños y quiero que salga un poco de esta casa. Por cierto, recuerda la fiesta de esta noche, es una sorpresa.

—Lo sé, por eso no la he felicitado. Si quieres, después de la fiesta puedo llevar a Holly conmigo, así tú y Juls podéis tener la casa para vosotros solos —alza ambas cejas de la misma forma que lo hizo Alec hace un rato y yo niego con la cabeza dándola por imposible.

—No es necesario. Con que te quedes con ella hasta la hora de la fiesta es suficiente, después de cenar en el rancho Wolfheart, los padres de Johanna y Alec se van a llevar a todos los pequeños para que los adultos podamos divertirnos un rato. Cuando termine la fiesta iremos a buscarla.

—Vale, como tú prefieras, pero mi oferta seguirá en pie.

Juls

Tras darme una buena ducha y depilarme, cosa que me hacía falta con urgencia, me pongo un vestido fino con algo de vuelo en la falda y tirantes anchos. Por suerte ya casi he recuperado mi figura tras el parto, pero mis pechos siguen estando algo más hinchados de lo habitual, hace que el escote del vestido resulte bastante sugerente. Me peino dejando mi pelo suelto y aplico algo me maquillaje en mis ojos y un poco de brillo de labios.

Estoy nerviosa. No sé por qué, pero lo estoy. Es la primera vez que Nate y yo vamos juntos a algún lado desde que él volvió a instalarse en el rancho. Cada día temo que me diga que es el último que va a estar aquí. Por eso no he intentado acercarme a él de ninguna forma romántica. Tengo miedo de ahuyentarlo. Al menos como compañeros de casa y amigos nos llevamos bien y no quiero cambiar eso, aunque tenga que reprimir mis sentimientos hacia él y esforzarme por no decirle a cada momento cuanto lo amo.

—¿Estás lista? —pregunta el objeto de mis deseos entrando en mi habitación sin llamar a la puerta.

—Sí, ya estoy —contesto girándome hacia él. Veo como su mirada se desliza por mis piernas desnudas y sube quedándose anclada en mi escote, su nuez se mueve de arriba abajo sin que sus

ojos se despeguen de mis “atributos” y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Puede que no me ame, pero está claro que mis... amigas, le gustan—. ¿Nos vamos, Nate?

—¿Qué? Ah, sí... eh... nos vamos —contesta forzando una sonrisa.

—Exactamente, ¿a dónde vamos? —pregunto cuando subimos al todoterreno.

Nate me mira desde el asiento del conductor y sonríe de esa forma que hace que mis piernas empiecen a temblar como dos briznas de hierba azotadas por el viento.

—Nos vamos de compras y después a cenar. Pasas demasiado tiempo encerrada en casa, Juls. Está bien que te dé un poco el aire.

—No voy a llevarte la contraria. Últimamente no hago otra cosa que cambiar pañales y limpiar vomito —murmuro negando con la cabeza—. Nunca pensé que un bebé diera tanto trabajo. Menos mal que tú te encargas del rancho, no sé qué haría sin ti.

Me arrepiento al instante de lo que acabo de decir. No quiero que piense que estoy intentando darle pena para que no se vaya. Además, no quiero mencionar el tema de su partida. Sé que es de cobardes, pero prefiero no pensar en que en algún momento decidirá marcharse y le perderé, otra vez.

—Saldrías adelante, como siempre has hecho —contesta mirándome de reojo mientras conduce, ignorando completamente mi comentario.

Suelto el aire que estaba conteniendo al ver que no sigue insistiendo en el tema y me acomodo mejor en el asiento mientras Nate nos lleva a donde sea que vayamos. La verdad es que me da igual a qué lugar nos dirigimos, mientras él esté conmigo.

Esta mañana me decepcioné bastante al darme cuenta de que no se acordaba de que hoy era mi cumpleaños, pero ahora me da igual, al menos voy a pasarlo con él y pienso disfrutarlo al máximo. Un cómodo silencio se instala en el interior del coche durante el trayecto hacia Asheville.

—¿Era necesario venir hasta aquí para ir de compras? —pregunto cuando aparca el vehículo en el aparcamiento de unos grandes almacenes.

—¿Habrías preferido ir a las dos únicas tiendas que hay en Black Mountain? —niego con la cabeza y Nate sonríe—. Ya me lo parecía. Vamos.

Salimos del coche y caminamos el uno al lado del otro hacia el interior del edificio.

—¿Vamos a comprar algo en particular o solo venimos de tiendas?

—Yo necesito un par de bañadores.

—¿Bañadores?

—Sí, Alec me ha comentado que él y Johanna van a ir a bañarse al río este fin de semana y he pensado en ir con ellos.

—Ah, pues sí. En ese caso, sí que necesitas bañadores —murmuro. Me gustaría ir con ellos, pero no quiero imponerle mi presencia a Nate.

—¿Tú tienes bañador? Podrías venir con nosotros —sugiere haciendo que mi corazón salte en mi pecho. Amo a este hombre.

—Tengo un par, pero no creo que me sirvan —Señalo mis pechos y él dirige su mirada hacia ese punto volviendo a tragar en seco como lo hizo en casa—. Además, tampoco quiero que te veas obligado a llevarme contigo a todos lados.

Veo como frunce el ceño, pero no dice nada más. En realidad, las siguientes dos horas se mantiene prácticamente en silencio y con actitud seria y distante.

Tras comer en un restaurante cercano y haber intentado mantener una conversación con él sin ningún resultado satisfactorio para mí, vamos a una tienda de ropa para que Nate pueda comprar los bañadores.

—¿No vas a comprar ninguno? —pregunta al ver que ni siquiera estoy mirando los modelos que hay.

—No, no creo que los necesite —contesto encogiéndome de hombros.

—Tú misma —murmura de mala leche yendo hacia la caja. Al pasar a mi lado, sujeto su brazo para que me mire.

—¿Te pasa algo, Nate? ¿He dicho o hecho algo que te haya molestado? —inquiero buscando su mirada—. Hace un rato estabas bien y ahora no me hablas y las contestaciones que me das son secas y cortantes. Si he hecho algo que...

—¡Para! —ordena en un tono de voz lo suficientemente alto como para que todas las personas que hay en la tienda se fijen en nosotros. Veo como coge varios bañadores y bikinis de mujer y tira de mí hacia los probadores—. Pruébate esto —dice lanzándome las prendas de ropa.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Qué he hecho ahora para que te pongas así? Mierda, Nate. No he querido ofenderte ni...

—¡Maldita sea, para ya! —exclama de nuevo—. Deja de hacer eso.

—¿El qué?!

—Medir cada una de tus palabras o acciones conmigo. No te dije que vinieras conmigo al río por obligación, te lo pregunté por si te apetecía venir, pero tú, como siempre haces últimamente, lo rechazaste pensando en no incomodarme. Siempre andas con pies de plomo conmigo, como si intentarás reprimirte y pensaras mil veces las cosas antes de decirlas, no vaya a ser que me ofenda o me moleste.

—¿Te cabreas porque yo intento que no te cabrees? —pregunto alzando una ceja—. ¿Sabes lo raro que es eso?

—No es raro. Solo quiero que seas tú misma y no intentes contentarme en todo.

La gente empieza a mirarnos sin disimulo intentando enterarse de nuestra conversación, así que tiro de su brazo metiéndonos dentro de un probador y cierro la puerta.

—Para empezar, deja de gritarme —señalo apuntándole con el dedo—. No es justo que te enfades conmigo por intentar que te sientas cómodo y a gusto conmigo.

—Sí lo es cuando no estás siendo sincera. Siento que a cada momento te estás conteniendo, como si intentarás no espantarme.

—¡Es que eso es justo lo que estoy haciendo! —grito perdiendo los nervios—. No puedes pedirme que deje de contenerme, Nate. Estoy intentando por todos los medios que esto funcione. Si te digo lo que realmente pienso, lo que siento...

—¿Qué?! ¿Si me lo dices, qué? —su mirada desafiante borra de un plumazo cualquier tipo de autocontrol que pudiera tener.

Me acerco a él arrinconándolo contra una de las paredes del pequeño cubículo y clavo mis ojos en los suyos.

—No puedo decir lo que siento, Nathan, porque si lo hago, temo que salgas corriendo y te pierda para siempre. Prefiero vivir reprimida y teniendo que pensar cada palabra que digo o controlar cada forma de actuar en tu presencia, antes de vivir alejada de ti. Te amo lo suficiente como para aceptar vivir a tu lado sin tenerte realmente, porque la alternativa es una vida sin ti, y eso no creo que pudiese soportarlo —cuando termino de hablar su respiración suena tan agitada como la mía, tengo sus labios a apenas unos centímetros de distancia de los míos, pero una vez más, me contengo, me aparto de él todo lo que el reducido espacio en el que estamos me permite y resoplo cerrando los ojos con fuerza—. Ahora vas a salir de aquí, voy a probarme los dichosos bañadores y cuando salga, haremos como si esta conversación no hubiese ocurrido nunca, ¿vale? —Nate sigue mirándome fijamente mientras su pecho sube y baja con violencia—. Por favor,

Nate. Dime que podrás hacerlo, que no vas a salir huyendo por esto. Te prometo que no volveré a mencionarlo nunca.

Cierra los ojos con fuerza y antes de que pueda pestañear, sale del probador a la velocidad de un rayo.

Juntos el resto de nuestras vidas

Juls

El resto de la tarde la pasamos dando vueltas por el centro comercial. Cuando salí del probador, Nate seguía con su cara seria y así ha estado el resto de la tarde. Ninguno de los ha vuelto a mencionar el “incidente”, pero está claro que no vamos a poder actuar como si nada hubiese pasado. Esto era exactamente lo que me temía.

—¿No vas a volver a hablarme? —pregunto cuando Nathan aparca el coche frente al rancho Wolfheart.

No sé qué demonios hacemos aquí, se supone que íbamos a ir a cenar, pero al ver que nos dirigíamos a Black Mountain creí que había cambiado de idea y nos íbamos directamente a casa, aunque ahora mismo lo que menos me importa es dónde estamos o vamos. Estoy casi de segura que Nate está a punto de decirme que se va, que vuelve a Nueva York.

Nate suspira profundamente y clava sus ojos en los míos.

—Esta noche, cuando volvamos a casa, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria. Me da igual si quieres hablar o no, lo vamos a hacer.

—Nate, si quieres largarte te pondré las cosas fáciles. No voy a pedirte que te quedes ni a montarte ninguna escena —susurro intentando controlar el llanto—. Ya te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir. Quiero que seas feliz, y si esa felicidad está lejos de mí, lo aceptaré sin más.

Niega con la cabeza y golpea el volante con el puño para a continuación agarrar mi cara con su mano.

—Escúchame bien, Juls. Yo sí que no voy a volver a repetirlo, deja de intentar contentarme en todo de una maldita vez. Vamos a entrar ahí dentro, cenaremos tranquilamente con nuestros amigos y después tú y yo nos iremos a casa, nos sentaremos el uno frente al otro a hablar y de esa conversación saldrá nuestro futuro, o no volvemos a tocar este tema nunca más, o pasamos juntos el resto de nuestras vidas.

Mi corazón se detiene durante un segundo al escuchar sus palabras. ¿Es posible que esté diciendo...? ¿Puede ser?

—No sabía que existiera esa posibilidad —susurro mirando sus ojos.

—Joder, espero que sí —escucho que dice antes de que sus labios hagan contacto con los míos.

Nathan

La beso como llevo tiempo queriendo besarla, con todo, entregando cada parte de mi ser en ese beso, y ella me da lo mismo a cambio. Lo siento en la forma en la que su lengua se enreda en la mía, en la que sus manos se enroscan en mi cuello y tiran del pelo de mi nuca trayendo a mi mente un millón de recuerdos. La amo, y haga lo que haga, pase el tiempo que pase, nunca voy a poder olvidarla, eso es algo que ya he asumido, pero ahora, después de su confesión en el probador, después de saber el motivo por el cual siempre termina dándome la razón en todo, no

puedo mirar hacia otro lado y fingir que no hay nada que nos una aparte de nuestra hija.

Nos amamos , a decir verdad, yo ya hace mucho tiempo que perdoné lo que me hizo, y este tiempo viviendo juntos ha servido para darme cuenta de que Juls decía la verdad, ella no es esa persona que hizo de mi vida un infierno. La verdadera Juls es la persona de quien me enamoré, esa que ella intentaba ocultarme para poder llevar a cabo su venganza.

—Vamos dentro —susurro apartando mi boca de la suya con un último beso en sus labios—. Esta noche hablaremos, y si realmente podemos llegar a entendernos, te aseguro que no pienso dejar que te muevas de la cama en lo que queda de semana.

—Estamos a viernes —contesta tras carraspear y con una sonrisa pilla en el rostro.

—Hablamos en casa. Entremos —salgo del coche y tras abrir su puerta para invitarla a salir del vehículo, los dos nos dirigimos a la puerta de la casa de Alec y Johanna.

Puedo ver en sus ojos un brillo especial, ese brillo que hacía mucho tiempo que no veía, la esperanza. Con tan solo la posibilidad de que pueda haber un futuro para nosotros como pareja, toda su postura ha cambiado. El beso y esa promesa de un intento de reconciliación entre nosotros, ha provocado que Juls deje de reprimir sus sentimientos y hable sin temor.

—Nate, te amo —declara justo antes de que la puerta se abra y un montón de gritos coreando “Feliz cumpleaños” llegue a nosotros.

Juls me mira sorprendida y yo sonrío rodeando su cintura con mis manos para arrastrarla al interior de la vivienda.

—Y yo a ti, nena —susurro en su oído notando como todo su cuerpo se estremece.

Juls

Después de una cena deliciosa, varias felicitaciones y brindis en mi honor, unas cuantas risas amenizadas por Carter que como siempre no deja de pinchar a su hermano, y miles de miradas cargadas de deseo entre Nate y yo, llamadme mala amiga, pero estoy deseando que termine esta dichosa celebración para poder irme a casa con él.

No he podido dejar de pensar ni un solo segundo en ese beso. Si cierro los ojos aún soy capaz de sentir la calidez de sus labios sobre los míos y su sabor en mi boca. Mi corazón se acelera cada vez que recuerdo el susurro de sus palabras en mi oído “Y yo a ti”, me quiere, me sigue queriendo y está dispuesto a intentarlo de nuevo, a darnos otra oportunidad. Nunca, ni en mis mejores sueños, creí que eso fuese posible. Ya me había resignado a vivir el resto de mi vida amándole en silencio, pero esta promesa de una conversación en la que decidir nuestro futuro como pareja, me ha devuelto la esperanza. Sé que no conseguiré nada diciéndole todo lo que quiere oír. Hasta ahora me ha funcionado manteniendo las distancias y dándole la razón en todo, pero ahora es distinto, Nate me conoce y quiere sinceridad. No voy a negársela, como él ha dicho, de esa conversación saldrá nuestro futuro.

—Nosotros ya nos vamos —dice Norah, la madre de Alec cogiendo a mi hija en brazos. Mathew, el padre de Johanna carga con sus nietos, Mason y Johnny y Laura empuja el carrito de Eric, el hijo de Cam y Chris.

—¿Está segura? —pregunto dándole un beso a mi pequeña —Esta fierecilla tiende a cantar toda la noche a pleno pulmón.

—Por suerte me gusta la música en directo —contesta sonriendo—. No te preocupes, hija. Pasadlo bien que la niña estará perfectamente. Laura se va a quedar en casa con nosotros, así que solo nos superan en número por uno. Divertíos y cuando queráis, pasad a buscarla. Yo os aconsejaría que no lo hicierais esta noche, la bebé estará durmiendo y creo que Nate y tú necesitáis una noche a solas.

—¿Tan obvio resulta? —pregunto sorprendida.

—Si las miradas fuesen fuego, vosotros dos seríais cenizas —susurra en voz baja.

Miro hacia Nate, que una vez más me devuelve una abrasadora mirada, quizás Norah no esté tan equivocada, siento como voy a entrar en combustión espontánea en cualquier momento si sigue mirándome de ese modo. Asiento desviando la mirada hacia la madre de mi amiga y tras una última despedida, ella y Mathew abandonan la fiesta.

—Vale, ahora que ya solo quedamos los adultos, ¡que empiece la fiesta! —grita Megan encendiendo el reproductor de música.

Enseguida empieza a sonar los primeros acordes de la canción “Little Me” de la banda británica “Little Mix”. No puedo evitar que un montón de recuerdos acudan a mi mente y me embriaguen de tristeza.

Siento una mano en mi hombro que aprieta levemente intentando reconfortarme.

—Era su canción preferida —susurra Alec tendiéndome una copa de vino, solo he bebido una con la cena, no quiero excederme con el alcohol, ya que necesito estar en todos mis sentidos para lo que me espera esta noche—. Me sacaba de quicio cuando se ponía a cantar a pleno pulmón todas las letras de ese dichoso grupo, aunque más que cantar cacareaba —río y Alec me mira con los ojos brillantes—. Lo peor es que me sé de memoria todas las canciones —suspira acariciando el borde de su copa de licor—. Yo también la echo de menos.

—Lo sé, pero estoy segura de que ahora mismo nos estará mirando y pensando que somos unos idiotas por no disfrutar de esta magnífica fiesta. Seguramente ella estaría bailando y cacareando como tú dices, se lo pasaría en grande. Así era nuestra pajarita.

Alec asiente y coge mi mano respirando profundamente.

—Vamos a divertirnos —afirma soltando mi mano y caminando con decisión hasta una esquina de la sala de estar dónde hay una guitarra en su soporte, con el mando a distancia, detiene el reproductor de música haciendo que todos se giren hacia él.

—Esta noche tenemos música en vivo —dice Johanna aplaudiendo con una gran sonrisa en su rostro.

Alec le guiña un ojo de manera seductora y se sienta en el sofá rasgando las cuerdas de la guitarra. Reconozco la melodía al instante es “Better” de “Art of Dying”, Alec y yo compartimos gustos musicales.

I'm still the same man that took your hand years ago (Todavía soy el mismo hombre que tomó tu mano aquellos años)

Still feels like yesterday (Parece que fue ayer)

Alec me mira de reojo y me anima a acompañarle. No me lo pienso demasiado y canto la siguiente estrofa.

There's so many things I should've let you know (Hay tantas cosas que debería haberte permitido saber)

So many things I need to say (Tantas cosas que necesito decir)

I need to say (Necesito decirlo)

Miro hacia Nate y él me sonrío negando con la cabeza como si no creyera realmente lo que estoy haciendo. Puede que no tenga la increíble voz rasgada de Alec, pero no se me da mal del todo. Alec me hace una señal con los ojos y cantamos a dúo el resto de la canción.

There's no way out alive (No hay manera de salir con vida)

I'm running out of time (Me estoy quedando sin tiempo)
You may never get this letter (Puede que nunca leas esta carta)
But if somehow I survive, make it out alive (Pero si de alguna manera voy a sobrevivir y salir con vida)
I'm going to love you so much better (Voy a amarte mucho mejor)
I know I let my selfishness get in the way (Sé que dejé a mi egoísmo entrar en el camino)
I should've given my time to you (Debería haberte dado mi tiempo)
Why do I push the ones I love the most away? (¿por qué empujamos lejos a los que amamos?)
Why do I do the things I do? (¿Por qué hago las cosas que hago?)
Why do I do what I do? (¿Por qué hago las cosas que hago?)

There's no way out alive (No hay manera de salir con vida)
I'm running out of time (Me estoy quedando sin tiempo)
You may never get this letter (Puede que nunca leas esta carta)
But if somehow I survive, make it out alive (Pero si de alguna manera voy a sobrevivir y salir con vida)
I'm going to love you so much better (Voy a amarte mucho mejor)
Love you so much better (Amarte mucho mejor)

You wake up everyday (Te despiertas todos los días)
And do it all again (Y lo haces todo de nuevo)
One day it's the end (Un día es el final)
Buried in the flames (Enterrado en las llamas)
Never to be found (Para nunca ser encontrado)
My love I let you down (Mi amor, te he defraudado)

There's no way out alive (No hay manera de salir con vida)
I'm running out of time (Me estoy quedando sin tiempo)
You may never get this letter (Puede que nunca leas esta carta)
But if somehow I survive, make it out alive (Pero si de alguna manera voy a sobrevivir y salir con vida)
I'm going to love you so much better (Voy a amarte mucho mejor)
Love you so much better (Amarte mucho mejor)

Al terminar la canción todos irrumpen en aplausos, Alec me sonríe y no tarda en ser secuestrado por su mujer que tira de él hacia la improvisada pista de baile cuando Megan vuelve a encender el reproductor musical, esta vez la canción que suena es algo más lenta, una balada preciosa de Ed Sheeran llamada “I’m a Mess”. Escucho como Alec refunfuña algo haciendo reír a Johanna, pero no se niega a bailar con ella, a pesar de hacerlo con el ceño fruncido.

—¿Bailas conmigo? —la voz de Nate pegado a mi oído me sobresalta y me giro hacia él sonriendo.

—Claro —tomo la mano que me tiende y nos unimos a los demás en el centro de la sala.

Mis manos rodean su cuello mientras las suyas se aferran a mi cintura y nos movemos lentamente al son de la música. La letra de esta canción es preciosa, pero también muy triste, habla de equivocaciones y de segundas oportunidades. Siento como si realmente la hubiese escrito yo, porque así es como me siento, un desastre. Después de todas las cosas que he dicho y hecho, solo busco la redención y el perdón del hombre al que amo.

—Estás temblando —susurra Nate mirándome a los ojos.

—La letra de la canción me está afectando, es muy apropiada para este momento —se queda en silencio un momento escuchando atentamente la música y sonríe levemente apretándome con más fuerza contra su cuerpo.

—¿Lo estás pasando bien? —pregunta mientras sus manos se deslizan por la parte baja de mi espalda, rozando mi trasero deliberadamente.

—Sinceramente, estoy deseando que termine la fiesta —contesto enterrando la cara en su cuello, deposito un suave beso en esa zona tan sensible y siento como se estremece.

—No sigas —murmura, pero sus dedos se clavan en mi piel y sus caderas se pegan a mi bajo vientre haciéndome notar la dureza que esconde bajo el pantalón.

—Vámonos a casa —susurro buscando su boca con la mía, pero se desvía antes de que pueda besarlo y niega con la cabeza—. Vale, lo he pillado —digo apartándome levemente de él.

—No has pillado nada. Quiero besarte, Juls.

—Entonces, ¿por qué me esquivas?

—Porque si te beso ahora, no voy a poder parar —señala con la cabeza hacia nuestros acompañantes, algunos de ellos nos miran disimuladamente, otros no se cortan un pelo—. No sé a ti, pero a mí el tema voyeur no me va demasiado.

—Pues vámonos a casa —insisto.

—Johanna se ha tomado muchas molestias en prepararte esta fiesta.

—Nate, ahora mismo me importa una mierda la fiesta y lo que piense Johanna —replico apartándome de él, tiro de su mano arrastrándole conmigo y recojo nuestras chaquetas caminando apresuradamente hacia la puerta—. Nos vamos —digo a modo de despedida al pasar por delante de nuestros anfitriones.

—Buenas noches —contesta Alec sonriendo de manera pillá mientras abraza a su mujer por la espalda.

Salimos de la casa y no dejo que Nate se siente al volante, lo hago yo para poder llegar antes.

—Juls, levanta el pie. Vas demasiado rápido —señala divertido desde el asiento del acompañante. Su mano se posa sobre mi muslo desnudo y siento como una ola de calor invade todo mi cuerpo.

Aparco frente a nuestra casa y me giro hacia él desabrochándome el cinturón de seguridad. Nate me sonríe de esa manera que me enciende a más no poder y sacude la cabeza.

—Fuera —ordeno alzando una ceja. Nate suelta una carcajada que me llena el pecho de alegría y tras levantar ambas manos a modo de rendición, sale del vehículo.

Yo le sigo y entramos en la casa yendo directamente hacia el salón. Nate se sirve una copa de whisky y me ofrece otra a mí que rechazo con un gesto de mi mano.

—Creo que las cosas ahora se van a poner serias —murmura mirándome fijamente. Señala el sofá con su mano y yo tomo asiento viendo como él hace lo mismo a mi lado.

—Nate, ya sé que yo me comporté como una perra contigo y...

—No, para —me interrumpe—. Deja que hable yo, por favor —asiento y él suspira dejando su copa sobre la mesita—. No quiero hablar del pasado. Quiero que dejes de entonar el mea culpa y me digas sinceramente si crees que lo nuestro tiene un futuro. Si realmente vamos a hacer esto, tienen que acabarse las mentiras y los engaños, nada de ocultarnos cosas, quiero una relación completamente transparente.

—La tendrás —afirmo.

—Juls, no quiero que me des la razón en todo o que intentes suavizar las cosas para que yo no me vaya. Necesito que seas tú misma, con lo bueno y con lo malo. Nadie es perfecto, yo por supuesto no lo soy y seguramente en algún momento pueda hacer algo que te lastime, pero eso no significa que quiera hacerte daño. Sobre todo, quiero que dejemos los malos momentos donde están, en el pasado, y empecemos de nuevo basándonos solo en los buenos momentos que hemos vivido juntos. ¿Crees que podrás hacerlo tú también?

—Sí —contesto sin dudar. Suspiro y clavo mis ojos en los suyos—. Nate, tú mismo me has pedido que sea totalmente sincera y eso es lo que obtendrás de mí. No quiero ni voy a

comportarme de una forma sumisa ni complaciente solo para mantenerte a mi lado. Yo no soy así, pero como tú bien has dicho, todos cometemos errores, quizás los míos fueron demasiado graves, pero aun así, tengo que saber si crees en mí cuando te digo que te amo. Sé que nunca lo he demostrado con mis actos, pero necesito que lo creas para poder seguir adelante con esto.

—Lo hago, te creo —susurra agarrando mi cara con ambas manos—. Me lo dicen tus ojos cada vez que me miran, tu cuerpo estremeciéndose en cuanto mis manos se posan sobre él —una de sus manos baja por mi cuello en una leve caricia haciéndome temblar de puro gusto—. Sé que me amas, casi tanto como yo te amo a ti, y estoy dispuesto a que los dos podamos demostrarnos ese amor que sentimos cada día del resto de nuestras vidas.

—¿Algún día podrás perdoname todo el daño que te hice? —pregunto notando como las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Yo ya te he perdonado, nena. ¿Algún día podrás perdónate tú? —asiento rápidamente sintiendo como el nudo de emociones que tengo instalado en mi garganta me impide decir ni una sola palabra—. Bien, ¿estamos juntos en esto? ¿Quieres intentarlo de nuevo? Dicen que las segundas partes nunca son buenas.

—Al demonio lo que digan —murmuro antes de abalanzarme sobre él y besarlo apasionadamente.

Por la memoria de mi pajarita

Nathan

Siento su boca sobre la mía y no puedo contenerme más, la alzo en brazos sintiendo como sus piernas se aferran a ambos lados de mi cadera y camino apresurado escaleras arriba directo a su habitación, la que espero que a partir de hoy se convierta en nuestra habitación.

Al entrar en la estancia, Juls ya se ha encargado de desabrochar todos los botones de mi camisa y sus manos se pasean por mi pecho mientras sus dientes apresan el lóbulo de mi oreja haciéndome gemir involuntariamente.

—Joder, qué ganas tenía de volver a tenerte así —susurro dejándola sobre la cama y quitándole el vestido de un tirón.

—¿Desnuda? —pregunta mordiendo el labio inferior y alzando una ceja de manera seductora. Me encanta esta Juls juguetona y divertida.

—Debajo de mí —contesto cubriéndola con mi cuerpo, encajo mis caderas en el hueco de sus piernas y ataco sus pechos con mi boca.

—De eso nada, señor Reed —dice dándonos la vuelta para quedar sobre mí—. Esta noche eres todo mío, voy a darme un jodido festín contigo.

Su mano aferra mi miembro acariciándolo de arriba abajo sobre la ropa y yo alzo las manos sobre mi cabeza sonriendo de oreja a oreja.

—Todo tuyo, nena —mi respuesta parece satisfacerle, y aún más a mí cuando veo cómo se desliza hacia abajo desabrochando mi pantalón —Juls —siseo cuando siento la humedad de su boca sobre mi miembro.

Me retuerzo entre las sabanas disfrutando de sus atenciones y jadeando en voz alta hasta que no puedo resistirlo más, tiro de ella tumbándola boca arriba y me deshago de su ropa interior antes de clavarme en ella de una sola estocada. Los dos gemimos y empiezo un baile de caderas que nos lleva cada vez más cerca del precipicio de placer que ambos queremos alcanzar. Nuestras bocas se devoran, nuestros cuerpos chocan violentamente el uno contra el otro y nuestras manos recorren cada parte de nuestros cuerpos hasta que alcanzamos la liberación el uno gritando el nombre del otro.

Juls

—Estás muy callada, señora Reed —susurra Nate acariciando mi espalda. Beso su pecho escuchando el acelerado latido de su corazón sin poder dejar de sonreír, no he dejado de hacerlo desde que ambos nos tumbamos agotados sobre la cama después de nuestro cuarto asalto. Estoy agotada, me duelen músculos que ni siquiera sabía que existían, pero estoy feliz—. No me digas que te estás arrepintiendo.

—Nunca —contesto alzando la cabeza para mirarle. Me acomodo sobre él y muerdo su barbilla haciéndole sonreír—. ¿Qué has querido decir con eso de señora Reed? Yo firmé los papeles del divorcio.

—Sí, supongo que seguirán encima de la mesa de mi despacho en Nueva York.

—¿No llegamos a firmarlos? —niega con la cabeza—. ¿Eso significa que aún estamos casados?

—Sí, y así espero que sea hasta el día en que la muerte nos separe —murmura acariciando mi espalda desnuda.

—Voy a hacerte feliz, Nate. Te lo prometo —declaro mirándole a los ojos.

—Estoy seguro de eso, nena. Los dos lo seremos. Para empezar, vas a aceptar ese trabajo como médico del pueblo.

—¿Y el rancho?

—Yo me encargo del rancho como lo he hecho hasta ahora.

—Nate, sé que te gusta tu trabajo en Nueva York. El arte es algo importante para ti. Si quieres podemos mudarnos allí.

—¿Estás dispuesta a dejar toda tu vida aquí para venir conmigo a Nueva York? —pregunta sorprendido.

—Tú eres mi hogar y mi felicidad, contigo y con nuestra pequeña iría a cualquier rincón del mundo —afirmo sin rastro de duda en mi voz.

—Me alegra escuchar eso, pero no creo que sea necesario. Me gusta esto. He aprendido a amar esta tierra tanto como tú. Además, creo que nuestra hija será muy feliz creciendo aquí. Tampoco quiere decir que vaya a dejar de lado mi vocación. Me apasiona la fotografía y voy a seguir haciéndolo aunque no sea manera profesional. He hablado con Andy esta tarde. Mientras tú estabas en ese probador, me di cuenta de que mi vida estaba aquí a tu lado. He dejado el trabajo. Así que, a partir de ahora, ya no más sorpresas inesperadas.

—Sí, bueno... he hecho algo. No sé si te gustará, pero... —me muerdo el labio inferior de manera nerviosa y Nate alza una ceja mirándome muy serio.

—Conociéndote, creo que debería ponerme a temblar —susurra—. ¿Qué has hecho?

—Ven conmigo —pido levantándome como dios me trajo al mundo. Nate sonrío de medio lado repasando mi cuerpo con la mirada.

—¿De verdad hay que levantarse? Yo preferiría que nos quedáramos aquí un rato más —señala su entrepierna que está lista de nuevo para la acción y yo suelto una carcajada negando con la cabeza.

—Quiero enseñarte algo, el pequeño Reed puede esperar.

—¿Eh! No lo llames así —se queja fingiendo estar ofendido—. Vas a acomplejarlo.

—Disculpe usted, oh gran Reed —digo teatralmente dándole un apretón a su miembro erecto—. Levántate de la cama, Nate. Tengo algo que enseñarte.

Intenta agarrarme para que vuelva a la cama con él, pero consigo esquivarle entre risas y veo como resopla haciendo lo que le digo.

—Eres una mala mujer. No puedes calentarme y después salir huyendo —refunfuña siguiéndome fuera de la habitación.

Me abraza por la espalda clavando su dureza contra mi trasero y muerde mi cuello mientras yo intento concentrarme en caminar, algo que resulta difícil teniendo al sueño húmedo de cualquier mujer intentando meterme mano a cada paso que doy. Bajamos al piso inferior entre risas y Nate se para mirando muy serio la puerta que acabo de abrir en la cocina, la que lleva al sótano.

—Vamos —digo señalando las escaleras.

—¿Pretendes llevarme ahí abajo para asesinarme y esconder mi cadáver? —pregunta sin rastro de broma en su voz, pero en sus ojos se puede ver una chispa de diversión.

Me acerco a él abrazándole por el cuello e ignorando la forma en que su sexo se clava en mi bajo vientre y muerdo su cuello de manera juguetona.

—Pienso matarte a polvos y mantenerte ahí abajo encerrado para mi use y disfrute diario, ¿te parece bien?

—Creo que es una gran idea, ¿tienes unas esposas? —replica gimiendo mientras mi lengua se desliza a lo largo de su cuello. Suelto una carcajada por su contestación y tiro de su mano para que me siga escaleras abajo.

Nate está tan concentrado en manosearme y besar mis hombros, que ni siquiera se da cuenta de lo que tenemos delante cuando llegamos al sótano.

—Deja de meterme mano y mira a tu alrededor —ordeno apartando su mano de mi entrepierna. Resopla y cuando hace lo que le digo, veo como su rostro cambia y la sorpresa se dibuja en sus facciones—. Espero que no te moleste —susurro apartándome de él unos centímetros—. El material estaba todo en las cajas y cuando te fuiste... Supongo que siempre mantuve la esperanza de que algún día volvieras.

Me mira tragando saliva de manera audible.

—Has montado una sala de revelado en el sótano —murmura sorprendido.

—Sí, bueno... es algo más que eso. Creí que te gustaría tener una zona para ti mismo y como necesitabas un lugar oscuro, pues pensé en el sótano. Tienes luz roja y todo lo necesario para que puedas trabajar en lo que te guste, además de una pequeña sala de estar por si te apetece simplemente estar solo.

—¿Has hecho esto por mí? —susurra sonriendo y abrazándome por la cintura.

—Sí, si no te gusta puedes...

—Calla —dice pegando su boca a la mía, besa mis labios con ternura y sonrío de oreja a oreja —. Me encanta. Pero no sé si esa mesa será muy resistente —señala una pequeña mesa auxiliar.

—¿Crees que no? Se supone que es de buena calidad —replico mordiéndole el labio inferior.

—Vamos a comprobarlo —indica alzando mi cuerpo para sentarme sobre la famosa mesa.

Nathan

Me despierto con el sonido del dichoso teléfono de Juls.

—Te están llamando —murmuro hundiendo de nuevo mi nariz en su nuca para poder seguir durmiendo.

—Coge el teléfono, Nate —se queja Juls.

—Es tu teléfono, cógelo tú —replico. Escucho como farfulla una maldición y se mueve intentando alcanzar el aparato que está en la mesita de noche que hay de mi lado de la cama, pero no la dejo estirarse, atrapo su cuerpo bajo el mío sorprendiéndola y cojo la máquina del demonio que no deja de sonar mientras mi sexo se frota contra el suyo lentamente —. Es Alec —murmuro descolgando la llamada y tendiéndole el teléfono.

Mientras Juls habla con Alec entre gemidos ahogados, yo me encargo de recorrer todo su cuerpo con mi boca. Muerdo el hueso de su cadera repasando el tatuaje del águila con mi lengua. Juls me ha contado que ella y Holly se hicieron ese mismo tatuaje cuando su hermana cumplió la mayoría de edad. Por eso me sonó tanto la primera vez que lo vi. Alan me había hablado de una chica que tenía ese tatuaje y lo sexi que era. Cuando estoy a punto de hundir mi lengua en su sexo, un tirón de pelo me hace soltar un quejido y las mantas se apartan de un tirón dejándome expuesto como a un niño al que han pillado haciendo una travesura.

—¿A dónde crees que vas? —inquieta mi preciosa esposa alzando una ceja.

—Estaba pensando desayunar —contesto sonriendo de manera picara.

—Es casi la una de la tarde, Nate. Nos están esperando junto al lago Tomahawk para comer en plan picnic.

—Que coman ellos, nosotros vamos después.

—Holly está con ellos. Están todos nuestros amigos esperándonos —susurra.

La forma en la que habla de ellos me hace darme cuenta de lo mucho que necesita estar con esas personas que se han convertido en una familia para ella. Juls lleva sola demasiado tiempo, antes tenía a Holly, pero nunca ha sentido el amor de una familia que se preocupa por ti, no desde que sus padres murieron cuando apenas era una niña.

—Vale, me ducho, me cambio y nos vamos —claudico dándole un último beso en los labios—. ¿Quieres acompañarme? —niega con la cabeza sonriendo y me encojo de hombros caminando hacia el baño.

Cuando estoy en la ducha con el agua caliente corriendo sobre mi cuerpo, siento como sus brazos me rodean pegándose a mi espalda.

—He cambiado de idea —murmura clavando sus dientes en mi omoplato.

—Sabía decisión, nena —contesto girándome hacia ella y arrinconándola contra pared para devorar su boca.

Juls

Llegamos al lago Tomahawk bastante tarde. Nuestra ducha al final se prolongó más de lo esperado, aunque no me arrepiento en lo más mínimo. Me siento como si caminara sobre las nubes. Nunca he sido el tipo de chica que suspira por las esquinas y vomita corazones, pero Nate me tiene completamente descontrolada y eso debe notárseme bastante en la cara porque cuando nos presentamos frente a nuestros amigos cogidos de la mano, todos empiezan a aplaudir y a vitorear provocando que me ruborice y que Nate ría a carcajadas.

Voy directamente hacia mi hija y me la como a besos mientras sirven la comida sobre una mesa de piedra que han vestido con un mantel de cuadros. Nate se acerca a nosotras y me abraza por la espalda mirando a nuestra pequeña con una sonrisa en el rostro, y en ese momento lo sé, miro hacia mis amigos, esas personas que se han convertido en mi familia, Patrick y Jason juegan con un balón mientras Alec besa a su mujer y los demás se burlan diciéndoles que se busquen una habitación, Norah prepara la mesa junto a Nadia y su marido que le lanza miradas cariñosas, y Aaron y Sonya se escapan tras un árbol para hacer lo mismo que Alec y Johanna. En ese momento, justo en ese instante, me doy cuenta de que todo lo que he pasado en mi vida ha valido la pena. Voy a disfrutar esta felicidad y aferrarme a ella con uñas y dientes, por mí, por Nathan, por nuestra hija, y por la memoria de mi pajarita, a ella tengo que agradecerle que haya puesto el amor en mi camino, quizás de la manera equivocada, pero ¿quién podría adivinar que iba a enamorarme del hombre que creí que había llevado a mi hermana a la muerte?

FIN

Epílogo

Holly

Bajo las escaleras de dos en dos y casi derrapo al llegar abajo. Mi padre me mira alzando una ceja mientras le da un sorbo a su taza de café.

—¿Dónde vas tan deprisa? —pregunta.

—He quedado con Mase en el río —contesto besando su mejilla.

—Holly, tu madre y yo casi no te vemos, pensé que desayunaríamos los tres juntos esta mañana, está a punto de llegar de la clínica.

Hago una mueca. Desde que me mudé a Charlotte para estudiar en la universidad, no veo a mis padres todo lo que desearía, pero ayer quedé con Mason y no puedo darle plantón.

—Te prometo que comemos juntos, papi. Llegaré pronto, lo prometo —pongo la carita de niña buena que siempre ha logrado sacar todo lo imposible de este hombre y él sonríe señalando la puerta con la cabeza.

—Largo, ya hablo yo con tu madre.

—Eres el mejor padre de mundo —afirmo colgándome de su cuello y plasmando en su mejilla un sonoro beso—. Te quiero, no tardaré.

—¡Ten cuidado! —escucho que grita antes de que cierre la puerta.

Me subo a mi caballo y salgo al galope hacia el río. Seguramente Mason ya debe estar esperándome, mi teléfono ha vibrado varias veces en el interior de mi bolsillo, apuesto que son mensajes suyos. Salto del caballo al llegar al borde del río donde nos bañamos desde que éramos unos niños y me sorprendo al ver el caballo de John amarrado al tronco de un árbol.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto cruzándome de brazos al verle de pie de espaldas a mí. Al escucharme, se gira con su rictus serio de toda la vida y se encoge de hombros.

«Este muchacho no enseña los dientes ni cuándo va al dentista», pienso. Todo lo que tiene de guapo, lo tiene de serio.

—Contén tu alegría por verme, Holls —comenta sarcásticamente. Sí, el chico es condenadamente guapo y sarcástico también.

—Deja de llamarme así, Cachorrito —contesto devolviéndole el golpe.

Una sonrisa se asoma en un lado de su boca y me hace un gesto para que me siente junto él.

—Has crecido —comenta mirándome de arriba abajo mientras camino hacia él.

—Sí, es lo que pasa cuando pasan los años. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Hace dos años, por navidad —susurra mirándome fijamente.

—¿Cómo te va en Atlanta? —se encoge de hombros a modo de respuesta.

No debería extrañarme. Johnny siempre ha sido así, de pocas palabras y gesto serio. No le gustan las muestras de afecto ni los comentarios cariñosos. Cualquiera que no lo conozca diría que no tiene sentimientos, pero yo sé que eso no es verdad, le conozco, hemos crecido juntos y sé que él quiere con locura a sus padres, a su hermana y al resto de su familia, pero no lo demuestra. Su forma de querer es distinta a la de los demás, no sé por qué, pero es así y yo he aprendido a quererle de ese modo. A veces demasiado. He estado enamorada de este capullo desde que tengo

uso de razón. Creí que nunca superaría su partida cuando se marchó a estudiar a Atlanta, pero lo hice, aunque me costó muchas lágrimas. Especialmente porque sé que nunca seré correspondida del mismo modo. Johnny me ve como a su hermana pequeña, la que siempre ha estado a su lado, su confidente y la guardiana de sus secretos cuando éramos adolescentes, pero siempre en la distancia. Nunca he recibido ni un solo abrazo de su parte.

—He llegado, ¿me extrañabais? —Mason se acerca a nosotros sonriendo de oreja a oreja y nada más llegar a mi lado me envuelve en un abrazo de oso alzándome en brazos hasta que mis pies dejan de tocar el suelo.

Así es Mason Wolfheart, completamente distinto a su primo Johnny, aunque físicamente podrían pasar por hermanos. Mason es alegría en estado puro, siempre sonriendo y bromeando. No desperdicia ningún momento para demostrarte su afecto, especialmente a mí. No soy imbécil, sé que le gusto, que siempre le he gustado, pero yo soy tan tonta que siempre he mirado al primo raro. Lo sé, lo mío es de camisa de fuerza.

—Mase, voy a necesitar mis costillas —susurro con voz ahogada para que me suelte.

—Estás guapísima, Holly —dice sonriendo de manera pilla—. ¿Verdad que sí, John? —este se encoge de hombros desviando la mirada y Mase pone los ojos en blanco—. Bien, ya estamos los tres juntos de nuevo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Salimos esta noche? Tenemos que aprovechar. Pocas veces coincidimos los tres juntos en casa, como antes. El trío animal ha vuelto —suelto una carcajada por ese nombre tan ridículo que se inventó Mason cuando teníamos doce o trece años.

—Tranquilo, animal —indico palmeando su hombro. No sé a qué gimnasio van estos dos, pero esos músculos no son normales. En Mason lo entiendo, es militar de las fuerzas armadas, así que su trabajo le obliga a mantenerse en forma, pero Johnny estudia derecho. ¿Un abogado tiene que estar tan bueno para ganar juicios?

—Podemos ir al nuevo club que ha abierto en Asheville. Seguro que Robbie, Eric, Katie y Sam también se apuntan.

Frunzo el ceño al escuchar el nombre de Robert, sé que a Johnny tampoco le cae bien, pero forma parte de nuestro grupo de amigos, y es el hijo de Megan, la mejor amiga de su madre, así que hay que aguantarlo.

—Esta noche llega mi tío Seth con su mujer Debbie y mi prima Dana. Quizás a ella le apetezca venir también —sugiero.

—Sí, cuanto más mejor —dice Mase emocionado—. ¿Se lo preguntas tú a tu hermana Katie? —le pregunta a John, este como siempre, contesta con un gesto de su cabeza.

No sé por qué, pero le noto más taciturno que de costumbre. Hacía bastante tiempo que no le veía, pero parece distinto, preocupado, triste, como si algo le estuviese torturando.

John

Lanzo el teléfono sobre la cama soltando una recua de maldiciones. Estoy harto de que no conteste mis llamadas. Un pitido me indica que acaba de llegar un mensaje, así que lo rescato de debajo de un cojín y lo leo rápidamente. “*Deja de llamarme, lo nuestro se ha acabado*”, eso es lo único que pone.

—¡Mierda! —resoplo volviendo a tirar el móvil y saco de mi bolsillo la única foto que tengo suya. Es preciosa, con su melena rubia y rizada y esos ojos marrones que me cautivaron desde la primera vez que la vi.

Conocí a Britany en la universidad, los dos íbamos a la misma clase de derecho civil. Me sorprendió conocer a una chica con mis mismos gustos y peculiaridades.

Nunca me he sentido una persona normal, mi incapacidad para relacionarme con otros seres

humanos siempre ha sido una tara en mi vida. Mucha gente piensa que mi forma de actuar se debe a que he tenido una infancia difícil o que es fruto de algún trauma, pero nada más lejos de la realidad. Fui un niño feliz, con unos padres maravillosos y una hermana pesada por la que daría la vida. Simplemente soy así, raro.

En mi grupo de amigos siempre he sido el callado y poco amistoso, por eso me sorprendió tanto la buena conexión que surgió entre Britany y yo nada más conocernos. Ella es como yo, tímida, reservada y poco habladora. Nuestra relación se basó durante mucho tiempo en una mera cordialidad entre compañeros, pero cuanto más tiempo pasamos juntos, más ganas tenía de estar con ella, hasta que me di cuenta de que me había enamorado. Me costó otro tanto tiempo confesárselo, pero cuando lo hice y descubrí que ella también sentía lo mismo por mí, fui el hombre más feliz del jodido universo. Eso hasta hace unos días, cuando ella cortó conmigo porque supuestamente yo soy demasiado frío. ¡¿Frío?! ¡Qué mierda, claro que soy frío! Y ella es exactamente igual a mí.

—¿Estás listo, hermanito? —pregunta Katie golpeando la puerta entreabierta de mi habitación. Asiento devolviendo la foto a mi bolsillo y salimos de casa en dirección a Asheville.

Mi primo Mason se ha empeñado en salir esta noche, y aunque no tengo muchas ganas, no quiero desperdiciar los pocos días que puedo pasar con mis amigos.



Hace más de dos horas que estamos en este dichoso antro y ya no lo aguanto más. Katie está en la pista de baile dándolo todo junto a Dana, la prima de Holly y nuestros primos de pega, Eric y Robbie. Sam, el primo de Holly, ha decidido no venir esta noche. Mason está junto a la barra desplegando sus encantos hacia una sonriente y bastante achispada Holly. Me da pena mi primo, no se da cuenta que Holly nunca va a corresponderle, y yo conozco el motivo. No soy imbécil, sé cómo me mira ella, pero yo no puedo responderle de ese modo. Para mí es y siempre será mi mejor amiga, la chica que se escondía conmigo en el establo cuando yo no quería ver a nadie. Solo soportaba su presencia, y aunque me molestaba con sus bromas y sus intentos de sacarme de mi cascarón, nunca le pedí que se fuera porque su sonrisa era como un jodido bálsamo para mí, me hacía ver que hay alegría en el mundo, que aunque yo sea raro, también puedo mantener a mi lado a un ser tan bello y puro como ella.

Me acerco a la barra a pedir una copa más y noto como me tambaleo. Creo que ha llegado el momento de ir al hotel. Hemos decidido quedarnos en Asheville a pasar la noche, ya que sabíamos que probablemente todos íbamos a acabar bebiendo más de la cuenta.

—Mason, yo ya me voy —digo acercándome a ellos.

—Vamos, tío. Quédate un rato más. Lo estamos pasando bien —insiste.

—No. Échale un ojo a Katie. Recuerda que es menor de edad, ni una gota de alcohol —digo firmemente sin dar más explicaciones. Mason ya me conoce y sabe que no vale la pena seguir insistiendo, así que se encoge de hombros y me dice adiós con la mano.

El hotel no queda muy lejos, así que decido ir dando un paseo. Antes de entrar en mi habitación, escucho unos pasos a mi espalda y me giro para ver allí a Holly.

—Buenas noches —dice arrastrando las palabras.

—¿Te encuentras bien? —pregunto viendo como rebusca en su bolso la llave de su habitación, que casualmente está pegada a la mía.

—Sí, solo he bebido un poquito de más pero nada grave, ¿y tú? —me encojo de hombros

como siempre hago y ella sonrío alzando una ceja—. Te conozco, Jonathan Wolfheart. Tú estás más serio y taciturno que de costumbre, algo te pasa. ¿Vas a decírmelo o tengo que ir a por las tijeras de podar?

Casi me hace sonreír recordando aquel día en el establo, yo tenía diecisiete años y mi madre me había organizado una especie de cita con la hija de una conocida. Yo no quería ir pero cuando mamá se empeña en algo es imposible negarse, así que me fui al establo enfurruñado y Holly apareció allí al momento. Me amenazó con cortarme las pelotas con una tijera de podar si no le contaba lo que me pasaba.

—¿Alguna vez has sentido que estabas haciendo el imbécil? —pregunto pensativo. Supongo que el alcohol ayuda bastante a que se me suelte la lengua.

—¿A qué te refieres? —inquire Holly caminando hacia mí. Resoplo y niego con la cabeza.

—A que a veces hacemos el idiota persiguiendo a una persona aunque sabemos que somos demasiada poca cosa para ella.

—¿Hablas de una chica? —asiento sin pensarlo demasiado.

Lo siguiente de lo que me doy cuenta es de que la boca de Holly está pegada a la mía. Mi primera reacción es apartarla, no quiero que se confunda y piense que hablaba de ella, pero su lengua toca la mía y un millón de sensaciones distintas recorren mi cuerpo. Mi entrepierna se tensa bajo mi pantalón y en un segundo estoy respondiendo a su beso con vehemencia y agarrando su trasero con mis manos para alzarla y que rodee mi cintura con sus piernas. Entro en mi habitación con ella en brazos, sin separar nuestras bocas y Holly empieza a desnudarme mientras yo cierro la puerta de una patada.

Y así, con un beso guiado por el despecho y el alcohol, traspasé un límite del cual probablemente me arrepentiría el resto de mi vida, ya que esa noche, aunque yo no era consciente de ello, fue la noche en la que mi vida cambió para siempre.

Mason

Se ha ido tras él. Una vez más Holly ha seguido a John en vez de quedarse conmigo. A mí no me engaña, la excusa que me soltó de que estaba cansada y ha bebido demasiado no se la cree ni ella. Vi la tristeza en su mirada cuando mi primo se marchó sin ni siquiera dirigirle una mirada. Esa es la historia de nuestras vidas, yo suspiro por ella y ella por mi primo.

Desvió la mirada hacia mi prima Katie que baila riendo y saltando sin parar. ¿Cuándo ha crecido tanto? Siempre ha sido muy madura para su edad, pero demonios, solo tiene dieciséis años y parece toda una adulta. Aunque el vestido corto que lleva puesto y el maquillaje que cubre su cara supongo que tiene algo que ver. Y lo mismo que pienso yo, lo hacen el resto de hombres de este jodido antro que no dejan de comérsela con la mirada. Es un jodido caramelito para esta manada de buitres, y ¿por qué lo sé? Pues porque yo también soy un buitre, aunque en este caso solo me mantenga como el protector de mi prima pequeña. Nunca se me pasaría por la cabeza verla de otro modo.

Veo como un tío moreno que parece tener más años que yo se acerca a ella y le tiende una copa. Mierda, ¿no será alcohol? John me mataría si se entera que su hermanita está bebiendo, y mi tío Alec probablemente me arrancarías las pelotas. Me acerco a ellos y veo como Katie se mesa el pelo sonriendo de manera coqueta ante el desconocido.

—Kat, nos vamos —ordeno poniéndome entre ella y el buitre. Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Mase, no me jodas —sisea fulminándome con la mirada.

Miro hacia el desconocido que se mantiene al margen de nuestra guerra de miradas y le hago

un gesto con la mano.

—Fuera, tío. Búscate a otra que no sea menor de edad —el tío al menos es listo, ya que tras disculparse, se larga en busca de una nueva presa.

—¡Eres un maldito capullo, Mason Wolfheart! No me puedo creer que hayas hecho algo así — me grita a la cara. Olfateo el aire notando un cierto olor a alcohol en su aliento.

—¡¿Estás bebiendo?! —exclamo arrebatándole la copa de las manos—. ¡¿En qué demonios piensas, Kat?!

—¡En divertirme, joder! Tú y mi hermano sois dos malditos aguafiestas —dice arrastrando las palabras. Me fijo en sus ojos y compruebo que los tiene brillantes debido al alcohol. Esta no es la primera copa que se ha tomado esta noche.

—¡Mierda, tu padre y tu hermano van a matarme! ¡Nos vamos inmediatamente! —tiro de su brazo con fuerza arrastrándola conmigo por la calle hasta que llegamos al hotel, que solo está a unos metros de distancia del pub.

La dejo directamente delante de la puerta de la habitación que comparte con Holly ignorando sus insultos y sus protestas. Esta cría maldice peor que un camionero.

—¡Mierda! —exclama cuando yo estoy a punto de abrir la puerta de mi habitación. Está justo al lado de la suya.

John debe estar durmiendo ya en su interior, así que me acerco a mi prima resoplando para que no siga gritando y acabe despertando a su hermano.

—¡¿Qué demonios pasa ahora, Kat?!

—Tengo las dos llaves —susurra enseñándome dos llaves iguales—. Una es de Holly, así que no ha podido entrar en la habitación. ¿Dónde estará?

—Seguramente en mi habitación. Coincidiría con John y estará durmiendo en mi cama — camino de nuevo hacia el cuarto seguido por Katie y abro la puerta lentamente para no hacer ruido y despertarlos, pero enseguida me doy cuenta de que no están dormidos. Los dos están en la cama de John, desnudos y besándose apasionadamente. Mi primo está sobre ella introduciéndose en su interior una y otra vez mientras Holly gime clavando las uñas en su espalda.

—Mase, vámonos de aquí —susurra Katie tirando de mí, pero yo soy incapaz de moverme del sitio ni de desviar la mirada de las dos personas que me acaban de romper el corazón. Ellos siguen a lo suyo sin percatarse de que ya no están solos en la habitación—. Mason, vamos —mi prima tira de mí con más fuerza sacándome del estado de trance en el que me había sumido y cierra la puerta de la habitación.

—¿Qué coño...? —susurro llevándome las manos a la cabeza—. ¿Eso ha sido real? —Katie asiente tirando de mí hacia su habitación. Me dejo llevar por ella sin saber bien qué hacer o decir. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

—Mase, ¿estás bien? —pregunta mi prima tendiéndome una botella de agua. Niego con la cabeza y ella suspira sentándose a mi lado en el borde de una de las camas que hay en la habitación—. Tarde o temprano algo así iba a pasar. John encontraría a alguien y le rompería el corazón a Holly, o sería Holly quien te lo rompería a ti.

—Él no la quiere —escupo con rabia—. La va a lastimar porque es incapaz de querer a nadie.

—¡Eh! Te recuerdo que Johnny es mi hermano. No hables así de él —lo defiende apuntándome con el dedo.

—¡¿Estás de su parte?! —grito levantándome de un salto de la cama. Mi cabreo va en aumento y eso no es bueno. No quiero perder el control, aunque no sé si conseguiré mantener al lobo negro controlado durante mucho más tiempo —. ¡Sabes perfectamente que él no la quiere! ¡Va a hacerle daño! ¡¿Cómo puedes defenderlo?!

—¡No lo hago! Solo intento mantenerme al margen. Son mayorcitos. Y tú deberías hacer lo mismo. Por mucho que te duela lo que está pasando, no deberías involucrarte. Acepta que Holly no te ve del mismo modo en el que tú la ves a ella.

—¡No! —grito impactando con mi puño en la pared.

—¡Eh! —las manos de Katie se posan sobre mis hombros y me giran para que la mire—. Mírame, Mase —susurra agarrando mi cara con ambas manos—. No dejes que la fiera te domine. A veces tenemos que conformarnos con ver desde lejos a la persona que amamos. Hay amores que son imposibles.

—¡¿Qué mierda sabrás tú del amor?! —replico apartando sus manos de mi cara—. Solo eres una cría, Kat.

—Y tú un capullo, pero eso no es nada nuevo para mí.

—Repíte eso —siseco pegando mi cara a la suya. La rabia bulle en mi interior y aprieto los puños con fuerza.

Sé que estoy pagando mi mala leche con la persona que tiene menos culpa, pero ahora mismo me da absolutamente igual. Katie no se amilana ni se deja asustar por mí, sabe tan bien como yo que sería incapaz de ponerle un dedo encima.

—Eres... un... capullo —dice separando las palabras mientras sonrío maliciosamente. Cuando mis ojos hacen contacto con los suyos, no sé qué ocurre, pero no puedo evitar mirar sus labios embelesado. Su lengua se asoma entre ellos enviado un latigazo de deseo a mi entrepierna que se endurece al instante—. Al demonio, siempre puedo echarle la culpa al alcohol —susurra justo antes de que sus labios se peguen a los míos.

No sé por qué lo hago, pero respondo a su beso arrinconándola contra la pared y hundiendo mi lengua en su boca. Sabe deliciosa, un sabor dulce a caramelo que me pone aún más duro si eso es posible. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta intentando subirla, pero la freno. ¿Qué mierda estoy haciendo? Es mi prima, mi Kat. No puedo hacerle esto.

—Para, Kat —digo apartándome bruscamente de ella. Resoplo llevándome las manos a la cabeza y caminando por la habitación de un lado a otro como un león enjaulado. Parece que al final sí he dejado salir al lobo, y de la peor forma—. Lo siento mucho —susurro mirándola de reojo. Tiene los labios hinchados por mis besos y el deseo brilla en su mirada—. Mierda, Kat, perdóname. Te juro que no sé lo que me ha pasado, yo... —niego con la cabeza caminando de espaldas hacia la puerta, la abro y salgo corriendo, escuchando a lo lejos como grita mi nombre. Ahora sí que la he cagado de verdad.

Agradecimientos

Ha llegado ese momento en el que yo me dejo llevar y termino rellenando varias páginas dedicadas a esas personas que son parte de mi vida. Empecemos por mis Bipolares, las mejores lectoras/amigas que cualquiera puede desear. No voy a nombrarlas a todas o tendré que tirar de memoria y eso es algo de lo que escaseo bastante. Cabe mencionar que entre ellas hay cuatro chicas que tienen un lugar especial en mi corazón, mis mosquepandas. Es increíble cómo siendo las cinco tan distintas podemos congeniar tan bien, ya no sé qué sería de mí sin vosotras.

Por otro lado están las Diosas, Semidiosas y Ninfas del Olimpo entre Libros. Gracias chicas por estar siempre ahí para mí. Y aunque ya no sea una Diosa ni una Ninfa, quiero mencionar a Juls, la persona que dio el nombre a la protagonista de esta historia. Espero que todo lo malo que pueda haber en tu vida se solucione muy pronto y puedas ser muy feliz.

A mis Diosas del Averno, no creo que pueda nunca llegar a agradecerlos lo suficiente todo el cariño y apoyo que me brindáis.

Rachel, como siempre, has hecho magia con la portada y la maquetación. Es un placer poder considerarte no solo compañera de letras, sino una amiga más.

Ahora quiero hacer una mención especial a esas chicas que me han ayudado en todo el proceso de creación de esta historia. Para empezar, Mara, mi eterna compañera y ayudante. De verdad que no sabría que hacer sin ti. Moni, la chica de los audios. Te quiero, niña y te agradezco inmensamente toda tu ayuda, y por último a mi trilliza malvada. Ella siempre tan sincera y tan puñetera, pero me encanta cómo eres. Nunca cambies, trilli. Os puedo asegurar que sin vosotras tres, esta historia no sería la misma. Un millón de gracias.

Para finalizar, quiero agradecer a esas personas con las que convivo a diario. Mi patita, de esa nunca me olvido, pues por muy distanciadas que podamos estar, es mi hermana de corazón. A mi segunda madre, que se ha convertido en una más de mis lectoras y eso es algo que me llena de confianza y orgullo. Gracias por siempre estar ahí, Helena. Y por último, pero ni de lejos menos importante, al amor de mi vida. Te quiero Manu.

No e olvido de vosotras, las lectoras, las que siempre estáis ahí dándome vuestro apoyo en las redes sociales. Sin vosotras nada de esto sería posible.

